TODAS las notas de AMOR QUE siempre quise darte



MIRIAN G. BLANCO

TODAS las notas de AMOR QUE siempre quise darte



MIRIAN G. BLANCO

TODAS las notas de AMOR QUE siempre quise darte



MIRIAN G. BLANCO

CONTENIDO

DERECHOS DE AUTOR
FRAGMENTO INICIO
NOTA DE AMOR

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
EPÍLOGO

FRAGMENTO FINAL

TODAS LAS NOTAS DE AMOR QUE SIEMPRE QUISE DARTE

Derechos de autor © 2024 Mirian G.Blanco
Todos los derechos reservados
Sello: Independently published

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Con el paso del tiempo, me di cuenta de que sus cartas de amor eran escritos que se quedaban plasmados por siempre en un papel; eran sentimientos que incluso se podían tocar…

M.M



Sí, te odio, enana... te odio porque me haces sentir y no quiero hacerlo... te odio porque no dejo de pensar en ti las veinticuatro horas del día... te odio porque no soy capaz de sacarte de mi cabeza... te odio por estos celos enfermizos que me haces sentir... te odio porque me he vuelto posesivo contigo...

¡porque quiero que solo seas mía!



MZ

Prólogo





El instituto era como la selva… o comes o te comen.

Para bien o para mal, a todos nosotros nunca se nos olvidará la educación secundaria: la vergüenza de pasar un mal rato, la obsesión por conseguir la popularidad, el despertar sexual, la rivalidad entre compañeros… y, por encima de todo, los enamoramientos no correspondidos.

Sí… ahí empieza mi historia. Yo, María Martínez, una chica normal y corriente, enamorada hasta las trancas del chico más popular del instituto… Miguel Sánchez, capitán del equipo de fútbol.

Los estudiantes caminaban rápidamente por los pasillos, riendo y bromeando entre ellos, pero mi mirada estaba fija en la última taquilla de la esquina… la taquilla de Miguel.

Apreté la mano, arrugando en el acto el pósit de color rosita, y luego me mordí el labio inferior para que la gente a mi alrededor no pudiese escuchar lo rápido que iba mi respiración.

Dicen que tener un *crush* es una de las cosas más bonitas que te puede pasar en la vida, pero también pienso que puede ser algo realmente espantoso. Llevaba enamorada de Miguel desde el año pasado, cuando cumplí los quince años, pero él nunca me hizo caso. Intenté llamar su atención asistiendo a sus entrenamientos de fútbol, incluso le llegué a escribir por redes sociales, sin embargo… siempre me dejaba en «visto».

—¿Otra nota? ¿Es en serio, Mar?

Giré sobre mis talones y me encaré con Laura, quien me observaba de brazos cruzados, visiblemente enfadada.

Bajé la mirada a mi puño y tragué saliva, más nerviosa que antes.

—Prometo que será la última por hoy… —susurré con voz apenas audible—. Porfi… —le rogué, estirando mi mano hacia ella para que cogiera el pósit.

Laura retrocedió, poniendo los ojos en blanco. Durante unos segundos, no se movió… ¡ni siquiera pestañeó!

Bajé la vista de nuevo, completamente avergonzada.

Cuando cumplí los dieciséis años y Miguel los dieciocho, supe que debía hacer algo, antes

de que él terminara de estudiar el bachillerato y no volviera a verlo.

Desesperada, opté por escribirle notitas de amor que, en un principio, nunca pensé entregárselas, pero el amor no correspondido nos hace cometer locuras… ¡Y aquí estaba, frente a mi mejor y única amiga, a quien la había obligado a hacer de celestina!

Laura inspiró aire profundamente.

—Llevas así más de dos meses, María, y el idiota de Miguel sigue siendo igual de idiota —dijo ella, alargando una mano para coger el pósit con forma de corazón.

La observé en silencio, pellizcándome los dedos con muchos nervios, cuando ella empezó a leer lo que había escrito en el pósit.

—«*Repetiría una y mil veces el día que te conocí*» —leyó en voz alta, poniendo su mejor cara de asco, antes de lanzarme una mirada recriminatoria—. ¡Joder, Mar! Esto lo has sacado de alguna de esas novelas ñoñas que tanto lees, ¿verdad?

Abrí la boca dispuesta a protestar, pero ella enarcó una ceja y yo apreté los labios para evitar soltar cualquier sonido que me delatase.

«Quien calla otorga, cielo», habló la voz de mi conciencia.

¡Vale, sí!

Esa frase la había sacado de mi última lectura… *Las Cinco Reglas del Amor*.

—¿Cómo pretendes que Miguel sepa quién eres si ni siquiera firmas las notas con tu nombre? —inquirió ella, antes de fruncir los labios cuando leyó de nuevo el pósit.

—Debería saberlo… M.M… María Martínez —susurré, inflando mis mejillas con indignación.

—Por favor, ¿cómo puedes ser tan inocente? —me preguntó, frotándose la frente—. ¿Sabes la cantidad de chicas que hay en nuestro instituto con tus mismas iniciales? Un ejemplo es mi mejor amiga Melany… Melany Márquez.

«Mierda», pensé para mí misma mientras la observaba fijamente.

Se veía muy bonita con aquel vestido nuevo que se había comprado la semana pasada. Incluso su cabellera larga y rubia, ojos celestes y labios gruesos se veían brillantes. Bueno, a decir verdad, Laura se veía radiante con cualquier cosa que se pusiera. Era la típica tía que, si pasaba por tu lado, tenías que girar la cabeza y voltearte a verla sí o sí.

Yo, por el contrario, era la típica chica que pasaba desapercibida entre la multitud y que, desde luego, nunca recibía ningún tipo de miradas o atención.

Los dos únicos hombres a los que les parecía hermosa eran mi padre y mi hermano… ¡lo sé, qué triste!

Había heredado el cabello azabache de mi padre y los ojos castaño oscuro y miopes de mi madre. En cuanto a mi físico, ¿pues qué decir? No era esbelta y alta como Laura, más bien era regordeta, es decir, la diana de todas las críticas de las populares… ¡pero me daba igual! Yo era feliz a mi manera, pero podría ser más feliz si Miguel se fijara un poco en mí…

«Mierda otra vez, joder. ¿Y si Miguel cree que las notas de amor son de Melany? ¡Por Dios! Melany es como una copia de *Megan Fox*. Yo no soy rival para ella…», pensé de nuevo para mis adentros, al mismo tiempo que me mordía las uñas.

Laura murmuró algo por lo bajo, no supe exactamente el qué, pero hizo que me despertara de mi ensimismamiento.

—¿Vas a entregársela, sí o no? —Fui directa al grano. Estaba harta de escuchar sus sermones… ¡harta de saber que ella tenía toda la razón del mundo y que mis probabilidades de salir con Miguel fueran prácticamente nulas!

—Lo haré —dijo, soltando otro suspiro de cansancio—. En el cambio de turno me encargaré

de dejarle la nota en su taquilla, ¿vale?

—Gracias… —musité con los ojos llorosos.

Laura y yo éramos polos opuestos, pero estaba agradecida de poder haberla conocido por culpa de un trabajo de literatura que toda la clase tuvimos que hacer en parejas. A ver, no es que Laura hubiese aportado mucho en el proyecto, realmente fui yo quien terminó haciendo todo el trabajo, pero me había alegrado descubrir que, en el fondo, ella era una buena amiga… bueno, tampoco es que pudiera hacer muchas comparaciones teniendo en cuenta que ella era mi única amiga.

—Nos vemos luego —le dije, a punto de darme la vuelta, pero ella me sujetó por la capucha de mi sudadera.

—Esta noche, Melany celebrará su cumpleaños.

Me subí las gafas por el puente de la nariz y alcé los hombros con indiferencia.

—¿Y?

Laura cerró los ojos para intentar calmarse y no terminar enloqueciendo como la niña del exorcista.

—María, no puedes pasarte la vida encerrada en tu casa. Es un aburrimiento…

—Yo no me aburro en casa… además, Melany y yo no somos amigas, nunca nos hemos llevado bien. ¡Maldita sea, Laura, ni siquiera estoy invitada!

—¡Eso es lo de menos! Las dos sois mis amigas, así que…

—¿Así que, qué? —Me crucé de brazos, cabreada.

Ella sacudió la notita en el aire y me lanzó una mirada amenazante.

—¿Quieres que tu «*Romeo*» reciba tu notita de amor? —inquirió en voz baja, esbozando una sonrisa maliciosa.

Abrí los ojos de par en par, totalmente indignada.

—¿Me estás chantajeando?

Ella alzó su dedo índice y lo movió en sentido negativo.

—Respuesta incorrecta.

Cerré los ojos y solté un largo suspiro.

—Sí… quiero que le des mi nota de amor a Miguel, por favor.

Abrí los ojos de nuevo y vi cómo Laura curvaba las comisuras de su boca hacia arriba.

—Bien, pues lo haré —susurró con voz calmada, al mismo tiempo que la observaba con desconfianza—. A cambio de que salgas esta noche conmigo de fiesta…

«Joder. Ya decía yo que era mucha suerte la mía…», pensé para mis adentros.

—¿Trato hecho? —me preguntó, estirando su mano hacia mí para cerrar nuestro acuerdo.

Observé sus uñas de gel decoradas con boquitas sonrientes, haciendo que pusiera los ojos en blanco, pues Laura no era precisamente una chica risueña…

Ella volvió a sacudir el pósit en el aire, moviéndolo de un lado a otro como si fuera un péndulo.

—¡Vale, está bien! —exclamé demasiado alto, obteniendo las miradas que había a nuestro alrededor.

Me ruboricé como un tomate y luego bajé la voz hasta casi susurrar:

—Eres mala, Laura.

—No sabes cuánto —me retó, sonriendo de oreja a oreja.

Nos estrechamos las manos para cerrar aquel trato que tanto me «entusiasmaba»… por favor, que se note la ironía.

—¿A dónde vas? La clase de literatura empieza en unos minutos —le dije, enarcando una

ceja cuando la vi alejarse de allí.

—¡Oh, vamos, Mar! ¡Eres un as en literatura, sé que tomarás buenos apuntes para mí! —Me guiñó un ojo con pillería—. Nos vemos luego en tu casa —me dijo, al mismo tiempo que caminaba marcha atrás sin sacarme la mirada—. ¡Ah, por cierto! ¡Olvídate de usar cualquier prenda de ropa que haya en tu armario!

—¿Qué tiene de malo mi ropa? —le pregunté, mirándome a mí misma de arriba abajo. Bueno, la verdad es que, en comparación con ella y su grupo de amigas populares, mis modelitos no eran lo bastante llamativos y pasaban muy desapercibidos.

—De ti me espero cualquier cosa más fea que estornudar con diarrea. Así que, yo me encargo de tu *outfit* para esta noche…

Abrí la boca para protestar, pero ella me dio la espalda y salió de allí corriendo para reunirse con sus otras amigas, con las cuales no me llevaba demasiado bien. Melany y las demás iban siempre a la moda, creando tendencia. Sacaban buenas notas, pero no demasiado, y, en general, eran amigas de todos… excepto de mí. Para ellas, yo era el bicho raro del instituto. La típica rata de biblioteca…

Me subí las gafas de pasta negra por la nariz y giré sobre mis talones para encaminarme hacia la clase de literatura, pero, antes de que pudiera dar un paso más, me choqué de lleno contra alguien que había aparecido tan sorpresivamente, que incluso me hizo saltar del susto y tirarle encima la lata de refresco que llevaba en la mano.

—Lo siento mucho, yo… —Mi voz se fue apagando cuando vi aquellos ojos azules grisáceos, chispeantes y escrutadores. ¡Dios! Me estaba fulminando con la mirada—. Ah, eres tú… —susurré con un tono de indiferencia.

—¿Me acabas de manchar la camiseta? —inquirió él, frunciendo el ceño.

Vi determinación y un toque de enojo en aquel gesto, mientras las luces del pasillo hacían que su cabello castaño oscuro pareciera que tuviera reflejos caoba.

Parpadeé varias veces, enarcando ambas cejas de manera cómica, antes de señalar mis gafas:

—¿Acaso no es obvio? ¿Necesitas mis gafas para comprobarlo? Psss… Apártate a un lado, tengo prisa.

Intenté sortearlo, pero, inesperadamente, me arrinconó contra la pared.

—No me toques los huevos, enana —me amenazó, su cálido y dulce aliento acariciando mi rostro.

Nos quedamos en silencio, observándonos el uno al otro. Yo con la perplejidad dibujada en el rostro, y él con el gesto molesto… como de costumbre cada vez que me veía.

Estuvimos así durante un rato más, sin apenas movernos. Cuando esa energía de odio fluía entre nosotros, no necesitábamos mucho más.

¡Nos lo decíamos todo sin la ayuda de palabras!

Y menos mal que nunca recurríamos a la violencia física, aunque ganas no me faltaban de tirarle algo a la cabeza para fundirle las pocas neuronas que debía tener.

—Si no me sueltas ahora mismo, lo que le haré a tus huevos será mucho peor que si te los hubiera tocado. Para que lo entiendas mejor: haré una tortilla con ellos.

Él esbozó una sonrisa ladina que me puso los vellos de la nuca de punta. Era un capullo integral… pero, por desgracia, era esa clase de capullo guapo y endemoniadamente atractivo.

Sí, él era Maximiliano Marti. Además de ser el mejor amigo de mi hermano y mi archienemigo número uno, también era el compañero de clase y de fútbol de Miguel.

Max se aproximó a mí, lentamente como un depredador, y no se detuvo hasta que nuestros rostros quedaron a escasos centímetros de distancia. Luego apoyó el antebrazo por encima de mi

cabeza mientras su cuerpo se cernía sobre el mío.

Por un instante, noté que me faltaba el aire, pero el olor de su perfume tan varonil me embriagó provocándome una oleada ardiente por dentro.

¡Uff!

Aquel olor era muy característico en él y, muy a mi pesar, me encantaba…

—¿Y crees que serás capaz, enana? Bueno, tal vez si te subes a una silla y… ¡Joder! —exclamó cabreado cuando alcé mi rodilla y, por mala suerte, solo logré rozarle la entrepierna, pues el muy cabrón tenía buenos reflejos y pudo sujetarme la pierna a tiempo.

Sentí escalofríos nerviosos que descendían por mi espalda, mientras intentaba mantener el equilibrio sobre una pierna, temblando, pues Max seguía sujetándome la pierna izquierda con determinación, con sus dedos clavados en mi muslo.

Una sonrisa brotó de la esquina de sus labios cuando notó mi respiración entrecortada.

—Eres peor que un grano en el culo, enana…

—En el fondo sé que me adoras, Marti…

Él gruñó cabreado, pues odiaba que lo llamara por su segundo nombre, que era el mismo que el de su padre; de la misma manera que yo odiaba que me llamara por aquel apodo.

—Así es… pero muy, muy en el fondo… —Sus largos dedos acariciaron la costura interior de mi pantalón, dirección ascendente, tan decididos, tan ágiles, que casi se me salieron los ojos de las órbitas cuando empecé a sentir entre las piernas una cálida sensación como de humedad.

—Te odio —logré susurrar.

—Y yo a ti más, enana.

Apenas podía distinguir el color azul grisáceo de sus ojos por culpa de sus pupilas dilatadas que parecían mirarme curiosamente, expectante de algún movimiento por mi parte.

Desde que éramos unos niños, Maximiliano y yo siempre nos hemos odiado.

¡Éramos como el perro y el gato!

El hecho de que él fuera dos años más mayor que yo y que midiera un metro ochenta con solo dieciocho años, no había razón alguna para que me llamara enana, teniendo en cuenta que yo medía un metro sesenta y cuatro.

Pero como era el mejor amigo de mi hermano y muy querido por mis padres, especialmente por mi madre, pues Max nunca supo lo que era el cariño maternal desde que su madre lo abandonó con tan solo cinco años; tenía que morderme la lengua y callar lo que realmente pensaba de aquel estúpido. Porque si opinaba algo malo sobre el aparente angelito de Maximiliano Marti, mis padres y mi hermano me trataban como la villana de la historia.

—¿Acaso no piensas soltarme, maldito idiota? —le pregunté, apretando los dientes para intentar dominar el enojo creciente.

—Tengo pensado soltarte, enana… pero cuando llegue el momento —respondió, esbozando una sonrisa ladina que, por primera vez, me hizo sentir un fuerte nudo en el estómago.

Nerviosa, por lo que estaba empezando a sentir, intenté liberarme de su agarre, pero lo que hice fue empeorar las cosas porque Max perdió el equilibrio y terminó aplastándome literalmente contra la pared.

Me puse colorada, incapaz de ignorar aquel enorme bulto bajo la tela de su pantalón vaquero apretando contra mi entrepierna.

Ambos nos observamos fijamente, sin apenas pestañear, con las puntas de nuestras narices rozándose.

¡Incluso se me empañaron las gafas por culpa de su cálido aliento golpeando en mi rostro!

Los dos parecíamos igual de sorprendidos y avergonzados, sin apenas mover ni un músculo

o pestañear, temerosos de hacer un movimiento en falso y empeorar las cosas.

—Te veo muy irritada, enana. Supongo que estás con la «monstruación»…

—Se dice menstruación, gilipollas.

—Oh, no, créeme cuando te digo que en esos días del mes pareces un ogro.

Fruncí el ceño cuando volví a sentir una calidez allí abajo, pero, esta vez, noté un líquido que se deslizaba por mis piernas. Abrí los ojos como platos, asustada y nerviosa, consciente de que me había bajado la regla.

—¿Cómo… —Intenté formular la pregunta, pero me temblaba la voz—. ¿Cómo sabías que hoy me bajaría la… —Apreté los labios para ahogar un chillido de frustración, sin poder terminar la frase, mientras controlaba las lágrimas que me arrasaban los ojos.

—¿Qué ocurre? —inquirió él, en un claro tono de preocupación.

¡Joder!

¿Por qué Max podía leerme la mente con tanta facilidad?

—Suéltame… necesito ir al baño —susurré, nerviosa, observando en ambas direcciones para asegurarme de que no hubiera nadie en los pasillos.

Que me bajara la regla en pleno instituto era como si estuviera sentenciada a muerte… ¡Aquello sería un recuerdo que perduraría en las mentes maquiavélicas de mis compañeros adolescentes, idiotas que no sabían normalizar la menstruación de las mujeres!

Nerviosa y sin saber cómo lidiar con aquella situación, salí corriendo de allí, pero apenas pude dar dos pasos, pues Max me agarró del brazo para impedírmelo. A punto de gritarle que me dejara en paz, quedé petrificada cuando lo vi sacar su chaqueta para luego atármela a la cintura.

¡Mierda!

Me quería morir… rollo: tierra trágame y escúpeme en mi cama, por favor.

Sentía que estaba a punto de desmoronarme y creo que Max fue consciente de ello, pues me agarró del mentón para que lo observara a los ojos.

—Solo es sangre… no pasa nada.

Lo observé fijamente, sin apenas pestañear, embobada con el iris azul claro de sus ojos… mi color favorito.

Hice una mueca de dolor cuando sentí una punzada en mi bajo vientre. Aquello era horroroso. Mis periodos menstruales solían ser bastante dolorosos durante los primeros días… una completa tortura.

—¿Estás bien? —inquirió él, sujetándome por los hombros—. Joder, no sabía que eso pudiera dar tanto dolor… —habló a toda prisa, nervioso—. Solo es echar sangre… como cuando te sangra la nariz, ¿no? Y…

—¡Max, cierra el pico! —le dije irritada, efectivamente, convirtiéndome en un ogro—. Dios, esto no me puede estar pasando, no… ni siquiera tengo una compresa en mi mochila —sollocé, cubriéndome la cara con las manos.

Sin esperármelo, Max me alzó en brazos como si fuéramos una pareja recién casada.

—¿Qué estás haciendo? Bájame ahora mismo, idiota —susurré para no llamar la atención de nadie.

Max me ignoró por completo, caminando por los pasillos con el objetivo de llevarme a los aseos femeninos.

Empujó la puerta con el pie y, por suerte, no había nadie. Luego me bajó con mucho cuidado y me lanzó una mirada ceñuda, como si estuviera esperando alguna indicación por mi parte.

—¿Qué? —le pregunté, sonando irritada y frustrada.

—Estoy esperando a que me digas qué tengo que hacer.

Abrí los ojos como platos.

—¡Por Dios! ¿Hacer qué? —inquirí nerviosa, sintiendo cada vez más sangre entre mis piernas.

—Has dicho que no tienes compresas…

Me mordí el labio inferior y me crucé de brazos para aliviar el dolor de mis ovarios.

—Sí, cierto…

Él asintió lentamente con la cabeza.

—Está bien, entonces, iré a pedirle una a la profesora y…

—¿Qué? —chillé, interrumpiéndolo, haciendo que él pegara un brinco por el susto—. ¿Estás loco? ¡Me moriré de la vergüenza!

—Enana, soy yo el que técnicamente debería morirse de la vergüenza y… ¿sabes qué? ¡Me la pela! —dijo, antes de darse la vuelta para salir de los baños, pero lo sujeté de la camiseta para impedírselo.

—Espera… ¿podrías… —No era capaz de hablar sin que me temblara la voz.

—¿Si puedo qué, enana? —inquirió, esperando pacientemente, todavía con el ceño fruncido, claro signo de preocupación.

—¿Podrías ir al súper y comprarme un paquete pequeño de compresas, por favor? Luego te daré el dinero y…

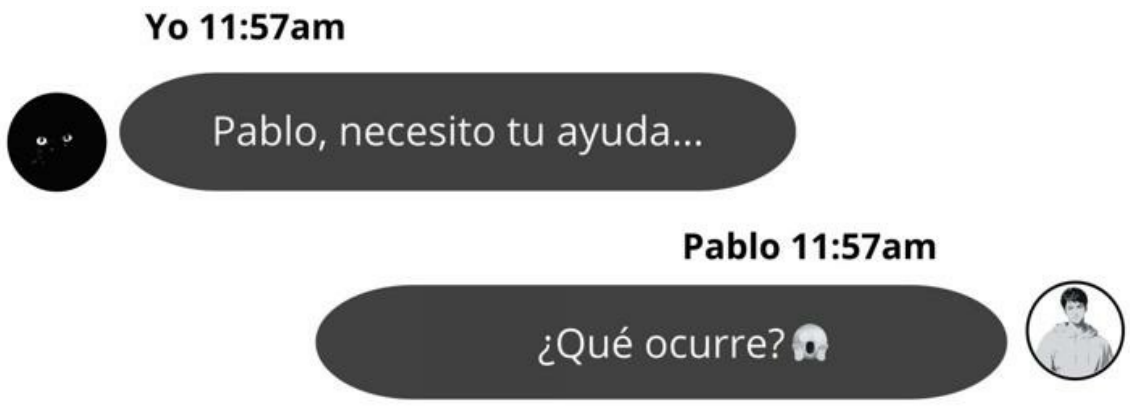
Max me agarró de la muñeca para que le soltara la camiseta, pero cuando su dedo pulgar trazó un círculo en la palma de mi mano, sentí un cosquilleo de pies a cabeza.

—Espérame aquí. Vendré en menos de cinco minutos —dijo, y aquello sonó como una promesa…

Lo vi alejarse de la puerta, corriendo a toda hostia.

Joder, mi reputación y ser el hazmerreír de todo el instituto dependía de mi enemigo número uno… ¡aquello era mucho peor que una pesadilla!

Desesperada y, lo peor de todo, asustada, pues, sinceramente, no confiaba al cien por cien en Max; decidí enviarle un mensaje de texto a mi hermano:



Yo 11:58am

Es Andrés...

Pablo 11:59am

¿Andrés está de visita? 💧



Yo 11:59am

Como todos los meses, joder...

Pablo 12:00pm

Valeee 😐 tranquila
Dime dónde estás



Yo 12:01pm

En los aseos de la primera planta. Max ha ido a comprar compresas, pero no me fío ni un pelo de él...😒

Pablo 12:02pm

¿Que Max hizo qué?
😮 mira 👉 hasta el emoticono se ha quedado sin cejas de la impresión...





Le quité el sonido al móvil y me lo guardé. Si seguía un minuto más conectada en el WhatsApp, terminaría escribiendo algo de lo que luego me arrepentiría porque sí, Max tenía razón… en los días de marea roja me transformaba en un ogro.

Me abracé a mí misma para entrar en calor y tranquilizarme un poco.

Los cólicos menstruales eran un horror. En mi caso, un dolor que interfería con mis actividades diarias y que, por ello, necesitaba recurrir a mis calmantes…

«¡Mierda! Mis calmantes… los dejé en casa», pensé para mis adentros.

Me saqué la chaqueta de Max y me observé en el espejo. Tenía una pequeña mancha de sangre en la zona del trasero, nada grave, y que podía ocultar fácilmente con la chaqueta.

—Joder… —musité adolorida, sintiendo más calambres en la parte inferior de mi abdomen.

Me encerré en un cubículo y me senté en la tapa del váter a esperar por Max… bueno, para qué hacernos falsas ilusiones, estaba claro que él no iba a volver, así que… esperé por mi hermano.



Pasaron pocos minutos cuando escuché a alguien correr por los pasillos como si se le fuera la vida en ello. Me puse alerta, de pie, cuando esa persona entró de golpe en los baños, respirando agitadamente.

—Enana… —susurró Max entre jadeos.

Abrí la puerta del cubículo lentamente y fruncí el ceño cuando vi a Max cargar una bolsa llena de paquetes de compresas y cajas de tampones.

—¡Te dije que solo necesitaba un paquete pequeño!

Él, todavía con las manos apoyadas en las rodillas intentando recuperar el aire, dijo:

—¿Tienes idea de cuántos tipos de compresas hay?

—Max… todas son iguales…

Él se incorporó de golpe, estirándose en su metro ochenta y fulminándome con la mirada.

—Compresas normales, compresas para noche, compresas extrafinas, compresas tocológicas, compresas para tanga, compresas reutilizables, compresas para flujo ligero o intermedio… —habló de carrerilla, sin darse un respiro, al mismo tiempo que sacaba de la bolsa cada modelo de compresa que iba citando y las dejaba sobre el lavamanos—. ¡Por Dios! Incluso hay compresas con alas… ¿por qué cojones una compresa necesita alas? —preguntó con una ceja enarcada, sacudiendo el paquete en el aire y negando con la cabeza—. Esto estaría guay para usar en una campaña publicitaria de *Red Bull*…

Di un pisotón en el suelo, hartándome de aquel espectáculo y le saqué el paquete de las manos.

—¡Dame esas!

—¿Con alas?

—Sí, esas son las que uso yo…

Él sonrió de medio lado, no de una manera burlesca, sino todo lo contrario…

—¡Vete de aquí! —le grité, notando las mejillas ardiendo, antes de cerrar la puerta del cubículo con tanta fuerza que el sonido hizo eco por todas las esquinas.

—Ya empiezan los efectos secundarios de la «monstruación»…

—Uff…

—Menos mal que no me has pedido los tampones. Dios mío, me quedo más aliviado al saber que no llevas esta cosa metida ahí dentro.

—Max… —gruñí entre dientes cuando lo escuché romper el envoltorio de un tampón.

—¡Hablo en serio, enana! —dijo con indignación—. Joder, ¿y este hilo tan largo? ¿Esto también va dentro?

Cerré los puños a ambos lados de mi cuerpo, intentando no ser borde con él después de haberme ayudado, pero me estaba costando demasiado trabajo controlarme…

—No, el hilo queda fuera…

—Dios mío, como una bomba… —musitó él con angustia.

—Max, por favor… —dije, forzando un tono de voz amable.

Fruncí el ceño cuando escuché correr el agua del grifo.

—¡Ah, me cago en la puta, joder! —exclamó, completamente alarmado.

Puse los ojos en blanco, consciente de que había mojado el tampón.

—Max…

—Esta mierda tiene que doler mucho a la hora de sacarlo de la vagina, joder. Por favor, María, nunca uses uno de estos…

—Max —gruñí, a punto de perder la paciencia.

—Dios… —susurró, probablemente pensando en voz alta—. Esto te absorbe hasta la sangre del corazón… no me jodas, María.

Golpeé la puerta con el puño, antes de gritarle a todo pulmón:

—¡Maximiliano Marti, sal de aquí, joder!

—Vale, vale… tranquila, ya me voy —susurró, pero, aunque no podía verlo, sabía que estaba sonriendo.

Cerré los ojos y solté un suspiro de cansancio, para luego observar atentamente el paquete de compresas. Sin poder evitarlo, esbocé una sonrisa tonta al darme cuenta de que Max había cumplido su promesa… me había ayudado.



Salí de los aseos con la sensación de que llevaba una bomba en la mochila, la cual podría explotar en cualquier momento y cientos de compresas saldrían disparadas por los aires como si fueran confeti.

Frené en seco, todavía bajo el umbral de la puerta, cuando vi a Max apoyado contra la pared y con los brazos cruzados. Su pierna derecha estaba doblada con la suela de su zapato colocada contra la pared, observando fijamente el suelo, sumido en sus pensamientos, mientras las hebras castaño oscuro de su cabello caían hacia delante sobre sus ojos.

Carraspeé con fuerza y él desvió su atención hacia mí. Su mirada, poco a poco, fue adquiriendo un brillo especial al verme, mientras las comisuras de su boca tiraban hacia arriba hasta esbozar una media sonrisa.

—¿Qué te causa tanta gracia? —inquirí para romper aquel incómodo silencio.

—Es que me haces muy feliz, enana…

Sus palabras me ruborizaron, pero esos comentarios eran muy típicos de Max… simplemente lo hacía para chincharme y sacarme de quicio.

Desvié la mirada hacia la pared del pasillo y abrí los ojos alarmada cuando vi la hora en el reloj.

—¡Mierda! La clase de literatura… —susurré, pensando en voz alta, antes de correr por el pasillo, pero Max se interpuso en mi camino—. Apártate.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—Oye, te he hecho un favor… esperaba que, por lo menos, me dieras las gracias.

Sonreí forzadamente y pestañeé a toda velocidad, pero él seguía a la espera de mi respuesta.

—Gracias por comprarme una colección de compresas. Nadie había hecho eso por mí nunca.

Max se pasó la lengua por los labios y dio un paso hacia mí, intimidándome con su altura. Lo observé atentamente cuando introdujo una mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una caja de pastillas… ¡eran mis calmantes para el dolor!

Abrí la boca, sorprendida, pero luego, inconscientemente, esbocé una sonrisa. Aquello era mi salvación para aguantar el resto de la mañana sin dolor.

A punto de coger la caja, Max estiró su brazo hacia el techo para que no pudiera alcanzarla.

—¿Las quieres? —inquirió con una voz ronca que me puso la piel erizada.

—Sí… —musité.

Max se inclinó hacia mí, con su rostro a pocos centímetros del mío. El azul en sus ojos brillaba con una intensidad fuera de lo normal, hipnotizándome… hechizándome…

—¿Qué me darás a cambio, enana?

Retrocedí unos pasos cuando él intentó pegarse más a mí, pero mi espalda, de repente, chocó contra la pared. Estaba atrapada…

—Pide y veremos… —susurré con la voz temblorosa, notando un calor entre mis piernas, pero, esta vez, no por culpa de la regla.

Max se pasó la lengua lentamente por los labios, sin apartar su abrasadora mirada de mis ojos.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Ni que fueras a pedirme un beso…

Sus pupilas se dilataron y luego bajó su mirada a mi boca.

—Si te lo pidiera… ¿me lo darías?

La punta de su nariz rozó la mía y sus ojos estaban nublados con algo que parecía lujuria, pero tampoco podía asegurarlo… era la primera vez que veía a Max así.

—Me gusta verte con mi ropa puesta… —susurró él, su aliento golpeando mis labios.

—¿Por qué? —logré musitar con voz apenas audible.

—Porque parece que eres mía…

De repente, la tensión sexual nos envolvió, atrayéndonos el uno al otro, acortando las distancias. Sabía que aquello estaba mal y que luego me arrepentiría… pero quería besar a Max, mi cuerpo me lo estaba pidiendo a gritos.

¡Ah, maldita sea! ¡Aquello era culpa de la regla, tenía que serlo!

Cerré los ojos y dejé que Max hiciera conmigo lo que le diera la gana, que me besara si ese era su deseo porque… porque… bueno, porque quería las pastillas… ¡claro, lo haría por eso, no porque yo estuviera deseando probar sus tentadores y jugosos labios!

—¿Pero qué demonios estáis haciendo? —preguntó mi hermano Pablo, apareciendo por detrás de Max.

—Dios, no… —musité por lo bajo, ordenando a mis manos empujar a Max para apartarlo de mí, aunque parecía que mi cerebro no se ponía de acuerdo con mi cuerpo—. ¡Ah! —chillé cuando Max guardó las pastillas en el bolsillo de mi sudadera y luego se separó de mí de manera abrupta, haciendo que me sobresaltara un poco.

—Tu hermana es una acosadora —le dijo Max a mi hermano, quien tenía el ceño fruncido en un claro gesto de confusión.

Abrí la boca, indignada, pero él se me adelantó.

—Casi me come la boca, tío. Agg… —Hizo un gesto de asco y sacudió su cuerpo como si

tuviera escalofríos.

La cólera acumulada explotó en mi interior.

—¡Eres un capullo! ¡Un mentiroso compulsivo! —le chillé a todo pulmón, acusándolo con mi dedo índice.

Pablo se interpuso entre los dos, poniendo cara de circunstancias, al mismo tiempo que estiraba sus brazos en cruz para que ni Max ni yo diéramos un paso más.

—¿Es eso cierto, María? —me preguntó mi hermano, haciendo que perdiera la paciencia.

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

Max movió la cabeza sin dejar de chasquear la lengua con desaprobación.

—Ay, enana… venga, dile la verdad a tu hermano.

—¿Qué verdad, gilipollas? —le pregunté, dando un paso al frente, a punto de que se me cayeran las gafas al suelo por la brusquedad de mi movimiento, pero Pablo puso una mano en mi pecho para frenarme.

—La verdad de que querías que yo fuera tu primer beso… —susurró con voz ronca.

Casi se me cayó la mandíbula al suelo.

Max se llevó las manos a los bolsillos de su pantalón, sonriendo de medio lado y sin sacarme la mirada de encima para intentar provocarme.

Tragué saliva con fuerza para aliviar el nudo que se había formado en mi garganta y, con voz serena y apacible, refuté:

—Oh, Marti… —Chasqueé con la lengua, esbozando una sonrisa maliciosa—. ¿Qué te hace pensar que yo ya no haya tenido mi primer beso con otro tío?

Las facciones de Max se fueron relajando poco a poco, incluso se le aflojó la mandíbula. Su rostro expresaba confusión y enojo, pues sus manos, que todavía descansaban dentro de los bolsillos de su pantalón, se habían apretado en dos puños fuertes.

—Si me permites… —le hablé a mi hermano para apartarle la mano de mi pecho y bordearlo—. Tengo cosas más importantes que hacer… —les dije, pero clavando la mirada en el idiota de Max para lanzarle dardos envenenados y que pudiera absorber por todos los poros de su piel el gran odio que le tenía.

Max, por el contrario, seguía confundido y sin dar crédito a la gran mentira que acababa de decir, pues yo no me había besado con nadie… todavía.

Les di la espalda para encaminarme hacia la clase de literatura, escuchando su conversación:

—¿Es en serio, *bro*? ¿Vas a quedar así de tranquilo sabiendo que otro tío le está comiendo la boca a tu hermana? ¡Joder! —gritó Max, completamente enfurecido.

—¿Quieres tranquilizarte un poco?

—¿Cómo quieres que me tranquilice? Soy un hombre, Pablo, y sé cómo pensamos… tu hermana tiene que dejar de verse con ese chico… ¡con cualquier tío!

—*Bro*, María ya no es una niña. Deja de tratarla como tal.

—¡Me cago en la puta, Pablo! ¡Tiene dieciséis años!

—Max, ¿tengo que recordarte a qué edad perdiste la virginidad? No me jodas, colega…

Aminoré el paso para escuchar mejor aquella conversación, antes de doblar la esquina.

—¡Es distinto! —expresó frustrado.

—¿Por qué? ¿Porque ella es una mujer y tú un hombre?

—¿Qué? ¡No, joder! Me importa una mierda lo que hagan las demás tías con su cuerpo. ¡Cada uno es libre de hacer lo que le dé la gana con su vida!

—¿Entonces, por qué te pones así?

—Porque ella lo es tod…

Frené en seco para saber qué iba a responder Max, pero alguien me sujetó por el brazo y me hizo soltar un chillido por el susto.

—Martínez. —Era mi profesora de literatura.

Me llevé una mano al pecho, tratando de calmar mi agitado corazón.

—Llegas tarde a mis clases. No hagas que me sienta defraudada contigo. Eres una de mis mejores alumnas.

—Lo siento, no volverá a suceder… —susurré en voz baja, mientras ella estiraba su brazo para señalar la puerta de su clase.

Caminé hacia allí, no sin antes echar un último vistazo hacia atrás y comprobar que Pablo ya no estaba en los pasillos, sino Max con una mano en la cabeza, despeinándose con cierta frustración, hasta que alzó su mirada del suelo y la clavó en mí, segundos antes de que yo doblara la esquina y desapareciera de su campo de visión…



Salí entusiasmada del instituto. Se habían acabado las clases y no tenía trabajos pendientes, bueno, excepto los apuntes de literatura de Laura. Como siempre, tendría que echarle una mano para ayudarla con sus tareas. ¡Pero me daba igual! Es decir, era viernes… el día de la semana que más me gustaba porque sí, porque era viernes y eso implicaba que se acababa la semana de estudios y que echaban un capítulo de mi serie favorita. A ver, sé que, bajo el punto de vista de otros, mis planes para los viernes no eran muy divertidos, pues me los solía pasar encerrada en casa leyendo o viendo películas; a diferencia de los demás estudiantes que solían salir de fiesta hasta las tantas de la madrugada. Sí… salir de fiesta como lo haría yo esa misma noche.

«Ay, mierda, es verdad… el cumpleaños de Melany», pensé para mí misma con aborrecimiento.

Bajé las escaleras sin disminuir el ritmo hasta llegar a los aparcamientos para encontrarme con mi hermano. Los dos solíamos caminar juntos de vuelta a casa, pues Pablo todavía se estaba sacando el carnet de coche.

No pensaba nada en particular, simplemente caminaba despacio, mientras golpeaba una piedrecita con la punta de mis zapatillas rosas, hasta que escuché un gran alboroto que contrastaba con el silencio de los aparcamientos, pues a esas horas todo el mundo ya se había pirado del instituto.

Giré la cabeza hacia aquel ruido, encontrándome con Miguel y su grupo de amigos. Uff, era tan guapo… ¡maldita sea!

Me mordí el labio inferior, observándolo disimuladamente. Miguel tenía los ojos del mismo color que el chocolate… ¡y adivinad! A mí me encantaba el chocolate. Su pelo rubio platino lo llevaba en un peinado de medio lado, con las puntas ligeramente rizadas. Su rostro era perfecto y tenía una mandíbula cuadrada, muy varonil.

Ahogué un gemido y frené en seco cuando lo vi sonreír con uno de sus compañeros de fútbol.

¡Por el amor de Dios!

Su sonrisa era tan atractiva…

Fruncí el ceño, desconcertada, pues me pareció que sus ojos se habían desviado hacia mí.

¡Dios Santo!

Me había quedado sin habla, como si me hubiesen comido la lengua… pero, ¿qué digo? ¡Me había quedado sin respiración!

A él pareció divertirle mi reacción, pues su sonrisa tornó pícara.

—Ay, Dios, esto no puede estar pasando… —musité en voz baja cuando él alzó una mano para saludarme.

Pestañeé repetidas veces para despertarme de mi ensimismamiento y, cuando salí de aquel estado de atontamiento, alcé la mano y le devolví el saludo.

«¡Madre mía! ¡Seguro que ya ha descubierto que soy yo la autora de todas las notas de amor que le he escrito!», pensé con emoción.

Pero cuando lo vi enarcar una ceja, mientras otro compañero lo sujetaba por los hombros para reírse de mí, supe que algo malo estaba pasando…

—Enana…

Aquella voz… ¡mierda!

Cerré los ojos con fuerza, consciente de que detrás de mí estaba Max… es decir, Miguel y sus compañeros lo habían saludado a él, no a mí.

«Por favor, tierra, trágame ahora mismo. No me dejes ni un minuto más en este planeta inmundo», pensé.

Cuando volví a abrir los ojos, mi amor imposible y platónico ya no estaba allí.

El silencio volvió a reinar en el ambiente, hasta que Max lo rompió:

—Oye, enana, tengo cosas más importantes que hacer… ¿vienes o te quedas?

Fruncí el ceño, apretando tanto los dientes que creí que, en cualquier momento, acabaría por rompérmelos.

Giré sobre mis talones y me encaré con él, destilando rabia por todos los poros de mi piel.

Max soltó un largo silbido de sorpresa, antes de sacar una cajetilla de tabaco del bolsillo de su sudadera y llevársela a la boca.

—Alguien está de malas pulgas…

—No soy un perro para que hagas esa comparación —le dije, cruzándome de brazos como si aquella expresión fuera la cosa más ofensiva del mundo.

—Algún día me pedirás que te trate como tal… —susurró con voz ronca, al mismo tiempo que sujetaba el pitillo con los labios y hablaba con la boca torcida—. Además, te lo debo por el regalo que me hiciste en mi cumpleaños… —dijo, agarrando su collar de acero con el dedo pulgar.

Me mordí el interior de mi mejilla, recordando las palabras exactas de nuestra conversación en el día de su dieciocho cumpleaños…

«—Quiero que sepas que te he regalado algo porque mis padres y mi hermano me han obligado…

Él sonrió de medio lado, al mismo tiempo que acariciaba el collar.

—Me gusta, enana, lo llevaré siempre conmigo —dijo, intentando provocarme.

—Sí, ya sabes que siempre me han gustado los perros. Así que dije: un collar para mi perro.

Max se pasó la lengua lentamente por el labio inferior, devorándome con la mirada. Me puse nerviosa cuando se inclinó hacia mí y me susurró con voz ronca al oído:

—Si llevar este collar significa que soy todo tuyo… entonces, no me lo sacaré nunca, enana».

Parpadeé varias veces para despertarme de mi ensimismamiento, mientras Max seguía mirándome fijamente, sin apenas pestañear, como si supiera que estaba pensando en él.

¡Maldición!

Maximiliano era la reencarnación de un dios griego, pero con la personalidad de un demonio.

Puse los ojos en blanco, pues no había entendido sus palabras ni tampoco me interesaba comprenderlas.

—Está prohibido fumar en el recinto —le recordé las normas del instituto, intentando cambiar de tema.

Él abrió la boca en una fingida sorpresa que hizo que pusiera los ojos en blanco, otra vez. Luego volvió a esbozar una sonrisa ladina y a aspirar profundo su cigarrillo, antes de expulsar el humo contra mi rostro.

—Me gustan mucho las cosas prohibidas… —murmuró con voz cavernosa, mirándome de arriba abajo con demasiada atención.

Tosí cuando el humo invadió mis fosas nasales. En ese momento, mis ganas de partirle la cara aumentaron de manera exagerada, mientras agitaba las manos en el aire para disipar el humo del cigarrillo.

Max murmuró algo por lo bajo, antes de soltar el pitillo y pisarlo con la punta de sus

zapatillas.

—¿Mejor así, enana? Para que luego digas que soy un demonio… —dijo, enfundando sus manos en un par de guantes.

Lo observé embobada por unos segundos, mientras él sujetaba con los dientes la correa de velcro y tiraba de ella con fuerza, pero cuando alzó su mirada hacia mí, parpadeé varias veces y desvié la atención hacia otro lado.

¿Por qué todo lo que hacía Max se veía jodidamente sexy? Y, peor aún… ¿desde cuándo empecé a verlo de aquella manera tan lasciva?

—El olor a tabaco es horrible. No sé por qué te gusta tanto —le dije de brazos cruzados.

—A las chicas con las que salgo les gustan mis besos con sabor a nicotina.

Puse los ojos en blanco.

—Yo nunca saldría con un fumador.

Max dejó de sonreír y me miró fijamente a los ojos, como si estuviera pensando en algo. Me puse tan nerviosa que, al final, rompí el silencio y aquella repentina tensión que se instauró entre nosotros:

—¿Dónde está Pablo?

—En una mierda de reunión de… ¿cómo era? ¿Del consejo estudiantil? Bah, yo qué sé. Si te soy sincero, no le presté mucha atención —dijo, al mismo tiempo que terminaba de ajustarse los guantes—. ¡Listo! —exclamó con emoción, antes de centrar toda su atención en mí—. ¿Nos vamos?

Enarqué ambas cejas y solté un bufido de risa irónica.

—¿Nos vamos? —repetí su pregunta para asegurarme de que lo había escuchado bien—. ¿Me estás incluyendo en tus planes?

Él se cruzó de brazos, volviendo a apoyarse contra su moto.

—Aaahhh… —soltó un suspiro de fastidio—. Sí, lo sé… hacer cosas contigo también es algo horroroso para mí, créeme. Pero tengo otro plan en mente que te aseguro que lo pasarías muy bien conmigo, enana…

Fruncí el ceño, todavía sin entender sus insinuaciones de mierda, pues la mayoría de ellas solían ser bromas pesadas para simplemente chincharme y ponerme nerviosa, así que, pasé de preguntarle a qué se refería y así evitar que se burlara de mí.

—No pienso montarme en eso… —le dije, haciendo un gesto con la cabeza hacia su moto.

Él se estiró en su metro ochenta, enarcando ambas cejas y bajando la mirada a su entrepierna.

Abrí los ojos, completamente horrorizada, consciente de que él había interpretado mal mis palabras.

—¡Eres un guarro! —le grité cabreadísima.

—Lo sé, enana —dijo, sonriendo de medio lado, haciendo que me pusiera inexplicablemente colorada—. Tienes dos opciones: sí o sí —habló de nuevo, palmeando el asiento de la moto—. Así que, sé una buena chica y siéntate…

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo.

—¿Me estás tratando como un perro? —grité.

—Técnicamente, sería como una perra —susurró con voz sugerente.

—¡Eres increíble!

—Lo sé, gracias —expresó, fingiendo limpiarse las uñas.

—¡Que te den, me largo!

—¿En serio vas a ir andando? Estás débil… ya me entiendes —dijo, bajando la mirada a mi

entrepierna.

Me puse incómoda y apreté con más fuerza el nudo de las mangas de su chaqueta en mi cintura.

—A no ser que planees usar las alas e irte volando… —murmuró por lo bajo, esbozando una sonrisita y guiñándome un ojo.

¡Dichoso el momento en el que descubrió que usaba compresas con alas, joder!

—¡Agg! —exclamé llena de rabia, alzando los brazos al aire para luego bajarlos con pesadez, antes de darme la vuelta y largarme de allí.

Pero apenas pude dar un par de pasos, pues Max apareció por detrás de mí y me alzó en brazos como si fuera una pluma.

Sentí las mejillas arder. Estaba confundida, nerviosa, avergonzada… excitada.

Cerré los ojos con fuerza y aguanté la respiración, evitando oler el perfume de Max, mientras éste me sentaba en su moto con una delicadeza que, sinceramente, no esperaba encontrarme en él.

Cuando quedé a horcajadas sobre la moto, abrí los ojos de golpe. Sus manos, ahora enfundadas en aquellos guantes negros, se veían realmente atractivas encima de mis muslos mientras sus dedos pulgares trazaban pequeños círculos, poniéndome la piel de gallina.

—No sé por qué dices que tienes que adelgazar, enana… Puedo levantarte con un brazo. Así que, déjate de chorradas y que la idiota de Laura y sus amiguitas no te coman más la cabeza con gilipolleces…

Sentí un extraño aleteo en el estómago. Como si una mariposa estuviese lista para dejar de ser capullo y volar. Joder, qué mal sonaba aquello, pero me valía para describir lo que me estaba pasando en aquel preciso momento.

¡Uff!

No quería sentir aquellas cosas por él. Maximiliano era mi enemigo, se suponía que tenía que odiarlo… ¡que tendría que darme asco y no sentir todo lo contrario por él!

¡Maldita sea! ¡Eran las hormonas, tenían que serlo!

Estaba en esa etapa de adolescente donde el apetito sexual crecía de manera incontrolable y curiosa… ¡sí, debía ser eso!

—¿De qué te ríes, gilipollas? —le pregunté cuando sus labios se torcieron hacia un lado.

Gracias a Dios, se separó de mí y dejó de tocarme los muslos. Pero, sin saber por qué, me sentí vacía y con ganas de que volviera a acariciarme…

—Dices que me odias, pero estás montada en mi moto.

—¿Y?

—Me estás confiando tu vida. ¿Qué mayor muestra de amor hay que esa?

Me puse tan nerviosa, con el corazón a mil por hora, que mi reacción fue saltar de la moto.

—¡María! —gritó Max, entre una mezcla de preocupación y enojo, pues le tiré el casco al suelo por mi brusquedad al bajarme de su moto. Por no mencionar que casi me caí de bruces.

—¿Qué cojones te pasa? —me preguntó, observando su casco con una mueca de incredulidad cuando vio un enorme arañazo en la pintura negra.

—¡El problema eres tú! —le respondí, señalándolo con mi dedo índice.

De repente, observé uno de mis inconfundibles pósits de color amarillo cerca de su pie.

«Mierda, probablemente se me cayó del bolsillo de mi sudadera».

Me puse tensa, como la cuerda de una ballesta, cuando él frunció el ceño y se agachó para coger aquel trozo de papel.

Solté un suspiro de alivio cuando me di cuenta de que no había nada escrito en el pósit, pero

Max seguía con el ceño fruncido.

—No me jodas que es cierto —susurró él en voz baja, como si estuviera hablando para sí mismo, pero cuando desvió la mirada hacia mí, sentí que la mariposa de mi estómago volvía a cobrar vida—. ¿Le estás escribiendo notitas de amor a Miguel?

Me quedé muda, sin palabras. No podía creer lo que había escuchado.

¿Cómo demonios sabía él que yo estaba enamorada de Miguel?

Entonces, se me encendió una bombilla en la cabeza. Me empezó a temblar el mentón mientras la ira burbujeaba en mi pecho, cuando fui consciente de las dos únicas opciones que Max pudo descubrir mi secreto:

1. Que Laura se lo hubiera contado (opción descartada).
2. Que el capullo de Max hubiera entrado en mi habitación a hurtadillas y hubiese leído mi diario (opción válida).

Quería llorar y sacar esa gran rabia que albergaba en mi corazón, pero la única manera que encontré para descargar esa ira fue acercarme a la moto de Max y tirársela al suelo.

—¡Me cago en la puta, María! ¿Qué estás haciendo? —gritó, cabreado como nunca antes lo había visto, mientras intentaba levantar la moto.

—¡Has entrado en mi habitación sin mi permiso! —chillé, perdiendo la compostura—. ¡Has leído mi diario, capullo!

Cuando Max volvió a poner la moto de pie, apenas desvió su atención a ella para comprobar si tenía algún arañazo, pues sus ojos seguían clavados en mí.

Podía ver la ira reflejada en su mirada, pero no me amilané.

—No quiero volver a verte más en mi vida.

Él enarcó ambas cejas. Parecía más dolido con mis palabras que por haberle tirado su preciada moto.

—Pues vas a tener que joderte, enana, porque soy el mejor amigo de tu hermano —dijo, dando un paso hacia mí, mientras apretaba los puños con tanta fuerza que sus nudillos quedaron blancos.

—Si vuelvo a verte cerca de mi habitación… —susurré, dejando en el aire la amenaza.

Él sonrió de medio lado con malicia.

—¿Qué, qué me harás, enana? —inquirió, acercándose más, mientras su pecho subía y bajaba arrítmicamente.

Un músculo palpitaba en su mandíbula. Parecía estar dominando su ira, pues, si hubiera sido otra persona cualquiera la culpable de haberle tirado la moto al suelo, Max habría terminado a puñetazos con ella.

Me quedé callada cuando el olor de su perfume llegó a mis fosas nasales, haciendo que me olvidara por unos segundos de que lo odiaba con todo mi ser.

—Te veo demasiado frustrada… —susurró con voz ronca, dando otro paso hacia mí, antes de colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja. Sinceramente, aquel gesto me tomó desprevenida—. ¿Te masturbas, María?

Abrí los ojos como platos, sorprendida por su pregunta. Intenté insultarlo como se merecía, pero me había puesto tan nerviosa y excitada, que lo único que pude hacer fue balbucear como una niña pequeña.

Max se inclinó hacia mí para quedar a la misma altura que mi rostro.

—Te recomiendo hacerlo. Si me dejas, puedo echarte una mano… o los dedos… o, mejor aún, la lengua… lo que tú prefieras.

Mi respiración era jadeante y entrecortada, tenía la boca seca como si me hubiera tragado un

puñado de tierra. Si me hubieran puesto una botella de agua al alcance de mi mano, no habría tenido suficiente fuerza para tomarla.

Plas.

Sin pararme a pensar, lo abofeteé.

Max maldijo por lo bajo. Sus ojos azules grisáceos pasaron a ser fríos, y su rostro adquirió un semblante serio que me puso los pelos de punta.

¡Estaba cagada de miedo!

—Cabréate conmigo todo lo que quieras, enana. A partir de hoy, cada vez que te masturbes te acordarás de mí. —Me guiñó un ojo, al mismo tiempo que se pasaba la lengua por el interior de la mejilla para aliviar el dolor, pero aquello hizo que me pusiera más nerviosa y excitada de lo que ya estaba.

Alcé la mano para volver a abofetearlo, pero esta vez tuvo buenos reflejos y me sujetó la muñeca. Apreté los dientes, dispuesta a no rendirme tan fácilmente, y volví a hacerlo con la otra mano, pero él volvió a agarrarme como antes, solo que con su mano izquierda.

Max sonrió con malicia cuando me cruzó los brazos sobre el pecho y me hizo girar sobre mí misma para luego aplastar mi espalda contra su cuerpo.

—¡Suéltame, gilipollas! —le grité a todo pulmón, sintiéndome realmente impotente por no tener la fuerza suficiente para deshacerme de su agarre.

—Mientes, enana… puedo notar que ardes de deseo por mí.

¿Eso era cierto? ¿Podía notarlo con tanta facilidad?

¡Agg, joder!

—¡Vete al infierno! —le grité cabreada.

—Entonces, nos veremos allí y arderemos juntos.

Incliné la cabeza hacia atrás, lo más rápido posible. Max soltó un siseo de dolor y yo también lo hice cuando noté mi cabeza chocar contra su mentón.

Aproveché el momento y me solté de su agarre.

—Que las tías no quieran enrollarse contigo porque eres un capullo y por ello tengas que recurrir a tu mano derecha… ¡no es mi culpa!

—Soy zurdo, enana, me manejo mejor con la izquierda…

Max me observó con una mueca de diversión en esos labios carnosos que, de repente, se me hicieron muy apetecibles.

¡Maldita sea!

—Tengo en mi agenda un sinfín de contactos dispuestos a hacerme sentir bien… te lo aseguro. No me hace falta masturbarme —terminé de hablar, logrando que se pusiera tenso e incómodo por mis palabras.

«¡Que se joda!», pensé.

—Yo estoy en tus contactos, enana… ya sabes, cuándo quieras y dónde quieras… llámame —dijo con voz picarona, volviendo a esbozar aquella encantadora y, al mismo tiempo, desquiciante sonrisa que me ponía los pelos de punta en todos los sentidos.

—¡Te odio! ¡Te odio con todo mi ser, Marti! —le grité llena de frustración y rencor, antes de darme la vuelta y salir de allí.

Ahogué un grito cuando Max me agarró del codo y me obligó a girarme para mirarlo a la cara.

—Es un gilipollas… —soltó así sin más.

Ladeé la cabeza, confundida.

—¿Hablas de ti?

Él cerró los ojos y, durante unos segundos, no dijo nada, hasta que volvió a abrirlos de golpe.

—Hablo de Miguel —aclaró con voz más calmada, todavía sujetándome del codo—. Es un gilipollas. No te merece.

Hubo un momento en el que los dos nos quedamos en silencio, observándonos mutuamente, con los rostros separados apenas por unos escasos centímetros. No podía negar que sus palabras, de nuevo, me habían sorprendido… ¡pero sorprendido para bien!

A veces, Max me hacía perder la cabeza porque no sabía por dónde pillarlo. Había días que parecía que me odiaba de verdad, y otros días parecía mostrar cierto interés por mí… como si realmente se preocupara por mi bienestar.

Me solté de su agarre, dispuesta a mantener las distancias con él y así evitar pensamientos confusos. La única verdad que había en todo aquel asunto era que Max y yo nos odiábamos a muerte.

Me agarré a las correas de mi mochila y salí de allí caminando a toda prisa. Esta vez, Max no me detuvo, pero pocos segundos pasaron cuando escuché su moto siguiéndome todo el rato a mis espaldas, sin intervenir o molestar, hasta que llegué a casa sana y salva…


APOLLO 11

—¡María! —gritó Laura desde el salón por quinta vez.

Joder…

—¡Ya voy! —chillé en respuesta desde mi habitación para que me escuchara.

Miré por última vez mi reflejo en el espejo. De frente. De lado. El vestido que Laura me había traído era demasiado ajustado… normal, las dos no llevábamos la misma talla. Aunque de lado la curva de mi barriga era bastante evidente, de frente no se notaba tanto y, a decir verdad, tenía que reconocer que me veía distinta… incluso me atrevería a decir que me veía sexy.

Me cubrí la cara con las manos, avergonzada en lo más hondo de mi alma al pensar en la reacción de Miguel cuando me viera enfundada en aquel pequeño trozo de tela negra.

Me pasé los dedos por mi pelo, intentando que no se me notara el *frizz*. Luego retoqué mi brillo de labios, pues Laura insistió en que me maquillara y que no usara las gafas. Pero como no veía un burro a tres pasos, esa opción quedó totalmente descartada. Iría con mis gafas negras que, por lo menos, iban a conjunto con el vestido.

Observé mis zapatos de tacón bajo, cinco centímetros eran más que suficientes. Ni loca pensaba subirme a los tacones que Laura me había traído… ¡por el amor de Dios, quince centímetros! ¿Quién demonios era capaz de caminar encima de esos andamios?

—¡Maaaríaaa! —gritó de nuevo Laura, cabreadísima, perdiendo la poca paciencia que tenía.

Me sobresalté por el susto y agarré el bolso a toda prisa, antes de salir de mi habitación y bajar las escaleras.

Aún no había salido de casa y ya me sentía arrepentida, molesta y triste por tener que abortar mis planes de fin de semana para salir a una estúpida fiesta donde, claramente, no iba a ser muy bienvenida…

Mis piernas estaban temblando como gelatina cuando llegué al salón y todos se me quedaron mirando con la boca abierta.

Mi madre, Pablo y Laura estaban de pie en el recibidor. Mi abuela estaba sentada en su mecedora, observándome por encima de mi libro favorito, *Lazos Oscuros*, una novela romántica con demasiados capítulos subidos de tono, pero que a ella ese tipo de género literario le encantaba… ¡como a mí! Y, por último, sentados en el sofá grande jugando a la consola estaban mi padre y… Max.

Intenté no mirar demasiado a Max, pero estaba tan guapo vestido de negro, en contraste con aquellos ojos del azul del mar…

«¡Uff, céntrate, María!».

Hubo un silencio muy incómodo que decidí romper cuanto antes… ¡antes de que me diera un jamacuco!

—Voy a salir… —musité con voz apenas audible.

Mi padre y Max se incorporaron de golpe del sofá, fulminándome con la mirada.

—¿A dónde? —inquirió mi padre.

—¿Con quién? —preguntó Max.

Los observé con ambas cejas enarcadas, sorprendida por su compenetración. Parecían padre e hijo.

—A una fiesta de cumpleaños —respondió Laura por mí, con un tono borde y para nada amigable—. Conmigo.

Max frunció el ceño, molesto, repasándome de pies a cabeza con una mirada demasiado intensa.

—¿Te ha pedido permiso, José? —le preguntó Max a mi padre, pero sin sacarme la mirada de encima.

Abrí la boca con indignación.

¿Pero quién se creía que era él para controlarme?

—No, no lo ha hecho… —murmuró mi padre de brazos cruzados.

Puse los ojos en blanco y observé a mi madre con una sonrisa inocente y dulce.

—¿Puedo salir, mamá?

Mi madre juntó sus dos manos en actitud de plegaria y, tocando la punta de sus dedos con sus labios, asintió con la cabeza.

—Claro, cielo, mientras no salgas del país…

—¡Carmen, por el amor de Cristo! —le gritó mi padre.

Ella hizo un gesto con la mano para sacarle importancia al asunto, mientras mi abuela, con el rostro escondido tras mi libro favorito, no dejaba de reír por lo bajo.

—Vamos, querido, María ya no es tu niña pequeña.

—¡Sí que lo es, siempre será mi niñita! —protestó él con las lágrimas en los ojos.

Apreté los labios para reprimir la risa, pues mi padre era una persona muy sensible y con un enorme corazón que no le cabía en el pecho.

Pablo se acercó a mí y me sujetó del hombro.

—Estás preciosa. Este vestido te favorece mucho —me dijo, sonriendo de oreja a oreja.

—¿De verdad? ¿No crees que es demasiado ajustado? —le pregunté, pasándome la mano por la barriga, sintiéndome un poco insegura de mí misma.

Pablo abrió la boca para responderme, pero mi padre se adelantó:

—¿Ajustado? ¡Lo que creo es que es demasiado corto!

Max asintió con la cabeza para darle la razón.

—Opino lo mismo que tu padre —dijo él, apretando los dientes con fuerza—. Ve a tu habitación y cámbiate el vestido ahora mismo.

Solté una risita irónica entre dientes y elevé la barbilla con petulancia, provocando que la ira de Max aumentara a toda velocidad.

—Si subo a mi habitación, te juro que usaré otro de los tantos vestidos que Laura ha traído para prestarme. Y créeme, Marti… uno de ellos no cubre ni una cuarta parte de mi piel.

A Max casi se le desencajó la mandíbula del asombro que le supusieron mis palabras.

—Corroboro que lo que dice es cierto —intervino Laura, cruzándose de brazos, mientras su vestido color fucsia enseñaba demasiado escote.

Max gruñó como un perro rabioso, dando un paso al frente y señalando las escaleras con su dedo índice.

—O subes ahora mismo a tu habitación y te cambias de ropa, o te juro por Dios que te desvestiré yo mismo.

Mi abuela subió y bajó ambas cejas, observando fijamente a Max y luego sonriéndome a mí con pillería.

Sinceramente, ver a Max así de cabreado y alterado me excitó muchísimo. Incluso me entraron unas enormes ganas de seguir discutiendo con él y olvidarme de la maldita fiesta…

—María, me están esperando —dijo Laura, sacudiendo su teléfono móvil en el aire mientras el nombre de Melany aparecía en la pantalla—. O te vienes o te quedas.

Volví a centrar mi atención en Max, quien ahora parecía demasiado preocupado e incluso me atrevería a decir que asustado por mi respuesta.

Me aparté el pelo del hombro en un gesto altivo y me acerqué a Laura.

—Nos vamos… Esta noche pienso pasármelo en grande —susurré con malicia, observando a Max de reojo.

—¡María, espera! —gritó mi padre—. ¿Cómo iréis a la fiesta?

—Oh, no se preocupe, señor, iremos caminando —dijo Laura—. La casa de Melany está a unas pocas manzanas de aquí y…

—¡Y una mierda! —exclamó Max, furioso, agarrando su chaqueta del sofá y sacando del bolsillo las llaves del coche de su padre—. Tú vendrás conmigo…

—¿Qué? ¡Y una mierda debería decirlo yo! No pienso ir a ningún lado contigo —le dije, señalándolo con el dedo índice, pero cuando él quedó parado frente a mí, con la punta de mi dedo tocando su pecho, me sentí pequeña en todos los sentidos… y abrumada, muy abrumada.

Entramos en una batalla de miradas que solo él y yo entendíamos, mientras los demás seguían hablando y mi abuela volvía a retomar su lectura con una sonrisa pilla en la cara.

—Pero Max, tío, dijiste que esta noche jugaríamos al *FIFA* —le comentó Pablo con aborrecimiento—. Además, a ti no te gustan las fiestas, colega…

—Cambio de planes, chicos. Quiero que los dos acompañéis a María —le ordenó mi padre a mi hermano.

Fruncí el ceño, todavía fulminando a Max con la mirada cuando esbozó una sonrisa ufana.

Laura carraspeó con fuerza, a punto de volver a perder la paciencia, antes de añadir:

—Perdone que me ponga en la conversación, señor, pero me parece injusto que nos obligue a…

—Si mi hija quiere salir de fiesta, lo hará con la compañía de su hermano y Max. ¡No hay más que hablar!

De repente, en el salón se montó una discusión donde todos hablaban al mismo tiempo. Sinceramente, no me importó nada de lo que ellos estuvieran conversando, pues mi atención estaba puesta en aquel chico que me hacía sacar lo peor de mí…

—¿Qué harás, enana? —susurró él con voz ronca, bajando su mirada a mis labios, poniéndome más tensa e incómoda de lo que ya estaba—. ¿Saldrás de fiesta con tu enemigo número uno?

Tragué saliva con fuerza, al mismo tiempo que me pasaba la lengua por mis labios secos y retiraba el labial.

Max apretó las mandíbulas con determinación, mientras la manzana de Adán de su cuello subía y bajaba al tragar con fuerza.

Ambos estábamos tensos y nerviosos.

—No… no serías capaz de salir conmigo, ¿verdad? —inquirió con voz sugerente, misteriosa, mientras esbozaba una sonrisa picarona que me hizo erizar la piel de pies a cabeza—. Si quieres usar ese maldito vestido, te quedarás en casa… conmigo. —Hizo énfasis en la última palabra—. Ese será nuestro plan para esta noche, enana.

La idea era tentadora y hacía que sonara más íntimo de lo que parecía.

—No eres nadie para mandarme, Marti…

Él se inclinó lentamente hacia mí, su mejilla rozando la mía para susurrarme al oído:

—Sé una buena chica o te juro por Dios que te cargaré sobre mi hombro, te llevaré a tu habitación y yo mismo te arrancaré ese vestido de tu cuerpo… y ya sabes cómo terminará eso.

«¡Oh, sí, por favor, hazlo!», gritó la vocecita de mi conciencia.

«¡Maldita sea, cállate!», pensé para mis adentros.

—¡Está bien! —gritó Laura tan fuerte, captando la atención de todos nosotros, mientras gesticulaba exageradamente con las manos—. ¡Iremos a la fiesta con Pablo y Max! ¡Pero vámonos ya, que llegamos tarde!

Las facciones de Max se tensaron, mientras su mirada azul grisácea me fulminaba como

queriendo advertirme que no tomara una mala decisión.

Parpadeé repetidas veces para despertarme de su embrujo y negué con la cabeza, recordando lo gilipollas que él había sido por leer mi diario e invadir mi privacidad.

—María… —Su voz, grave y ronca, me provocó cosas alocadas en mi interior, pero me mantuve firme y le devolví una sonrisa fría.

—Ya has escuchado a Laura… vámonos —le dije, guiñándole un ojo con pillería, antes de darme la vuelta y salir de casa.

El frío me golpeó de lleno y decidí vestir mi chaqueta vaquera, mientras Laura seguía wasapeando en el grupo que tenía con sus amigas. Sentí la presencia de Pablo a pocos metros detrás de mí, mientras caminaba hacia la vieja camioneta del padre de Max.

—Agg, qué mierda, tío. ¿No podías haberte quedado callado? La culpa de que mi padre nos haya obligado a ir a ese estúpido cumpleaños es toda tuya —dijo Pablo, bastante molesto, antes de abrir la puerta del copiloto.

—No —habló Max con voz rotunda, señalando a mi hermano con su dedo índice—. Tu hermana se sentará ahí.

Pablo frunció el ceño, desconcertado, antes de desviar su atención hacia mí. Ladeé la cabeza y le lancé una mirada advirtiéndole que ni loca pensaba sentarme al lado de Maximiliano, pero mi hermano, cabreado porque sus planes para aquella noche se vieran estropeados por mi culpa, me agarró de la muñeca y me obligó a sentarme en el asiento del copiloto.

Observé a Max rodear la camioneta y luego se deslizó tras el volante, cerrando la puerta con demasiada fuerza, dejándome bien claro con aquel gesto que estaba furioso.

Cuando puso el motor en marcha, dio un par de acelerones bruscos y salió a toda pastilla. Max era un fanático del mundo del motor y, aunque pareciera un loco conduciendo, teniendo en cuenta que apenas llevaba un par de meses con la licencia de conducir, tenía que reconocer que era muy buen piloto. Al parecer, su padre le había enseñado a conducir desde los doce años. Y todo con la finalidad de que su hijo pudiera ir a buscarlo cada vez que apareciera tirado, borracho y drogado, en alguna cuneta del pueblo.

Fruncí el ceño, incómoda con el fuerte olor a marihuana. Incluso había varios restos de porros amarillentos amontonados en el cenicero, junto con las colillas apagadas.

Desvié la mirada hacia Max, quien se había encendido un cigarrillo, preguntándome si él también fumaba esa mierda. Temía que él cayera en el vicio de las drogas como le había sucedido a su padre…

—No son míos, si es lo que te estás preguntando —susurró él con un tono de voz bajo, lo suficiente para que solo yo lo escuchara, mientras Laura y Pablo seguían ensimismados en sus teléfonos móviles y tarareando la música de la radio.

Parpadeé varias veces, sorprendida por lo fácil que era para él leerme la mente. Aunque me jodiera reconocerlo, Max me conocía como la palma de su mano.

—Lo sé… —musité.

Él desvió la mirada de la carretera para observarme por unos segundos, mientras el humo del pitillo se interponía en nuestro campo de visión.

—Si te incomodan, puedo tirarlos… —dijo, haciendo un gesto con la cabeza hacia los porros.

—El coche es de tu padre, no lo hagas enojar —le recordé, volviendo a poner una mueca de asco por el olor, antes de desviar la mirada hacia la ventanilla.

Hace muchos años, el señor Marti fue un hombre trabajador y bueno, según me habían contado mis padres; pero cuando su mujer los abandonó a él y a su hijo, empezó a desahogar sus

penas en el alcohol y, más tarde, en las drogas.

No quería ni imaginarme lo duro que debió haber sido para Max crecer sin el cariño de una madre y sin la protección de un padre.

¡Uff!

Mis padres siempre habían dicho que Max era demasiado maduro para la edad que tenía, y no era de extrañar que él hubiese madurado mucho antes en comparación con otros chicos de su misma edad. Desde muy pequeño, fue él quien se encargó de los quehaceres domésticos y de cuidar a su padre como si el adulto fuera él y no el niño pequeño que debería estar disfrutando de su infancia…

Carraspeé con fuerza, notando una molesta picazón en el fondo de mi garganta. Odiaba el olor a tabaco, lo detestaba con todo mi ser. Me parecía superdifícil tragar aquel humo y mantenerlo en los pulmones, antes de volver a soltarlo… ¡Joder, con lo nocivo que era, no entendía por qué Max fumaba!

Max murmuró algo por lo bajo cuando se dio cuenta de mi mueca de asco, al mismo tiempo que aplastaba su cigarrillo sin terminar contra el cenicero. Luego estiró su brazo por debajo del volante y agarró una pequeña tapa de plástico color negro para cubrir el cenicero y evitar que el olor o la presencia de aquellos porros me siguiesen molestando.

Lo observé embobada por unos instantes, sorprendida por su reacción. Max y yo éramos enemigos. Nos odiábamos encarnizadamente, pero, al mismo tiempo, nos preocupábamos el uno por el otro. Que él fuera un gilipollas, no significaba que le deseara algo malo… sino todo lo contrario.

Se me escapó una risita involuntaria, sintiéndome inexplicablemente feliz. Max desvió la mirada de la carretera para observarme fijamente. Mi sonrisa se fue desvaneciendo conforme sus ojos azules grisáceos recorrían mi rostro, escudriñando cada rincón de mi ser.

Bajé los ojos, avergonzada, y clavé la mirada en mis rodillas, intentando calmar mi agitado corazón.

—Hazlo otra vez… —susurró él con voz ronca.

Lo observé por el rabillo del ojo.

—¿El qué? —musité débilmente, sintiendo que me temblaba la voz.

—Reír… quiero oírte otra vez, enana.

Los dos clavamos nuestras miradas el uno en el otro.

Podía sentir la tensión sobre mis hombros, la manera en que me «olvidaba» de respirar cuando me sentía nerviosa e insegura bajo la atenta mirada de Max, como si me estuviera analizando.

En ese preciso momento había tanta pasión entre los dos que resultaba imposible imaginarse que, en realidad, había frialdad y odio.

Me aparté aquel pensamiento de la cabeza, al mismo tiempo que desviaba la mirada hacia la ventanilla, pero Max, inesperadamente, posó su mano sobre mi muslo izquierdo, haciéndome sobresaltar y que mi corazón empezara a bombear cada vez más deprisa.

Abrí la boca para dejar escapar un jadeo. Su mano era enorme y muy cálida, pero el gesto de su dedo pulgar acariciándome sutilmente la piel, hizo que maldijera para mis adentros al recordar que no me había pasado la cuchilla y que los pelos de mis piernas picaban como las púas de un erizo… ¡pero a Max no parecía importarle, sino todo lo contrario!

Tragué saliva, nerviosa, volviendo a clavar la mirada en él. ¿Cómo era posible que conduciendo estuviera más sexy? Tenía su mano izquierda en el volante, con el codo apoyado contra la ventanilla, mientras las venas de sus manos se marcaban visiblemente.

¡Era condenadamente guapo! ¡Muy guapo!

—¿Te duelen? —inquirió, pillándome totalmente desprevenida.

—¿Cómo?

—Los ovarios… ¿te siguen doliendo?

Abrí la boca, sorprendida porque estuviera preocupado por mí. Negué con la cabeza y me mordí el labio inferior, apenas podía hablar con el contacto de su mano en mi piel.

—Deberías abrigarte, el frío no es nada bueno para el dolor de ovarios…

Se me escapó un bufido.

—¿Y tú qué sabrás de eso?

—Lo he buscado en internet —confesó, haciendo que el corazón me latiera a toda prisa.

Plas.

Max siseó, al mismo tiempo que sacudía su mano para aliviar el dolor. Mi hermano, quien le había dado un manotazo, hizo un gesto con el dedo índice, implicando que le iba a cortar el cuello si volvía a ponerme una mano encima, mientras Laura seguía sumida en la conversación de su móvil, ajena a todo lo que estaba pasando.

—¿Estás loco o qué, tío? —inquirió mi hermano, apoyando el brazo en el respaldo del asiento del piloto.

—Estaba comprobando si tenía la piel fría, idiota. Acabo de encender la calefacción —dijo Max entre dientes, apretando el volante con más fuerza de lo normal.

—Claro… —murmuró mi hermano con ironía—. Como te importa tanto mi hermana…

Max sonrió de medio lado, haciendo que sintiera un cosquilleo en mi entrepierna.

—¿Qué haría yo sin mi enemiga número uno? ¿Verdad, enana? —me preguntó, guiñándome un ojo y sonriéndome con pillería.

Abrí la boca para pronunciar una clara negativa a su estúpida pregunta, pero no llegué a hacerlo porque todavía podía sentir el roce de su mano en mi piel.

Sacudí la cabeza y apoyé la frente contra la ventanilla, con la esperanza de que el frío contacto me aclarara las ideas y me ayudase a olvidarme de lo sucedido…



Gracias a Dios, el trayecto fue corto. En menos de cinco minutos llegamos a una zona residencial más adinerada y prestigiosa.

Max aparcó el coche en el jardín de la casa de los padres de Melany, los cuales solían viajar a menudo por motivos de trabajo.

Fruncí el ceño, un poco incómoda por la cantidad de gente que había allí y que apenas conocía.

—¡Vamos! —exclamó Laura, sujetándome de la muñeca para tirar de mí, pero alguien me agarró del codo para impedírselo.

Giré la cabeza hacia atrás y vi a Max.

—Le he prometido a tu padre que cuidaría de ti —dijo él, sin apenas pestañear.

—Eso no es cierto… —protesté en voz baja, sintiendo un cosquilleo en mi brazo por su

contacto—. Te dijo que me acompañaras a la fiesta, no que me vigilaras. Sé cuidarme sola, Marti.

Él abrió la boca, dispuesto a rebatir, pero Laura tiró tan fuerte de mí, que a punto estuve de caerme al suelo, pero, por lo menos, había conseguido separarme de Max.

—¿No tienes nada mejor que hacer? ¡Vete a joder a otra tía, que eso sí que se te da muy bien! —le dijo Laura, antes de encaminarse hacia el interior de la casa y arrastrarme con ella, apenas dejándome caminar con decencia sobre mis ridículos tacones.

Volví la mirada hacia atrás por unos segundos para confirmar que Max estaba cabreado, muy cabreado, pero aquel no era mi problema.

La gente bailaba y bebía sin control, borrachos a más no poder, mientras otros saltaban sobre los sofás de cuero, agrietándolos con sus zapatos sucios.

¡Madre mía!

¿Acaso Melany no estaba preocupada de que sus padres la castigaran?

Laura siguió arrastrándome hacia la cocina, donde pude apreciar muebles rotos, cristales, botellas de plástico y todo tipo de basura sobresaliendo de un cubo apoyado contra la puerta.

Espera… ¿esas cosas blancas junto a la encimera eran condones usados?

¡Puaj!

Intenté controlar los gestos faciales que me delataban, pero lo que estaba viendo era para echarse a llorar o vomitar. O ambas cosas al mismo tiempo… ¡qué horror!

—¡Laury! —exclamó la voz chillona de Melany, quien estaba apoyada contra la nevera y rodeada de otras dos chicas.

Laura abrazó a Melany con mucha efusividad, pegando saltitos de emoción y elogiándose la una a la otra por el vestido que llevaban puesto.

La verdad es que Melany estaba radiante con aquel vestido azul que dejaba al descubierto sus largas y bronceadas piernas. ¡Además, teníamos puesta la misma cazadora vaquera!

Pero cuando su azulada mirada se posó en mí, sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo entero. No hacía falta ser muy listo para saber que no le había agradado mi presencia ni el hecho de que también estuviera usando la misma chaqueta que ella.

—¿Qué hace esta cosa aquí en mi fiesta de cumpleaños? —inquirió, gesticulando con la mano de manera ridícula, a punto de derramar su cubata al suelo.

Laura giró la cabeza hacia mí y su sonrisa desapareció momentáneamente.

—¿Has visto qué buen trabajo he hecho? —le preguntó ella a Melany, señalándome descaradamente—. No parece la misma, ¿verdad?

Melany empezó a reírse como una bruja y las demás hicieron lo mismo, Laura incluida.

—No sé cómo no le da vergüenza venir así vestida —habló una de aquellas chicas que ni sabía su nombre ni pensaba preguntárselo.

—Se le marca la celulitis… Ugh, qué grima —comentó la otra, mirando descaradamente mis piernas.

—Aunque la mona se vista de seda… —habló Melany, sonriendo con malicia, pero cuando se dio cuenta de que no recordaba cómo continuaba aquel refrán, se sintió avergonzada y cabreada.

Puse los ojos en blanco y la ayudé:

—Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

—¡Eso! —exclamó con emoción, volviendo a reírse de mí.

Enarqué una ceja, incrédula de que aquella situación tan surrealista me estuviese sucediendo a mí. Pero más aún sorprendida por el hecho de que ellas estuviesen intentando hacerme daño

criticando mi físico.

—Me da igual lo que digas, Laura. Ya sabes que María no es bienvenida aquí. Deshazte de ella —le pidió Melany—. Me sangran los ojos al verla con la misma chaqueta que llevo puesta…

«A mí sí que me sangran los oídos con solo escucharte, querida», pensé para mis adentros.

Laura volvió a observarme por unos segundos, estaba entre la espada y la pared, aunque en el fondo sabía que ella prefería mil veces a Melany antes que a mí.

—¡Venga, Mely! Si ella se va, Max también se pirará —le dijo Laura.

Fruncí el ceño, desconcertada con el cambio de conversación.

—¿Maximiliano ha venido a mi fiesta de cumpleaños? —inquirió Melany, esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

Laura asintió con la cabeza.

—Pablo y él han venido para cuidar de María, así que… si quieres que esta noche Maximiliano caiga en tus redes, deberás dejar que María se quede en tu fiesta de cumpleaños.

Alguna que otra vez, Laura me había soltado varias indirectas diciendo que a Melany le llamaba la atención Max, pero no sabía hasta qué punto. Aunque, ahora, podía confirmar que Melany estaba muy pillada por Max.

Melany se llevó una uña a sus labios para morderla mientras pensaba en una respuesta.

—Está bien, pero que se saque la chaqueta —le pidió a Laura, como si yo no estuviera allí presente… como si no existiera.

Laura me echó una mirada de advertencia para que hiciera lo que su mejor amiga me había ordenado.

Me llevé una mano a la frente, suspirando con cansancio, antes de sacarme la chaqueta y dejarla apoyada en el único rincón de la encimera donde parecía medianamente limpio.

Las observé sin decir nada, esperando a que continuasen atacándome, haciendo que me sintiera realmente ridícula…

«¿Y cómo no te vas a sentir así, cielo? Tú misma estás pisoteando tu orgullo. Mándalas a la mierda, principalmente a Laura. Es mejor estar sola que mal acompañada», habló la vocecita de mi conciencia.

Apreté y aflojé los puños, buscando las palabras adecuadas para intentar convencerlas de que me integraran en su grupito, pero apenas pude hacer nada cuando Melany salió de la cocina y todas la siguieron para dejarme sola.

Me acababan de despreciar y, sinceramente, dolía… dolía muchísimo, incluso más que si me hubieran insultado.

Me sentía sola, sin amigos, como si no encajara en esta nueva generación. Como si el hecho de que odiara las fiestas y prefiriera quedarme en casa leyendo o viendo una película, fuera un castigo imperdonable.

Noté los ojos llenos de lágrimas que no tenía ninguna intención de derramar, mientras observaba todo a mi alrededor, cuestionándome qué pasaría en unos años.

¿Laura y Melany seguirán teniendo la misma personalidad de mierda? ¿O tal vez madurarán y terminarán pidiéndome perdón por todo lo que me han hecho?

Tragué saliva con dificultad, sintiendo un nudo en la garganta que apenas me dejaba respirar, cuando pensé en Pablo, en mi único apoyo. Todo el mundo tenía sus planes de futuro, y, al parecer, Pablo y Max, después de terminar el bachillerato, iban a mudarse juntos a la ciudad, a muchos kilómetros de distancia… lejos del pueblo… lejos de mí. Pablo quería estudiar administración y empresas, y Max… pues… ni idea. La verdad es que ni siquiera le había preguntado qué planes tenía para su futuro porque, si lo hacía, él también me lo preguntaría a mí

y yo no tenía intención alguna de contarle a nadie mis verdaderos sueños… por ahora.

Parpadeé varias veces para ahuyentar las lágrimas, consciente de que, sin el apoyo de mi hermano y la presencia de Max, aunque fuera para chincharme, iba a sentirme más sola de lo que ya estaba.

Salí al jardín, abrazándome a mí misma por el frío, mientras observaba a un grupo de gente bebiendo de un enorme barril de cerveza, mientras otros se tiraban a la piscina prácticamente desnudos.

Había un montón de parejas enrollándose sobre las butacas, incluso me atrevería a decir que muchos de ellos estaban teniendo relaciones sexuales al aire libre, importándoles una mierda si alguien los podía ver o, peor aún, grabar con el móvil.

Seguí caminando con pasos cortos e inseguros, buscando a mi hermano para no sentirme tan sola. Sabía que Pablo tenía que estar en el jardín, lo más lejos posible de aquel bullicio de gente, pues tanto él como Max odiaban las fiestas, igual o incluso más que yo.

De repente, sentí que mis pies pesaban demasiado cuando vi a Miguel cerca de la valla, junto a sus amigos, bebiendo y bailando sin control, riendo y mandando acercarse a todas las chicas que pasaban por allí.

Dicen que los polos opuestos se atraen… y eso era lo que me estaba sucediendo, pues Miguel era todo lo contrario a mí. Fiestero, sociable, extrovertido, amigo de sus amigos… no creía que él y yo compartiéramos los mismos gustos, pero qué más daba, el amor era todo un misterio.

Abrí mi bolso y saqué una notita pequeña donde había escrito:



Durante todo el día, no dejé de pensar en lo que Laura me había dicho y, aunque me costara reconocerlo, ella tenía toda la razón del mundo. Si quería dar el paso y que Miguel supiera que estaba coladita por él, tenía que firmar mis notas de amor con mi nombre y apellido, o bien decírselo directamente a la cara sin más rodeos…

Apreté tanto el puño, que al final terminé arrugando el pósit, mientras observaba a Miguel fijamente, decidida a dar el gran paso aquella noche y, pasara lo que pasase, salir de dudas y descubrir por mí misma si él quería o no salir conmigo…

A punto de encaminarme hacia él, alguien apareció por detrás de mí y me cubrió el cuerpo con una enorme chaqueta. Fruncí el ceño, desconcertada al principio, pero cuando reconocí el perfume impregnado en la tela, el vello de mi cuerpo se puso automáticamente de punta.

Max…

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, girándome tan bruscamente que ni me percaté de lo cerca que estaba de mí.

Él me observó de arriba abajo, en un incómodo y tenso silencio, antes de responder:

—Cúbrete —me ordenó con voz imperativa.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

Sentí las lágrimas acumularse de nuevo en mis ojos, algo que no pasó desapercibido por Max, quien frunció el ceño en un claro gesto de preocupación.

—¿Qué ocurre? —inquirió, alzando una mano para apoyarla en mi mejilla.

Aquella reacción por su parte me pilló totalmente desprevenida. Nerviosa, sin saber cómo reaccionar ante su cálido contacto, di un paso hacia atrás para mantener las distancias.

—Sé que no tengo el cuerpo de una modelo, pero tengo el derecho de usar un vestido, joder —le dije, aguantando las incontenibles ganas de llorar.

Max se me quedó mirando fijamente, tan sorprendido por mis palabras que apenas pestañeó.

De repente, me invadió una repentina vergüenza irracional por haberle confesado aquello con la voz temblorosa, demostrándole lo afectada que estaba por las críticas de la gente, aunque intentase ocultarlo.

—Mierda… —musité con voz apenas audible, girando sobre mis talones para largarme de allí y volver a casa, pero Max me agarró del brazo y tiró de mí hasta que mi cuerpo chocó contra el suyo.

Nos quedamos en silencio, con el único sonido de nuestras respiraciones entrecortadas, hasta que lo vi tragar saliva con demasiada dificultad.

—No quiero que vuelvas a decir algo semejante en tu vida. Eres jodidamente perfecta… —susurró con una voz llena de emoción—. Si te he cubierto el cuerpo con mi chaqueta fue porque me pone enfermo que otro tío pueda comerte con la mirada. Se te ve hasta el alma con este vestido, joder —dijo, volviendo a tragar saliva con fuerza, como si tuviera la boca seca.

Me quedé en estado de shock, intentando asimilar que Max estaba… ¿celoso? No, no podía ser cierto…

Tal vez había interpretado mal sus palabras, simplemente estaba intentando cuidar de mí. Para él, yo era como la hermana pequeña que nunca tuvo… ¿no? Una hermana a la que quería y odiaba por igual…

—No les hagas caso a las idiotas de Laura y sus amiguitas. Deja de intentar encajar con gente que no te merece —volvió a hablar él, sin sacarme la mirada de encima.

Solté un bufido que acompañó de una risa irónica.

—Para ti es muy fácil decirlo… como tienes tantos amigos…

Él frunció el ceño, mirándome con ese brillo singular de determinación reflejado en sus

preciosos ojos azules grisáceos.

—¿Amigos? —repitió la palabra con un deje incrédulo—. Yo no tengo amigos, sino conocidos.

Ahora fui yo quien frunció el ceño.

—¡Vaya! Creía que Pablo era tu…

—Pablo es mi hermano. Él significa mucho más que un simple amigo —me interrumpió con voz grave y firme.

Asentí lentamente con la mirada perdida, dándole la razón. Para mí, Pablo también era mucho más que un hermano… era mi mejor amigo, mi confidente, mi principal apoyo… lo era todo para mí.

De repente, se escucharon silbidos y carcajadas que provenían de la valla. Desvié la mirada hacia allí, encontrándome con una escena que me hizo sentir una punzada en el corazón. Miguel, quien seguía bebiendo como si fuera un pozo sin fondo, tenía agarrada a una chica por la cintura, mientras ella le acariciaba el pecho de una manera bastante sugerente.

Apreté los puños con más fuerza que antes, provocando que un trozo del pósit sobresaliera de entre mis dedos.

Max me agarró de la muñeca, sorprendiéndome por su inesperada reacción. Luego, con su otra mano libre, me abrió el puño y agarró el pósit.

Primero su cara palideció, luego se puso roja cuando terminó de leer lo que había escrito y, antes de que pudiera reaccionar, empezó a reír a carcajadas… ¡a reírse de mí, en mi puta cara!

—Eres tan infantil, enana. ¿Quién demonios escribe notitas de amor a estas alturas? —inquirió, esbozando una sonrisa entre burlesca y enojada. No sabía por dónde pillarlo. No sabía decir si estaba cabreado conmigo o decepcionado…

Me acerqué a él e intenté sacarle el pósit de la mano, pero estiró el brazo hacia arriba, dificultándome la tarea de arrebatárselo.

¡Maldita sea!

—¡Dámelo! —le exigí, dando saltitos para intentar atrapar el pósit, pero él seguía reacio a cumplir mis deseos.

—¿Y hacer que quedes en ridículo frente a todo el instituto? No, enana, no lo haré… sé que luego me lo agradecerás.

—¡Que me lo des, joder! —chillé perdiendo la paciencia, mientras las lágrimas seguían acumulándose cada vez más en mis ojos.

—Él no sabrá amarte y darte lo que mereces —soltó así sin más.

—¡Tú qué sabrás del amor! —le grité cabreadísima, fulminándolo con la mirada.

Aquello hizo que las facciones de su rostro se tensaran.

—Sé más de lo que crees —aclaró con voz firme, apretando el puño y arrugando por completo el pósit, antes de bajar el brazo y fulminarme con la mirada—. La que no parece entender nada eres tú…

—¿Entender qué?

Él dio un paso hacia mí, intimidándome con su altura, mientras su maldito perfume me envolvía lentamente.

—Que Miguel no te quiere…

Aquello me encogió el corazón.

—¿Insinúas que mi destino es estar sola? ¿Qué ningún hombre querrá estar conmigo nunca?

Max apretó tanto las mandíbulas que los ángulos de sus facciones se vieron repentinamente endurecidos por el gesto.

Parecía estar diciéndose algo a sí mismo, una y otra vez, como si intentara controlarse para no decirme lo que de verdad pensaba y así evitar hacerme daño.

—Tal vez seas tú el que se quedará solo toda su vida… —le dije desde la rabia, sin medir mis palabras, y quizá fue la crudeza de las mismas lo que hizo que sus músculos se relajaran y la expresión de sus ojos se ablandara.

Max bajó la mirada al suelo, humedeciéndose los labios y tirando de los mechones de su cabello con cierta frustración.

—No sería una sorpresa para mí que me quedara solo… —susurró con voz afectada, al mismo tiempo que alzaba la mirada y la clavaba en mí.

Finalmente, se me escapó una lágrima que rodó por mi mejilla. Estaba cabreada, pero lo que acababa de decirle a Max no podía justificarlo con nada. Me había pasado de la raya. Aquello había sido un golpe muy bajo por mi parte, bajo y rastrero…

Quise hablar y pedirle perdón, pero me temblaba tanto el mentón y me sentía tan sensible por aquella mierda de noche que estaba teniendo, que decidí largarme de allí.

Vi a Laura junto a sus amigas, quienes me ignoraron como si fuera un cero a la izquierda, a pesar de que Laura me había visto llorar y ni siquiera tuvo la decencia de preguntarme si estaba bien.

Corrí hacia la cocina para buscar por mi chaqueta, mientras pensaba en lo ruin y malvada que había sido con Max de manera tan injustificada.

«Las verdades duelen», es lo que la gente solía decir.

¡Y sí!

Lo que Max me había dicho con respecto a Laura y Miguel dolía en el alma, pero tal vez él estaba en lo cierto… tal vez Laura no era tan buena amiga como intentaba aparentar. Tal vez Miguel no era el chico indicado para mí. Tal vez…

Parpadeé repetidas veces para despertarme de mi ensimismamiento cuando cogí mi chaqueta vaquera y algo cayó del bolsillo. Me agaché para coger aquel pósit amarillo, como los que solía usar yo, y encontrarme con una nota escrita a mano:



Me empezó a palpitar el corazón de tal manera que pensé que se me iba a salir del pecho, a una velocidad endiablada, incluso sentí un cosquilleo nervioso recorriendo mi cuerpo de pies a cabeza.

M2… Miguel y María.

¡Madre mía!

Miguel… ¡Miguel me había escrito una nota de amor!

Apreté la notita contra mi pecho, deleitándome con su contenido, antes de salir corriendo al jardín.

Parecía un caballo con anteojeras que mantenía su ritmo mientras se encaminaba hacia su destino.

—María, espera, quiero decirte algo importante, yo…

Ni siquiera me reparé en la presencia de Max, quien intentó detenerme para hablar conmigo. Ni loca iba a dar marcha atrás a lo que tenía pensado hacer.

Sonreí como la tonta enamorada que era, sin poder ocultar más lo que sentía por Miguel. Todos sus amigos pararon de bailar, confundidos, cuando me acerqué a él con tanta decisión y seguridad de mí misma. Pero lo más gracioso fue la cara que se le quedó a Miguel cuando le enmarqué el rostro con ambas manos y lo besé.

Mi primer beso y con mi amor platónico.

¿Podía haber algo mejor que eso?

Bueno, para ser sinceros, me esperaba un beso más pasional o, por lo menos, un beso correspondido. Pero Miguel parecía en estado de shock y sus labios tenían un horrible sabor a alcohol. Así que, no alargué más aquel momento y me separé de su boca para sonreírle, mientras él seguía con los ojos abiertos, sorprendido por mi reacción.

Como él no se animó a hablar, alcé el pósit para que quedara a la altura de sus ojos y le pregunté:

—¿Has sido tú, verdad?

Miguel tragó saliva, frunciendo el ceño con confusión, mientras observaba el pósit, asustado, como si fuera un arma de matar.

Me mordí el labio inferior, nerviosa, antes de seguir hablando:

—Supongo que habrás leído todas mis notas de amor. Quería dártelas yo misma en persona, pero no fui capaz. Por eso le pedí a una amiga que las pusiera en tu taquilla… —le expliqué, pero su ceño seguía fruncido en un claro gesto de confusión—. Soy yo… M.M.

De repente, las comisuras de sus labios se torcieron hacia arriba y asintió lentamente con la cabeza.

—Sí… —musitó así, sin más, pasándose la lengua por los labios—. ¡Sí! —exclamó con euforia, antes de besarme con tanta brusquedad y hambruna, provocando que casi me cayera al suelo.

Todos empezaron a aplaudir y a silbar, hasta que empujé a Miguel por el pecho para apartarlo de mí.

¡Me estaba dejando sin oxígeno y el olor de su aliento, por culpa de esa bebida alcohólica que estaba tomando, era asqueroso!

Pero, aun así, estaba feliz…

—Me gustan tus besos, María —susurró con voz picarona, haciéndome sonrojar—. Me alegro mucho de que podamos estar juntos, preciosa.

¡Ay, madre!

¡Mi *crush* del insti también estaba enamorado de mí!

Desvié mi atención a mi alrededor, encontrándome con la mirada de Laura, quien parecía bastante molesta y para nada feliz. Hice una mueca triste, sintiéndome un poco mal por haberla juzgado, pues, a pesar de todo, gracias a su ayuda había conseguido que Miguel recibiera mis notitas de amor.

A punto de acercarme a ella para agradecerle todo lo que había hecho por mí, frené en seco cuando vi a mi hermano observándome con el ceño fruncido y el rostro entristecido, como si no estuviera de acuerdo con todo lo que estaba pasando, mientras negaba con la cabeza.

Me mordí el labio inferior a la vez que Miguel, a mis espaldas, decía chorradas con sus amigos como que se lo iba a pasar muy bien conmigo, que yo era como un dulce prohibido y que iba a ser mi tutor para enseñarme muchas cosas… pero tampoco le presté mucha atención, pues cuando vi a Max cabizbajo, largándose de la fiesta, sentí algo extraño en mi interior. Sentí como si mi corazón estuviera confundido…

—Max… —musité su nombre, consciente de que no podía escucharme por el sonido de la música y el bullicio de la gente.

Pero como si él pudiera notar mi mirada, giró la cabeza hacia mí sin dejar de caminar hacia la salida, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla y negaba con la cabeza, mostrando tristeza y, lo peor de todo y lo que más daño me hizo, decepción… sí… Max estaba

decepcionado conmigo.

Capitulo 1





¿Crees que la vida es más fácil cuando eres adulto?

Psss… déjame decirte que, si piensas eso, estás muy engañado.

A mí, personalmente, me resultaba mucho más fácil la vida siendo niña. Sí, esa etapa en la que no tienes responsabilidades ni la edad suficiente para ejercer tu libertad. Y te preguntarás, ¿por qué te gusta no tener esa libertad? Pues porque el ejercicio de la libertad es duro, amigo, muy, muy duro.

Elegir y decidir por ti mismo cualquier elección que afecte a tu vida y que luego pueda acarrear consecuencias, tanto positivas como negativas, es algo complicado, incluso a veces doloroso.

Porque sí, crecer duele.

Y dímelo a mí, lo doloroso que fue para aquella chica de dieciocho años que decidió quedarse en el pueblo con sus padres para trabajar duro y ahorrar el suficiente dinero para cumplir su sueño.

Sí, el sueño de abrir mi propia librería.

Me observé en el espejo del armario, esbozando una débil sonrisa. Ya no había rastro alguno de aquella adolescente, sino de una mujer adulta de veintidós años, decidida a comerse el mundo… o al menos esperaba que el mundo no se la comiera a ella.

Acaricié la tela de mi pichi, mientras observaba fijamente mi melena lisa azabache cortada a la altura de mis hombros. Seguía llevando las mismas gafas que cuando era una adolescente, pues era la única montura que me gustaba cómo quedaba en mi cara. Luego bajé la mirada por mi cuerpo, el cual apenas había cambiado desde que tenía dieciséis años.

De repente, el viento arreció con fuerza contra la ventana. Se esperaba un invierno frío, aunque, para ser honestos, donde vivía siempre hacía mal tiempo independientemente de que fuera verano, otoño, primavera o invierno… pero me gustaba ese tipo de clima.

¡Sí! Me gustaba el olor a tierra mojada, los truenos, los rayos, el ruido de las gotas contra el tejado…

Llevaba puestas una de las tantas medias térmicas que mi abuela Sara me había regalado.

Era una fanática de los vestidos, pero mi abuela se ponía enferma con solo pensar en el frío que debía pasar por no usar unas buenas medias de invierno. Sonreí con ternura, moviendo los dedos de mis pies dentro de las botas.

Inspiré profundamente, llenando de aire mis pulmones, antes de arrastrar la maleta de ruedas y salir de mi habitación. Estaba nerviosa por varias cosas:

Primero: no tenía ni idea de si mi negocio tendría éxito.

Segundo: me iría a vivir con mi hermano a la ciudad.

Tercero: mi hermano vivía en una casa de alquiler con Max.

Cuarto: desde hace seis años, Max y yo perdimos el contacto.

Quinto: Max me odiaba… o eso creía.

Lo único que sabía de la vida de Max era por las cosas que mi hermano nos contaba a mi familia y a mí, cada vez que venía a visitarnos en alguna fecha concreta: cumpleaños, vacaciones y Navidad.

Al parecer, Max estaba trabajando en una empresa de construcción como albañil. Sí, en la misma empresa que mi hermano, quien era el encargado de registrar en los libros contables todas las operaciones y facturas de la empresa.

Y eso era lo único que sabía de él…

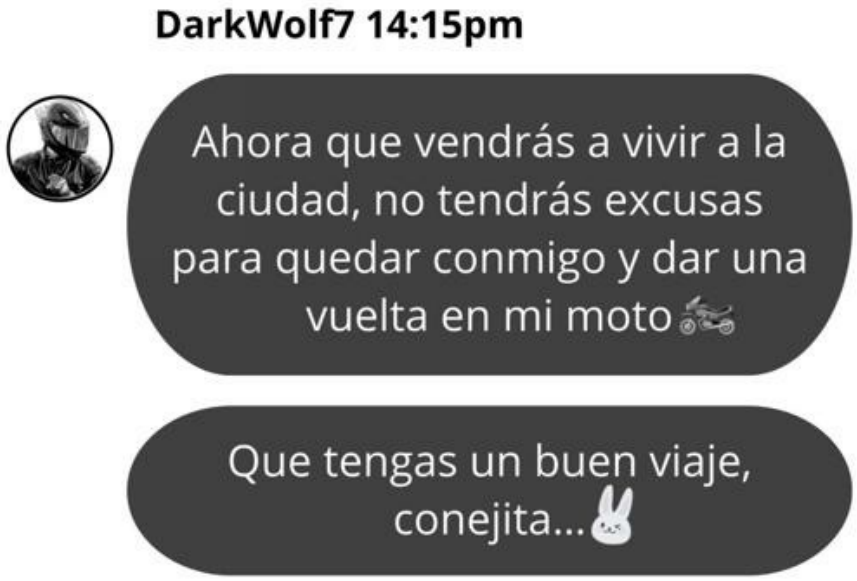
Todavía sentía remordimientos por la última conversación que tuvimos. No podía sacarme de la cabeza la imagen de él, largándose de la fiesta de cumpleaños de Melany, completamente decepcionado conmigo e incluso llorando.

¡Uff!

Aquella fue la primera vez que vi llorar a Max…

Clin.

Saqué el móvil del bolsillo de mi chaqueta y, automáticamente, esbocé una sonrisa tontorrona.



Madre mía… habían pasado tantas cosas en mi vida, que no sabía por dónde empezar.

«¿Qué tal por el principio, cielo?», habló la molesta voz de mi conciencia.

Bueno, pues qué decir… ¿que estoy ligando con un motorista, al que no le había visto el rostro aún, a través de una aplicación de citas porque el gilipollas de Miguel es un gilipollas?

¿Así lo he resumido bastante bien?

¡Agg!

La gente suele decir que el primer amor es el más importante, y puede ser cierto. Pues es cuando empiezas a formarte con aciertos y errores la propia definición de «amar».

Aunque, sinceramente, seguía sin entender por qué la gente se esforzaba tanto en ponerle etiquetas al amor, complicándonos más la vida y nuestras relaciones.

El amor es simplemente eso: amar a una persona de manera incondicional. Y, desde luego, para mí, lo más importante no es el primer amor… sino el último, sí, compartir el resto de mi vida con esa persona que de verdad me quiera y que desee estar conmigo en las buenas, pero, sobre todo, en las malas.

Y eso fue algo que Miguel no cumplió. Sí, bueno, vale… los dos primeros años de relación fueron magníficos. Parecíamos almas gemelas, pero todo eso cambió de un día para otro. Miguel demostró ser la persona que realmente era: egoísta.

A pesar de sus innumerables cagadas y de estropear en varias ocasiones nuestra relación, lo perdoné… y no una, ni dos, ni tres veces… lo perdoné muchas, muchísimas veces. Hasta que descubrí que tenía instalada una aplicación de citas, la misma app que yo había decidido descargar en mi móvil para darle a probar un poco de su propia medicina y que comprendiera lo doloroso que era para mí soportar sus actitudes inmaduras. Pero, aun así, a él pareció importarle una mierda que me chateara con otros hombres que, claramente, ninguno de ellos llegó a responder mis mensajes, pues las fotos que había subido a mi perfil eran demasiado sosas e inocentes, teniendo en cuenta que casi el noventa por ciento de los perfiles tenían fotos mucho más explosivas y sugerentes que las mías…

De todos modos, aquello me sirvió para pararme a pensar si Miguel, realmente, estaba o no enamorado de mí.

Pasé muchas noches sin dormir, llorando, sintiéndome que no valía nada… durante un tiempo volví a ser aquella adolescente de dieciséis años con la autoestima baja, como si estuviera destinada a estar sola.

Si creía que Pablo me visitaba muy pocas veces al año, lo de Miguel ya no tenía palabra para definirlo. Casi todos los alumnos del instituto de mi pueblo cuando cumplían los dieciocho años se mudaban a la ciudad para estudiar o trabajar, como fue el caso de Pablo y Max. Y eso fue lo que le pasó a Miguel y a Laura… los cuales hacía casi un año que no los había vuelto a ver, pues ambos decidieron cortar todo tipo de contacto conmigo y no volver a pisar el pueblo. Bueno, para ser más específicos, hacía casi un año que no había vuelto a ver a Miguel, pero Laura, desde que terminó el bachillerato, nunca más volvió al pueblo ni para visitar a su familia.

Sí, siguiente tema… ¿es posible tener una relación a distancia?

Bueno, sí, tal vez, pero en mi caso NO. Lo único que a Miguel le importaba era mantener el contacto físico porque, según él, sin sexo la relación nunca podría llegar a ser más que una utopía. Así que, cuando le concedían vacaciones en el trabajo y volvía al pueblo de visita, intentábamos recobrar las llamas de la pasión… pero el problema era que él se lo pasaba mejor que yo porque incluso cuando follábamos era un completo egoísta, solo pensaba en él y solo en él. Le importaba cuatro pitos si yo llegaba o no al orgasmo.

En fin, que, a pesar de todo, al final el muy caradura decidió que debíamos darnos un tiempo.

Sí, siguiente tema… ¿es bueno darse un tiempo en la relación de pareja?

Puede haber muchos factores del cual uno necesite tomarse un tiempo, pero, la verdad, lo que realmente quiere esa persona es escapar de un problema… ¡y el problema, en este caso, era yo!

¡Maldita sea!

El día que me lo dijo, aun por encima por videollamada, me había quedado en completo estado de shock, que lo único que hice fue asentir con la cabeza y darle la razón. Y, desde aquel día, había pasado casi un año sin tener noticia alguna de él…

«Pues menos mal que solo necesitaba un tiempo…», habló con ironía la voz de mi conciencia.

Incliné la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos con fuerza para no echarme a llorar.

Sin la dopamina y oxitocina que llenaban mi cerebro cuando estaba con Miguel, todo en mi vida se volvió oscuro, dando paso al cortisol, sí, esa hormona que se solía liberar como respuesta al estrés y que provocaba que mi cuerpo respondiera con ansiedad, náuseas, incluso dolor abdominal…

Clin.

Era un mensaje de DarkWolf7… me había enviado una foto.



Lo único bueno de todo aquello fue conocer a DarkWolf7.

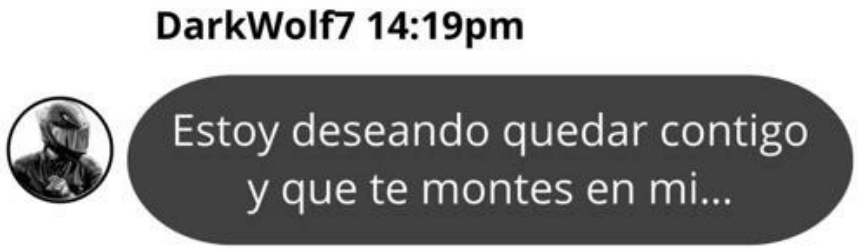
Llevábamos hablando desde hace un par de meses y, adivinad… ¡fue él quien me escribió a mí, diciendo que era la mujer más hermosa que jamás había visto!

En un principio, no le contesté. Creía que era Miguel o alguno de sus amigos usando un perfil falso, pero a medida que iba recibiendo más mensajes de aquel desconocido, mi corazón volvió a latir a un ritmo veloz, feliz y emocionado.

Mi motorista misterioso era alto, estimaba que un metro noventa por las fotos que solía enviarme por mensaje privado, apoyado con demasiada facilidad contra el marco superior de la puerta. Pero no sabía nada más de él, pues siempre vestía con ropa oscura y con aquel casco, cuya visera también estaba tintada de color negro.

Al principio, hubo un tonteo entre los dos, un tonteo inocente y sin malicia, pero desde hace un par de semanas, cuando le dije que iba a abrir mi propia librería y que me mudaría a la ciudad, donde actualmente él también vivía, pues el tonteo pasó a un juego de seducción que me ponía muy cachonda…

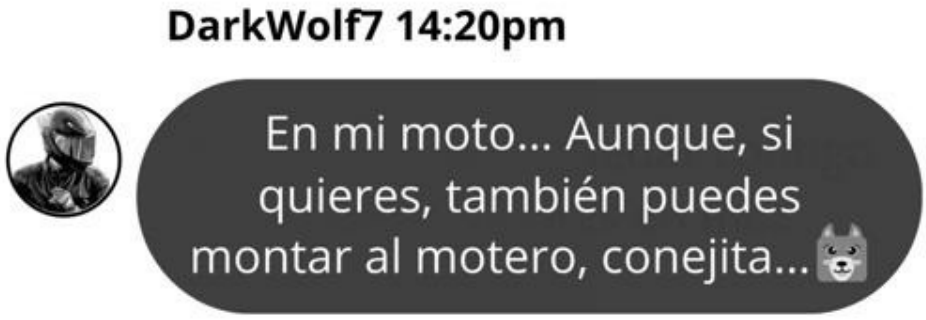
Clin.



Clin.

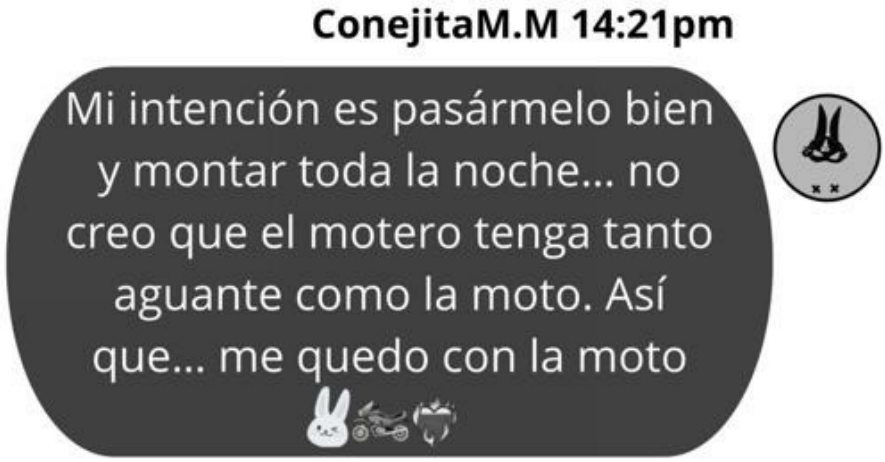
Acababa de recibir otra foto…

14:19pm



—Será hijo de puta… —susurré en voz baja, con el corazón latiéndome tan fuerte como nunca imaginé que sucedería.

Sonreí con malicia, mordiéndome el labio inferior, y le respondí:



Guardé el móvil de nuevo en el bolsillo de mi chaqueta y salí de mi habitación.

Bajé las escaleras hacia el recibidor, mientras las ruedas de la maleta iban chocando con cada escalón.

Junto al armario encastrado de la entrada estaban mis padres y mi abuela, observándome fijamente sin apenas pestañear.

Mi madre y mi abuela estaban felices porque, finalmente, diera el paso de abrir mi propio negocio. Pero cuando desvié la mirada a mi padre, sonreí con dulzura y él arrugó la nariz, intentando no llorar. Yo no tuve tanta suerte, pues en el momento en que a él le empezó a temblar el mentón, noté cómo algo caliente resbalaba por mis mejillas.

—¡Oh, cariño! —expresó mi madre, envolviéndome entre sus brazos cuando bajé el último peldaño.

Le devolví el abrazo con más fuerza, apretándola con ternura, e instintivamente le acaricié la espalda mientras apoyaba mi cara en su hombro.

—Deberías estar feliz, María. Vas a cumplir tu sueño, cariño —susurró mi madre en mi oído, enmarcándome la cara con ambas manos para que la observara a los ojos.

Asentí lentamente con la cabeza, mientras ella me limpiaba las lágrimas con sus dedos pulgares.

—No quiero decepcionaros… prometo que os devolveré el dinero cuando…

Mi padre dio un paso al frente, cabreado, y me señaló con su dedo índice:

—¡Ni se te ocurra! Somos tus padres, cielo. Haríamos cualquier cosa por nuestros hijos.

—Papá… —sollocé con la voz entrecortada, abalanzándome sobre él para abrazarlo—. ¿Y si fracaso? ¿Y si tengo que cerrar la librería? Perdería un montón de dinero…

—Cariño… fracasar sería no haberlo intentado. Pase lo que pase, estaremos siempre orgullosos de ti, cielo.

Mi padre me acarició la espalda para intentar tranquilizarme y, gracias a aquel gesto, sentí una enorme satisfacción interior que me hizo olvidar por un momento de mis miedos e inseguridades.

Abrir un negocio no era tan fácil como parecía. Tenía algo de dinero ahorrado, pero no el suficiente como para sobrevivir. Por ello, mis padres me estaban ayudando muchísimo económicamente, de la misma manera que Pablo me estaba echando un cable al dejarme vivir con él y Max en la casa que estaban alquilando. Mi hermano no quería que pagara ni un céntimo por ahora. Él se encargaría de pagar mi parte del alquiler y la luz, hasta que yo tuviera suficientes ingresos para poder independizarme.

Dios… estaba tan agradecida de tener una familia tan unida como la mía…

—¿Me vais a dejar abrazar a mi nieta favorita?

Giré la cabeza hacia mi abuela, sonriendo de oreja a oreja. Las dos estábamos muy unidas. La iba a echar de menos…

—Soy tu única nieta, no me vendas la moto —conseguí que riera.

—Cierto, eres mi única nieta y Pablo mi único nieto. Por eso sois mis preferidos.

Se acercó a mí empujando su andador.

—Oh, abuela… —susurré con la voz temblorosa, estrechándola con cuidado entre mis brazos.

—Te he puesto un par de medias más en la maleta para que no pases frío. No entiendo cómo puedes usar vestidos con mal tiempo, cariño.

Su comentario me hizo reír y, sin poder evitarlo, la besé en la mejilla.

—Eres la mejor. Te quiero.

—Nosotros también te queremos, cariño —susurró con voz cálida, al mismo tiempo que mi padre y mi madre se unían al abrazo.

Me despedí de mi familia, sintiendo un dolor en el pecho por dejar a mi gente… por dejar atrás el lugar que me vio crecer.

Me metí en el coche, nerviosa, di marcha atrás y saqué la mano por la ventanilla para despedirme de ellos. Luego pisé el acelerador a fondo y me incorporé a la calzada, destino a mi nueva vida.

Clin.

Me mordí el labio inferior para evitar esbozar una sonrisa tonta, consciente de que me había llegado otro mensaje de mi motorista misterioso, pero en ningún momento aparté la mirada de la carretera, intentando concentrarme en lo realmente importante. Tenía tantas cosas que hacer nada más llegar a la casa de Pablo y Max…

Tragué saliva con fuerza, al mismo tiempo que estrujaba el volante.

Pensar en Max hacía que se me apretara el nudo de nervios que se había instalado en mi estómago esa misma mañana.

No tenía ni idea de cómo íbamos a afrontar el hecho de tener que vivir bajo el mismo techo.

Habían pasado tantos años que tenía miedo de que nos sintiéramos incómodos, como si fuéramos dos completos desconocidos… peor aún, miedo de que él siguiese decepcionado conmigo o enfadado por cómo actué con él en el pasado.

Ring, ring.
Ring, ring.

Sacudí la cabeza para despejar la mente cuando vi en la pantalla del coche el nombre de Laura. Fruncí el ceño, desconcertada, pues hacía mucho tiempo que las dos perdimos el contacto.

Pulsé el botón verde para descolgar y esperé a que hablara:

—¿Te mudas a la ciudad y no me avisas? —inquirió con un tono que delataba parte de su incredulidad—. ¿Y te haces llamar amiga? ¡Joder, María!

Parpadeé varias veces, confundida ante su descarado reproche, pero lo que quería saber en ese momento era otra cosa:

—¿Quién te lo ha dicho?

—Melany…

—¿Melany? —inquirí con sorpresa.

Laura soltó un suspiro al otro lado del teléfono.

—Tía, esperaba que, por lo menos, me hubieras enviado un mensaje —me reprochó enfadada, cambiando radicalmente de tema.

Abrí los ojos con incredulidad, al mismo tiempo que giraba el volante con ambas manos para tomar una curva.

Hace meses le envié un montón de mensajes para preguntarle cómo estaba y nunca, nunca recibí una respuesta.

Me parecía increíble que me estuviese recriminando algo que ella hizo conmigo en su momento y de peor manera. Desde el decimosexto cumpleaños de Melany, las actitudes frías y distantes de Laura me habían dejado claro que solo me quería para su conveniencia.

—Oye, no te sientas mal… te perdono, ¿vale? —siguió hablando cuando hubo un largo e incómodo silencio—. Pero, por lo menos, dime qué es lo que vienes a hacer aquí. No entiendo tanto secretismo.

Inspiré profundamente para intentar calmarme. Ya no era aquella adolescente de dieciséis años que solía quedarse callada, pero tampoco había conseguido sacar del todo mi carácter… aún estaba trabajando en ello.

—Voy a abrir una librería —lo solté así, sin más. Era tontería seguir ocultándolo.

Hubo otro silencio en la línea, hasta que las estruendosas carcajadas de Laura rompieron aquella tranquilidad.

—¿Es en serio, Mar? ¿Una librería? —inquirió entre risas—. Creía que habías madurado algo, amiga.

Me quedé callada, confirmando así mi teoría sobre la amistad falsa que ambas compartíamos, mientras apretaba con más fuerza el volante.

—¡Joder, Mar! Si quieres mi opinión…

«Nadie te la ha pedido», habló la vocecita de mi conciencia.

—No malgastaría mi dinero ni mi tiempo en un negocio que claramente va a fracasar —terminó de hablar.

Pestañeé repetidas veces para ahuyentar las lágrimas.

—Por lo menos lo habré intentado… —susurré con voz débil.

—Ya bueno… yo qué sé, tía. ¡Allá tú!

Paré en un stop y esperé mi turno, al mismo tiempo que me masajeaba las sienes.

—Oye, ya sabes que te digo las cosas porque te quiero. No me lo tomes a mal, ¿vale? Es mi opinión, puedes ignorarme…

«Oh, no hace falta que lo sugieras, idiota, ya es lo que intentamos hacer siempre. ¡Ignorarte!», volvió a hablar la vocecita de mi interior.

Asentí lentamente con la cabeza, al mismo tiempo que seguía acelerando por la calzada.

—¿Sabes algo de Miguel? ¿Se ha puesto en contacto contigo? —inquirió con un tono de voz preocupado, cambiando de tema.

—No y tampoco quiero —le respondí cabreada.

—Entonces… ¿ya es oficial? ¿No estáis saliendo juntos?

Aquella era la pregunta que rondaba constantemente por mi cabeza. Nos habíamos dado un tiempo, pero, oficialmente, no lo habíamos dejado.

«Por favor, María, no me hagas darle la razón a Laura… ¡Madura de una vez por todas! Ese cabrón no te quiere», comentó la voz de mi conciencia.

—Ya te lo he dicho… —le dije con rabia—. No quiero saber nada de ese trozo de mierda con patas.

Laura empezó a carcajear sonoramente.

—¡Así me gusta, olvídate de ese estúpido! —exclamó ella llena de felicidad—. ¡Oye! ¿Sabes qué es lo que necesitas? —inquirió, volviendo a adquirir aquel tono de voz sugerente y lleno de sorpresas.

—No, nada de fiestas —le respondí, anticipándome a los hechos.

Ella soltó un suspiro.

—¡Joder, tía, sigues siendo una aburrida! A ver, no me lo tomes a mal, pero… apuesto a que desde que me fui del pueblo, te has quedado todos los días encerrada en casa.

—Eso no es del todo cierto…

«Bueno, sí que lo era», pensé para mí misma.

—¡María, por favor, eres la Dora menos exploradora que conozco, tía! Lo único bueno que te pasó durante estos seis años fueron las visitas esporádicas de Miguel. Y, teniendo en cuenta que hace casi un año que no os veis… ¡madre mía! ¿Has estado sin follar tanto tiempo?

—Qué bruta eres… —susurré con las mejillas sonrojadas.

—Ya, no intentes hacerte la inocente conmigo. Las mosquitas muertas como tú sois las peores.

Puse los ojos en blanco, un poco ofendida por su comentario, pero cuando pensé en el motorista que me estaba ligando… pues tenía que reconocer que no era tan inocente ni dulce como intentaba aparentar ser.

—Oye, tengo que dejarte. Me estoy quedando sin batería —mentí.

—Está bien. Nada de fiestas por ahora, pero espero que tengas la decencia de enviarme la ubicación de tu futuro negocio.

—¿Por qué? Odias leer…

—Porque yo sí que soy una buena amiga, no como tú —dijo, haciendo que sintiera un pinchazo en el corazón.

Laura tenía ese don: hacerte sentir mal.

—¡Ah, por cierto! Si necesitas una habitación, puedo alquilarte una. Vivo sola en mi apartamento —dijo con un deje de orgullo en su voz, haciendo que me sintiera más mal conmigo misma—. Sé que vas a compartir casa con Pablo y Max. No debe ser fácil vivir con ellos, así

que, cualquier cosa, llámame y estaré ahí para ayudarte.

«¿A cambio de qué?», pensé para mis adentros. Era impropio de ella ofrecer su ayuda sin solicitar algo a cambio…

Hice una mueca de incredulidad y meneé la cabeza.

No entendía cómo ella podía ser tan caradura. Le había escrito muchos mensajes de los cuales seguía sin tener respuesta. Estaba más que comprobado que si, por algún supuesto necesitase su ayuda, ella no dudaría ni un segundo en dejarme tirada…

—Gracias, Laura —musité con voz débil, decidida a hacerme la tonta y no buscar problemas con ella.

No me gustaban los follones, pero presentía que mi paciencia estaba al límite y que, cualquier día, terminaría explotando.

—¡Oh, no me las des, Mar! —habló ella con orgullo, creyéndose la mejor amiga del mundo—. De todos modos, nos veremos muy a menudo. Melany suele pasar las noches con Max, así que, tal vez podemos organizar una reunión de amigos en casa y cumplirte el gusto… Yo qué sé, por ejemplo, ver una de tus películas favoritas.

Vaya, vaya… ahora entendía por qué Melany sabía que iba a mudarme a la ciudad, en la casa de Pablo y Max.

¡Uff!

Hice una mueca con la boca, mordiéndome el labio inferior, y observé la pantalla táctil del coche.

Quería decirle que no iba a participar en ninguna estúpida reunión de amigos porque yo no tenía amigos, pero lo que más me llamó la atención fue el hecho de descubrir que Max y Melany estaban juntos.

¡Joder!

Sentí una sensación extraña en la boca del estómago, como un ardor incómodo que lo interpreté como celos, pero luego entendí que aquel malestar se debía a que tendría que verle el careto a la idiota de Melany.

—Estamos en contacto, ¿vale? ¡Ah! Y recuerda: ignora a Miguel. Ya me encargaré de buscarte otro hombre para que pases un buen rato con él. Besos y buen viaje.

De repente, se escuchó el pitido intermitente del final de la llamada.

«Deja de intentar encajar con gente que no te merece», recordé las palabras de Max… palabras que me quedaron marcadas en mi corazón, talladas como estampas.

Una parte de mí quería cerrarse y no confiar en nadie, fingir que no me dolía estar sola. Pero otra parte de mí quería seguir manteniendo esa extraña amistad con Laura para poder encajar en la sociedad y no sentirme como un bicho raro.

Seguí conduciendo durante una hora, intentando encontrar el desvío que me llevaría a mi nuevo hogar.

Me sentía tan afectada por la conversación de Laura, que apenas me podía concentrar.

Aparqué frente a la casa y, antes de que me bajase del coche, dejé caer mis manos del volante mientras sonreía embobada por las hermosas vistas que se presentaron ante mí.

La casa estaba situada a unos cuantos kilómetros del centro de la ciudad para otorgarme un refugio seguro, alejada del bullicio y del ruido.

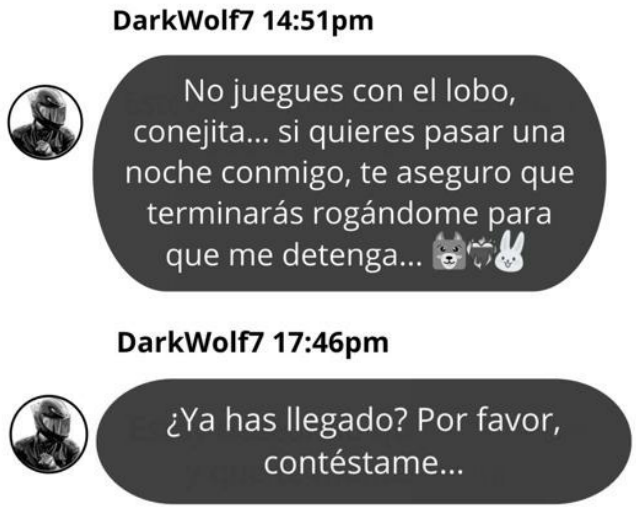
Era una pequeña, pero acogedora casa de dos plantas de color blanco, con un gran jardín lleno de flores de todo tipo y colores. En el porche había una mecedora con una mesa de madera. Parecía que la casa había sido restaurada desde hace poco. Fuera quien fuese el responsable de la reforma de aquella vivienda, era un profesional… ¡desde luego que sí!

Abrí el maletero del coche y saqué mi maleta para arrastrarla hacia la entrada de la casa. La noche anterior, mi hermano y yo hablamos durante largas horas para planificar mi llegada. Como él salía tarde del trabajo y no podía llegar a tiempo para recibirme, me dijo que me dejaría las llaves escondidas dentro de la funda del cojín de la mecedora.

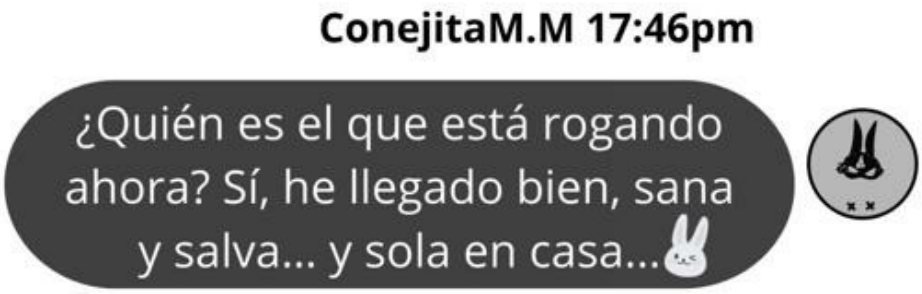
Sonreí con diversión, al mismo tiempo que sacaba las llaves de aquel escondite tan ridículo, pero efectivo, antes de introducir la llave en la cerradura.

Clin.

Me sobresalté asustada cuando sentí vibrar el móvil en el bolsillo de mi chaqueta. Me humedecí los labios y desbloqueé la pantalla:



Esbocé una media sonrisa y tecleé con rapidez:



Volví a guardar el móvil en el bolsillo, antes de abrir la puerta.

Todo estaba decorado en tonalidades oscuras, aunque cálidas. La madera que predominaba por toda la casa, incluida la tarima, era oscura y majestuosa. Las telas que acompañaban al robusto mobiliario, como cortinas, sofás, manteles, eran de color gris claro, haciendo un contraste precioso.

En la primera planta había un enorme recibidor, un salón, una cocina contigua a un cuarto de

la despensa y un pequeño baño al fondo del pasillo.

Subí mi maleta por las escaleras, con la sensación de haber llegado a un lugar en el que hubiera estado antes, pues el ambiente era tan hogareño, tan acogedor…

Caminé lentamente por el pasillo de la segunda planta, observando todo a mi alrededor. Había cuatro habitaciones, las cuales dos tenían las puertas cerradas. Intuía que una era la habitación de Max y la otra de Pablo.

Tragué saliva con fuerza, antes de caminar hacia la puerta que estaba abierta.

La habitación estaba decorada en blanco con algunos toques de azul clarito… mi color favorito. Todavía olía a pintura fresca a pesar de que estaba seca, como si alguien hubiera limpiado y preparado aquella habitación especialmente para mí.

Había una cama de matrimonio con un cabecero de madera tallada, un armario empotrado y una ventana que daba a la fachada trasera de la casa.

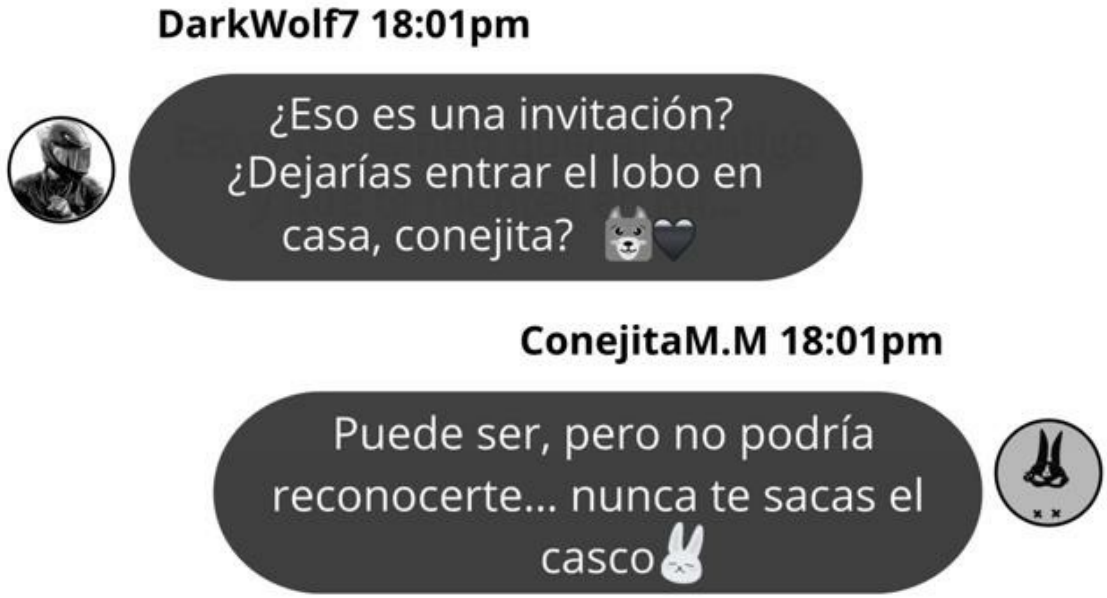
Aquello era demasiado perfecto para ser real, incluso los pequeños detalles en la decoración eran de diez: la alfombra de pelo blanco, las lámparas azul clarito en las mesitas de noche, las cortinas blancas con rayas azules…

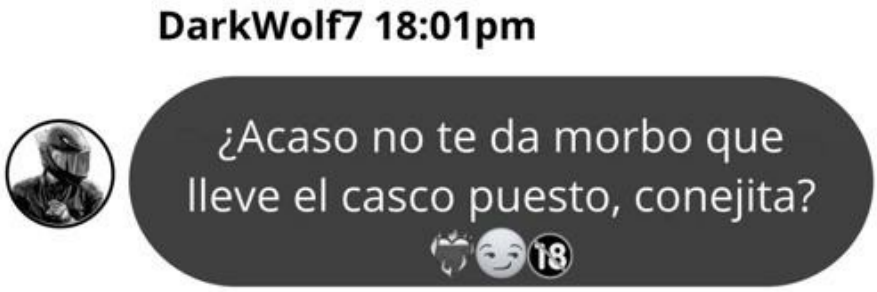
Dejé la maleta encima de la cama y salí de nuevo al pasillo para entrar en el enorme cuarto de baño, con ducha hidromasaje incluida, y decorado con los mismos tonos gris y blanco que el resto de la casa.

Había ciertos toques y productos femeninos, lo que me hizo preguntarme a mí misma si la persona que había dejado aquello allí formaba parte de la vida de Max… y sí, esa persona debía ser Melany.

Cerré la puerta de golpe, entre una mezcla de rabia y asco, antes de bajar a la primera planta.

Clin.





Ahogué un gemido apretando los labios con los dientes al notar una pequeña palpitación entre mis piernas. Aquel jueguecito que ambos traíamos entre manos me ponía más caliente que un tobogán en verano.

A punto de responderle, recibí otra notificación del transportista. Al parecer, la mercancía llegaría antes de lo previsto…

Volví a guardar el móvil en el bolsillo de mi chaqueta y fui directa a la cocina para preparar la cena.

Mis planes se habían torcido, pues creía que los libros llegarían mañana y no hoy, pero, en parte, me hacía ilusión visitar por primera vez mi futura librería. Comprar un local sin antes visitarlo era una completa locura. Pero más locura sería dejar pasar una oportunidad como la que se me presentó hace un par de semanas atrás, cuando el banco me dio la noticia sobre el embargo de un negocio situado en la ciudad. Había dudado qué hacer, pues el banco necesitaba una respuesta cuanto antes… ¡antes de que otro cliente pujase con más dinero por aquel local! Así que, decidí aceptar la oferta que me dieron.

Todavía recordaba la bronca que me echó mi hermano por haber comprado algo sin antes consultarlo o, por lo menos, verlo en persona, pero, a pesar de que tenía que invertir dinero en reformas, ya que el local era un poco viejo y estaba abandonado, aun así, me había ahorrado mucha pasta.

Abrí la nevera, sorprendida de verla llena de comida. Sinceramente, me esperaba encontrar latas de cerveza y *tuppers* llenos de restos de comida de hace días, pero no… no fue así.

Cogí diferentes hortalizas que encontré en uno de los cajones de la nevera: tomates, zanahorias, puerros, cebollas y calabaza troceada. Y, con todos esos ingredientes, preparé una riquísima crema de verduras.

En sí, hacer la cena no me llevaba demasiado tiempo, y menos aún una simple crema de verduras, pero era la primera vez que usaba aquella cocina y buscar por los utensilios era una completa locura…



Después de casi una hora, terminé de preparar la cena y me serví un buen plato de crema de verduras.

Observé de nuevo la hora en mi teléfono móvil: 19:17pm

—Mierda… —musité por lo bajo, tomando la última cucharada de mi cena, antes de levantarme de la mesa.

Mientras fregaba los platos, no pude evitar sonreír por sentirme tan a gusto en un lugar que no me pertenecía. Pero es que esta casa era la casa de mis sueños. Incluso la cocina estaba decorada con mucho estilo, con los muebles grises y blancos lacados. Y había una isla en el centro, rodeada de taburetes del mismo color que la encimera.

Todo parecía estar hecho para mí…

Pum.

Escuché el estruendo del portalón del garaje y el motor de un coche. Me puse tensa, incluso un poco nerviosa, pero, sin perder más el tiempo, apagué las luces y me escondí en un rincón de la cocina.

Quería darle una sorpresa a mi hermano, después de tantos meses sin verlo.

¡Joder! Lo había extrañado muchísimo…

Tragué saliva y me llevé las manos a la boca para amortiguar la risa, cuando escuché la puerta del coche al abrirse y al cerrarse de golpe.

Mi hermano era un tío miedoso que se asustaba hasta de su propia sombra, y el hecho de pensar en la cara que se le pondría cuando saliera de mi escondite para asustarlo, hacía que me partiera de risa por dentro.

Inspiré profundamente cuando escuché unos pasos cerca de la puerta trasera de la cocina, la misma puerta que daba acceso al garaje.

Me mordí el labio inferior cuando observé una silueta acercándose lentamente hacia el interior de la cocina y, sin pensarlo dos veces, me abalancé sobre él.

—¡*Buuuhhh*! —grité, poniendo una voz grave y fantasmal, al mismo tiempo que carcajeaba.

Pasaron unos cuantos segundos muy intensos.

Ninguno de los dos dijo ni una sola palabra al respecto, hasta que mis manos, las cuales seguían aferradas a aquellos grandes y musculosos brazos, empezaron a temblar cuando me di cuenta de que aquel sujeto no era mi hermano.

Eché hacia atrás mi cabeza y aquel desconocido rugió, mientras su perfume, que me resultaba muy familiar, invadía todos mis sentidos.

Me asusté y di un paso hacia atrás cuando noté cada uno de sus músculos completamente crispados y su cálido aliento golpeando contra mi rostro.

—No puede ser… —musité con voz inaudible, al mismo tiempo que caminaba en la oscuridad hacia el interruptor, tropezándome con una silla y haciendo que me sintiera más avergonzada de lo que ya estaba.

Pero cuando encendí la luz y miré hacia atrás, la sorpresa me la llevé yo cuando vi a Max observándome fijamente sin apenas pestañear.

Seguía teniendo la misma mirada intensa e intimidatoria, con sus ojos azules grisáceos brillando de un modo no del todo inocente. Pero su físico… todo en él había cambiado radicalmente.

Max estaba muchísimo más alto que la última vez que lo había visto y ahora medía, por lo menos, un metro noventa. Su cabello, que estaba ligeramente desordenado y sudado, era de un castaño más oscuro y su tez estaba bronceada por el sol norteño, pero no por tomar el sol lánguidamente, sino por trabajar largas horas a la intemperie.

Llevaba unos pantalones con muchos bolsillos en los laterales, unas botas de trabajo y una camiseta negra de manga corta que se ceñía a su cuerpo como si fuera una segunda piel.

El músculo de su bíceps izquierdo potenciaba un dibujo tribal tatuado en todo el brazo,

mientras sujetaba un cinturón de herramientas que parecía pesar demasiado.

Pero lo que más me llamó la atención fue ver el collar que le regalé en su dieciocho cumpleaños.

«Si llevar este collar significa que soy todo tuyo… entonces, no me lo sacaré nunca, enana».

Me humedecí los labios que sentí repentinamente secos, al notar que la respiración se me entrecortaba, mientras me hormigueaban las palmas de las manos por la necesidad de acariciar aquella bronceada piel.

¡Uff, joder!

Ver su piel tatuada y aquellos músculos me estaban afectando al entendimiento.

Todo mi cuerpo empezó a arder de manera anormal, pillándome totalmente desprevenida.

—Vaya, vaya… aquí estás… —habló con una voz ronca que me hizo erizar todo el vello de mi cuerpo—. La nueva okupa…

Su mirada era tan acerada, tan llena de arrogancia, que sentí que me empequeñecía por momentos.

Al parecer, nuestra relación no había cambiado nada… seguíamos odiándonos como el primer día.

La forma en la que Max se interponía entre mí y la puerta me hizo sentir cosas extrañas en el estómago, pero lo que me había dicho había tocado un punto sensible de mi ser.

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo. Avancé con paso firme y el mentón muy alto hasta colocarme delante de él, mientras inclinaba mi cabeza hacia atrás para poder observarlo a los ojos. Templé mi enfado y mis ganas de estrangularlo, pero, siendo del todo sincera, aunque quisiera estrangularlo de verdad no sería capaz de hacerlo por la gran diferencia de altura que había entre los dos…

—Sigues siendo igual de gilipollas que hace seis años —lo ataqué, destilando toda la rabia que sentía por todos y cada uno de los poros de mi piel.

Creí que se cabrearía conmigo, teniendo en cuenta que, después de tantos años sin vernos, aquel no era un reencuentro que cualquier persona en su sano juicio desearía.

Max esbozó una sonrisa ladina que hizo que mi corazón palpitara a toda prisa.

¡Maldita sea!

¡Aquel encuentro estaba siendo del todo surrealista!

—Y tú sigues siendo una enana…

¡Agg! ¡Aquel apodo!

Aunque me jodiera reconocerlo, en el fondo de mi ser había extrañado mucho que me llamara por ese apodo…

Los dos nos fulminamos con la mirada. Odio, puro odio, sin ningún tipo de disimulo. Aquel odio que impregnaba la habitación podría cortarse con un cuchillo, pero había algo más… sí, en el fondo de nuestras miradas asesinas todavía seguía presente aquel cariño que nos teníamos cuando éramos unos niños.

—No me llames así —musité con voz temblorosa, maldiciéndome a mí misma por demostrarle aquella debilidad.

—No creo que exista un término más adecuado para describirte… enana —dijo, guiñándome un ojo.

Tragué saliva de golpe, sintiendo que mis mejillas ardían.

—¡Oh, Marti! —exclamé, haciendo que él apretara las mandíbulas con rabia—. No me hagas describirte porque no seré nada buena eligiendo los adjetivos…

Él se inclinó hacia mí para poner su rostro a un palmo del mío.

—No seas desagradable con tu nuevo compañero de vida. Te recuerdo que viviremos bajo el mismo techo.

—¿Me acabas de llamar desagradable?

Él volvió a sonreír de medio lado.

—¿No me has escuchado? —inquirió, acercándose más a mí hasta casi rozar nuestras narices—. De… sa… gra… da… ble… —pronunció sílaba por sílaba, mientras sus ojos descendían hacia mi boca.

—¿Perdona?

—Estás perdonada, enana —respondió con voz cavernosa, al mismo tiempo que se pasaba la lengua por el labio inferior.

A punto de gritarle un sinfín de insultos, alguien apareció en la cocina.

—¡María! —exclamó mi hermano con alegría, al mismo tiempo que corría hacia mí para estrecharme entre sus brazos.

Max gruñó por lo bajo cuando Pablo lo apartó hacia atrás con tanta fuerza que casi lo tiró al suelo.

Sonreí con malicia, todavía abrazada a mi hermano, mientras fulminaba a Max con la mirada y le sacaba el dedo medio.

Max se mordió el labio inferior para evitar sonreír, mientras negaba con la cabeza.

Sentí cómo las mariposas de mi estómago revoloteaban sin cesar cuando lo vi allí, parado a pocos metros de mí, con las manos apoyadas en la cadera mientras su pecho subía y bajaba acompasadamente.

Joder, el muy cabrón estaba más bueno que el pan…

¡Uff!

—¡Cuéntame! ¿Qué tal el viaje? —inquirió mi hermano, enmarcándome el rostro con ambas manos para que le prestara atención—. No sabes lo feliz que estoy por tenerte cerca. Te he extrañado muchísimo…

—Qué pena que yo no pueda decir lo mismo… —murmuró Max entre dientes, al mismo tiempo que se acercaba a la vitrocerámica para abrir la tapa de la cazuela y ver lo que había dentro.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendido por ver la cena hecha. Lo observé atentamente, cuestionándome lo duro que debía ser su trabajo. El mundo de la construcción implicaba un gran esfuerzo físico y apostaría todo mi dinero, que no era mucho, a que Max no se alimentaba del todo bien porque prefería descansar, antes que ponerse a cocinar.

Siempre fue un dormilón…

—No le hagas caso —dijo mi hermano, al mismo tiempo que ponía los ojos en blanco—. Fue él quien limpió el moho de las paredes de tu nueva habitación y las pintó de nuevo para que estuvieras cómoda y te sintieras como en casa.

Desvié la mirada hacia Max, sorprendida por descubrir aquello, pero él seguía apoyado en la vitrocerámica, dándome la espalda.

—¿Ya has cenado? —me preguntó mi hermano, sacándome de mi ensimismamiento.

Carraspeé antes de hablar y asentí con la cabeza.

—Sí. Hice suficiente crema para los tres. Supuse que tendríais hambre…

Max soltó un bufido que acompañó de una risa irónica, antes de añadir:

—Seguro que le has puesto veneno… tú nunca harías nada bueno por mí.

Di un paso hacia él, dispuesta a decirle un par de cosas hirientes, pero mi hermano me agarró del brazo para impedírmelo.

—Gracias por habernos hecho la cena. Eres la mejor —me dijo, sonriéndome con dulzura.

Le devolví la sonrisa mientras lo repasaba con la mirada de arriba abajo. Pablo también había cambiado bastante. Ahora tenía el pelo un poco más largo y vestía de traje. Y, lo más importante, se veía feliz… muy feliz con su nueva vida.

Me sobresalté cuando Max pasó por mi lado, rozándome el brazo, antes de dejar sobre la mesa dos platos hondos. Enarqué una ceja, cruzándome de brazos, mientras él me sonreía de aquel modo pícaro y provocador.

¡Dios, qué ganas tenía de estampar mi puño en su bonito y perfecto rostro!

Clin.

Saqué el móvil del bolsillo de mi chaqueta y fruncí el ceño, maldiciendo por lo bajo.

—¿Qué ocurre? —inquirió Max, acercándose a mí para leer el mensaje.

Abrí la boca, indignada, antes de esconder el móvil detrás de mi espalda y golpearlo en el brazo con fuerza.

—¡Y a ti que te importa, idiota! Veo que sigues siendo igual de fisgón que cuando eras un adolescente…

Max se llevó una mano al pecho, fingiendo sentirse herido por mis palabras.

—He cambiado, enana… Ahora ya no leo diarios, sino conversaciones de WhatsApp.

—¡Te odio!

—Dime algo que no sepa…

—¡Eres insoportable!

—Uff, me abruma tanto halago, enana.

—¡Deja de llamarme así!

Sin darnos cuenta, los dos quedamos de nuevo con nuestros rostros a pocos centímetros de distancia, hasta que Pablo se interpuso para separarnos.

—¡Max, ya basta, tío! ¡Deja a mi hermana en paz!

—No la defiendas, Pablo. Ella solita es capaz de enfrentarme… siempre y cuando se suba a una silla —dijo, guiñándome un ojo para sacarme de quicio.

Grité para mis adentros y cerré los ojos con fuerza, intentando no perder la calma. Luego inspiré profundamente y llamé al transportista.

—Hola… sí, sí, soy yo… —dije, mientras los ojos azules grisáceos de Max me miraban fijamente, sin perder detalle alguno de mi conversación—. Está bien, estaré ahí en veinte minutos. Gracias.

Pablo enarcó una ceja, al mismo tiempo que se acercaba a mí.

—¿Has quedado con alguien? —me preguntó.

Abrí la boca para responderle, pero Max empezó a reír así sin más.

—Acaba de llegar, tío… no va a salir a ningún lado. Ya es muy tarde.

—¿Y si te digo que estás equivocado y sí he quedado con alguien? —Enarqué ambas cejas para darle más énfasis.

Max me observó de arriba abajo, con una mirada intensa que me hizo sentir cosquillas en mi entrepierna. Pero luego sacudió la cabeza en un ademán de autocontrol y esbozó una sonrisa maliciosa.

—Me ha dado tiempo de leer el mensaje, enana. Sé que es el transportista.

Cerré los ojos y me mordí el interior de mi mejilla, maldiciéndome para mis adentros.

«Soy una idiota», pensé para mí misma.

—¿Es en serio? ¿A estas horas? ¿No pueden entregarte la mercancía mañana? —inquirió mi hermano, llevándose una mano al estómago en señal de hambre y cansancio.

Volví a abrir los ojos y negué con la cabeza.

—No, si no firmo hoy la recepción de la mercancía, los libros irán de vuelta al almacén y tendré que correr con todos los gastos del transporte.

—Pero seguro que estás cansada del viaje. Además, es muy tarde para que vayas sola y…

—No te preocupes, aprovecharé para echarle un vistazo a las instalaciones y valorar si necesito invertir más dinero para hacer algún arreglo en el local.

De repente, sin previo aviso, Max caminó hacia la encimera y cogió las llaves de su coche, antes de plantarse frente a mí con un rostro serio e inexpresivo.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Con la argolla en el dedo índice, giró las llaves en el aire.

—No creo que puedas hacerte cargo de todo tú sola, enana. Las cajas estarán llenas de libros muy pesados…

Se me escapó un bufido risorio, pero apenas pude decir algo, pues Max se alejó de la cocina para abrir la puerta y entrar en el garaje.

Desvié la atención hacia mi hermano, quien me estaba mirando mucho antes de yo hacerlo, sonriendo de oreja a oreja. Luego alzó los hombros, como queriendo expresar con aquella actitud que en el fondo estaba de acuerdo con Max, antes de salir de la cocina.

Quedé petrificada, como si hubiera echado raíces en el suelo, observando fijamente aquella puerta abierta que daba acceso al garaje, hasta que Max apareció bajo el umbral, apoyando ambos brazos con las venas marcadas en el marco de la puerta.

¡Uff!

Parecía el sueño erótico de cualquier mujer, incluso se me flojearon las rodillas, lo cual me hizo sentir realmente estúpida por mi reacción.

Max bajó la mirada lentamente por mi cuerpo, dejando un camino de llamas a su paso que me afectó por dentro. Sus ojos se detuvieron en mis piernas, consciente de que estaban temblando como si estuvieran hechas de gelatina.

—¿Quieres que te lleve en brazos? —inquirió con voz ronca, volviendo a subir la mirada por mi cuerpo hasta clavarla en mis ojos.

—¿Para que me dejes caer? No, gracias —le respondí, intentando caminar hacia él sin parecer *Bambi* recién nacido.

Cuando llegué a la puerta, Max seguía con los brazos abiertos apoyados sobre la pared en ambos lados del marco.

—Déjame pasar —le ordené.

Él dejó caer su peso hacia delante, haciendo que las venas de sus brazos se marcaran todavía más.

—Yo nunca te dejaría caer, enana… —susurró en voz baja, como si me estuviera contando un secreto, mientras sus intensos ojos estudiaban mis facciones en completo silencio, hasta que se retiró hacia atrás para volver a incorporarse en su metro noventa—. Sube al coche ya, o llegaremos tarde.

Lo observé perpleja, sin apenas reaccionar, mientras él entraba en su todoterreno, de un color negro impecable, que me puso roja de la envidia. Al parecer, a Max no le iba tan mal en el trabajo y había ahorrado bastante dinero para comprarse el coche de sus sueños.

Me acerqué al coche, consciente de que el asiento del copiloto estaba libre, haciendo que, inevitablemente, recordase un episodio de mi adolescencia, exactamente cuando Max y Pablo me

llevaron a la fiesta de cumpleaños de Melany.

Sacudí la cabeza para alejar los recuerdos y, a punto de abrir la puerta y entrar en el coche, algo en la esquina del garaje me llamó la atención. Fruncí el ceño y ladeé la cabeza cuando me di cuenta de que Max tenía una *Yamaha MT-10*. No entendía mucho de motos, pero sabía que aquella máquina de dos ruedas era una de las más potentes del mercado porque DarkWolf7 tenía la misma.

Me mordí el labio inferior, sintiendo una gran confusión en mi mente, hasta que Max carraspeó con fuerza e hizo que desviara mi atención hacia él.

—Luego te doy una vuelta si quieres, enana —me dijo con voz seria, sin sacarme la mirada de encima, mientras se colocaba un lápiz detrás de la oreja.

Pestañeé varias veces para despejar la mente y me subí las gafas por el puente de la nariz, antes de tomar asiento.

—Lo siento, de verdad —dije con voz de tristeza fingida—. Pero ya tengo a alguien dispuesto a darme una vuelta en su moto. —Pensé en mi motorista misterioso.

Las comisuras de sus labios tiraron hacia arriba mientras cubría los escasos metros que nos separaban, con su antebrazo derecho apoyado en el respaldo de mi asiento.

—¿Qué… —Tragué saliva y carraspeé para que no me saliera voz de pito—. ¿Qué estás haciendo? —terminé de formular la pregunta cuando se inclinó sobre mí.

Ahogué un gemido cuando Max agarró el cinturón y lo desplazó lentamente entre mis pechos.

Clic.

Cuando terminó de colocarme el cinturón, agarró con fuerza la cinta y dio un tirón fuerte, provocando que mi cuerpo rebotara hacia delante por la brusquedad de su movimiento.

Me mordí el labio inferior para evitar que se me escapara un jadeo cuando él sonrió de medio lado.

—La única moto que dejaré que montes será la mía, enana. Tenlo por seguro…

Lo observé sin apenas pestañear, con la boca abierta, hasta que Pablo se inclinó hacia delante para golpear a Max en la frente con su dedo índice.

—Mientras yo siga con vida, no dejaré que mi hermana se suba a ninguna moto. Tenlo por seguro, tío…

Max sonrió y carcajeó, al mismo tiempo que discutía con mi hermano. Parecían un matrimonio. Pero el sonido de su risa hizo que sintiera una sensación cálida en el pecho, incluso las mariposas de mi estómago comenzaron a revolotear sin parar.

Sacudí la cabeza para alejar aquellas absurdas ideas y desvié la mirada hacia la ventanilla, volviendo a centrar toda mi atención en aquella moto que, inconscientemente, hizo que pensara en DarkWolf7.

Cerré los ojos, imaginándomelo en mi habitación, acercándose lentamente a mí, al mismo tiempo que se sacaba el casco y desvelaba su rostro…

«Enana», pensé en aquel apodo, mientras el rostro de Max aparecía en mis pensamientos.

Mierda, esto no me puede estar pasando.

No, por favor…

Capitulo 2





—¡Uff! —Solté un suspiro de cansancio, limpiándome el sudor de la frente con la manga de mi vestido.

Habíamos conseguido transportar más de cincuenta cajas llenas de libros desde el camión hasta el local. Bueno, a decir verdad, Max había transportado más peso que Pablo y yo juntos.

Me coloqué las manos en las caderas, observando todo a mi alrededor. El local que había comprado con toda mi ilusión estaba en unas condiciones lamentables, lo que me hizo darle la razón a mi hermano por haber comprado algo sin antes verlo… ¡desde luego, las fotos que el banco me había enviado por correo electrónico no tenían nada que ver con la realidad!

El lugar estaba lleno de humedades, desperfectos y tan solo equipado con unos pocos muebles del anterior negocio cuyo dueño tuvo que cerrar.

Pero, aun así, me gustaba… ¡Sí! Mi idea era abrir una librería estilo vintage, no quería nada de modernidades. Así que, tenía que ver el lado positivo de las cosas y estar motivada para seguir adelante con mi sueño de abrir mi propio negocio.

Pum.

Me sobresalté cuando Max apareció detrás de mí para dejar las últimas cajas en el suelo. Su respiración era entrecortada y el sudor trazaba líneas visibles a través de su camiseta.

—¿Prefieres que las deje en el almacén? —me preguntó, al mismo tiempo que señalaba con su cabeza una puerta corrediza situada detrás del mostrador.

Negué con la cabeza, al mismo tiempo que tragaba saliva para humedecerme la boca que se me puso repentinamente seca.

—Necesito llevarlas allí al fondo, donde están las estanterías —le expliqué, señalando el lugar con mi dedo índice, mientras él enarcaba una ceja.

—¿Te refieres a esos trozos de madera apolillada? —inquirió él con ironía.

—Siguen siendo estanterías —le respondí un poco borde, porque me jodía darle la razón.

Pablo seguía canturreando una canción y meciéndose de un lado a otro, mientras limpiaba el polvo.

—¿De verdad crees que no puedo alzarte en brazos? —me preguntó Max, con su pecho pegado a mi espalda.

Giré sobre mis talones y lo observé a la cara.

—¿Todavía sigues dándole vueltas a eso?

Él apretó las mandíbulas con tanta fuerza que un músculo le vibró de manera incontrolada.

—Contéstame.

Fruncí el ceño y ladeé la cabeza.

—No, no creo que seas capaz —le respondí con sinceridad, subiendo mis gafas con el dedo índice.

Max chasqueó la lengua con desaprobación.

—¿Cuánto pesas? —Fue directo al grano.

Su pregunta me puso incómoda. No es que estuviera acomplejada por mi peso, pero recordar los episodios tan dañinos que viví en mi adolescencia por mi físico, dolía… dolía mucho.

No sé por qué, pero tuve la impresión de que su pregunta contenía un doble significado.

—Sé que he engordado algo más desde la última vez que nos hemos visto, pero…

—¡Yo no he dicho eso! —exclamó cabreado, interrumpiéndome—. ¡Joder, enana, siempre piensas lo peor de mí!

Se agachó para coger dos cajas con una facilidad sorprendente, sin sacarme la mirada de encima. Estimaba que las dos cajas pesaban entre unos sesenta y setenta kilos.

Max movió las cejas de arriba abajo con picardía, como si quisiera dejarme claro que podría alzarme en brazos sin ningún problema.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—Peso mucho más que eso… —le aseguré en voz baja, mientras Pablo cantaba a todo volumen el estribillo de su canción preferida.

Su semblante se puso serio y me arrepentí inmediatamente cuando se agachó y cogió otras dos cajas más, mientras las venas se marcaban en sus brazos y el pelo, oscurecido por el sudor, se le pegaba a la frente.

—Dudo mucho que peses más que esto, enana. Pero, si así fuera, te aseguro que aún me quedan fuerzas para levantar otras dos cajas más —susurró con voz ronca, mirándome fijamente a los ojos, antes de darse la vuelta para llevar los libros a donde le había indicado antes.

—*Gimme, gimme, more! Gimme! Gimme, gimme, more!* —Pablo siguió cantando a todo pulmón, bailando con el palo de la escoba, ajeno a la tensión sexual que se respiraba en el ambiente. Porque sí, aunque quisiera negarlo, entre Max y yo había algo más que un simple odio mutuo.

Observé su ancha espalda y los músculos que se dejaban adivinar bajo su camiseta sudada. Era tan jodidamente perfecto que, por un instante, dejé de pensar en nuestra enemistad.

—*Uuuhhh! Gimme, gimme, more!*

¡Maldita sea!

Si *Britney Spears* estuviera a mi lado y viera lo que yo estaba viendo, no habría dudado en hacer un nuevo videoclip para su canción.

¡Uff!

Cada vez que Max se agachaba para colocar las cajas, poniendo los músculos de su cuerpo en tensión, era como una invitación a pecar con él y arder juntos en el infierno.

Noté la boca repentinamente seca y me humedecí los labios. Me sentía como una mujer hambrienta en una habitación donde había un suculento banquete servido, sí, un banquete que no podía degustar, pero sí mirar.

Max se pasó la mano por el pelo para apartar los mechones húmedos que tenía pegados en la frente, y luego inspiró tan profundamente que incluso su pecho se hinchó de manera visible.

—*Gimme, gimme, more!*

Mi corazón dio un vuelco y empezó a latir desenfrenadamente cuando pensé en el significado de la letra de aquella canción.

¡Oh, desde luego que, en aquel preciso momento, quería que Max me lo diera todo!

—Mierda… —musité con voz inaudible, llevándome una mano a la frente para intentar controlarme, pero cuando Max giró la cabeza hacia mí y me pilló observándolo, sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

Max esbozó una sonrisa de lo más sexy, como si supiera que estaba fantaseando con él.

Parpadeé varias veces para enfocar la vista en otra cosa, y le di la espalda para ocultar mis mejillas sonrojadas, hasta que sentí una mano sujetándome por el hombro.

Me sobresalté, entre una mezcla de nervios y excitación, pero cuando me di la vuelta y vi a mi hermano, el deseo y la pasión que corría por mis venas desapareció por completo.

—Tengo que irme —susurró con una voz nerviosa que supo disimular con una sonrisa—. Ha surgido un problema en la empresa.

A Max se le escapó una risilla que mi hermano le cortó de raíz con una mirada asesina.

Tenía la sensación de que ellos sabían algo que yo desconocía…

—¿Te necesitan en el trabajo a estas horas? —le pregunté, observando la hora en mi teléfono móvil, mientras él asentía con la cabeza—. ¡Qué cabrón es tu jefe!

—Sí, Pablo, tu hermana tiene razón, ¿verdad? Qué hijo de la gran puta es nuestro jefe, tío —habló Max, con la comisura de sus labios notablemente torcida hacia arriba.

Mi hermano abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua. Era como si la fría calma de la voz de Max lo hubiera puesto nervioso.

—Está bien, Pablo, lo entiendo —le dije, intentando tranquilizarlo cuando su frente empezó a cubrirse de sudor—. Pero hemos venido en el mismo coche y…

Él alzó las manos y las sacudió en el aire.

—No, no, no… No te preocupes por eso, he quedado con un compañero de trabajo en el bar de la esquina. Iré con él en su coche.

Asentí lentamente con la cabeza, no muy convencida, pero apenas pude bombardearlo con más preguntas, pues se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

—Te prometo que mañana te ayudaré a limpiar todo este desastre —dijo, caminando marcha atrás hacia la salida mientras me sonreía de oreja a oreja—. ¡Ah, por cierto! —exclamó, antes de salir del local—. ¡Bienvenida, hermanita!

Las campanillas que había en la puerta fueron lo único que rompieron aquel incómodo silencio.

No me hacía ninguna gracia quedarme a solas con Max, pero menos gracia me haría quedarme sola por completo en un viejo local que me recordaba a la típica escena de terror donde la protagonista es asesinada.

Observé por el rabillo del ojo a Max, quien tenía las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón y con la mirada clavada en mí.

Me ruboricé como cuando era pequeña y me pillaban en in fraganti en algo en lo que no quería ser descubierta, pero me llené de valor y hablé con voz firme:

—Termina de colocar las cajas.

Max enarcó ambas cejas y sonrió con incredulidad.

—Qué sexy te pones cuando das órdenes, enana…

—¿Esa frasecita te ha funcionado alguna vez?

—Nunca la había usado. Yo no permito que nadie me dé órdenes…

Lo miré embobada cuando se sacó el lápiz de detrás de la oreja y se lo llevó a la boca con aire pensativo.

Me crucé de brazos y lo fulminé con la mirada.

—Si quieres fumar, hazlo… pero fuera de mi librería.

Max frunció el ceño, como si no comprendiera nada de lo que había dicho, hasta que desvió su mirada hacia donde yo estaba mirando. Él bufó con gracia, antes de sacarse el lápiz de la boca y guardárselo en su cinturón de trabajo.

—Ya no fumo, enana.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy.

Ahora fui yo quien frunció el ceño.

Max sonrió de medio lado, antes de seguir hablando:

—Sé que odias el olor a tabaco… Además, una vez me dijiste que nunca saldrías con un fumador.

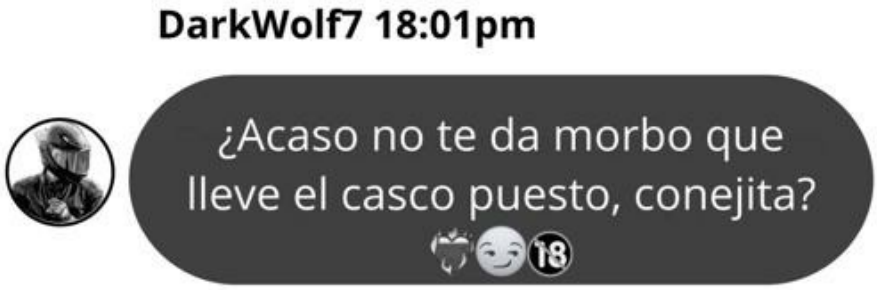
De nuevo, un tenso silencio se apoderó del interior del local, mientras nuestras miradas seguían fijas la una en la otra. Un silencio que fue roto al cabo de casi un minuto por mi voz temblorosa:

—Iré a organizar un poco el almacén…

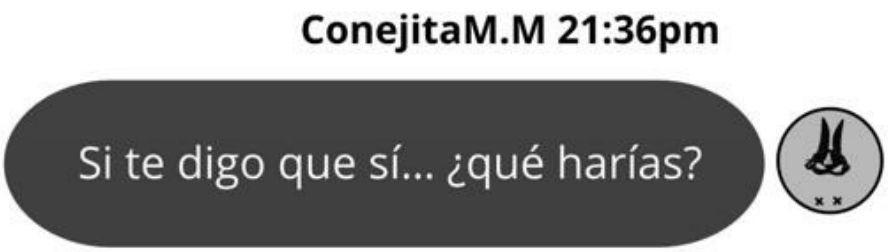
Me di la vuelta, sintiendo que me flaqueaban las piernas. Abrí la puerta corrediza y entré en el almacén, llevándome la mano al pecho para intentar calmar mi agitada respiración.

La única razón lógica que le veía a todo lo que estaba sintiendo era que llevaba mucho tiempo sin mantener relaciones sexuales y, al igual que el resto del mundo, yo también tenía mis necesidades… ¡maldita sea!

Saqué el móvil del bolsillo de mi chaqueta y observé el último mensaje:



Me mordí el labio inferior, sintiendo las mejillas arder… bueno, para ser sincera, todo mi cuerpo estaba ardiendo.



Volví a guardar el móvil en el bolsillo para evitar escribir algo de lo que luego me arrepentiría, todavía bajo los efectos de la excitación del momento.

Intenté centrarme en lo realmente importante, es decir, en mi futuro negocio. Así que, empecé a limpiar el almacén, que era demasiado pequeño para mi gusto, pero cuando vi algo diminuto y lleno de patas peludas detrás de una caja vieja de cartón, solté un chillido que pareció estallar en el interior de mi cabeza y extenderse por todo el lugar.

—¡María! —Max gritó por mi nombre desvelando en su tono de voz preocupación y miedo, antes de entrar en el almacén y sujetarme por los hombros—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Sus ojos bailaron por todo mi cuerpo, como intentando asegurarse de que no estuviera herida.

—Ahí… está ahí —le dije con los ojos cerrados, señalando la caja y poniendo cara de asco.

—Joder, enana… —susurró entre una mezcla de enfado y de alivio cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando—. ¿Todavía te siguen asustando las arañas?

Abrí un ojo para observarlo. Hice un puchero retrayendo mis labios y, exagerando mi gesto, crucé mis brazos sobre mi pecho.

—Creo que la respuesta es obvia…

—Ni que lo digas. Si eres así de gritona para todo… ¡Uff! —murmuró con voz ronca, dejando la frase en el aire.

Fingí que no lo había escuchado, pero la realidad era que su comentario hizo sentirme cosas en la boca del estómago.

Max apartó la caja a un lado y observó con atención aquella araña peluda que parecía estar más asustada que yo.

—Ay, enana, ¿cómo has podido sobrevivir todos estos años sin mí? —inquirió con un deje burlón, antes de alzar el pie con la intención de aplastar a la pobre araña.

Que no me gustaran los bichos, no significaba que quisiera hacerles daño.

—¡No, espera! —le grité sujetándolo del brazo, sintiendo su calidez.

Max giró la cabeza hacia mí y me sonrió de medio lado.

—Lo sé, enana, sé que no quieres que la mate… —susurró con voz ronca, a pocos centímetros de mi rostro, antes de pisotear la caja y romperla—. Te conozco demasiado bien —dijo, agachándose en el suelo para poner la araña con mucho cuidado encima del cartón—. La llevaré afuera, sana y salva, no te preocupes.

—Vale… —musité en voz baja, al mismo tiempo que me pellizcaba los dedos con nervios.

—¿Quieres despedirte de ella? —inquirió, acercándome el cartón a la cara y haciendo que chillara y corriera en sentido contrario.

—¡Eres un gilipollas!

El provocativo sonido de su risa me hizo temblar.

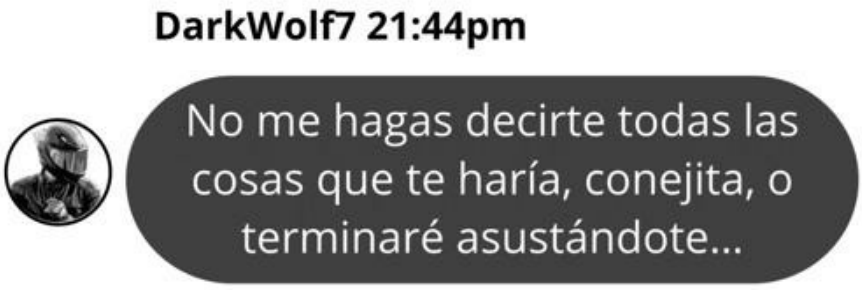
—Vengo ahora mismo, intenta no asustarte, ¿vale?

Lo vi alejarse de allí, con la araña encima del cartón, mientras pensaba en todo lo que había sucedido.

«Te conozco demasiado bien», recordé su frase.

Y era cierto, Max me conocía como la palma de su mano.

Clin.



Salí del almacén, sumida en aquel silencio mientras releía el mensaje. Me mordí el labio inferior y luego esbocé una sonrisa ladina. Apoyé los antebrazos sobre el mostrador, a punto de responderle, pero Max carraspeó con fuerza.

Me sobresalté por el susto, como si esperara una acusación por lo que estaba haciendo, mientras él me observaba tan fijamente que me vi obligada a humedecerme los labios.

Sus ojos siguieron el movimiento de mi lengua, mientras sus pupilas se dilataban visiblemente.

—¿Ya estoy a salvo? —le pregunté, intentando romper aquella tensión que se instauró entre los dos.

Max volvió a clavar su mirada en la mía.

—¿De quién? —inquirió con voz ronca y grave.

Fruncí el ceño y solté una risita nerviosa.

—De la araña.

Las comisuras de sus labios tiraron hacia arriba mientras se acercaba a mí, separados únicamente por el mostrador.

—De ella sí… pero de mí no.

Entreabrí la boca para dejar escapar un suspiro trémulo.

Max sonrió con suficiencia, al mismo tiempo que apoyaba los codos sobre la mesa y se inclinaba hacia mí.

—¿No va a venir a ayudarte? —inquirió, cambiando radicalmente de tema, todavía con sus ojos clavados en los míos.

—¿Quién?

—Tu novio… —susurró en voz baja, como si el hecho de pronunciar aquella palabra le costase un esfuerzo sobrehumano.

Bajé la mirada a mi teléfono móvil y lo dejé sobre el mostrador con la pantalla bloqueada. Quedé un rato así, callada y sin mover ni un solo músculo de mi cuerpo.

En teoría, Miguel y yo seguíamos siendo novios… pero en la práctica, estaba más que claro que ya no estábamos juntos. Había sido un cobarde por no tener la decencia de cortar conmigo y decírmelo directamente a la cara, escudándose en la estúpida y ridícula idea de que debíamos darnos un tiempo.

¡Era un capullo integral! ¡No quería saber nada más de él!

—¿Y qué hay de ti? —le pregunté, intentando desviar el tema de la conversación.

Max apoyó sus antebrazos sobre la mesa para quedar más cerca de mí, mientras aquel collar que le regalé hace años se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, atrayendo mi atención hacia su cuello.

—¿Qué quieres saber de mí, enana?

«¡Todo!», gritó la vocecita de mi conciencia.

—¿No crees que tu novia se enfadará contigo porque estés aquí?

—¿Cuál de ellas? —inquirió con un tono juguetón.

Puse los ojos en blanco.

—Estoy de broma, enana. No tengo novia… por ahora —dijo, volviendo a esbozar aquella maldita sonrisa ladina que hacía que las mariposas de mi estómago revoloteasen como locas.

—Ya… entonces, ¿los productos femeninos que vi en el cuarto de baño son tuyos o de mi hermano?

La sonrisa de Max se fue desvaneciendo lentamente, pero su mirada seguía fija en mi rostro con una nueva intensidad que apenas pude describir.

—¿Estás celosa?

Aquello me tomó totalmente desprevenida y mi respuesta salió sin pensar:

—¡Es que me estás mintiendo! —exclamé cabreada—. Sé que estás saliendo con Melany.

Cerré la boca de golpe, arrepintiéndome de haberle soltado aquello, pues lo único que hice con aquella forma de actuar fue darle la razón con respecto a que estaba un poco celosa.

Sus ojos recorrieron mi rostro como queriendo memorizar cada una de mis facciones, pero aquel silencio me estaba matando por dentro.

—Lo siento —susurré en voz baja—. No quiero ser una egoísta, teniendo en cuenta que tú también pagas parte del alquiler, pero no me hace mucha gracia ver a Melany merodeando por la que será mi nueva casa.

Max frunció el ceño y desvió la mirada hacia mi boca por unos segundos.

—No te estoy mintiendo. No tengo novia. Melany no significa nada para mí. Sabes que soy un hombre que cumple sus promesas —dijo, volviendo a clavar su intensa mirada en la mía—. Así que, te prometo que no verás a ninguna mujer en casa mientras tú estés viviendo en ella.

Sus palabras significaron mucho para mí en aquel momento. Me transmitieron tranquilidad y seguridad.

Ahogué un jadeo cuando atrapó un mechón de mi pelo con su dedo índice y lo colocó detrás de mi oreja.

—Pero tú también me tienes que prometer que no llevarás a ningún hombre a nuestra casa… —susurró cálidamente.

«Nuestra casa», pensé para mis adentros.

¡Uff! Aquello sonaba demasiado bien como para ser real.

Miré la profundidad de sus ojos azules grisáceos, ese color que tanto me fascinaba porque no era ni azul ni gris, sino una mezcla de ambos. En aquellos momentos brillaban como nunca antes.

—Está bien… te lo prometo —logré susurrar sin que me temblara la voz.

Las esquinas de sus ojos se arrugaron cuando esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Esa es mi chica…

Sus palabras me sorprendieron, pero, al mismo tiempo, me excitaron demasiado.

Intenté corregirlo y decirle que yo no era nada suyo, pero cuando estiró su brazo hacia la esquina del mostrador para coger un boli y un pósit, fruncí el ceño y cambié de tema:

—¿Qué estás haciendo?

Max parecía demasiado concentrado escribiendo sin parar en aquel pequeño trozo de papel.

Apoyé un codo en el mostrador y el mentón en la mano.

Me invadió una ola de tristeza cuando recordé la cantidad de notitas de amor que le escribí a Miguel en mi adolescencia. Notas escritas a mano donde expresaba mis sentimientos por él, pero

que él nunca supo valorar. De hecho, cuando empezamos a salir juntos, le pedí en varias ocasiones que me enseñara todas las notas de amor que le había escrito para tenerlas de recuerdo, pero él siempre me respondía que no se acordaba dónde las había guardado.

—Toma —me dijo Max, despertándome de mi ensimismamiento.

Esbocé una sonrisa burlona, antes de agarrar el pósit.

—¿Qué es? ¿Una nota de amor? —le pregunté, intentando hacer el chiste.

—No me jodas que aún sigues ligando de esa manera, enana…

—A ti te parecerá una chorrada, pero yo creo que es un bonito acto de amor —le expliqué, al mismo tiempo que leía para mí misma una pequeña lista de materiales de construcción y bricolaje—. ¿Qué es esto? —inquirí, terminando de leer el pósit donde Max lo había firmado con su segundo nombre. «M. Marti».

—Mañana ve a la ferretería de la esquina y dale esto al dueño. Es un hombre de mediana edad, calvo y con un tatuaje en el cuello —me explicó, al mismo tiempo que se estiraba en su metro noventa—. Cuando salga del trabajo, vendré a echarte una mano con esta pocilga.

—Puedo yo sola…

—Siempre es mejor una buena compañía —dijo, guiñándome un ojo con pillería.

—¿Y tú te consideras una?

—Mejor que el gilipollas de Miguel sí —respondió con voz firme, rotunda—. Si yo fuera tu novio, nunca te dejaría ir de mi vida…

—Pero no lo eres —le recordé, sonando entre una mezcla de tristeza y decepción.

—No… —susurró con voz ronca, devorándome con la mirada—. Pero sigo siendo todo tuyo, enana —dijo, enroscando el collar de acero entre sus dedos y tirando de él para asegurarse de que pillara la indirecta.

—Ya veo que no te lo has quitado durante todos estos años…

—Nunca me lo sacaré, enana —aseguró con voz seria, sin mostrar vacilación alguna en sus palabras.

Ring, ring.
Ring, ring.

La pantalla de mi móvil comenzó a iluminarse, haciendo que sintiera miedo porque no quería que Max viera las notificaciones de DarkWolf7 y descubriera que estaba usando una aplicación para ligar. No me quería ni imaginar la cantidad de burlas que me haría sobre ello durante largos meses.

Pero cuando vi el nombre de Miguel en la pantalla, sentí un fuerte nudo en la garganta que casi no me dejó ni respirar.

Max bufó por la nariz con una pequeña sonrisa irónica, mientras observaba sin pestañear la pantalla de mi móvil.

«*Él no sabrá amarte y darte lo que mereces*», recordé las palabras que Max me dijo en el cumpleaños de Melany.

¡Y qué razón tenía!

Agarré el móvil con brusquedad y colgué la llamada.

Solté un suspiro de alivio y alcé la mirada hacia Max, quien me estaba observando sin apenas pestañear.

La tensión volvió a envolvernos como un cálido manto, poniéndome más nerviosa de lo que ya estaba, así que, le dije:

—¿Nos vamos?

Él hizo una mueca como si fuera a sonreír, pero su semblante seguía serio.

—¿A dónde? —me preguntó.

—A casa.

—A nuestra casa… —me corrigió.

Entreabrí la boca cuando noté que el aire que respiraba por la nariz no era suficiente.

¿Por qué el hecho de hablar de nosotros como si fuéramos una pareja me hacía sentir como en una nube?

¡Uff!



El trayecto en coche fue realmente silencioso, al menos durante casi media hora. Max conducía con mucha soltura y no pude evitar mirarlo, aunque me sentí abochornada cuando me pilló observándolo. Estaba agarrando tan fuerte el volante que los nudillos se le volvieron blancos, pero no me atreví a preguntarle qué le sucedía.

Cuando quedaron pocos minutos para llegar a casa, él se animó a romper el silencio:

—Si ese gilipollas te sigue molestando, avísame y yo mismo me encargaré de él, María.

Cuando Max usaba mi nombre completo, significaba dos cosas: que estaba cabreado o que estaba muy cabreado.

Me pellizqué los dedos, nerviosa, intentando no pensar en Miguel. Ya no sentía amor por él, pero tampoco estaba tranquila sabiendo que quería ponerse en contacto conmigo para reprocharme cualquier gilipollez.

Max me agarró las manos para evitar que me siguiera haciendo daño a mí misma, mientras el portal del garaje se abría lentamente.

—No estés nerviosa. Ya te he dicho que yo mismo me encargaré de ese gilipollas.

Bajamos del coche, todavía en silencio, y entramos en la cocina sin pronunciar ni una sola palabra.

Al parecer, mi hermano aún no había llegado.

Me dirigí hacia las escaleras con la intención de darme una ducha y cambiarme de ropa, pero cuando noté la presencia de Max detrás de mí, hizo que se me encendiera todo mi sistema nervioso hasta tal punto que tropecé en el escalón y casi me caí. Casi, si no fuera porque Max me sujetó a tiempo por la cintura para impedirlo.

Nuestros rostros quedaron a pocos centímetros de distancia, mientras él me miraba fijamente.

—Te dije que nunca te dejaría caer… —susurró en voz baja, como si estuviera asustado de que alguien más lo escuchase—. Sigues usando el mismo champú de hace años… —dijo, esbozando una sonrisa cuando acercó su nariz a mi pelo—. Entonces, he acertado…

Lo miré confundida, sin comprender a qué se estaba refiriendo.

Se separó de mí, borrando la sonrisa de la boca y volvió a hablar:

—Buenas noches, enana.

Me dio un último vistazo de arriba abajo, inspirando profundamente por la nariz, antes de subir las escaleras de dos en dos peldaños y encerrarse en su habitación.

Quedé petrificada por unos segundos, hasta que reaccioné y terminé de subir las escaleras, pero, esta vez, agarrada al pasamanos.

Caminé por el pasillo y vi luz bajo la puerta que estaba situada justamente al lado de mi habitación, lo que me hizo confirmar mis sospechas: aquella era la habitación de Max.

Me mordí el labio inferior y corrí hacia el cuarto de baño cuando vi su sombra moverse bajo la puerta.

Me encerré en el baño y me apoyé contra la pared, respirando entrecortadamente. Quería dejar de hacerme falsas ilusiones e intentar convencer a mi corazón de que lo que sentía por Max era un simple cariño de hermanos, nada más. Pero cuando me acerqué al armario y observé la pequeña cesta de mimbre llena de aquellos productos femeninos que creí que eran de Melany, entendí la frase de Max:

«*Sigues usando el mismo champú de hace años… Entonces, he acertado*».

Max había comprado mi champú y acondicionador preferidos, además de otros productos de higiene íntima como compresas y tampones, pero compresas de las que utilizaba yo… con alas. Sonreí como una idiota cuando recordé el día que me bajó la regla en el instituto y Max se

ofreció para ayudarme.

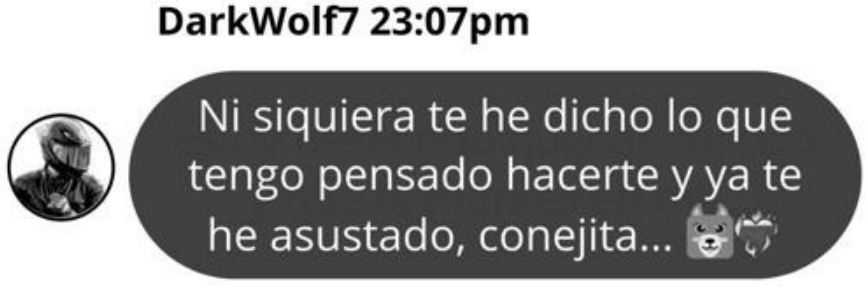
Seguí rebuscando en la cesta: había cremas hidratantes para el cuerpo, colonias e incluso cuchillas de afeitar.

Me llevé las manos al pecho y sentí el intenso palpitar de mi corazón. Luego me miré al espejo y sonreí de oreja a oreja cuando vi mis mejillas sonrojadas.

¿Cabría la posibilidad de que Max y yo…

Clin.

No pude terminar de formular aquella pregunta en mi cabeza, pues me llegó la notificación de un mensaje:



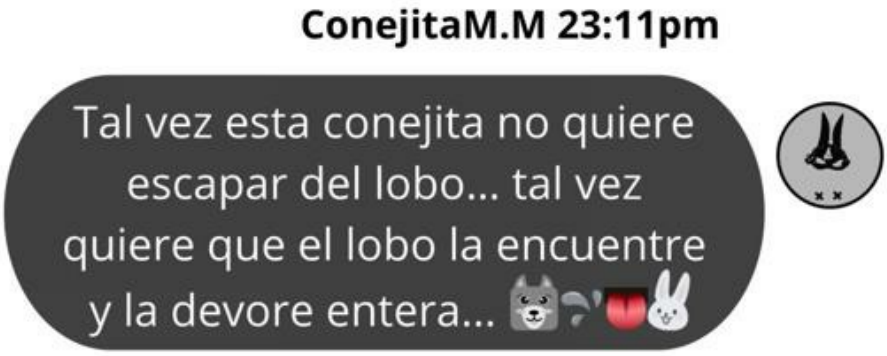
Apreté los labios sin poder evitar sonreír. Tenía que olvidarme de Max pues, como había dicho, él era como un hermano mayor para mí y yo era como una hermana pequeña para él.

¡Joder!

Mis sentimientos estaban confundidos, lo único que tenía que hacer era conocer a otro tío para despejarme la mente y hacerle entender a mi corazón que yo no estaba enamorada de Max, porque eso sería algo imposible.

¿Y qué mejor hombre para hacerlo que DarkWolf7?

¡Ninguno!



Tan pronto envié el mensaje, se escuchó un fuerte golpe en el pasillo, como si alguien se hubiese tropezado con algo y se hubiese caído al suelo.

—Mierda… —escuché a Max quejarse cerca de la puerta del cuarto de baño, haciendo que me pusiera alerta, pero luego escuché pasos alejándose de allí y bajando a la primera planta a

toda prisa.

Solté un suspiro de alivio y bloqueé el móvil, decidida a darme una ducha fría… muy fría. Mi idea era pasármelo bien con la alcachofa de la ducha, pero el hecho de saber que Max estaba despierto merodeando por la casa, no ayudaría a concentrarme.

«*Cabréate conmigo todo lo que quieras, enana. A partir de hoy, cada vez que te masturbes te acordarás de mí*».

Observé mi reflejo en el espejo y apreté los dientes con rabia.

Desde que Max me dijo aquello, cada vez que me masturbaba no hacía más que pensar en él, haciendo que mis sentimientos estuviesen más confundidos de lo que ya estaban…

—Cómo te odio, Marti… —susurré a mi reflejo.

«¡Oh, cielo! Los que se pelean… se desean», habló la vocecita de mi conciencia.

¡Agg!

Capitulo 3





Me desperté temprano y mi primera sensación al abrir los ojos fue de sorpresa. No solía despertarme temprano por mí misma y ni siquiera con la ayuda de mis veinte alarmas en el móvil me levantaba a esas horas, pero siempre había excepciones…

No había dejado de pensar en Max durante toda la noche. De hecho, no había dejado de pensar en él durante toda la maldita mañana mientras desayunaba sola en la cocina. Incluso si me presionaran, diría que no había dejado de pensar en él desde hace años…

Volví a observar mi teléfono móvil, pero DarkWolf7 todavía no había respondido a mi último mensaje. Al parecer, lo había asustado con mi indirecta.

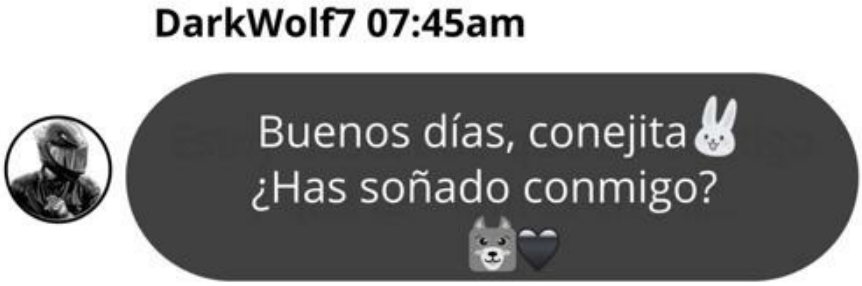
¡Genial!

Parecía que llevaba puesto un repelente para los hombres, si no… ¿qué otra explicación habría para todo lo que me estaba sucediendo?

Del único que tenía cientos de llamadas y mensajes era del idiota de Miguel. Desde ayer por la noche, no había dejado de insistir en intentar contactar conmigo, pero lo ignoré… y tenía planeado seguir ignorándolo todo el tiempo que fuera necesario. Tenía el mismo derecho de darle a probar de su propia medicina. Estuvo casi un año sin ponerse en contacto conmigo y yo tenía pensado hacer lo mismo con él, con la diferencia de que mi idea era no volver a hablarle en mi vida.

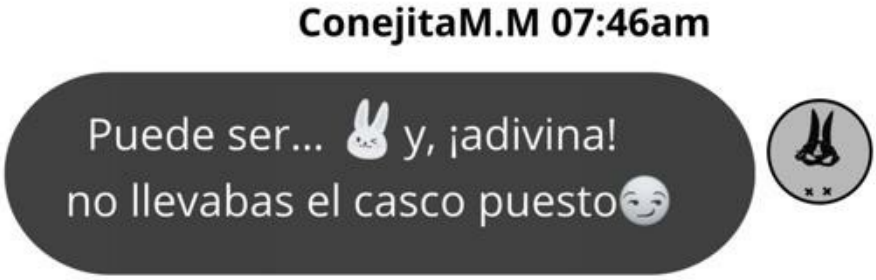
Clin.

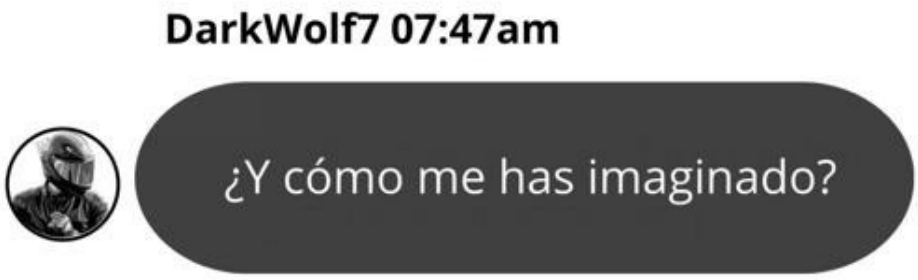
De repente, me llegó un mensaje que captó mi atención.



Acerqué el borde de la taza humeante de café hasta mis labios, sonriendo llena de felicidad.

A ver, estaba claro que DarkWolf7 había ignorado mi último mensaje, pero por lo menos no me había ignorado a mí.





A punto estuve de escupir el trago de café cuando su pregunta me tomó desprevenida.

Tragué el café de golpe y tuve que apretar los dientes para no atragantarme. Me contrajo y quemó la garganta durante todo su descenso hasta el estómago, mientras pensaba en su pregunta.

¡Uff!

¿Qué cómo me lo había imaginado?

Pues alto, sobre un metro noventa. Cabello castaño oscuro, cuyos mechones con la luz del sol se volvían un poco más claros. Ojos ni azul, ni grises… sino una mezcla de ellos. Labios carnosos y apetecibles de besar. El brazo izquierdo tatuado…

—Buenos días, enana —susurró Max en mi oído.

—¡Aaahhh! —chillé tan asustada que casi me caí del taburete, pero Max me agarró de la cintura para evitar que me estrellara contra el suelo.

Lo fulminé con la mirada, y estaba segurísima de que se debía ver con claridad lo enfadada que me sentía porque me hubiese asustado, pero él parecía impasible cuando me sostuvo la mirada con sus centelleantes ojos.

—¿Qué dirán los vecinos si te escuchan gritar de esta manera?

Apreté los puños con fuerza mientras él apoyaba sobre un taburete libre su cinturón de herramientas, antes de dirigirse hacia la encimera para servirse una taza de café.

Aproveché que me estaba dando la espalda para observarlo detalladamente.

Llevaba puesto un pantalón como el de ayer, pero de color gris, las mismas botas de trabajo y una camiseta negra. Tenía el pelo desordenado, dándole un toque indómito, muy propio de él.

Volví a leer el mensaje de DarkWolf7 y, muy a mi pesar, reconocí que con quien fantaseaba debajo de ese casco negro era con Max.

—¡Buenos días! —exclamó mi hermano detrás de mí, al mismo tiempo que me sujetaba por los hombros.

—¡AAAHHH! —chillé más fuerte que antes, con el corazón a mil por hora.

Mi hermano dio un paso hacia atrás, asustado por mi reacción.

Max empezó a reír por lo bajo, provocando que perdiera la paciencia. Pero cuando se cruzó de brazos y sus bíceps se marcaron en el acto, fui incapaz de quitarle los ojos de encima por mucho que me obligara a mí misma a hacerlo.

—Si tu hermana sigue gritando así, los vecinos no tardarán en especular cosas que no son verdad —murmuró Max, bebiendo un trago de café y apoyando su cadera contra la encimera.

Enarqué una ceja y lo acribillé con la mirada, antes de soltarle lo que se me pasó por la cabeza:

—Dudo mucho que si tú y yo tuviéramos sexo lograras hacerme gritar.

Max abrió los ojos como platos, atragantándose con el café, mientras Pablo se acercaba a la cafetera.

—Si a partir de hoy todas nuestras mañanas van a ser así, entonces necesito comprar un café más fuerte —susurró mi hermano, llevándose una mano a la frente con cansancio.

Max terminó de toser y carraspear, todavía con la mirada clavada en mí, incrédulo de que le hubiese soltado aquello con tanta soltura.

Le lancé una mirada lapidaria y luego le saqué el dedo medio, pero él me respondió con una sonrisa que le arrugó los ojos.

Solté un gruñido entre dientes, centrándome en untar con mantequilla mi tostada.

—¿Has hablado con los proveedores? —le preguntó Max a mi hermano, al mismo tiempo que buscaba algo en las lacenas.

—Sí —respondió mi hermano con desgana—. Me tienen la cabeza frita. Ya les dije que, si nos enviaban de nuevo la mercancía sin factura y albarán, dejaríamos de hacer negocios con ellos.

—Bien hecho —le dijo Max—. Por cierto, necesito que pidas para mañana treinta sacos de cemento y otros tantos de gravilla con arena.

—Vale, jefe —le contestó mi hermano con un tono de burla.

Max se acercó a mí para apoyar sobre la mesa un bote de nocilla… ¡mi preferida!

Alcé la mirada para observarlo embobada, pero él me dio la espalda para poner la taza de su café en el fregadero.

—Termina ya, que llegamos tarde —le dijo a mi hermano, al mismo tiempo que agarraba el cinturón de herramientas con tanta fuerza, que incluso las venas de sus brazos se hincharon de forma grotesca.

—¡Joder, nunca me dejas desayunar tranquilo! —protestó mi hermano, ajustándose la corbata.

—Pues levántate más temprano. Además, siempre que llegas a tu oficina lo primero que

haces es prepararte otro café.

—Necesito una buena dosis de cafeína para aguantarte todo el día…

Max sonrió de medio lado, al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

Ring, ring.
Ring, ring.

—Mierda, yo sí que necesito una buena dosis de cafeína para aguantaros a todos vosotros… —musitó él por lo bajo, al mismo tiempo que sacaba el móvil del bolsillo de su pantalón—. ¿Qué queréis? —respondió la llamada con un tono seco y frío—. No me pongáis de malhumor por la mañana temprano. Os dije que quiero ese trabajo listo para hoy. —Max sujetó el móvil entre el hombro y la mejilla, al mismo tiempo que apoyaba el pie izquierdo en la silla para atarse los cordones—. Joder, te entiendo, qué pena, tío… —murmuró con tristeza fingida—. ¡No me toquéis los huevos, Óscar, y poneos a trabajar!

Max colgó el teléfono y volvió a guardárselo en el bolsillo lateral de su pantalón, al mismo tiempo que se desordenaba el pelo con una mano.

Parecía ser que Max tenía algún puesto como encargado o algo por el estilo, pues nadie en su sano juicio le hablaría así a un compañero de trabajo a no ser que fuera el jefe.

—Qué buen ambiente se respira aquí, ¿verdad? Ay, en fin… Espero que tengas una bonita mañana, Mar. Seguro que será mucho mejor que la mía… —me dijo mi hermano, despidiéndose de mí con un beso en la mejilla, antes de salir de la cocina.

Max me observó en silencio durante unos segundos que me parecieron eternos, pero no dijo nada, simplemente se largó de allí cabreado.

Solté un suspiro y dejé caer mis hombros, mientras untaba la tostada con la nocilla. Fue inevitable no esbozar una sonrisa, consciente de que Max todavía se acordaba de mis gustos.

A punto de llevarme la tostada a la boca, Max apareció por sorpresa y se colocó detrás de mí, apoyando ambas manos sobre la mesa y acorralándome contra su cuerpo, para luego darle un mordisco a mi desayuno.

Giré la cabeza un poco, rozando mi nariz con su mejilla cubierta de una barba de pocos días, mientras los músculos de sus mandíbulas se ponían rígidos y contraídos cada vez que masticaba.

—¿Qué estás haciendo, idiota? —le pregunté nerviosa.

Max giró su rostro hacia mí, provocando que nuestras narices se rozaran.

Sus ojos recorrieron cada una de mis facciones, poniéndome más tensa de lo que ya estaba por su cercanía.

—Acuérdate de ir a la ferretería. —Su aliento me golpeó en los labios—. Intentaré sacar un hueco en el curro para ayudarte en la librería.

Nos miramos el uno al otro en silencio durante un tiempo muy largo. El ambiente de enemistad de antes había desaparecido y el aire estaba cargado de tensión.

—Ni siquiera te he besado y ya estás temblando, enana —bromeó, haciendo que mis mejillas se inundaran de rubor mientras escuchaba los fuertes latidos de mi corazón.

—No tienes por qué hacerlo… —musité sin saber muy bien a lo que me estaba refiriendo, pues mi mente estaba en blanco.

Max sonrió de medio lado, confundido.

Aturdida, observé cómo acercó sus labios a mi oído:

—¿Besarte? —me preguntó.

Negué con la cabeza, haciendo que él volviera a retirarse hacia atrás para observarme a los

ojos.

—No tienes por qué ayudarme…

Esta vez, me miró con ojos risueños.

—Lo sé, enana —dijo, asintiendo con la cabeza, pero luego enarcó una ceja con gracia—. Espera… ¿acaso piensas que te estoy haciendo un favor?

No respondí nada, provocando que su sonrisa se ensanchara todavía más

—Oh, enana… luego te pasaré la factura por todos los gastos que me estás ocasionando —dijo, guiñándome un ojo y dándole un último mordisco a mi tostada, antes de largarse de la cocina.

Me quedé con la boca abierta, confundida y excitada. Por mucho que intentara autoconvencerme de que entre los dos no había nada, tenía que reconocer de una vez por todas que, al menos, sí existía una fuerte atracción…

—Mierda, joder… —musité entre dientes, a la vez que devoraba la tostada con toda la rabia del mundo, masticando con la boca abierta para descargar mi ira.



Capitulo 4





Me sentía un poco perdida. La ferretería a la que Max me había enviado para hacer los recados era grande con un vasto surtido de herramientas, aparatos y maquinarias de todo tipo de calibre.

Caminé por los pasillos en la búsqueda del dueño, mientras pensaba en los problemas económicos que se me vendrían encima.

¡Joder!

¿Cuánto me costaría el arreglo de las estanterías y alguna reforma del local?

¡Madre mía!

Apenas me quedaban mil euros en el banco.

Bajé la mirada a la notita que tenía entre las manos, consciente de que Max había apuntado un montón de cosas que no entendía para qué servían, pero sonaban muy costosas.

—¿Te ayudo en algo? —inquirió una voz grave y rasposa.

Giré sobre mis talones y observé a un hombre mayor, calvo y con una rosa tatuada en el cuello.

¡Ese debía ser el dueño!

Me acerqué a él y le regalé una sonrisa amistosa, antes de entregarle el pósit.

—Buenos días. Le traigo un recado a nombre de…

El señor, quien se había puesto sus gafas de lectura, me interrumpió cuando leyó la nota:

—¡Ah, Max! —exclamó con alegría, antes de observarme de arriba abajo—. Así que tú eres su novia.

Abrí los ojos como platos, al mismo tiempo que sacudía las manos en el aire.

—¡Oh, no, no! Solo somos… —Tragué saliva para pensar en la palabra adecuada. ¿Enemigos? No, tampoco era para tanto. Carraspeé con fuerza, antes de seguir hablando—. Solo somos amigos.

El anciano apretó los labios para evitar sonreír.

—Ya… —susurró no muy convencido—. Max me llamó esta mañana para avisarme que su novia vendría a hacer unos recados.

Fruncí el ceño, entre una mezcla de confusión y alegría.

¡Espera!

¿Cómo podía estar feliz porque Max le hubiera mentido a aquel pobre anciano sobre algo que no era real?

¡Yo no era su novia!

—Supongo que no soy la primera «novia» que envía a hacer los recados… —susurré, poniendo dramáticamente los ojos en blanco.

El anciano, quien estaba escondido dentro de un pequeño almacén, gritó bien alto para que pudiera escucharlo:

—Lo único que sé es que es la primera vez que veo a Max con novia.

Fruncí el ceño, apoyándome en el mostrador mientras esperaba a que el anciano terminara de buscar las cosas que Max había pedido.

—Eso es imposible —le dije—. Maximiliano Marti es un mujeriego nato. Un ligón. Un picaflor. Un…

El anciano apareció tras el mostrador, cargando una bolsa llena de cosas que todavía no entendía para qué servían.

—Parece que no os lleváis muy bien —habló con un tono de voz juguetón—. Eso es lo que suele pasar cuando dos personas se gustan mucho. Del odio al amor solo hay un paso.

Lo miré atentamente, sin apenas parpadear, reflexionando sobre sus palabras.

—Aquí tienes —dijo, apoyando la bolsa sobre el mostrador—. Es curioso que, para odiaros tanto el uno al otro, Max esté dispuesto a ayudarte con esto —siguió hablando, al mismo tiempo que señalaba la bolsa—. Créeme, lo que Max planea hacer no es algo fácil ni mucho menos barato… Así que, voy a seguir pensando que sí eres su novia. Si no… ¿qué otra explicación habría para que se molestara tanto en ayudarte?

Nerviosa, tragué saliva y le respondí tartamudeando:

—¿Cuánto… cuánto es… todo… —intenté terminar de formular la pregunta, al mismo tiempo que sacaba la cartera del bolso, pero él me lo impidió.

—Max me dejó bien claro que no te cobrara ni un céntimo. Luego le pasaré la factura, no te preocupes. Confío en él, sé que me pagará.

Asentí lentamente con la cabeza, demasiado en shock como para poder hablar sin balbucear, y miré a mi alrededor una última vez, antes de coger la pesada bolsa y despedirme del dueño de la ferretería.

Sumida en mis pensamientos, caminé por la calle como ausente y entré en mi librería. El sonido de las campanitas tintineó suavemente cuando crucé la puerta hacia el mostrador para apoyar la bolsa.

Me llevé la mano al pecho, con el corazón desbocado. Aunque quisiera negarlo, la realidad era que estaba empezando a sentir cosas por Max que jamás había experimentado antes, que jamás había creído que fueran posibles.

—Uff…

Si quería desterrar todas mis dudas, tenía que hacer algo al respecto. Estaba casi segura que mis sentimientos estaban confundidos.

Ring, ring.

Ring, ring.

Me sobresaltó el sonido de mi móvil vibrando dentro del bolso. Lo saqué y vi el nombre de Laura en la pantalla.

—Diga… —respondí con poca emoción.

—¡Tía! ¿Dónde estás?

Me llevé la mano a la cabeza para masajearme la frente.

—Trabajando… es decir, en la librería. Tengo que limpiar y…

—¿Quedamos para comer juntas? —inquirió, interrumpiendo mi explicación.

Me mordí el interior de la mejilla, dudosa. Sinceramente, no estaba de ánimos para aguantarla…

—Laura, la verdad es que tengo mucho trabajo y…

—¡Genial! ¿Qué mejor manera hay para despejar tu mente que pasar un buen rato en compañía de tu mejor amiga?

Hice una mueca de confusión, no sabía muy bien qué contestar.

—Te envío la ubicación del restaurante por WhatsApp. Nos vemos a la una. Sé puntual. Un besito.

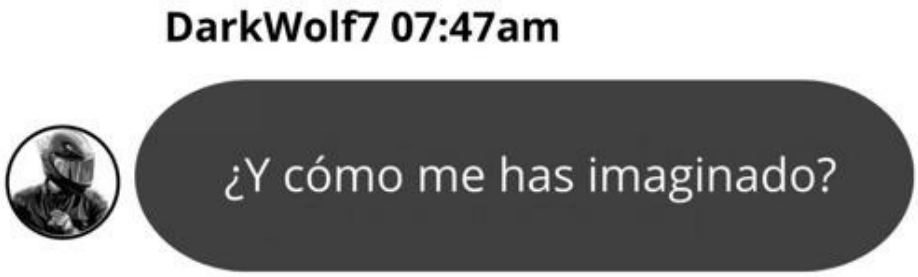
—Pero Laura, yo no he dicho que…

Piii, piii.

Laura colgó el teléfono, haciendo que el sonido intermitente de la llamada finalizada me dejara con las palabras a medio terminar.

Me pasé la mano por la barriga, sintiendo una pesadez en la boca del estómago que me tenía desconcertada y no lograba sosegarme de ninguna manera. Pero no me sentía enferma, no… solo nerviosa…

Desbloqueé de nuevo el móvil y entré en la aplicación de citas para leer el último mensaje que había recibido de mi motorista misterioso.

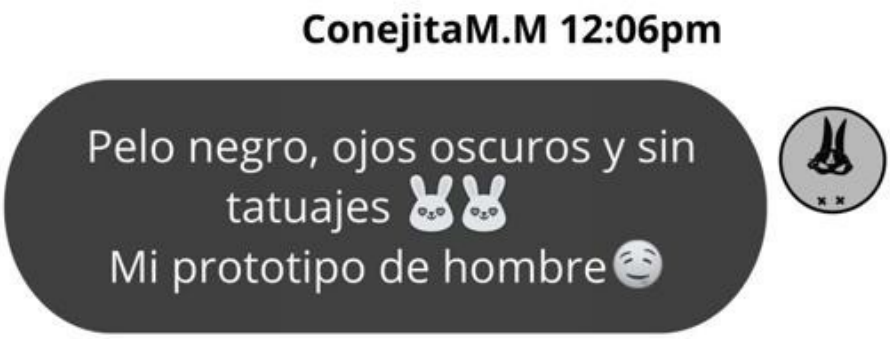


Pasé distraídamente la yema de mi dedo por la pantalla del móvil, justamente por encima de la foto de perfil de DarkWolf7, mientras me imaginaba que debajo de aquel casco oscuro estaba Max.

¡Joder, aquello tenía que terminar! No podía seguir fantaseando con él de aquella manera.

¡Tenía que ponerle fin!

Llena de rabia, apreté los dientes con fuerza y le respondí:





El restaurante estaba abarrotado de gente, pero no había otra alternativa, pues los otros locales estaban igual de llenos. Dos chicas adolescentes conversaban animadamente en una de las mesas sobre los chicos que les gustaban. Sonreí con cierta nostalgia, recordando mi época de estudiante…

—Mar, ¿me estás escuchando? —inquirió Laura, señalándome con su tenedor.

Parpadeé varias veces para despertarme de mi ensimismamiento. La verdad es que, desde que llegué al restaurante y tomé asiento, dejé de prestarle atención a Laura y a sus absurdos cotilleos de vidas ajenas. Yo ya tenía suficientes problemas con mi vida como para interesarme por los de los demás…

—¿No te gusta la ensalada? —volvió a hablar ella, esta vez desviando su tenedor hacia mi comida.

Apenas había pegado bocado. Tenía el estómago cerrado, algo muy poco común en mí, pues siempre solía tener hambre.

No sé, me sentía extraña… y, peor aún, me sentía arrepentida por haberle enviado aquel mensaje a DarkWolf7.

¿Y si se daba la casualidad de que él fuese rubio y tuviese los ojos azules? Tal vez me dejaría de hablar al pensar que ya no tendría ninguna posibilidad de ligar conmigo…

—¡María! —exclamó Laura para captar mi atención.

—Perdona, sí, me gusta… está bien —respondí sonando poco convencida, al mismo tiempo que removía mi ensalada de pasta como si fuese la comida más aburrida del mundo cuando, realmente, aburrido era el tema de conversación que estaba teniendo con Laura.

Ella dejó el tenedor sobre la mesa, antes de limpiarse la boca a toquecitos con una servilleta.

Laura apenas había cambiado físicamente. Seguía siendo igual de guapa que en el instituto.

«Guapa y más tonta», intervino la voz de mi conciencia.

—¿Miguel ha intentado ponerse en contacto contigo? —me preguntó, cambiando inmediatamente el tono de voz y abriendo los ojos como si le hubieran atravesado el pecho con un cuchillo recién afilado.

Dejé de masticar y la miré fijamente, confundida por el repentino cambio de conversación, pero decidí no darle importancia.

—Sí… —musité en voz baja.

Laura enarcó una ceja y sus facciones se tensaron de repulsión.

—¿Y le has respondido?

—No… ya te dije que no quiero saber nada más de él.

Ella asintió lentamente con la mirada perdida.

La observé con detalle, analizando su expresión e intentando deducir qué estaba pasando por su cabeza.

—¿Por qué lo odias tanto? —inquirí, yendo directamente al grano.

Mi pregunta la tomó por sorpresa y sus ojos se abrieron como platos justo antes de que frunciera el ceño.

—Porque es un gilipollas que te ha hecho mucho daño.

—Lo hecho, hecho está. Él ya es agua pasada para mí.

—Pero aún intenta ponerse en contacto contigo —comentó con un tono de voz lleno de rabia.

—Él sí, yo no… —le aclaré.

Laura se cruzó de brazos y me lanzó una mirada inquisitoria.

—¿Qué? —le pregunté.

—¿Sigues enamorada de él?

Sin poder evitarlo, hice una mueca de asco.

—¡Por Dios, no!

—Los primeros amores son los más difíciles de olvidar.

Solté un bufido que acompañó de una risa irónica.

—Pues te aseguro que ese no es mi caso. Además… ¿por qué estamos hablando de él?

Laura se mordió el labio inferior y negó con la cabeza, como si estuviera pensando en sus cosas, antes de añadir:

—Cuando Miguel se mudó a la ciudad, estuvo con otras chicas… —murmuró en voz baja, como si lo que me estuviera contando fuera un secreto de sumario—. Decía que no eras su prototipo de mujer, que las prefería más delgadas y bonitas, pero que sabías cómo pasártelo bien en la cama. Siento mucho habértelo ocultado durante todo este tiempo, María, no sabía cómo decírtelo…

Sentí un pinchazo en mi corazón y cómo las lágrimas inundaban mis ojos, pero no derramé ni una. Saber aquello dolía… ¡dolía como el infierno! Pero, para ser sincera, aquella noticia no me tomó por sorpresa, pues en el fondo sabía que Miguel me había sido infiel en más de una ocasión… no tenía pruebas de ello, pero mi intuición de Piscis casi nunca fallaba.

Dejé el tenedor sobre el plato, dando por finalizada la comida. Lo único que deseaba en aquel preciso momento era largarme de aquel bullicioso restaurante y encerrarme en mi librería.

—Necesitas conocer a alguien —sugirió ella, sonriéndome con ternura.

Le devolví la sonrisa, un poco fingida por mi parte, al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—¡Venga! Anímate a salir de fiesta este fin de semana. Tal vez conozcas a alguien interesante y así te olvidas de Miguel…

—No empieces, por favor… —susurré entre dientes, molesta—. Ya te he dicho que él no significa nada para mí.

—¡Tú hazme caso! Necesitas salir. Los hombres de esta ciudad están para chuparse los

dedos. Nada que ver con los chicos de nuestro pueblo, María.

—Estás como una cabra…

—¡Es la verdad! —exclamó, fingiendo estar molesta por mi incomprensión—. Por cierto… ¿qué tal tu primera noche viviendo con tu hermano y Max?

Alcé los hombros con indiferencia.

—Bueno, no me puedo quejar, la verdad…

Ella asintió con la cabeza, antes de tomar un sorbo de vino tinto.

—¿Sabes? Melany está que se sube por las paredes. Ayer Max la llamó para decirle que no quería volver a verla por su casa. ¡Qué hijo de la gran puta!

Quedé callada sin saber qué contestar. La culpa no era de Max, sino mía. Fui yo quien le dije que no quería ver a Melany en casa…

¡Genial! Ahora me sentía profundamente culpable.

—Maximiliano sigue siendo un capullo. Seguro que ya tiene otro agujero para follar.

—Creía que él y Melany estaban saliendo juntos…

Laura abrió los ojos con sorpresa y empezó a carcajear.

—Te dije que solían pasar las noches juntos, pero nunca he dicho que fuesen novios. Aunque bueno, ni ellos mismos saben lo que son… desde que Melany y yo nos mudamos a la ciudad, ella y Max siempre han sido inseparables, aunque él insista en negarlo.

Sentí un pinchazo en el corazón, como un irrefrenable ataque de celos que me hizo enfurecer más de lo que ya estaba.

¡Por Dios!

¿Cómo podía estar celosa? No tenía ningún sentido sentir celos, pues Max y yo no éramos novios…

—Mierda —comentó ella, así sin más, cuando su teléfono móvil empezó a vibrar sobre la mesa—. Tengo que volver al trabajo —dijo, al mismo tiempo que nos poníamos de pie para salir del restaurante—. Piensa en lo que te he dicho.

—Me has dicho tantas cosas que ya no sé qué…

—¡Sobre lo de salir de fiesta! —me interrumpió.

Me coloqué el abrigo y solté un suspiro de cansancio.

—¿Por qué tienes tantas ganas de que salga de fiesta? —le pregunté, yendo directamente al grano.

La última vez que las dos salimos de fiesta, en el cumpleaños de Melany, pude confirmar que Laura me había usado de cebo para que Max me acompañara y así darle cancha libre a su mejor amiga para ligárselo.

—¿Acaso no es obvio? Acabas de llegar a la ciudad, María. Es una tradición que todo el mundo hace… ¡salir de fiesta para celebrarlo! Así que, dime que por lo menos te lo vas a pensar.

Me llevé una mano a la frente, cansada de Laura y su insistencia para conseguir convencerme.

—¡María! —chilló mi nombre para que le respondiera.

—Está bien, me lo pensaré… —dije finalmente, no muy segura de mis propias palabras, pero no quería aguantar ni un minuto más su mirada inquisidora.

—¿Me lo prometes?

El silencio se prolongó más de lo necesario, pero Laura parecía dispuesta a permanecer las horas que hiciesen falta allí de pie a mi lado, hasta que consiguiera sacar de mi boca lo que ella quería escuchar.

—¡Uff! —suspiré con aborrecimiento—. Te lo prometo.

—Eso espero, porque voy a seguir insistiendo —aseguró con voz maliciosa, antes de guiñarme un ojo y salir del restaurante.

—Genial… —musité con tanta ironía que, si me hubiese estallado en la boca, me habría podido mandar al otro barrio—. Qué bien me lo voy a pasar…

Capitulo 5





Caminé distraídamente con la mitad de mi rostro oculto bajo una bufanda, mientras sacaba el móvil del bolso para comprobar si mi motorista misterioso había respondido mi último mensaje.

Fruncí el ceño, confundida, pues lo que me encontré no fue un mensaje, sino cientos de llamadas de un número que no tenía registrado.

De repente, aquel desconocido me estaba llamando de nuevo, pero cuando doblé la esquina me encontré con Max caminando de un lado a otro frente a la puerta de mi librería, mientras sujetaba su teléfono móvil contra la oreja.

Llevaba la misma ropa que por la mañana, salvo que ahora estaba un poco manchada de cemento.

Se veía preocupado, pues con su otra mano libre no hacía más que despeinarse y murmurar cosas por lo bajo. Por culpa del rugir del viento, no pude oír qué era lo que él estaba diciendo, pero podría jurar que estaba soltando una ristra de improperios. Y, sí, mis sospechas se comprobaron cuando paró en seco y desvió su mirada asesina hacia mí.

¡Estaba cabreadísimo! Bueno, decir que estaba cabreado sería quedarse corto…

Dando pasos muy pequeños, me acerqué a él. Le brillaban los ojos más que de costumbre, pero las facciones de su rostro estaban tensas e incluso se le había hinchado una vena en la frente.



Cuando quedé a pocos centímetros de su cuerpo, abrí la boca para preguntarle qué demonios le pasaba, pero él se me adelantó:

—¿Dónde cojones estabas? —inquirió, al mismo tiempo que me señalaba con un dedo índice acusatorio.

Parpadeé con sorpresa y luego lo fulminé con la mirada.

—Buenas tardes para ti también —le respondí con un claro tono de ironía, echando así más leña al fuego.

Max cerró los ojos e inspiró profundamente al tiempo que los abría otra vez, como si estuviese a punto de perder la paciencia.

—¿Acaso piensas bloquearme de nuevo? —me preguntó con rabia, al mismo tiempo que me arrebataba el móvil de las manos.

—¡Oye! —protesté—. ¿Qué coño estás haciendo?

Intenté recuperar mi móvil, pero Max me lo impidió mientras tecleaba algo a toda prisa.

Me puse realmente nerviosa, pues no quería que descubriera que tenía instalada una aplicación de citas.

—Ahí tienes —dijo, devolviéndome el móvil.

Bajé la mirada a la pantalla y vi su nombre guardado junto a varios corazones.



—Pero, qué… ¡Agg, da igual! —expresé molesta, intentando centrarme en lo realmente importante—. ¿Cómo has conseguido entrar? —le pregunté, señalando la puerta abierta de la librería.

—¿Con quién has estado? —inquirió, ignorando mi pregunta, pero luego sacó un par de llaves del bolsillo de su pantalón para sacudirlas en el aire.

¡Vale, se había hecho una copia de las llaves!

Guardé el móvil en el bolsillo de mi pichi y me encogí de hombros.

—Y a ti qué coño te importa. ¡No eres mi padre!

Las facciones de su rostro se relajaron y echó hacia atrás el cuerpo. Sonrió débilmente y luego bajó la mirada.

—Algún día seré padre, y te aseguro que seré el mejor para mis hijos.

Alzó la mirada y la clavó en mí durante unos segundos, antes de entrar en la librería.

Quedé pensativa, consciente de que Max no quería ser como su padre. Sentí un nudo en la garganta y tragué saliva para no llorar, antes de inspirar profundamente y también entrar en la librería…

Se me contrajo el corazón por el largo silencio y la tensión que se respiraba en el ambiente. Caminé con pasos cortos e inseguros hacia el mostrador, mientras Max se colocaba su cinturón de herramientas. Luego abrió un maletín lleno de tornillos de diferentes tamaños y sacó de la bolsa de la ferretería todas las cosas que me había encargado comprar.

Sin dirigirme la mirada, pasó por mi lado con un lápiz detrás de la oreja y cargando las herramientas como si pesaran unos pocos gramos. Parecía cansado, como si hubiera venido directamente del trabajo a la librería para ayudarme. Incluso estaba empezando a dudar de si habría hecho un descanso para comer.

Me saqué el abrigo, pues, repentinamente, empecé a entrar en calor cuando vi a Max medir las estanterías con el lápiz en la boca y luego cortar unos tablones con una sierra eléctrica. Cada movimiento que hacía se le hinchaban los músculos de los brazos y se le marcaban las venas de una manera exagerada.

¡Incluso su espalda parecía más ancha, provocando que se me secara la boca!

Me llevé una mano al pecho cuando mi corazón empezó a latir de manera desbocada, reverberando incluso en mis oídos.

Me encerré en el almacén con la respiración entrecortada, mientras intentaba calmarme un poco para dejar de fantasear con el cuerpo de Max sobre el mío.

—Mar…

¡Joder! ¿Cómo podía estar pensando en tener sexo con Maximiliano?

¡Aquello era una locura!

—Mar…

¿Por qué no podía dejar de imaginarme a Max desnudo?

—María…

¿Por qué no podía dejar de pensar en él?

—¡Enana!

—¡Aaahhh! —chillé asustada, pero más aún avergonzada porque Max estaba parado bajo el umbral de la puerta del almacén, observándome con demasiada atención, como si pudiera leer todos mis pensamientos.

—¿Estás bien? —inquirió, repasándome con la mirada de arriba abajo, poniéndome más nerviosa de lo que ya estaba.

Quise abrir la boca y responderle, pero opté por asentir con la cabeza para evitar que me temblara la voz.

Él frunció el ceño, ladeando la cabeza hacia un lado cuando clavó su mirada azul grisácea en mi mano sujetando mi cuello.

Parpadeé varias veces cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, antes de retirar la mano y esconderla detrás de mi espalda, mientras intentaba recobrar una respiración acompasada.

—¿Qué cojones estabas haciendo? —inquirió de nuevo, cruzándose de brazos. ¡Uff! Con ese gesto, sus bíceps se marcaron más en su camiseta.

Carraspeé con fuerza, antes de responderle:

—Nada…

Él sonrió y apoyó el hombro en el marco de la puerta.

—Estás colorada.

«Sí, porque necesita echar un buen polvo, amigo. ¿Tú te ofreces como candidato?», habló la vocecita de mi conciencia.

Sacudí la cabeza para aclararme la mente.

—¡No digas tonterías! —exclamé con demasiada intensidad, sin saber muy bien si se lo decía a la vocecita de mi interior o a él.

Su mirada estaba tan fija en la mía que me asfixiaba. Aquellas pupilas tenían algo magnético, algo que te obligaba a seguir mirándolas sin poder deshacerte de su influjo.

—Tus ojos… No recuerdo que los tuvieras tan claros… —susurré sin pensarlo, arrepintiéndome al momento.

Max enarcó ambas cejas y parpadeó varias veces, claro signo de sorpresa.

—¿Te gustan? —inquirió, descruzándose los brazos y dando un paso hacia mí.

Solté un bufido, pero él esbozó una sonrisa ladina.

—Tu color favorito es el azul claro —dijo, haciendo que recordara la decoración de mi nueva habitación… habitación que él mismo preparó para mí.

Me humedecí el labio inferior e intenté responder algo sin sonar como una idiota.

—Te voy a confesar algo, pero espero que no se te suba el ego… —susurré en voz baja, todavía bajo el influjo de su intensa mirada—. De pequeña, siempre quise tener el mismo color de ojos que tú.

Max dio otro paso hacia mí, acortando las distancias.

—Creía que preferías los ojos negros…

Fruncí el ceño, sintiendo una sensación extraña en mi interior, cuando recordé el mensaje que le envié a DarkWolf7, pero, antes de que pudiera hacerme falsas ideas en la cabeza, Max siguió hablando:

—Miguel tiene los ojos oscuros…

Solté un bufido y negué con la cabeza.

Había soportado a Laura y su insistencia por hablar del idiota de Miguel, pero ni loca iba a permitir que se volviera a sacar el tema de mi ex.

¡Estaba harta!

—Si tengo que elegir entre los dos, te escojo a ti… —dije y, automáticamente, Max sonrió de medio lado. Sacudí las manos en el aire y fruncí el ceño, nerviosa—. Es decir, escojo tus ojos… Me gustaría tener el color de tus ojos… —rectifiqué la respuesta.

Max dio otro paso y me acarició la mejilla con el dorso de su mano.

—No creo que eso sea posible, enana, pero nuestros hijos podrían…

Abrí la boca para dejar escapar un sutil gemido que contenía todo mi deseo, mientras él sonreía con picardía.

Desde que era un crío, Max solía hacer ese tipo de comentarios conmigo… ¡simplemente lo hacía para ponerme nerviosa!

De repente, su sonrisa fue desapareciendo lentamente de su rostro, mientras sus ojos también se oscurecían. Era como si su concentración se estuviera viendo sometida a una dura prueba, mientras su dedo pulgar trazaba la línea de mi labio inferior con demasiada cautela.

¡Joder!

Necesitaba sostenerme a algo porque me parecía que en cualquier momento iba a caerme de bruces contra el suelo.

¡Uff!

Era solo un pequeño roce, pero las piernas me temblaban como si fueran dos fideos cocidos.

—Max… —musité su nombre con voz apenas audible, pero él logró entrar en razón.

Carraspeó con fuerza y dio un paso hacia atrás para crear una prudente distancia entre los dos, mientras se rascaba la nuca con cierto nerviosismo.

—Necesito que me ayudes en algo —dijo con voz ronca.

Asentí con la cabeza, sintiendo mis mejillas arder.

Los dos salimos del almacén y Max me explicó su idea para arreglar las estanterías. Durante casi una hora lo ayudé a sujetar los tablones mientras él tomaba las medidas y los unía con las demás piezas.

Aquello era una buena distracción para dejar de pensar en lo que estuvo a punto de suceder en el almacén, sí, para dejar de pensar en ese momento tan íntimo y que, por la manera en que Max me miró, podía confirmar que también sintió lo mismo que yo…

¡Joder! Estaba tan distraída que incluso no presté atención a las indicaciones que Max me estaba dando y, sin esperármelo, una balda de la estantería se desprendió y cayó hacia mí.

Chillé de puro pánico y cerré los ojos, pero Max me sujetó por los hombros y cubrió mi cuerpo con el suyo.

Pum.

Un ruido seco y sordo y la expresión del rostro de Max me indicaron que la balda se había estrellado contra su espalda.

Abrí los ojos, horrorizada, todavía atrapada entre sus fuertes brazos.

—Mierda, joder… —siseó él de dolor.

Lo empujé por el pecho para observarlo a la cara, aún atrapada entre sus brazos como si no fuera a soltarme nunca.

—¿Estás bien? —inquirí con la voz temblorosa, desviando la mirada a la balda que estaba en el suelo y luego a él.

—¿Estás preocupada por mí, enana? —me preguntó, sonriendo de medio lado—. Creía que no me querías…

—No soy tan mala como piensas…

—¿Segura? —volvió a preguntar, dejando de sonreír por un momento.

Negué con la cabeza para dejarle bien claro que no iba a entrar en su estúpido juego, no en aquel preciso momento.

—Déjame ver —le ordené, intentando levantarle la camiseta.

Max esbozó una sonrisa de oreja a oreja, alzando las manos al aire en forma de agradecimiento divino.

—María, si quieres desnudarme, solo tienes que pedírmelo. Créeme… lo haré encantado.

Bajé la mirada a mis manos, consciente de lo que estaba haciendo. Le había subido un poco la camiseta, dejando ver parte de su abdomen.

Max se inclinó hacia mí, rodeándome la cintura con su brazo izquierdo para atraerme hacia él y susurrarme al oído con voz ronca y sensual:

—El golpe lo he llevado en la espalda, enana, no ahí abajo…

Abrí los ojos, entre una mezcla de vergüenza y excitación, cuando me di cuenta de que, inconscientemente, mi mano izquierda estaba sujetando con fuerza su cinturón de herramientas.

Di un grito de rabia y lo empujé para apartarlo de mí. Él abrió los ojos de par en par, mientras perdía el equilibrio.

—¡Eres imposible! No sé por qué intento ayudarte si siempre acabas burlándote de mí —le dije, cabreadísima, al mismo tiempo que me subía las gafas por el puente de la nariz, ya que se me escurrían cada dos por tres.

Él enarcó una ceja con incredulidad.

—No me estaba burlando de ti…

Abrí la boca y lo señalé descaradamente con mi dedo índice, a punto de recriminarle su actitud, pero alguien llamó a la puerta al mismo tiempo que empezó a sonar mi móvil.

Saqué el teléfono del bolsillo de mi pichi y fruncí el ceño cuando vi el nombre de Miguel en la pantalla.

—Ese cabrón… lo voy a matar —murmuró Max entre dientes, caminando con pasos firmes y rápidos hacia la puerta, al mismo tiempo que sacaba un martillo de su cinturón de herramientas.

Intenté impedírselo, pues parecía fuera de sí… ¡como si realmente estuviera dispuesto a partirle la cara a Miguel con aquel martillo!

—¡Aaahhh! —gritó mi hermano completamente asustado, cuando Max le abrió la puerta tan bruscamente que incluso ésta rebotó contra la pared.

Se hizo un incómodo silencio que, en el fondo, me entraron ganas de echarme a reír por las caras de estupefacción que se le quedaron a Max y a mi hermano.

—¡Joder, Maximiliano! —le gritó Pablo cabreado, entrando en la librería con las piernas temblando—. Has salido del curro sin comer, tío, creí que tendrías hambre… —le dijo, alzando una bolsa con un bocadillo y una lata de refresco—. ¿A quién cojones esperabas para recibirlo así, eh? —inquirió, haciendo un gesto con la cabeza hacia el martillo.

Max soltó un suspiro de alivio, antes de llevarse una mano a la cabeza para despeinarse con cierta frustración.

—Espero que el bocadillo sea de chorizo, si no… ya sabes lo que te espera, hermano —dijo, sacudiendo el martillo en el aire—. Y gracias… un minuto más sin tener nada a lo que hincarle el diente y te aseguro que terminaría mordiendo otra cosa… —susurró, observándome de reojo con una sonrisa ladina.

Arrugué el entrecejo y lo fulminé con la mirada, intentando ocultar la excitación que me produjeron sus palabras.

—Idiota… —musité con voz apenas audible, pero él pareció escucharme perfectamente, pues me guiñó un ojo con pillería y se acercó a mí para susurrarme al oído:

—Deberías aprender de tu hermano, enana. Él me ha traído la comida… lo mínimo que espero de ti es que luego me des el postre.

Entreabrí la boca para soltar un jadeo cuando se apartó de mí, rozando su mejilla salpicada de barba incipiente contra la mía, haciendo que, inevitablemente, fantaseara con aquel áspero roce en otras partes más íntimas de mi cuerpo.

Max sonrió con dulzura y me golpeó la punta de la nariz con su dedo índice.

—Te has vuelto a poner colorada.

—Porque me pones de muy mala hostia.

Él dejó de sonreír y sus pupilas se dilataron un poco.

—Te pongo… esa es la única realidad, enana.



Capitulo 6





Bajé a la cocina con el pelo húmedo por la ducha que me había dado al volver a casa. Llevaba un pijama rosa de franela estampado con la cara de un perro y unos calcetines gruesos. Era una persona bastante friolera. Siempre iba abrigada incluso en los días que hacía calor.

—Qué sexy… —comentó mi hermano, antes de terminar de beber su vaso de leche.

—No te burles de mi pijama, es mi preferido —le dije con voz de niña pequeña, haciendo un puchero con los labios—. Y es muy abrigado…

Mi hermano dejó el vaso en el lavavajillas y luego terminó de abotonarse su camisa azul.

—Tú sí que estás demasiado sexy… ¿a dónde vas? —le pregunté, al mismo tiempo que abría la nevera para prepararme un sándwich.

Pablo abrió y cerró la boca varias veces, como si estuviera luchando por darle sentido a algo que rondaba por su cabeza, hasta que, finalmente, respondió:

—Me necesitan en el trabajo.

—¿Otra vez? —inquirí con un tono de preocupación, observando la hora en el reloj de la pared—. ¡Ya es muy tarde, Pablo!

Él alzó los hombros y los dejó caer.

—Hay un problema con una factura que nos urge solucionar cuanto antes —me explicó, al mismo tiempo que se ponía su chaqueta de traje.

Fruncí el ceño cuando pasó por mi lado.

—¿Y necesitas ir al trabajo muy perfumado? —le pregunté con una ceja enarcada.

Él carraspeó con fuerza, antes de responder:

—No me esperéis despiertos, llegaré tarde —dijo, ignorando por completo mi pregunta.

Abrí la lacena y agarré una bolsa de pan de molde, pero seguí con el interrogatorio:

—¿No estarás saliendo con alguna mujer a escondidas, verdad?

Esbocé una sonrisa picarona, todavía dándole la espalda mientras preparaba mi sándwich, pero como mi hermano tardó tanto en responder, giré sobre mis talones y lo observé a la cara.

—¿Qué ocurre? —inquirí con un claro gesto de preocupación cuando vi su rostro entristecido.

Pablo pestañeó repetidas veces, como si se hubiera despertado de un trance, pero luego esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Nada… me siento un poco mal porque estos días no puedo ayudarte en tu librería. Supongo que soy un mal hermano y…

—¡No digas tonterías! Eres mi hermano favorito.

—Hablas como la abuela —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. También somos sus nietos favoritos porque no tiene otros.

Me eché a reír.

—Por lo menos Max te está echando un cable —volvió a hablar él—. En el fondo te quiere mucho…

—Muy en el fondo… —respondí con una mueca.

A Pablo se le escapó una risita.

—Hablo en serio. Hoy tuvimos mucho trabajo en la empresa, pero, aun así, Max decidió ir a ayudarte.

Asentí lentamente con la cabeza, consciente de que Max estaba siendo un gran apoyo para mí.

—Estaba pensando en hacer la inauguración de mi librería este día festivo, algo más bien íntimo, familiar… ya me entiendes —le dije, volviendo a darle la espalda para seguir preparando mi sándwich—. No sé, tenía planeado invitar a nuestros padres y a la abuela… y si Max quisiera, también quería invitar a su padre.

—Eso no va a ser posible… —musitó mi hermano en voz baja.

Giré de nuevo sobre mí misma y lo observé con el ceño fruncido.

Pablo se pasó la lengua por el labio inferior, nervioso, antes de darme una explicación:

—El padre de Max falleció hace cuatro años por una sobredosis…

Abrí la boca, sorprendida, sintiendo una opresión entre el pecho y el estómago.

—Yo… no lo sabía… ¿por qué no me lo dijiste y…

—Yo tampoco lo sabía. Me enteré el año pasado por un compañero de trabajo. Ya sabes cómo es Max con su vida privada.

—Sí… demasiado reservado —dije, asintiendo lentamente con la cabeza.

Ring, ring.
Ring, ring.

Pablo se sobresaltó al oír el sonido del móvil que estaba en el bolsillo de su chaqueta.

—Me están esperando afuera —me informó, tragando saliva con cierto nerviosismo—. No te pongas triste e intenta olvidar el tema, no creo que sea nada bueno para Max recordarle el pasado —dijo, acercándose a mí para agarrarme de los hombros—. Esto era algo que, tarde o temprano, todos sabíamos que iba a suceder… incluso el propio Max era consciente de ello. Solo espero que el señor Marti, allá donde esté, sea feliz. Se lo merece.

Asentí lentamente con la cabeza, intentando retener las lágrimas en los ojos. Dolía mucho ver a gente como el señor Marti cayendo en temas de drogas como víctimas.

—Te quiero… —dijo mi hermano, antes de darme un beso en la frente.

—Yo también.

Lo vi alejarse de la cocina y, cuando me quedé sola, sentí un nudo en el estómago por lo que acababa de descubrir.

«*Algún día seré padre, y te aseguro que seré el mejor para mis hijos*», recordé la frase de Max y el brillo especial que tenía en los ojos cuando me lo dijo.

Y no dudaba ni un poquito de ello. La niñez de Max fue demasiado dura y sabía que él

intentaría que sus futuros hijos no pasaran por lo mismo.

Cogí el sándwich, me fui directamente al salón y busqué una película para distraerme…



El salón estaba casi a oscuras, si no fuera por la pantalla de la televisión; y los gritos de la protagonista, quien estaba intentando escapar del asesino, irrumpían el silencio.

Me encantaban las películas de terror, aunque me daban un miedo bárbaro. No sé, mi hermano decía que era una masoquista… ¡y tal vez era cierto!

—¡No! ¿Pero qué haces, estúpida? —le grité a la protagonista de la película cuando empezó a correr hacia la boca del lobo.

Me abracé las piernas y hundí la cabeza entre las rodillas por unos segundos, incapaz de observar la escena sangrienta que iba a aparecer, pero cuando me animé a abrir los ojos y hacerme la valiente, sentí una respiración en mi nuca.

—Uuuhhh…

—¡AAAHHH!

Max apareció detrás del respaldo del sofá, haciendo sonidos fantasmales en mi oído con la intención de asustarme, aunque, sinceramente, mi grito había conseguido asustarlo a él.

—¡Eres un idiota, me has asustado! —le grité cabreadísima, fulminándolo con la mirada.

Max tenía el pelo mojado y peinado hacia atrás, dejando al descubierto los rasgos marcados de su cara. La luz de la televisión le bañaba el rostro, haciendo que sus ojos azules grisáceos se vieran más intensos de lo que ya eran de por sí solos.

—Esa era la idea, enana —dijo, guiñándome un ojo con pillería, antes de apoyar una mano en el respaldo del sofá y saltar por encima para sentarse.

—¿Puedes no tirarte así en el sofá, por favor?

Él enarcó ambas cejas con asombro.

—¿Te refieres a mi sofá? —inquirió, señalándose a sí mismo con el dedo índice.

Me mordí el labio inferior, mosqueada, para no darle la razón. Al fin y al cabo, yo era una invitada que estaba de paso…

—¿Pablo ha vuelto a salir? —me preguntó.

—Sí… vuestro jefe es un capullo. Ya es la segunda noche que mi hermano tiene que trabajar fuera de su horario laboral.

Max apretó los labios para no sonreír, pero, aun así, no pudo evitar que se le escapara una risita.

Lo observé rabiosa.

—¿Qué ocurre? —inquirí de malas maneras.

—Nada… cosas mías —respondió él, pasándose la mano por el pelo y revolviendo los mechones húmedos.

¡Uff!

Olía a champú y a desodorante masculino, una combinación que me estaba matando por dentro y haciendo que mis hormonas estuvieran más activas.

Puse toda mi atención en la película para intentar controlar mis sentimientos, pues la protagonista, quien se había reunido con su novio, decidió encerrarse en una cabaña en mitad del

bosque.

¡Sí, una buena idea, teniendo en cuenta que un psicópata te está persiguiendo y que lo más probable es que esa cabaña sea su casa!

Sentí la mirada de Max clavada en mí, lo que hizo ponerme más nerviosa y asustada de lo que ya estaba antes de que él apareciera.

Solté un suspiro de cansancio y lo observé fijamente a los ojos. Max tenía los brazos estirados sobre el respaldo del sofá como si me estuviera desafiando a algo que todavía no comprendía.

Inhalé aire y lo dejé salir, antes de escupirle:

—¡Venga, suéltalo! Di algo gracioso sobre mi pijama, búrlate de mí.

Max frunció el ceño en un claro gesto de confusión.

—¿De qué demonios estás hablando?

Me señalé a mí misma con ambas manos para dejarle visualmente claro a lo que me estaba refiriendo.

—Es un pijama de franela. Sé que a los hombres os gusta otro tipo de pijamas más cortos y sugerentes… —dije, poniendo los ojos en blanco.

Max sonrió de medio lado.

—Te equivocas —dijo—. A mí me gusta la piel desnuda…

Observé sus labios fijamente cuando dejó de sonreír. Unos labios en los que había pensado a menudo desde que me mudé a la ciudad, preguntándome si serían tan suaves y deliciosos como parecían.

Parpadeé repetidas veces para despejar la mente y evitar pensar en Max de aquella manera tan inapropiada para ser simples amigos.

—¿Desnuda? ¿En pleno invierno? Tú estás mal de la cabeza. Soy la persona más friolera del mundo —le dije, sonando un poco borde para mi gusto, al mismo tiempo que desviaba la mirada hacia la tele.

—Yo puedo hacer que duermas caliente sin necesidad de usar ese pijama, enana.

Se me escapó una risa burlona, pero, inevitablemente, a mi corazón le salieron plumitas y empezó a golpetear sus alas.

—¿No me crees? —inquirió, esbozando de nuevo aquella sonrisa ladina tan sexy y característica de él.

—Deberías preocuparte por Melany y hacer que ella entre en calor, no yo —le respondí, observándolo de reojo.

La protagonista y su novio empezaron a tontear, a pesar de que el asesino estuviera escondido en cualquier rincón del bosque.

—¿Estás celosa?

—¡No! —me apresuré a replicar, haciendo que Max carcajeara.

—¡Madre mía, enana, estás celosa, pero que muy, muy celosa!

—¿Acaso debería estarlo?

Max dejó de sonreír y me miró sin apenas pestañear:

—Si fueras mía, nunca tendrías que preocuparte de que yo quisiera estar con alguien que no fueras tú.

Su respuesta me puso nerviosa, así que decidí cambiar de tema para que no consiguiera hacerme partícipe de aquellos jueguecitos.

—Oye, no sé si podré asumir algunos gastos… por ahora —susurré con voz apenas audible, un poco avergonzada—. Es decir, te pagaré en un futuro por toda la ayuda que me estás

ofreciendo, pero…

—¿Quién ha dicho que tengas que pagarme con dinero? —inquirió él, sonando bastante molesto.

Desvié la mirada de la televisión y lo observé fijamente a la cara.

—Tú —contesté con rotundidad y puse voz de hombre para seguir explicándome—. «*Luego te paso la factura*»… *Hoho*… —añadí una risa forzada, grave, con la intención de imitarlo.

—¿Tengo esa voz tan sexy? ¡Joder! No sé por qué no ligo más, enana…

Suspiré con cansancio, poniendo los ojos en blanco, y agarré el móvil para comprobar si mi motorista misterioso me había escrito… ¡pero nada! Todavía seguía sin tener noticia alguna de él.

—Oye, te dije que luego te pasaría la factura… pero no te he dicho cómo quiero que me pagues.

Lo observé con una ceja enarcada, con curiosidad, mientras los protagonistas empezaban a besarse con demasiada pasión.

—¿A qué te refieres?

Las comisuras de sus labios tiraron hacia arriba mientras apretaba con más fuerza el respaldo del sofá, hasta el punto de que sus nudillos se pusieron blancos como la nieve.

—Para leer tanta novela romántica, veo que te cuesta pillar las indirectas, enana.

Abrí tanto la boca que casi se me rompió la mandíbula, antes de cerrarla de nuevo y lanzarle un cojín a la cara, mientras él carcajeaba sin parar por la expresión de mi rostro.

—¡Eres un guarro! ¡No me gustan esa clase de bromas! —le grité a todo pulmón, mientras los protagonistas de la película empezaban a desnudarse lentamente.

Max apartó el cojín de su cara y arrugó los ojos.

—¿Quién ha dicho que sea una broma?

Mi corazón empezó a latir más rápido. Este era el motivo por el cual odiaba participar con Max en este tipo de jueguecitos… ¡porque me excitaban mucho, muchísimo! ¡Y no me tomaba a broma sus comentarios!

—Estoy conociendo a alguien —le dije en voz baja, sonando poco segura de mí misma, mientras veía la última conversación que tuve con DarkWolf7 y que, claramente, me había dejado en visto.

—¿Eso quiere decir que ya te has olvidado del gilipollas de Miguel?

—No me hace falta conocer a otro hombre para olvidar a ese gilipollas —le aclaré con voz seria, apretando el móvil con rabia.

—Tampoco tiene nada de malo si lo hicieras. Yo he estado con muchas mujeres, pero no es con ellas con quien quiero formar una familia…

Fruncí el ceño por su respuesta, pero apenas pude preguntarle a qué se refería, pues él volvió a tomar la palabra:

—Ten cuidado… —susurró con voz ronca, todavía sujetando con demasiada fuerza el respaldo del sofá—. Nunca sabes a quién estás conociendo. Ese tío podría ser un psicópata.

—¿Te preocupas por mí, Maximiliano?

Él sonrió de manera sexy, al mismo tiempo que los protas de la película tenían sexo oral, sin importarles que el asesino descubriera su escondite.

Me relamí los labios repentinamente secos, al mismo tiempo que Max bajaba la mirada a mi boca.

—Siempre me preocupo por ti, enana…

Nos observamos fijamente sin saber qué decir hasta que los protas de la película rompieron

el silencio con sus gemidos.

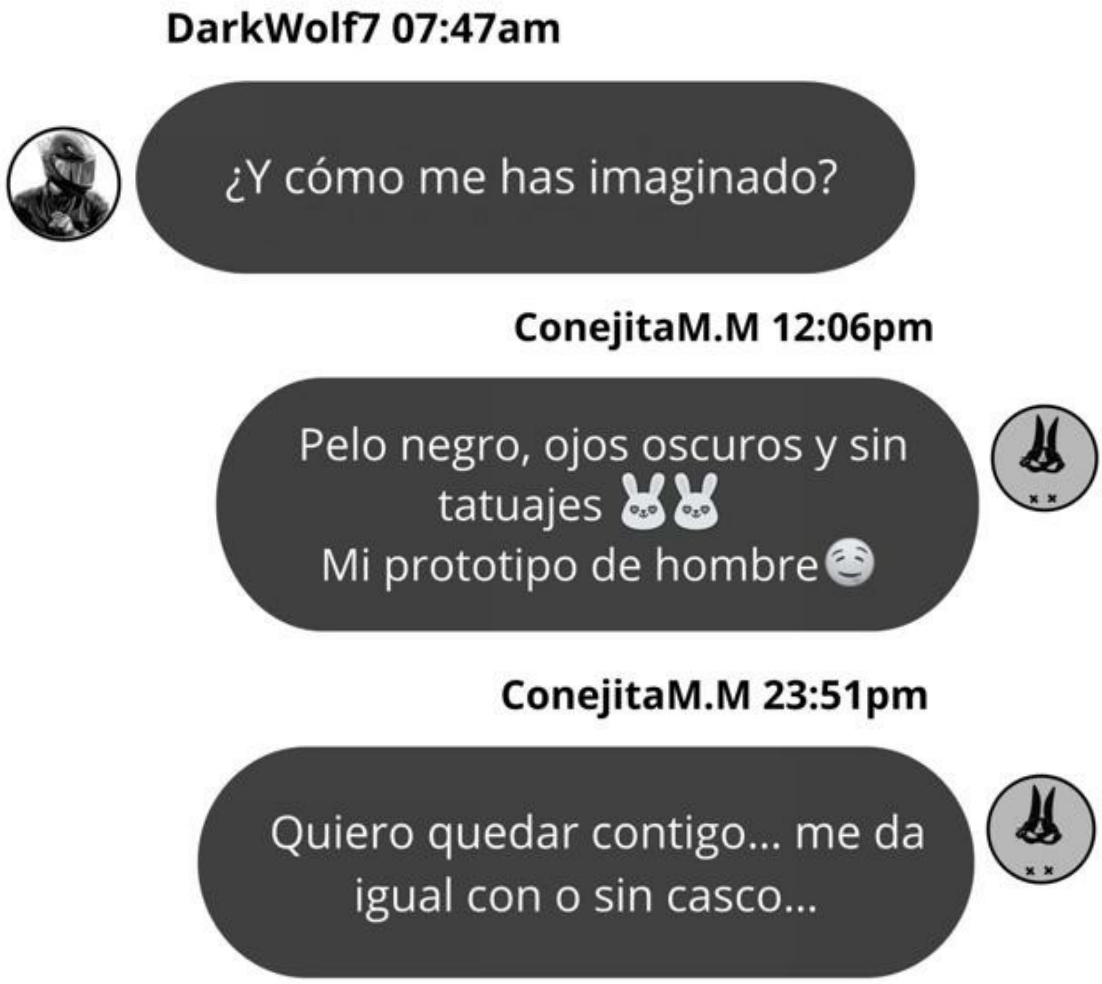
Mi pecho subía y bajaba por la excitación del momento, mientras Max apretaba y aflojaba su agarre en el respaldo del sofá, como si se estuviera controlando. Aquello hizo que las venas de sus brazos se le marcaran todavía más, haciendo que mi corazón latiera a una velocidad vertiginosa.

Intenté tragar saliva varias veces, pero se me había secado la boca por completo. Sentía los labios y la lengua acartonados, como si llevase días sin beber. Por no mencionar las continuas punzadas que sentía en mi vagina.

¡Uff!

Mis hormonas se aceleraban contra mi voluntad… ¡mi cuerpo anhelaba contacto físico!

Sin poder controlar más mi excitación, desbloqueé la pantalla del móvil y le envié un mensaje a mi motorista misterioso:



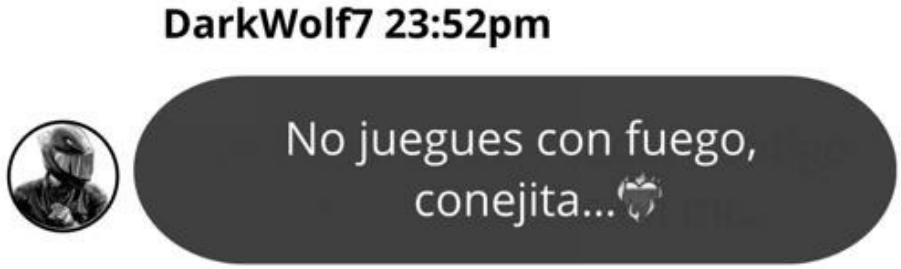
De repente, el móvil de Max empezó a vibrar en el reposabrazos del sofá. Lo observé de reojo y fruncí el ceño cuando lo vi un poco incómodo leyendo el mensaje que había recibido.

¿Sería Melany? ¡Sí, seguro que era ella!

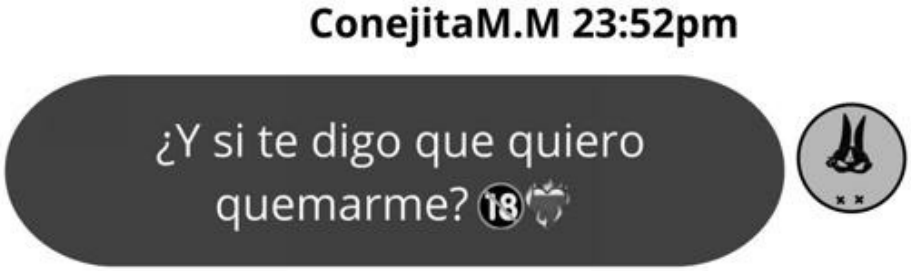
Sentí una punzada de celos al imaginar que él tuviera algún sentimiento por ella y, aun así, estuviera bromeando conmigo de aquella manera poco apropiada para un hombre con pareja.

Clin.

Bajé la mirada a mi móvil y me mordí el labio inferior.

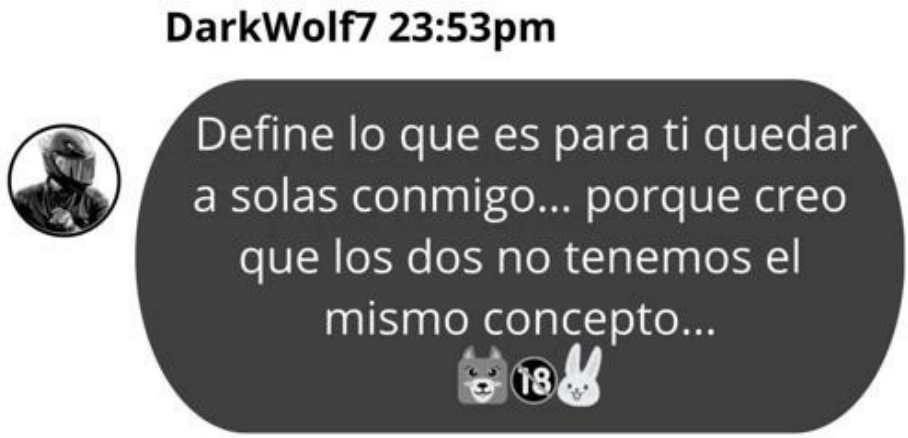


No dudé ni un segundo en responderle, antes de que él se arrepintiera y no volviera a contestarme.



Tenía la respiración entrecortada y mi corazón parecía querer atravesarme el pecho. Incluso Max también parecía estar nervioso y agitado, pues no dejaba de revolverse en el sofá mientras tecleaba en su teléfono a toda velocidad.

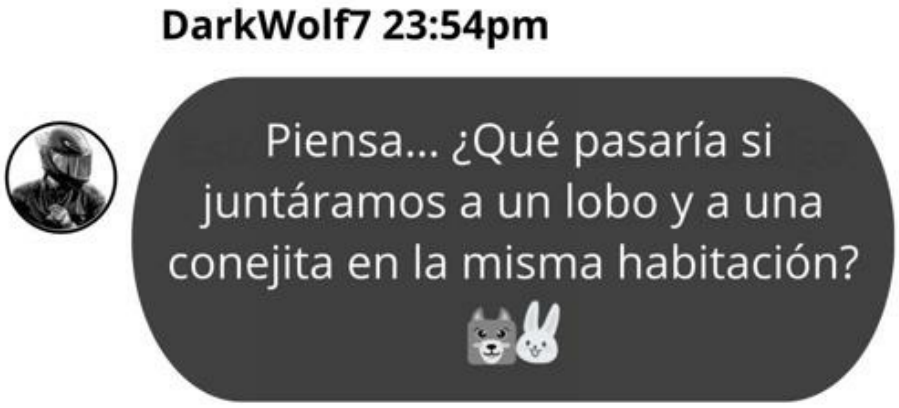
Apreté las mandíbulas, cabreada, sin justificación alguna, pues me daba rabia que él tuviese toda su atención puesta en Melany, como si no quisiera tardar mucho en contestar sus mensajes.



Escribí una respuesta, pero la borré de inmediato, mientras los protas de la película

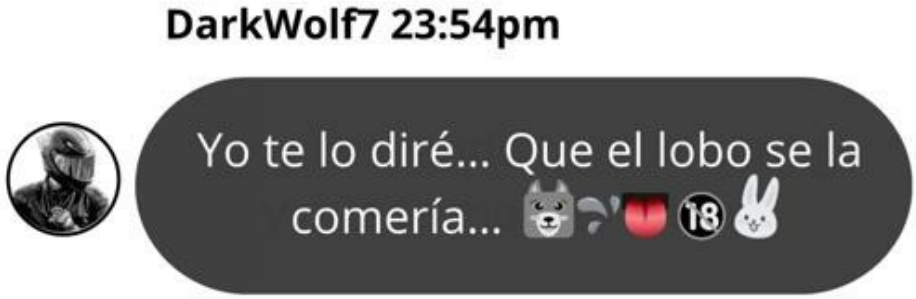
fornicaban como si fuera su última noche juntos… ¡y sí, podría ser su última noche de sexo, pues parecían haberse olvidado del asesino que los estaba acechando desde la oscuridad!

Clin.



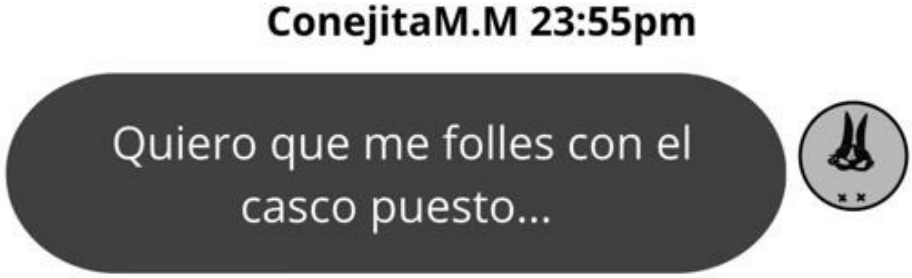
Mientras los protas gemían, a punto de llegar al clímax, una repentina música siniestra anunció que el asesino estaba cerca…

Clin.



Junté las rodillas con todas mis fuerzas para controlar el deseo de tocarme allí abajo con los dedos y aliviar la tensión de mi cuerpo.

Apreté los dientes para no dejar escapar un jadeo y, sin pensarlo dos veces, le respondí el mensaje:



Max empezó a toser con nervios, justo en el mismo momento en que los protagonistas de la

película llegaban al orgasmo y el asesino aparecía tras ellos.

Una muerte placentera, supongo…

Bloqueé la pantalla del móvil, nerviosa por lo que acababa de hacer, mientras Max volvía a leer y a releer el mensaje que Melany le había enviado.

—¿Melany te ha enviado una foto en pelotas? —le pregunté, intentando distraerme para no pensar en el mensaje que le acababa de enviar a un tío que ni siquiera sabía su nombre.

Max bloqueó su teléfono móvil y lo apoyó en el sofá boca abajo, como si intentase ocultarme algo…

—¿Qué te hace suponer que esté hablando con ella?

—¿Quién sino?

Max me lanzó una mirada llena de picardía y lujuria.

—Yo también estoy conociendo a alguien, enana…

Inexplicablemente, aquello me puso cabreada… muy cabreada. Y, como si se tratara de un globo que acabara de ser explotado, mi excitación se esfumó, de la misma manera que les había sucedido a los protas de la película por culpa del asesino.

Me incorporé de golpe del sofá y me froté la cara con la palma de la mano, intentando espabilarme para dejar de fantasear con Max y con un motorista al que ni siquiera conocía.

Caminé con las piernas temblando bajo la atenta mirada de Max, pero, cuando creí que podría fugarme de allí, me agarró del brazo y tiró de mí, obligándome a sentarme a horcajadas sobre él.

Max me estaba observando con una necesidad que no podía expresar con palabras y supongo que yo también lo estaba observando de la misma manera.

Nuestras bocas eran como imanes, atrayéndose la una a la otra, separadas por unos escasos milímetros.

El deseo crepitaba todavía en mi interior y no había nada que deseara más que estar así entre sus brazos.

¡Joder!

Y esa era precisamente la razón por la cual quería mantener las distancias con él. Mis sentimientos estaban confundidos y sabía que, en cuanto quedara con DarkWolf7, aquella atracción que sentía por Max desaparecería… o eso esperaba.

Max esbozó una sonrisa tan tierna que me hizo sentir cosquillas en mi bajo vientre, pero lo mejor vino después cuando me subió las gafas que se me habían quedado en la punta de la nariz.

—Quiero que sepas que, aunque nos odiemos, estoy aquí para lo que necesites —susurró con voz cavernosa, su aliento golpeando mi rostro—. Para ayudarte en todo lo que necesites, enana. —Sus ojos bajaron lentamente y se posaron en mi cuello, antes de volver a subirlos.

El bulto de su pantalón no dejaba lugar a dudas sobre su excitación. Ahogué un gemido cuando sus manos no pudieron parar y me acariciaron, partiendo de mis muslos hasta colarse por debajo de mi camiseta. El leve roce de sus dedos cálidos sobre mi piel fría me hizo arquear la espalda, provocándome pequeños espasmos.

—Eso es, enana… —Su voz era ronca, cargada de promesas ardientes—. Me deseas…

Negué con la cabeza, pues apenas tenía fuerzas para pronunciar un simple monosílabo.

Max sonrió de medio lado.

—La gente habla con su cuerpo todo el tiempo, Mar. Más de lo que hace con su boca… Y tu cuerpo me dice que me deseas… —susurró, con la punta de su nariz rozando la mía, haciendo que volviera a erizarme de pies a cabeza con sus caricias en mi espalda.

—No… —logré musitar con la voz entrecortada.

¡No era posible que supiera eso! Había intentado por todos los medios esconder mis sentimientos.

¿Cómo era posible que él supiera de ellos?

No podía negar que entre los dos había morbo… sí, esa palabra nunca podría separarla de Max. Pero eso era todo… no había nada más entre los dos que no fuera una simple amistad - enemistad.

—En el fondo sabes que digo la verdad —Su voz había descendido hasta un tono de barítono áspero y grave, haciendo que se me secara la boca—. Y la única verdad es que me deseas tanto como yo te deseo a ti.

Su confesión me pilló por sorpresa y sabía que mañana lo negaría todo. Ese era el juego de Max. No había cambiado nada. Desde que éramos unos críos, siempre me decía cosas fuera de lugar para luego negarlas y dejarme confundida.

Sacudí la cabeza, furiosa.

—Relájate, enana…

Su gemido se mezcló con el mío cuando me moví contra él con la intención de levantarme, pero me lo impidió, colocándome los brazos detrás de la espalda y sujetándome las muñecas con una mano.

—Suéltame, Max…

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí… —dije con voz temblorosa, tragando con dificultad.

—Mentirosilla… —dijo, acercando sus labios a mi oreja para que lo escuchara mejor.

—Suéltame… —susurré con la voz entrecortada.

Max gruñó como un animal salvaje cuando intenté soltarme de su agarre. Jadeé y él sonrió complacido cuando ejerció más fuerza con su mano en mis muñecas, haciendo que me arqueara contra él.

—¿Me tienes miedo?

Fruncí el ceño y lo fulminé con la mirada.

—No —respondí con contundencia.

—Entonces, ¿tienes miedo de lo que podría suceder si tú quisieras?

Relajé las facciones de mi rostro, confundida por su pregunta.

—¿A qué te refieres?

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba para esbozar una media sonrisa.

—No me digas que no sabes a qué me refiero, enana… porque no te creo —gruñó entre dientes.

Me mordí el labio inferior, consciente de que yo tenía las riendas en aquel momento. Así que, empecé a mover las caderas en círculos para darle un poco de su propia medicina.

Max cerró los ojos con fuerza e inclinó la cabeza hacia atrás para soltar un largo y profundo suspiro.

—Te prometo que no sé a lo que te estás refiriendo… —le susurré con voz inocente, parpadeando rápidamente y poniendo una cara angelical—. ¡Ah!

Max se levantó bruscamente y, sin dejarme tocar el suelo, se dio la vuelta y me tumbó sobre el sofá, sujetándome las muñecas por encima de mi cabeza.

—No juegues con fuego, enana, o te aseguro que los dos nos quemaremos…

Lo observé con la boca entreabierta, excitada, mientras pensaba en el mensaje que DarkWolf7 me había enviado con la misma frase que Max acababa de utilizar. Pero apenas pude reflexionar sobre ello, pues Max se arrodilló en el sofá y se colocó entre mis piernas.

—¿Has pensado en mí durante todos estos años? —inquirió, inclinándose hacia mi rostro, mientras el collar de acero que le regalé se balanceaba en su cuello de una forma que me pareció bastante sugerente y tentadora.

—No… —volví a mentirle, pero él parecía poder leerme la mente con demasiada facilidad.

Max se pasó la lengua por los labios, como si los tuviera secos por la excitación del momento, antes de apretar con más fuerza mis muñecas y sonreír con pillería.

—Pregúntale a tu cuerpo si se ha olvidado de mí, enana. Apuesto a que cuando te masturbas piensas en mí…

Abrí la boca y respiré jadeante, pues lo que Max acababa de decir era completamente cierto… ¡pero no pensaba admitirlo!

—Estás loco…

—Sí, enana… estoy loco por ti, por tenerte… —murmuró con voz ronca, al mismo tiempo que apoyaba su frente contra la mía.

Negué con la cabeza, con nuestras miradas clavadas la una en la otra.

—¿No? —inquirió él, frunciendo el ceño en un claro gesto de molestia.

—No… —musité con voz apenas audible.

Pasaron varios segundos hasta que Max dio el siguiente paso, no sin antes tantear mi posible reacción. Lo tenía tan cerca de mi rostro, que nuestros labios se estaban rozando.

—¿De verdad crees que no estoy loco por ti, enana? —volvió a preguntar y yo negué con la cabeza. Él chasqueó la lengua de forma desaprobatoria, antes de sujetarme el rostro con su mano libre—. Haría cualquier cosa por tenerte, María… —susurró contra mis labios, provocándome cosquillas en ellos—. Cualquier cosa —repitió aquellas palabras para darle más credibilidad, mientras bajaba su mano hacia mi cuello. Solté un gemido cuando lo rodeó y ejerció un poco de presión, la justa para excitarme todavía más.

—¿Quieres que te masturbe, enana?

Su pregunta hizo que abriera los ojos de golpe. Lo miré sorprendida, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua.

Max apretó los dientes con fuerza, antes de seguir hablando:

—Ya no tendrás que fantasear más conmigo… puedes tenerme aquí y ahora, de rodillas si tú quieres…

Tragué saliva con fuerza y mi corazón se aceleró. ¡Uff! Lo sentía latir con tanta fuerza que me abrumó por completo.

—No necesito la ayuda de tus dedos… puedo yo solita.

Max acercó sus labios a mi oído, rozando toda mi mejilla con su barba incipiente, y me susurró:

—¿Quién dijo que voy a usar los dedos, enana? —Sus dientes atraparon el lóbulo de mi oreja y tiraron de él, antes de soltarlo—. Contigo quiero usar la lengua…

Cerré los ojos y me mordí el labio inferior, ahogando un gemido mientras me arqueaba sobre el sofá, intentando liberar mis manos.

—Pídemelo… lo haré encantado, enana —gruñó, antes de lamerme el lóbulo de la oreja.

Sin poder aguantar más aquella tensión, solté un gemido que hizo que Max se sintiera más confiado y seguro de sí mismo, pues no dudó en soltarme las muñecas para enmarcarme el rostro con las manos y observarme a los ojos.

—Pídeme que te folle, enana…

¡Dios! Estaba tan excitada que no me dio vergüenza rogarle.

—Fóllame…

Max negó con la cabeza y pasó su dedo pulgar por mis labios, que por instinto se abrieron.

—Llámame por mi nombre cuando me pidas que te folle…

Nos observamos durante unos segundos en silencio, con nuestras respiraciones jadeantes.

Aquello era una locura… ¡una completa locura a la que, a estas alturas, no podía ponerle freno, ni tampoco quería hacerlo!

—Max…

—Sí… dilo…

Cerré los ojos y abrí la boca con la intención de hacer lo que me estaba pidiendo. De gritarle que me follara, a pesar de que al día siguiente los dos actuaríamos como si nada de esto hubiera sucedido.

—Vamos, enana… dilo, joder… —gruñó, aplastando su cuerpo contra el mío, haciendo que su erección golpeara entre mis piernas.

Abrí los ojos de golpe y jadeé, sintiendo mis mejillas arder.

—Fóllame, Maximiliano…

Max esbozó una sonrisa torcida, con ese brillo en los ojos que siempre conseguía acelerarme el corazón.

—Llevo muchos años soñando con este momento, enana. Voy a hacerte mía de todas las maneras posibles.

—¿Tuya? —inquirí con un tono de voz juguetón.

Max asintió con la cabeza.

—Eres mía… —aseguró con voz firme, sujetándome el mentón con determinación, al mismo tiempo que frotaba su erección contra mí.

Jadeé y sonreí ufana.

—Y tú eres mío, Maximiliano —le dije, haciendo que él dejara de moverse por un momento para prestarme atención.

—¿Qué te hace pensar eso, enana?

—Me lo dice tu cuerpo… —susurré, bajando mi mano hacia su entrepierna.

Max apretó los dientes cuando le agarré su erección por encima del pantalón.

—*«Si llevar este collar significa que soy todo tuyo… entonces, no me lo sacaré nunca, enana»* —le recordé su propia frase—. Eres mío, Maximiliano Marti…

Sus ojos llamearon con un fuego inextinguible.

—Joder… voy a follarte hasta que salga el puto sol. —Max aplastó su nariz contra la mía, rozando sus labios en mi mentón, a punto de besarnos, pero el sonido de su teléfono móvil nos interrumpió.

Ring, ring.
Ring, ring.

Los dos jadeamos y nuestras respiraciones se entremezclaron, mientras nos mirábamos el uno al otro. Su mirada evidenciaba el fuerte y real deseo que sentía hacia mí… ¡no mintió al confesármelo! Pero había algo más en aquella mirada que me volvía loca. Un apetito casi violento que iba más allá de una simple lujuria…

Ring, ring.
Ring, ring.

El móvil cayó al suelo, todavía vibrando.

¡Uff! Aquel sonido se volvió como una alarma contra incendios. Una alarma para despertarme de aquel trance, antes de cometer una locura de la que luego, sin lugar a dudas, me arrepentiría.

Max intentó besarme, pero giré la cara para evitarlo. Aun así, él me besó en la mejilla para volver a encender la llama del deseo, sin embargo, cuando mis ojos se desviaron hacia la pantalla luminosa de su teléfono móvil y vi el nombre de Melany, la excitación abandonó mi cuerpo de golpe.

Empujé a Max por los hombros, provocando que se estrellara contra el suelo.

«*Maximiliano sigue siendo un capullo. Seguro que ya tiene otro agujero para follar*», recordé las palabras de Laura.

Me puse de pie, con las piernas temblando, y señalé su móvil para que entendiera mi reacción.

—¡Eres un puto sinvergüenza! —exclamé cabreadísima—. No voy a participar en este estúpido juego. Lo único bueno de todo esto es que mañana actuarás como si nada hubiera sucedido… ¡es lo que haces siempre!

—María…

—¡No, cierra el pico! —le grité, perdiendo la paciencia y gesticulando con las manos—. No pienso follar contigo… ¡nunca!

Max apretó tanto las mandíbulas que los ángulos de sus facciones se vieron repentinamente endurecidos por el gesto, pero luego apoyó la espalda contra el sofá, todavía sentado en el suelo, y me sonrió con ironía.

—No digas cosas que no podrás cumplir, enana…

—¡Vete a la puta mierda! ¿Es así como te diviertes con las mujeres? ¿Haciéndoles creer algo que no es real?

La expresión de su rostro cambió radicalmente por una de enojo.

—Tú no eres como las demás mujeres…

Las mariposas de mi estómago empezaron a revolotear como locas, pero me negué a creer el estúpido juego que se traía entre manos.

—Ya… sí, por supuesto… —hablé con ironía, pero por si no quedaba claro puse los ojos en blanco—. No voy a creer nada de lo que digas porque sé que solo pretendes camelarme para llevarme a la cama.

—Mi idea era hacerlo contigo en el sofá, pero luego, si quieres, podemos usar mi cama, enana.

—¡Que te jodan, Marti! —exclamé, arrepintiéndome tan pronto su segundo nombre salió de mi boca.

Las facciones de Max se relajaron poco a poco, como si realmente mi respuesta le hubiese afectado. No era así como quería tener aquella conversación, pero el orgullo tampoco me dejaba retractarme.

—La única que parece estar jugando aquí eres tú, María —dijo él, fulminándome con la mirada—. Intentas ponerme cachondo y luego te haces la ofendida porque soy sincero contigo al decirte que quiero follarte.

Lo señalé con el dedo índice, cabreadísima, pero no supe qué responder. Así que, decidí largarme de allí.

—¡Encerrarte en tu habitación no te librará de mí, enana! —me gritó a todo pulmón, persiguiéndome, mientras yo subía los escalones de dos en dos para que no me alcanzara—. De

alguna manera tendrás que bajarte el calentón, y cuando lo hagas… apareceré en tu mente.

—¡Que te jodan! —exclamé, antes de cerrarle la puerta en sus narices.

Me apoyé contra la puerta para intentar calmarme, pero mi respiración se tornó exponencialmente más superficial cuando escuché a Max entrar en su habitación, también dando un fuerte portazo que resonó por toda la casa.

Todavía seguía con la luz de la habitación apagada mientras escuchaba, a través de la pared, cómo Max se reía en alto.

—Mi «amigo» va a explotar de lo duro que está y la culpa será toda tuya, enana —habló él, sobresaltándome.

¡Dios! Parecía que lo tenía a mi lado, dentro de mi habitación.

¡Joder, era como si las paredes estuvieran hechas de papel, incluso podía oír claramente su respiración entrecortada!

Me puse de rodillas sobre la cama y apoyé la oreja en la pared.

—Sigues siendo tan testaruda como siempre… —gruñó, al mismo tiempo que escuchaba su ropa caer al suelo.

—¡Ah! —grité asustada cuando golpeó la pared con el puño.

—Vamos, enana, sé que deseas esto tanto como yo… ¿qué te impide aceptar que dos adultos quieran pasárselo bien? ¡Oh! —gimió con fuerza, al mismo tiempo que se escuchaban sonidos extraños—. Ya no somos unos niños… ¿no crees?

Me llevé las manos a la boca para evitar que se me escapara un gemido.

El sonido del reloj de pulsera de Max fue más intenso, escandaloso, como si los movimientos de su mano fuesen más rápidos…

—Vamos, Mar… tócate para mí.

Me mordí el labio inferior y me tumbé en el colchón, observando atentamente el techo, intentando distraerme con algo para no caer en la tentación.

—Una ovejita, dos ovejitas, tres ovejitas… —susurré con la voz temblorosa.

—¿Quieres que te ruegue? Porque si eso es lo que quieres, lo haré. Haré lo que desees si me dejas escucharte gemir mi nombre.

—Nueve ovejitas, diez ovejitas… ¡Joder!

Inconscientemente, me quité los pantalones.

—¿O tal vez me quieres de rodillas? —inquirió él con la respiración jadeante—. Porque si es así, lo haré encantado… pero me pondré de rodillas frente a ti y te daré un buen motivo para que grites mi nombre.

—Mmmm… —gemí sin poder controlarlo.

—Buena chica —susurró, soltando un fuerte gruñido—. No voy a ser capaz de correrme si no me ayudas, enana. Tócate y grita mi nombre…

—Max…

—Eso es, cariño, eso es… —dijo, golpeando de nuevo la pared, mientras se intensificaba el sonido de su reloj sacudiéndose a más velocidad—. Quiero recorrer todo tu cuerpo con mi boca…

—Deja de decir esa clase de cosas… deja de jugar conmigo —le supliqué, intentando sonar lo más enfadada posible, pero la realidad era que estaba muy excitada.

—Oh, enana, claro que quiero jugar contigo… pero en mi cama.

—Maximiliano… —gemí su nombre, al mismo tiempo que desplazaba mi mano hacia mi entrepierna.

—Imagínate que aparezco en tu habitación y empiezo a besarte los tobillos. Luego voy

ascendiendo poco a poco por tus piernas, dejando un camino de besos húmedos, hasta llegar a ese punto que tanto anhelo saborear, enana. ¿Me has escuchado? Quiero comerte toda, entera, lamer cada rincón de tu cuerpo…

—Sí…

—¿Quieres que siga diciendo todas las cosas sucias que quiero hacer contigo?

—Sí… sí, por favor —gemí.

—Imagínate que tus dedos, en este preciso momento, son mis dedos. Que empiezo a acariciar tu hinchado clítoris, suavemente… sin prisas, pequeña.

—Joder… —sollocé hasta casi llorar, intentando darme placer de una manera tranquila y suave, tal y como Max me lo estaba ordenando.

—No hay prisas, enana. La noche es larga…

—¡Max! —grité sin poder resistirlo. Estaba tan húmeda y excitada, que un simple roce hacía que estuviera a punto de ver las estrellas.

—Joder, María, te juro por Dios que te dejaría ahorcarme con tus piernas…

—Sigue hablando, maldita sea —jadeé, aumentando la velocidad de mis dedos, sin dejar de imaginármelo medio desnudo, con su mano subiendo y bajando por toda la extensión de su miembro.

—Con tu otra mano quiero que te toques las tetas —me ordenó con voz grave y autoritaria.



Hice lo que me pidió sin rechistar y luego me mordí el labio inferior con fuerza para evitar chillar.

—¿Lo estás haciendo? —inquirió entre furioso y desesperado, pero no pude responder, pues estaba tan concentrada en darme placer a mí misma que ni siquiera recordaba mi propio nombre—. ¡María, joder! —Golpeó la pared, sobresaltándome por el susto—. Contéstame o te juro por Dios que echaré la pared abajo. —Su voz era un grave jadeo detrás de otro.

—Sí, Max, me estoy tocando…

Hubo un pequeño silencio, pero podía imaginarme a Max al otro lado de la pared sonriendo ufano.

—Imagínate ahora que tus dedos son mi lengua —prosiguió con sus fantasías—. Y empiezo a trazar círculos en tu clítoris… despacio, enana, recuerda… despacio.

—Mmmm… —Aumenté la velocidad de mis dedos sin dejar de fantasear con él. Porque si algo no podía negar era que durante todos estos años no había podido dejar de pensar en Max…

—Joder… voy a correrme con solo escucharte gemir —gruñó él, entre una mezcla de placer y enojo, mientras escuchaba cómo su mano subía y bajaba cada vez más deprisa por su miembro—. Dejemos los juegos preliminares, enana, porque ahora mismo me enterraría en lo más profundo de ti. ¿Eso es lo que quieres?

—Sí… —balbuceé, queriendo evitar reconocerlo.

—Di mi nombre, joder… quiero ser el único que pueda tocarte y follarte hasta hacerte gritar de placer.

—Sí, Max, necesito tenerte dentro de mí… no puedo más —sollocé entre una mezcla de placer y dolor, mientras seguía deslizando mis dedos por mis húmedos pliegues.

—Dios, enana, quiero atarte y follarte duro hasta que clames piedad. Quiero hacer que te corras con tanta fuerza y que grites hasta quedarte afónica… quiero hacerlo contigo una y otra vez…

Me pasé la lengua por los labios cuando comencé a sentir que el orgasmo se estaba acercando.

—¡No puedo más! —grité a todo pulmón, ejerciendo más fuerza en mis dedos.

Max volvió a golpear la pared con el puño, antes de gruñir:

—Dios, enana, quiero que te corras conmigo… por favor…

Escucharlo suplicar hizo que todo estallara dentro de mí.

Habíamos llegado a un punto de no retorno, no podía pensar en otra cosa que no fuera él.

Llegué al orgasmo tan rápido que me tomó por sorpresa.

—¡Oh, joder, Maximiliano, sí, sí! —exclamé entre gritos ensordecedores, mientras arqueaba la espalda y las piernas empezaban a temblarme.

Jadeé y sonreí por el placer que mi cuerpo acababa de experimentar, un placer que nunca antes había sentido, mientras Max gruñía y jadeaba con más fuerza, confirmándome así que también había llegado al clímax… juntos.

Intenté disfrutar del momento en lugar de pensar en lo que acababa de hacer y en lo que iba a suceder a continuación, pero enseguida sentí un nudo en la boca del estómago mientras las lágrimas inundaban mis ojos.

—Mar… —susurró él, como si supiera que me estaba arrepintiendo—. María.

Parpadeé varias veces y apreté los labios con fuerza para evitar que me temblaran. La vergüenza reprimió el llanto, pero, a pesar de mis esfuerzos, no pude contener el tembleque de mi cuerpo.

Pum, pum.

Asustada, me incorporé de golpe y vi que la manilla se estaba bajando. Corrí hacia la puerta y apoyé la espalda en ella para impedir que Max entrara en mi habitación.

—María… sabes que puedo echar la puerta abajo —murmuró él con voz suave y cálida.

—No. —Una lágrima cayó de mi ojo.

—¿Estás llorando? —inquirió con preocupación, intentando entrar de nuevo en la habitación.

—¡Por favor, Max, vete! —le grité desesperadamente, con las lágrimas corriendo a raudales por mis mejillas.

La manilla de la puerta volvió a su posición original, mientras mi corazón seguía golpeando violentamente contra mis costillas.

—¿Estás arrepentida por lo que acabamos de hacer? —me preguntó, todavía apoyado al otro lado de la puerta.

No respondí porque, si lo hacía, Max se daría cuenta de que realmente no estaba arrepentida, sino todo lo contrario.

Escuché el ruido de unos pasos, como si él se hubiese apartado de la puerta.

—Está bien… luego no digas que fui yo el que ha iniciado este juego. Si quieres actuar como si nada hubiera pasado entre nosotros, lo haré…

Escuché sus pasos por el pasillo, pero me sorprendió que no volviera a su habitación, sino que hubiera bajado las escaleras para largarse de casa dando un fuerte portazo que hizo vibrar los cimientos.

Sentí dolor, desilusión, decepción, arrepentimiento… ¡Maldita sea! Me sentía culpable.

Estaba confundida porque mis sentimientos y mis pensamientos se encontraban divididos. Era como si mis sentimientos me estuvieran gritando que actuara en contra de lo que estaba pensando con lógica… porque lo lógico hubiera sido irme a dormir en vez de masturbarme con Max. Por Dios, Maximiliano Marti… mi enemigo número uno desde la infancia. El mejor amigo de mi hermano. El «hijo adoptivo» de mis padres.

¿En qué demonios estaba pensando?

Era evidente que me sentía atraída por él y que, por más que me enojara conmigo misma por sentirme así, mi cuerpo ya había decidido por mí. Pero aquello era un error, un error que no debía volver a repetirse.

«*Si quieres actuar como si nada hubiera pasado entre nosotros, lo haré…*».

¿Realmente era eso lo que quería?

¡Uff!

No pude contener el llanto y lloré durante horas y horas, hasta que el cansancio se apoderó de mí…

Capitulo 7





A la mañana siguiente, me desperté temprano con la esperanza de no encontrarme con Max para evitarnos un mal comienzo de día.

¿Con qué cara lo iba a ver después de haber gemido su nombre?

¡Por Dios!

Al final, mi plan fue un éxito, pues Max ni siquiera durmió en casa. El único al que me encontré fue a mi hermano, quien también parecía preocupado por su mejor amigo, pues, al parecer, no era muy normal que Max llegara tarde al trabajo…

Intenté mantener la mente distraída en otras cosas como, por ejemplo, terminar de organizar y limpiar mi futura librería, pero cuando la puerta se abrió y sonaron las campanillas, sentí como si el mundo se abriera en dos bajo mis pies.

—¡Madre mía! ¿Pero qué pocilga es esta, Mar? —inquirió Laura con una expresión de horror y repugnancia, mientras observaba todo a su alrededor.

Sinceramente, la ignoré como si no estuviera allí, pues quien realmente captó mi atención fue Melany.

¡Sí! Melany Márquez estaba en mi librería, en carne y hueso, con una cara que denotaba una mezcla de odio y asco hacia mí.

Me sentía tan empequeñecida a su lado, tan poca cosa, que no comprendía cómo Max pudo haber tonteado conmigo teniendo a una modelo de revista como ella. Porque sí… Melany seguía siendo igual de guapa que en el instituto, incluso me atrevería a decir que un poco más guapa que cuando era una adolescente.

—Vaya, no has cambiado nada —susurró ella, echándome un vistazo de arriba abajo.

Creía que la gente, con el paso de los años, maduraba, pero estaba engañada. Melany seguía siendo la misma niñata que cuando la conocí. Sabía por dónde iban sus indirectas, porque eso era lo que la gente como ella solía hacer: atacar el físico de las personas para menospreciarlas.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunté, yendo directa al grano.

Laura enarcó ambas cejas en un claro gesto de asombro.

—Si eres así de borde, también me perderás a mí como amiga, Mar.

«Pues nos harías un gran favor, cielo», susurró la vocecita de mi conciencia.

Me mordí el labio inferior, controlando las ganas de soltarles lo que realmente estaba pensando de ellas dos en aquel preciso momento, pero sabía que luego me arrepentiría. Así que,

opté por morderme la lengua y permanecer en silencio.

—Melany quiso acompañarme para saludarte y darte buena suerte en tu futuro… —susurró Laura, señalando todo a su alrededor con una mueca de asco—. «Negocio» —dijo, haciendo comillas en el aire.

—Sí, por lo que veo te hará falta mucha suerte —comentó Melany con una sonrisa maliciosa, al mismo tiempo que caminaba por la librería, contorneando sus caderas de un lado a otro con demasiada exageración.

Bajé la mirada al suelo y resoplé. Sentí cómo las lágrimas empezaban a inundar mis ojos, cómo mi mandíbula se apretaba con fuerza para no chillar de rabia.

—Bueno, mejor vamos a decirle la verdad, Laury —habló de nuevo Melany, acercándose a mí—. He venido porque necesito recuperar mi perfume favorito. Es una edición limitada y no sé si podré conseguirlo hasta el año que viene.

Fruncí el ceño, más confundida de lo que ya estaba.

—¿De qué hablas?

—Ay, Mar… —musitó mi nombre con un tono de aburrimiento—. El perfume está en la casa de Maximiliano, probablemente escondido en su habitación.

Sentí una punzada de celos y tragué saliva con dificultad.

—Pues pídeselo a él —le dije, volviendo a sonar borde.

—¡María! —me regañó Laura, como si fuera una madre intentando educar a su hija pequeña.

¡Joder, aquella situación era de locos!

Yo solo quería pasar un día tranquilo, en soledad… junto a mis libros.

—Tranqui, Laurita. Sé cómo es María. Todos sabemos lo rarita que es —susurró Melany, como si yo no estuviera presente—. Al parecer, Max no encuentra mi perfume —volvió a hablar, esta vez alzando su teléfono móvil a la altura de mis ojos para que viera una foto de su estúpido perfume—. Sé que miente y lo tiene escondido en el cajón de su mesita de noche. Está obsesionado con mi olor… —comentó con picardía—. ¿Podrías recuperarlo por mí?

Abrí la boca para dejar escapar un jadeo de incredulidad.

—¿Por qué no vas a su casa y lo recuperas tú misma? —le dije con toda la rabia del mundo, sintiendo unos celos enfermizos que incluso me preocuparon.

—¡María, ya basta! —gritó Laura—. Ya sabes que Melany no es bienvenida en casa de Max.

—Pues por algún motivo será —susurré con malicia, hartándome de ser una sumisa con ellas.

Melany apretó las mandíbulas y dio un paso hacia mí para intimidarme con su altura encima de aquellos tacones de infarto.

—Sé que la culpable de todo esto eres tú. Sé que Max no quiere que vaya a su casa por tu culpa…

Abrí y cerré la boca varias veces, pero no logré articular ninguna palabra.

Melany negó con la cabeza y me fulminó con la mirada.

—Yo te odio y tú me odias, nuestro sentimiento es recíproco. Pero que conste que no lograrás separarme de Max…

Solté una especie de bufido mezclado con una risa irónica que le dejaba claro lo equivocada que estaba con sus absurdas teorías.

—No es culpa mía que no quieras aceptar la realidad.

—¿Qué realidad, estúpida? —inquirió ella, acortando las distancias.

—Chicas, ya basta… —musitó Laura, intentando calmar el ambiente.

—La realidad de que Max ya no quiere saber nada de ti.

Melany esbozó una sonrisa que me puso los pelos como escarpias.

—¡Oh, qué engañada estás, María! —dijo, chasqueando la lengua e inclinándose hacia mi rostro—. La realidad es que Max pasó la noche conmigo… porque no puede vivir sin mí.

La observé fijamente, sin pestañear, tan sorprendida como dolida al descubrir la verdad.

¿Max se había acostado con Melany después de lo que hicimos anoche?

¡Aquello no podía ser cierto! Porque si lo fuera, mi corazón no podría soportarlo…

—El pobre me confesó que ya está harto del mal ambiente que se respira en su casa —habló ella, poniendo una voz de tristeza fingida—. ¿Quieres saber la verdad, María? —inquirió, ladeando la cabeza de un lado a otro—. Eres un incordio para Max… siempre lo has sido.

¡Aquello dolió, y mucho!

—¡Melany, ya basta! —dijo Laura, interponiéndose entre las dos—. Deberíais dejar de discutir por Max. Es un capullo que no merece nuestra atención. Porque la única realidad que hay aquí es que a Maximiliano le gusta jugar con las mujeres.

Bajé la mirada al suelo, parpadeando repetidas veces para ahuyentar las lágrimas. Aquella sí que era una realidad que no se podía ocultar… ¡a Max le gustaba jugar!

—Si no quieres ayudarme, lo entiendo, pero no vuelvas a cuestionar mi relación con Max… ni tampoco te entrometas entre nosotros, o lo lamentarás —susurró Melany con un tono amenazador, antes de darse la vuelta y caminar hacia la salida.

«¿Entrometernos en vuestra relación? ¡Uff! Demasiado tarde, querida. A tu supuesto novio le gusta masturbarse y no precisamente pensando en ti…», habló la vocecita de mi conciencia.

—¡Melany, espera! —gritó Laura, pero su mejor amiga salió de la librería echa una energúmena.

Laura soltó un suspiro de cansancio, al mismo tiempo que se masajeaba las sienes.

—Joder, María. ¿Tan difícil es para ti intentar llevarte bien con alguien? ¿Sabes qué? Para mí también es muy difícil ser tu amiga…

Fruncí el ceño entre una mezcla de sorpresa y confusión.

—No, no pongas esas caritas —me regañó, señalándome con su dedo índice—. Si no fuera por mí, tu adolescencia la habrías pasado sola… sin amigos. Lo único que te pido es que seas un poco más amable con mis amigas.

—Para que eso sea posible, ellas también deben ser amables conmigo —le expliqué.

—Melany no está pasando por un buen momento, Mar. Y, en parte, tiene razón en lo que ha dicho. Es mucha coincidencia que Max, repentinamente, no quiera saber nada de ella justo el mismo día que llegaste a la ciudad.

Desvié la mirada hacia otro lado, sintiéndome una mierda por dentro.

—Dime la verdad, ¿habéis follado?

Giré de nuevo la cabeza hacia ella, tan bruscamente que casi me la disloqué.

—¿Pero qué dices? —grité, perdiendo la compostura y poniéndome muy nerviosa.

«¿Follar con Max? ¡Oh, sí! Esa era nuestra intención», dijo la vocecita de mi cabeza.

—Maximiliano es un mujeriego nato. ¿Qué esperas de él? —habló Laura.

—Maximiliano es como mi hermano…

«*Uuhh*, incesto entonces», volvió a comentar la molesta vocecita.

Sacudí la cabeza para alejar aquellos pensamientos.

—Lo sé… Melany cree que intentas camelarlo, pero ya le dije que no eres para nada el prototipo de chica de Max y que, además, tú lo odias.

—¿A qué te refieres con que no soy su prototipo de chica? —le pregunté, cruzándome de brazos.

—¡Oh, vamos, Mar! No intentes hacerte la víctima y dejarme a mí de malvada. Tienes espejos. ¿De verdad quieres compararte con Melany y ver las diferencias que hay entre ella y tú?

Tragué saliva para aliviar el nudo de mi garganta. Un nudo que apenas me dejaba respirar y hablar con normalidad.

—Mira, yo también voy a ser sincera contigo. Tal vez Melany haya decidido acompañarme para echarte en cara ciertas cosas, pero yo he venido para asegurarme de que Miguel no siga molestándote.

¡Genial! Y luego dice que es una buena amiga… estaba claro que ninguna de ellas dos había venido a la librería para apoyarme o felicitarme, no…

—Estoy harta de que siempre saques el tema de ese idiota. ¡Ya te dije que no quiero saber nada de él!

—Solo me preocupo por ti… soy tu amiga —susurró con voz triste, haciendo que me sintiera un poco mal conmigo misma… solo un poco.

Tenía un buen corazón, como el de mi padre, pero no era gilipollas.

—Pues no hace falta que te preocupes tanto… —le dije, pues sus maneras de intentar protegerme, la verdad, me hacían más daño que bien.

—Él sabe que estás en la ciudad. Intentará contactar contigo, lo sé… pero espero que tengas la suficiente dignidad como para mandarlo a la mierda.

—Mandarlo a la mierda sería ser demasiado condescendiente con él, teniendo en cuenta todo el daño que me hizo.

Laura dio un paso al frente y me sujetó por los hombros.

—Prométeme que no volverás con él…

Le aparté las manos, cansada de tanto dramatismo.

¡Cansada de que ella y Melany me hubiesen estropeado el día, poniéndome de mal humor!

—No tengo por qué prometerte nada, Laura.

Ella abrió los ojos como platos, en un principio, sorprendida por mi respuesta, pero luego los arrugó para fulminarme con la mirada.

—Ya veo… tal vez Melany tenga razón al decir que eres un poco zorra.

—¿Perdona? —hablé con la voz temblorosa, incrédula por lo que acababa de escuchar.

—Está claro que aún sigues enamorada de Miguel.

—¡Ya te he dicho que no! —grité cabreadísima, a punto de echarme a llorar por la impotencia.

—Entonces, ¿por qué no me lo juras? Júrame que no te acostarás con Miguel ni con Max… ¡hazlo y, entonces, rectificaré lo de zorra!

Me empezó a temblar el mentón y apreté los dientes para que no se me notaran los nervios.

No podía jurar aquello… o al menos no una parte. Por supuesto que ni loca iba a volver con Miguel, pero con Max… los dos ya habíamos traspasado una línea de la que no había retorno. Un hecho del que no podía escapar ni mucho menos jurar como Laura me lo estaba pidiendo.

Ella sonrió descaradamente, con burla, ante mi repentino silencio.

—Al final tendré que tener cuidado cuando empiece a salir con un chico… está claro que te gusta robarles los novios a las amigas.

Abrí la boca para despedazarla con cada recriminación que se me agolpaba en el pecho y me gateaba por la garganta, pero Laura se dio la vuelta y se largó por donde vino.

Quedé parada, en el centro de la librería, mientras las lágrimas corrían por mis mejillas sin mi permiso.

En el fondo sabía que no tenía por qué sentirme mal. Ellas no eran mis amigas, ni yo le debía

respeto a nadie…

—Joder… —sollocé, llevándome las manos al rostro, antes de salir corriendo al cuarto de baño y arreglar mi maquillaje.

Pasé el resto del día distraída en la sección de novelas de fantasía, sacando los libros de las cajas que tenía apiladas en el almacén para colocarlos en su sitio. Las estanterías que Max arregló habían quedado como nuevas, incluso mejor que si las hubiera comprado de fábrica.

Aun así, a pesar de estar trabajando en algo que realmente me apasionaba, no podía dejar de pensar en la conversación que tuve con Laura y Melany, ni tampoco en la noche tan acalorada que Max y yo compartimos…

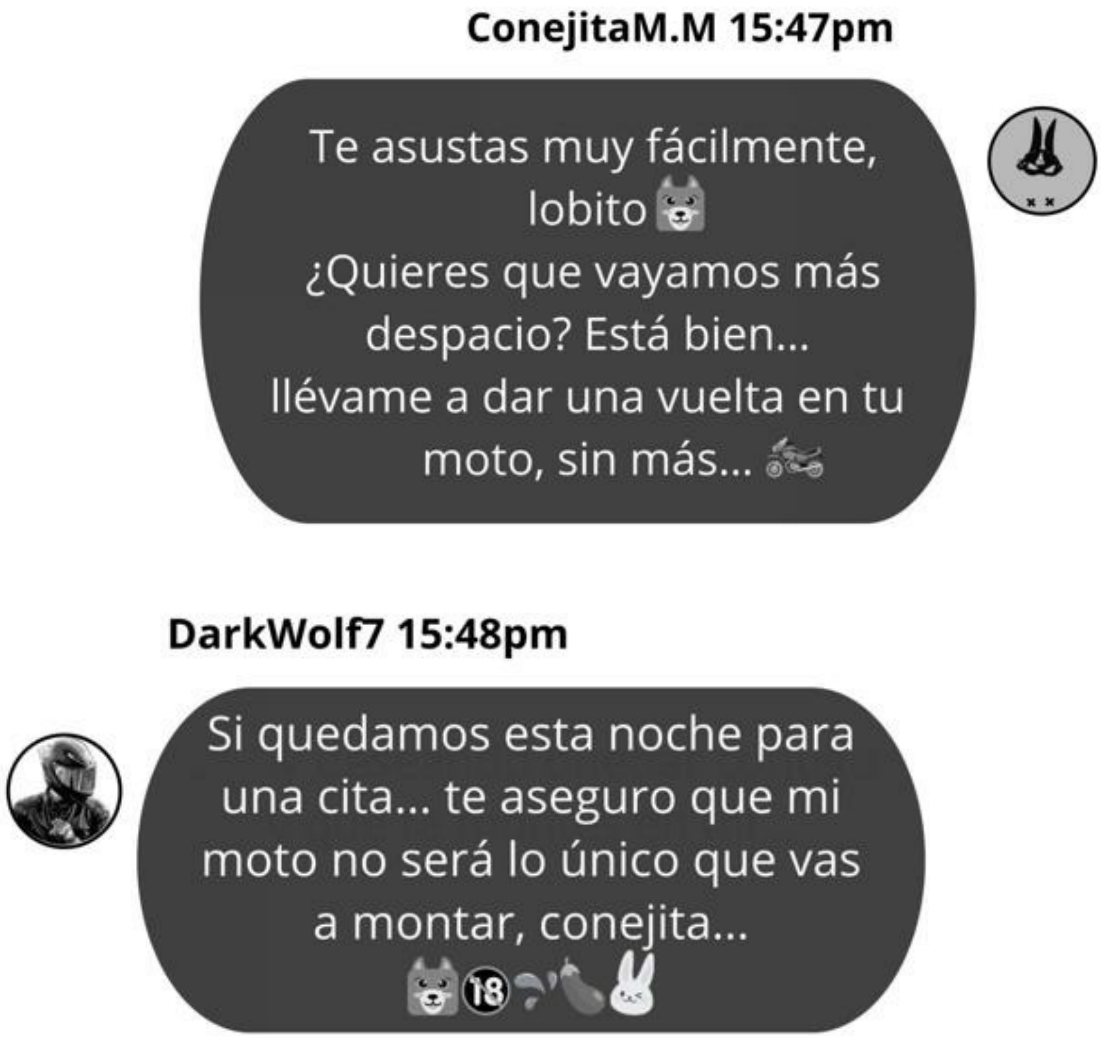
Me llevé una mano a la frente para intentar relajarme, antes de empezar a desembalar las cajas de la sección de novela romántica erótica.

Clin.

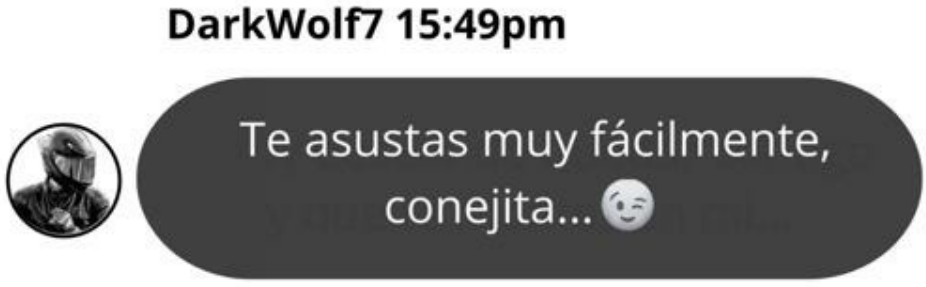
Saqué el móvil del bolsillo de mi falda y fruncí el ceño cuando leí el mensaje:



Sin poder evitarlo, esbocé una pequeña sonrisa. Por lo menos, DarkWolf7 hacía que me olvidara de mis problemas. No nos conocíamos, pero tenía la sensación de llevar toda la vida a su lado.



No le respondí. Quedé con el pulgar acariciando la pantalla, mientras pensaba en una respuesta ingeniosa y sugerente, pero apenas tuve tiempo de hacerlo.



Tan pronto terminé de leer el mensaje, alguien entró en la librería haciendo que pegara un respingo por el susto.

Era Max…

Los dos nos observamos fijamente, sin pronunciar ni una sola palabra, mientras él seguía allí de pie, parado bajo el umbral de la puerta, vestido con su ropa de trabajo y aquel cinturón de

herramientas que debía de ser muy pesado y nada cómodo.

Sus ojos azules grisáceos estaban apagados, incluso las ojeras resaltaban en su rostro paliducho. Era como si hubiera pasado la peor noche de su vida…

«*La realidad es que Max pasó la noche conmigo… porque no puede vivir sin mí*», recordé la frase de Melany.

Desvié la mirada hacia otro lado, dando por finalizado nuestro contacto visual, lo que hizo que Max soltara un suspiro y, finalmente, entrara en la librería.

Aproveché que me estaba dando la espalda para observarlo de reojo. Realmente parecía abatido, sin ganas de nada, desmoralizado… lo que me hizo cuestionar si realmente habría pasado o no la noche con Melany.

«*El pobre me confesó que ya está harto del mal ambiente que se respira en su casa. ¿Quieres saber la verdad, María? Eres un incordio para Max… siempre lo has sido*».

¿Y si el motivo de su tristeza era yo?

¿Y si realmente estaba siendo una molestia para él?

¿Y si…

—¿Llevas aquí metida toda la mañana? —inquirió él, todavía dándome la espalda y observando los dos pasillos con las estanterías llenas de libros.



—Sí… —respondí en un susurro apenas audible.

Se hizo otro incómodo silencio, mientras Max se pasaba la mano por el pelo, al mismo tiempo que suspiraba. Parecía estar debatiéndose con él mismo, como si realmente quisiera decirme algo.

—¿Has comido? —le pregunté para romper un poco la tensión.

—Deja de preocuparte por mí, enana…

Abrí la boca para volver a hablar, pero la cerré de golpe, sintiendo entre una mezcla de vergüenza y nervios, como cuando era una adolescente.

—¿Tú has comido? —me preguntó, llevándose las manos a la cintura e inspirando tan profundamente que incluso los músculos de su espalda se definieron a través de su camiseta.

Como no le respondí, giró la cabeza hacia atrás para observarme. Sentí un cosquilleo en la boca del estómago, como si miles de mariposas revoloteasen al mismo tiempo, cuando conectó su mirada con la mía.

—¿Has comido? —volvió a preguntarme.

Negué con la cabeza y me mordí el labio inferior.

Max cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz, maldiciendo por lo bajo.

—Iré a comprar unos bocadillos —dijo, antes de caminar hacia la salida.

—Max, espera…

—Tranquila, bocadillo de tortilla sin cebolla. Todavía me acuerdo de tus gustos, enana —dijo, interrumpiéndome para esbozar una pequeña sonrisa que apenas duró un segundo, antes de salir de la librería.

Creía que fingir que nada había pasado entre los dos iba a ser más fácil de lo que parecía, pero no… ¡aquella situación se me estaba haciendo cuesta arriba!

Entre los dos había una especie de tensión sexual no resuelta, y cada día que pasaba junto a Max aquella tensión crecía de manera vertiginosa. En mi mente ya no estaba la opción de poder tener una amistad de esa manera con una persona del otro sexo y que no ocurriese nada entre los dos…

¡No!

Aquella tensión había llegado al punto de ebullición. Cada vez que nos tocábamos accidentalmente sentíamos una corriente eléctrica. Cada mirada estaba cargada de deseo y lujuria.

¡Por Dios!

Era lógico que anoche hubiéramos dado rienda suelta a lo que nuestros cuerpos estaban pidiendo a gritos…

De repente, se escuchó el tintineo de las campanillas de la puerta. Creí que era Max, pero aquella mañana parecía estar destinada a arruinar mi existencia.

—María…

—Miguel —susurré con voz poco amigable.

Físicamente, Miguel no había cambiado mucho, pero en otras cosas el cambio había sido notable como, por ejemplo, su personalidad. Ya no había rastro de aquel dulce chico del que me había enamorado, sino la presencia de un hombre chantajista emocional y mentiroso.

—Hace tiempo que no nos vemos. —Se animó a hablar para romper aquel incómodo silencio.

—Porque tú lo has querido —le espeté de malas maneras.

Enarqué una ceja y me crucé de brazos en actitud defensiva. Estaba lista para lidiar con él. Esta vez no tenía pensado caer en sus mentiras…

—Podrías haberme avisado de que has llegado a la ciudad —dijo, sonando un poco afectado.

¡Joder, cómo le gustaba hacerse la víctima!

—Puede ser que ya no me quede dignidad por todas las cosas que te he pasado por alto, pero todavía tengo orgullo.

Él arrugó el entrecejo en un gesto de perplejidad, como si no se esperara aquella reacción por mi parte. Porque sí, lo que Miguel se esperaba era que terminara corriendo a sus brazos, aceptando sus disculpas y eso… eso no iba a volver a suceder nunca más.

—María, yo…

—¿A qué has venido, Miguel? ¿Acaso no pillas las indirectas? Si no te respondo las llamadas ni contesto a tus estúpidos mensajes quiere decir que ya no quiero saber nada más de ti. ¿Lo pillas?

Él frunció el ceño, cabreado, al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Estar separado de ti me ha hecho darme cuenta de lo mucho que te necesito… —susurró con voz ronca, acercándose a mí.

—Pues no me hubieras dejado. Te recuerdo que fuiste tú el que decidió que nos diéramos un tiempo en la relación.

—Lo sé, lo sé… —dijo, frotándose la cara con desesperación—. Y fui un gilipollas por haberlo hecho.

—Oh, que eres un gilipollas es algo que me ha quedado muy claro desde hace mucho tiempo…

Di un paso hacia atrás cuando él quedó a pocos centímetros de mí.

—María, por favor, te amo… y sé que tú también me amas. El primer amor es para siempre.

Solté un bufido cargado de ironía.

—El primer amor sirve para aprender lecciones.

Miguel dio otro paso hacia mí hasta acorralarme contra el mostrador. Apreté los dientes con fuerza, de la misma manera que lo haría un perro rabioso a punto de lanzarse a la yugular de su atacante.

—Mírame a los ojos… —me ordenó, pero giré la cara para evitarlo—. Mírame bien, María —dijo, agarrándome del mentón para obligarme a enfocarlo—. Mírame y niégame que tú no sientes lo mismo.

Inevitablemente, mis ojos se me anegaron en lágrimas, empañándome la imagen de Miguel. Me dolía tanto el corazón que casi no podía soportarlo, pues, a pesar de todo, los buenos recuerdos con Miguel quedarían grabados por un largo tiempo en mi memoria, pero todavía sentía que tenía las fuerzas suficientes para poder manejar aquella situación mejor que la última vez que nos vimos.

—Lo único que siento por ti es asco —le confesé.

Sus facciones se tensaron lentamente mientras ejercía más fuerza en mi mentón, hasta el punto de arrancarme un quejido.

—¿Asco? —repitió la palabra como si quisiera asegurarse de que había escuchado bien—. Pues no parecía darte tanto asco cuando follábamos.

Fruncí el ceño, molesta por su respuesta. Me sobraban los dedos de una mano para contar las veces que disfruté cuando tuvimos sexo.

—Ni siquiera pudiste hacer bien eso…

—¿De qué cojones estás hablando? —inquirió, molesto, acercando mi rostro al suyo.

—Suéltame —le ordené con voz autoritaria, al mismo tiempo que intentaba apartarlo de mí—. Mientras yo lloraba por ti en mi casa, tú te liabas con otras tías.

—Eso no es cierto —mintió, porque eso era lo que solía hacer… mentir, mentir y mentir.

Ni loca pensaba decirle lo que Laura me había contado, no quería ponerla en problemas, pero me jodía muchísimo que él me tratara de idiota.

—La única verdad que has dicho por ahí es que has estado conmigo solo porque soy una diosa en la cama —le dije, esbozando una sonrisa maliciosa.

Sus ojos bailaron desenfrenados por mi cara. Parecía sorprendido de que hubiera descubierto la verdad.

—No te gusta mi físico, crees que no soy bonita e intentas culparme de que nuestra relación no funcionó por mi culpa —le dije, acercándome a él de manera desafiante, hasta que la punta de mi nariz rozó la suya—. Vete a la puta mierda, Miguel. No quiero volver a verte más en mi vida.

Aparté su mano de mi cara y lo fulminé de un vistazo. En realidad, lo miré con tanto odio, tantísima rabia, que incluso me asustó aquella ira que sentí borbotear en mis venas.

—¡Fuera de aquí! —exclamé, intentando controlar la voz para parecer tranquila—. Vete de aquí o llamo a la policía. No quiero hablar contigo.

—Pues es una pena —repuso él, sujetándome tan fuerte que dejó mis dos brazos inmovilizados—. Porque yo sí quiero hablar contigo.

—¡Suéltame! —chillé desesperada, aunque sabía que no había nadie que pudiera oírme. Solo me tenía a mí misma para salir de ese lío… o eso creí hasta que escuché el tintineo de las campanillas y luego un quejido por parte de Miguel.

Abrí la boca, sorprendida, cuando vi a Max sujetando a Miguel por el cuello de la camisa, alzándolo unos centímetros sobre el suelo y sacudiéndolo como si fuera un trapo sucio.

—Te ha dicho que la sueltes, maldito hijo de puta —dijo Max con un tono que no admitía discusión y que nunca jamás le había escuchado.

Miguel logró soltarse del agarre de Max y lo acribilló con la mirada.

—Esto no va contigo, es entre mi novia y yo.

Max apretó tanto las mandíbulas que incluso le empezó a palpitar un músculo en su mejilla izquierda.

—¡Ella no es nada tuyo! —gritó enfurecido. En su cara se veía los esfuerzos que estaba haciendo para no estampar su puño en la nariz de Miguel.

—Ni tampoco es nada tuyo, amigo…

—Todo lo que tenga que ver con ella sí es asunto mío —le explicó Max, al mismo tiempo que apretaba y aflojaba los puños.

—María, ven aquí ahora mismo y hablemos… —dijo Miguel, ignorando a Max y estirando su mano hacia mí.

Max gruñó con rabia y le agarró el brazo a Miguel, retorciéndoselo y obligándolo a alejarse de mí. Nunca lo había visto tan enfadado. Sus ojos echaban chispas y su boca estaba apretada en un rictus feroz.

—Si vuelves a tocarla, te corto las manos —escupió Max con toda su rabia.

Miguel quedó entumecido, pero luego pestañeó repetidas veces para salir de aquel trance y se apartó de Max.

—No te tengo miedo —aseguró Miguel, pero su voz tan alterada y su mentón tan vibrante confirmaban todo lo contrario.

Max esbozó una sonrisa escalofriante, antes de sacar el martillo de su cinturón de herramientas.

—Pues deberías tenérmelo —murmuró con voz grave, apretando el mango del martillo y fulminando a Miguel con la mirada—. ¡Vete de aquí, payaso, antes de que te rompa las piernas!

Miguel pegó un brinco por el susto al ver que Max hablaba en serio y, sin decir ni una sola palabra, sin ni siquiera dirigirme una fugaz mirada, se largó de la librería como un perro con el rabo entre las piernas.

Lo único que se escuchó fue el tintineo de las campanillas anunciando la retirada de Miguel, pero cuando el ambiente quedó en silencio, lo que se escuchaba era mi respiración agitada.

Max me observó por encima del hombro, de arriba abajo, como queriendo asegurarse de que estaba sana y salva, antes de enfundar el martillo en su cinturón.

—No sé qué has visto en ese idiota como para haber salido con él durante tanto tiempo… —murmuró entre dientes, pero lo escuché perfectamente.

—Ni yo tampoco —musité con voz apenas audible, pero él también logró escucharme.

Nos observamos fijamente, evaluándonos el uno al otro, tratando de no movernos y esperando el siguiente paso.

Bajé la mirada por sus brazos. Sus venas estaban marcadas, igual que si las hubieran subrayado con un rotulador azul oscuro.

Tragué saliva con dificultad porque de repente sentí la garganta diminuta y muy seca. Volví a alzar la mirada y me sorprendí al ver a Max escrutando mi boca, haciendo que me pusiera más nerviosa de lo que ya estaba.

Él carraspeó, incómodo, cuando se dio cuenta de que lo había pillado observándome tan fijamente. Luego se rascó la nuca y frunció el ceño, pensativo, antes de agacharse en el suelo para coger la bolsa de los bocadillos.

—Lo siento, no sé si la tortilla se habrá aplastado… —susurró, acercándose a mí lentamente, antes de dejar la bolsa sobre el mostrador.

—No pasa nada —le dije con la mirada clavada en su pecho, pues la diferencia de altura entre los dos era demasiado exagerada.

El silencio volvió a envolvernos, un silencio denso e incómodo que me estaba matando por dentro. Desesperada por encontrar algo que decir, gracias a Dios, Max rompió su mutismo:

—¿Estás bien?

—Sí…

—¿Segura? —insistió preocupado.

Incliné la cabeza hacia atrás para observarlo a los ojos, pero lo primero en lo que me fijé fue en el collar de acero que le regalé hace años.

—Sí… —volví a musitar con voz afligida.

Max cerró los ojos por unos segundos para inspirar profundamente, antes de abrirlos de nuevo y soltar el aire.

—Oye, si estás así por ese gilipollas, yo…

—¿Dónde has estado ayer por la noche? —inquirí, yendo directamente al grano.

Max frunció el ceño, desconcertado, pues estaba claro que no se esperaba ese tema de conversación ni mucho menos sospechara que mi preocupación se debiera a otra cosa ajena a Miguel.

—¿Por qué lo preguntas?

¡Vale! Aquella no era la respuesta que esperaba.

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo y tragué saliva con fuerza, antes de hablar:

—¿Has pasado la noche con Melany, verdad?

Sus músculos se crisparon por mis palabras y luego se relajaron, pero no dijo nada.

—Creo… —dejé de hablar por el nudo que se me había formado en la garganta, pero tragué saliva e hice de tripas corazón—. Creo que lo mejor para los dos sería que me buscara un motel

y…

Max me sujetó el mentón con el dedo pulgar y el dedo índice para no darme más opción que mirarlo directamente a la cara. A diferencia de Miguel, aquel contacto hizo que sintiera cosquillas por cada rincón de mi cuerpo.

—Será lo mejor para ti… no para mí —susurró con voz ronca, erizándome la piel de la nuca—. No irás a ningún lado sin mí, enana. Mi casa es tu casa.

Max no había cambiado nada. Seguía siendo igual de posesivo conmigo que cuando éramos unos críos, y eso, en vez de molestarme, me gustaba… me gustaba demasiado.

—Sé que ayer, por la noche, fuiste a casa de Melany —hablé en voz baja, observándolo fijamente a los ojos.

Max frunció el ceño con determinación, como si no comprendiera nada de lo que le estaba diciendo, pero volví a hablar:

—Ella me lo dijo.

—¿Y tú la crees?

Abrí y cerré la boca sin saber qué decir, pero Max soltó un suspiro por la nariz.

—¿Quieres saber dónde he estado anoche, Mar? —inquirió, fijando su mirada en la mía, mientras sus pupilas se dilataban—. He estado en el trabajo preparando lotes de cemento para mantener la mente distraída.

Abrí la boca, sorprendida, mientras su dedo pulgar seguía la línea de mi labio inferior con cautela.

¡Uff!

Necesitaba sostenerme al mostrador para no caer de bruces al suelo.

¡Maldita sea!

Era solo un pequeño roce, pero ya me temblaban las piernas.

—Te deseaba anoche, enana. Te deseaba y te deseo desesperadamente…

«¿Está desesperado por nosotras? Cielo, esto suena de maravilla», habló la vocecita de mi conciencia.

Su cara estaba tan cerca de mí que la veía difuminada. Así que, cerré los ojos y noté sus labios acariciando los míos.

¡Todo mi cuerpo se estremeció de arriba abajo!

—Ese es el verdadero motivo por el cual no he dormido en casa. No pienso dar el paso hasta que tú me lo pidas, María. Mientras tanto, mantendré mi palabra y actuaré como si no hubiera pasado nada entre los dos.

Abrí los ojos cuando dejé de notar el tacto de sus labios en mi boca, mientras él retrocedía unos pasos para mantener las distancias.

Lo devoré con la mirada, desde sus sensuales y apetecibles labios, pasando por su fuerte mandíbula, sus mejillas esculpidas y su cuello rodeado por mi collar de acero.

Estaba muy excitada, realmente caliente. Me sentía poderosa al imaginarme enredada en el cuerpo desnudo de Max.

Dejé soltar un jadeo, pero no fue suficiente.

¡Necesitaba liberar más energía o acabaría gritando por la frustración!

Me aparté bruscamente del mostrador y salí prácticamente corriendo hacia el pasillo donde había dejado la última caja de libros sin colocar.

¡Necesitaba distraerme o terminaría haciendo una locura!

Coloqué los libros en las estanterías, uno por uno, con las manos temblando.

Sin poder evitarlo, observé de reojo a Max, quien empezó a atornillar un mueble de la

entrada. Tenía la rodilla hincada en el suelo y la otra flexionada, lo que me hizo quedarme embobada mirándolo, pero cuando él desvió su atención hacia mí, me puse tan nerviosa que casi me caí.

Le di la espalda con las mejillas ardiendo y me puse de puntillas para intentar colocar el último libro en la balda más alta de la estantería.

—Mierda, joder… —sollocé en voz baja, frustrada y cabreada conmigo misma por no saber cómo lidiar con mis propios sentimientos.

Estiré el brazo para intentar colocar el último libro que, por cierto, era mi preferido, pero una mano apareció en mi campo de visión para sujetar el libro y colocarlo en la estantería con una facilidad sorprendente.

Me quedé paralizada, sin apenas respirar, mientras notaba el cuerpo de Max pegado a mi espalda. Supuse que él se apartaría, pero no fue así. Cerré los ojos cuando apoyó sus manos en las baldas y me arrinconó contra la estantería y su cuerpo.

—Prométeme algo… —susurró con voz cavernosa, su cálido aliento golpeando mi nuca.

—¿El qué? —logré musitar, mientras observaba cómo sus manos apretaban con más fuerza las baldas.

—Si ese gilipollas intenta acercarse a ti de nuevo, prométeme que me llamarás.

—Max, no quiero ponerte en problemas y…

Me agarró por la cintura para pegar su torso a mi espalda e inclinarse hacia mí para susurrarme al oído:

—El único que tendrá problemas será ese cabrón si vuelve a tocarte.

Me envolvió la cadera con su brazo izquierdo, el que llevaba completamente tatuado, atrayéndome más hacia él.

—¿Qué ibas a hacer con ese martillo? —le pregunté con la voz temblorosa cuando noté su enorme erección contra mi trasero.

—Cosas que se consideran delito…

—¿Acaso ibas a romperle la nariz?

—Oh, créeme… si ese gilipollas te vuelve a tocar, una nariz rota será la menor de sus preocupaciones.

Cerré los ojos y me mordí el labio inferior cuando Max apoyó su frente en el hueco de mi cuello, todavía con su erección haciendo presión contra mi trasero.

—Veo que le pones mucho entusiasmo a este género literario… novela romántica erótica… tu preferida…

Me estremecí al sentir su cabello en mi mejilla.

—No he conocido a muchos hombres para confirmarlo, pero puedo asegurarte que los hombres ficticios son mucho mejores que los reales —susurré.

Abrí los ojos, sorprendida, cuando Max me obligó a girarme para encararlo y luego volvió a abrazarme con su brazo izquierdo, pero esta vez alzándome con demasiada facilidad.

Sin poder evitarlo, me vi obligada a rodear su cintura con las piernas.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté con la voz temblorosa.

Podía notar los músculos de su brazo izquierdo tensos, muy tensos debido a mi peso… pero, aun así, él no mostraba ningún signo de dolor o cansancio, era como si estuviera cargando una pluma.

—Es así como actúan los protagonistas de tus novelas con la chica que les gusta, ¿no?

Abrí la boca, pero solo dejé escapar un gemido cuando me agarró el cuello con su mano libre.

—Bájame…

—¿Por qué? —inquirió con sus ojos llenos de lujuria.

—Porque peso demasiado.

—No… no para mí, enana —aseguró con voz ronca, ejerciendo más fuerza en su brazo izquierdo para dejarme bien claro que no tenía pensado soltarme.

—Max…

—Ahora es cuando el protagonista le susurra a la mujer de su vida lo enamorado que está de ella desde hace años… —continuó con el mismo tono de voz bajo y seductor—. Desde que eran unos críos… —Sus labios rozaron un punto sensible justo debajo de mi oreja.

Un rasposo sonido se deslizó de mi garganta, al mismo tiempo que entrelazaba mis dedos detrás de su nuca.

«¡Oh, desde luego que esto es mucho mejor que leer tus novelas románticas, cariño!», habló la vocecita de mi conciencia.

Max se echó hacia atrás con la punta de su nariz rozando la mía.

—«*Pensé que para enamorarte tenía que hacerte reír, pero el problema es que cuando te veo sonreír… me enamoro cada día más de ti*» —susurró con su mirada fija en la mía.

Fruncí el ceño, un poco confundida al principio, pero cuando siguió hablando, lo entendí todo:

—«*Sé que no soy la clase de hombre que buscas, problemático y difícil de entender. Pero sé que soy el único que puede hacerte feliz. Haría cualquier cosa por ti…*».

—*Lazos Oscuros*… —susurré el título de mi libro favorito—. ¿Lo has leído?

Él esbozó una sonrisa ladina.

—No, pero hace años lo encontré en la estantería del salón de tus padres y vi ese párrafo subrayado. Supuse que, si maltrataste tu libro favorito con un rotulador, fue porque realmente te había gustado…

Me quedé callada sin saber qué decir.

—Yo también puedo asegurarte algo, enana. Puedo ser igual de bueno que el protagonista de tu libro favorito… igual o incluso mejor que él…

Sus ojos estaban más brillantes de lo normal. Parecían hambrientos, realmente hambrientos y llenos de deseo, muy concentrados en mis labios.

—¿Sabes lo que sucede en ese capítulo, verdad? Lo que ellos hacen… juntos…

Sí, sabía a lo que se refería. Esa escena donde los protagonistas hacían el amor.

—Esto no está bien… —musité con la voz rasposa por la excitación.

—¿Por qué?

—Porque me odias… siempre hemos sido enemigos.

—Sí, te odio, enana… —gruñó entre dientes, haciendo presión en mi cuello—. Te odio porque me haces sentir y no quiero hacerlo… te odio porque no dejo de pensar en ti las veinticuatro horas del día… te odio porque no soy capaz de sacarte de mi cabeza… te odio por estos celos enfermizos que me haces sentir… te odio porque me he vuelto posesivo contigo… ¡porque quiero que solo seas mía!

Su mano abandonó mi cuello y se ocultó bajo mi falda, vagando sobre el grueso tejido de mis medias térmicas, aventurándose más allá de lo permitido, encontrándose con mi ardiente centro.

Solté un jadeo y Max, con los párpados medio caídos, me regaló una sonrisa de medio lado.

—Pídemelo, enana, pídemelo y te lo daré… —rogó con la voz entrecortada.

—Max… —negué con la cabeza, al mismo tiempo que me aferraba a su cabello y me apretaba contra su erección.

Él me lanzó una mirada llena de advertencia.

—No pienso dar el paso sin antes saber que estás segura de querer hacerlo conmigo…

—Max…

—No, enana, no quiero que luego te arrepientas… no quiero que luego actúes como si nada hubiera pasado entre los dos… —murmuró contra mis labios, pero sin llegar a besarme, mientras su dedo pulgar trazaba círculos en mi centro.

Sabía que no era el momento más apropiado para pensar en mi abuela, pero estaba tan arrepentida de usar las medias térmicas que me regaló…

¡Joder! Apenas podía notar las caricias de Max…

Le agarré la cadena del cuello con una mano y tiré de él hacia mí, nuestros alientos entremezclándose. Y, a punto de abrir la boca para rogarle que me hiciera suya, se escuchó el tintineo de las campanitas de la puerta de la entrada.

—¿María? —Era Pablo.

Max y yo nos observamos alarmados, conscientes de que mi hermano nos iba a descubrir. Pero la suerte parecía estar de nuestro lado, pues el pasillo de novela romántica erótica estaba escondido en una esquina.

—¿María? —volvió a llamarme mi hermano, sus pasos más cerca de nuestra posición.

—Joder… —murmuró Max entre dientes, cabreado, al mismo tiempo que me bajaba hasta que mis pies tocaron el suelo.

Con una mueca hosca en la curva de sus labios, se quedó allí parado, mirándome sin apenas pestañear.

—Será mejor que lo atiendas tú, porque si lo hago yo… —murmuró en voz baja, antes de inspirar profundamente para intentar calmarse—. Tal vez los dos dejemos de ser amigos.

—Está bien… —musité con la respiración entrecortada.

Max sonrió de medio lado y, con la punta de su dedo índice, me subió las gafas por el puente de la nariz.

—Mira lo que me provocas… —susurró, bajando la vista hacia su entrepierna.

Me mordí el labio inferior con la mirada clavada en aquel enorme bulto, pero aquella reacción por mi parte solo hizo que Max se pusiera más intranquilo.

Abrí la boca para dejar escapar un jadeo cuando me agarró la cara con una mano y me acercó a él.

—Me juré a mí mismo que no te haría mía hasta que me lo pidieras… —dijo, sus labios tan cerca de los míos que con cada palabra que pronunciaba notaba su vibración—. Pero no me lo pongas más difícil, enana… —Me dio un golpecito en la boca con su dedo pulgar, obligándome a liberar mi labio inferior de entre mis dientes.

—¡Aquí estáis! —exclamó mi hermano con una sonrisa pintada en la cara.

Me sobresalté por el susto, llevándome una mano al pecho con la respiración agitada.

Max masculló una ristra de improperios mientras se ajustaba el cinturón de herramientas para intentar ocultar su llamativa erección.

«Joder, la de sueños eróticos que vamos a tener gracias a esa “anaconda” que se esconde debajo de esos pantalones, amiga mía», intervino la vocecita de mi conciencia.

Sacudí la cabeza para intentar concentrarme.

Pablo enarcó una ceja en un claro gesto de confusión, mientras sus ojos bailaban entre mí y Max.

—¿Estáis bien? —inquirió, adoptando un tono de voz misterioso, mientras subía y bajaba las cejas.

Max negó con la cabeza y su mirada azul grisácea se estancó en la mía.

—Sí, gracias, hermano —dijo entre una mezcla de rabia e ironía—. Si no fuera por ti, no sé qué estaría haciendo ahora… ni tampoco dónde estaría «metido».

Mis mejillas se encendieron cuando entendí el doble sentido de sus palabras…

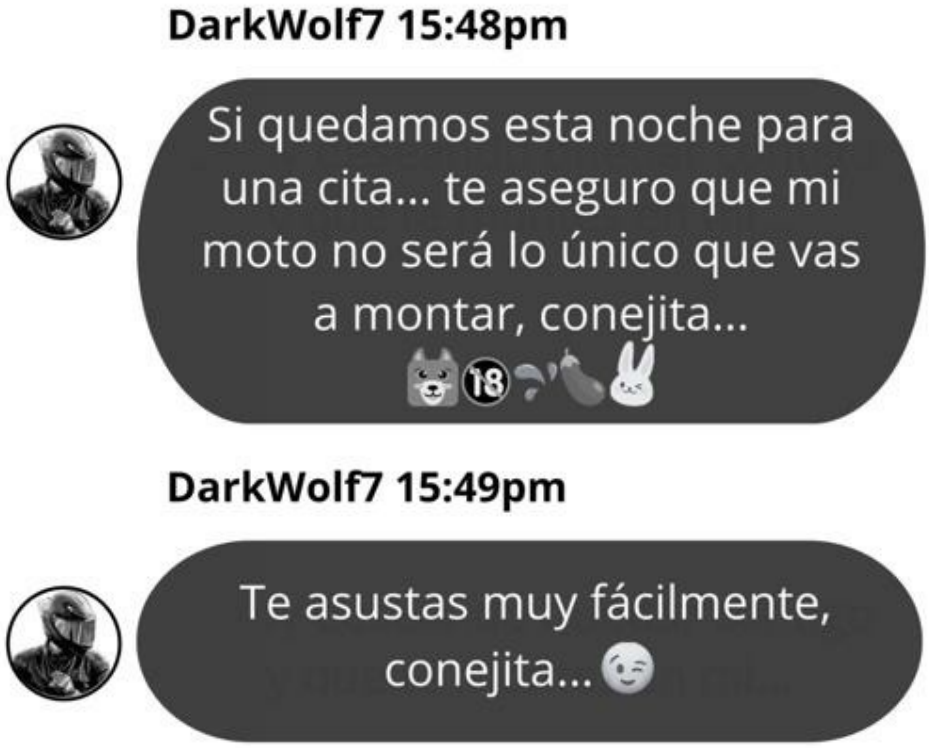
¡Uff!

Maldito seas, Maximiliano Marti…

Capítulo 8







No sabía cuántas veces había releído aquellos mensajes y todavía seguía sin saber qué responderle a mi motorista misterioso.

Volví a observar el techo de mi habitación, pensativa… demasiado sumida en mis pensamientos.

«*Me juré a mí mismo que no te haría mía hasta que me lo pidieras…*».

Cerré los ojos cuando recordé la frase de Max, como si me la estuviera susurrando al oído.

Todavía no podía creerme que estuviera a punto de rogarle que me hiciera suya… allí… ¡en mi librería!

¡Por Dios!

Luchar contra mis propios sentimientos hacía que me agotara mentalmente, pero todavía no estaba segura de si debería dejarme llevar por mis impulsos o no… es decir, ¿qué es lo que pasaría después de dar el paso en nuestra extraña relación de amistad? ¿Los dos seguiríamos manteniendo el contacto? ¿Realmente estaba preparada para acostarme con alguien que empezaba a gustarme de verdad para luego fingir que no me afectaba verlo tontear con otras mujeres? Porque eso era lo que iba a suceder… ¡Max solo quería follar conmigo, sin compromisos!

Abrí los ojos de golpe cuando escuché unas risas en la planta de abajo.

Me incorporé de la cama y agudicé aún más el oído. Eran las risas de mi hermano y otro hombre. Fruncí el ceño, desconcertada, y salí de mi habitación para acercarme a las escaleras y agacharme lo suficiente para ver qué estaba pasando en la entrada principal.

Al parecer, mi hermano había vuelto del trabajo… tarde, como de costumbre, pero, esta vez, acompañado por un hombre trajeado, de piel oscura y cabello castaño.

Los dos parecían estar hablando de algo gracioso, pues mi hermano tenía una sonrisa de oreja a oreja, una sonrisa que delataba que algo bueno le había sucedido.

Había cierta complicidad entre ellos, demasiada confianza, lo que me hizo sospechar que aquel hombre no solo era su compañero de trabajo, sino también un buen amigo.

—¿Quién será? —me pregunté a mí misma en voz alta.

—Eso mismo me pregunto yo… —dijo Max, quien se agachó para quedar a mi altura.

Me incorporé de golpe, casi cayéndome por las escaleras, y abrí la boca con la intención de chillar, pero Max me sujetó por la cintura y me arrastró hacia atrás para apoyarme contra la pared, al mismo tiempo que me cubría la boca con su enorme mano.

—Sshh… —susurró, llevándose un dedo a la boca.

Intenté hablar, pero su mano amortiguaba mi voz y sonaba bastante difusa.

Max sonrió de medio lado, apoyando su antebrazo izquierdo en la pared, justamente encima de mi cabeza.

—Sí, lo sé, enana… sé que me deseas…

Fruncí el ceño, cabreada, y le di un puñetazo en las costillas.

—Auch —gimió de dolor, aunque, sinceramente, me había dolido más a mí.

¡Joder, parecía que estaba hecho de hierro y no de carne y huesos!

—No vuelvas a hacer eso… —murmuré en voz baja cuando escuché las risas de mi hermano y su amigo.

Max enarcó ambas cejas.

—¿El qué, enana? ¿Taparte la boca? ¿Alzarte en volandas? ¿O…

—No vuelvas a asustarme —le dije con voz seria, amenazándolo con mi dedo índice.

Max desvió la mirada hacia la punta de mi dedo como si fuera el cañón de una pistola.

—¿Quieres que te asuste de verdad, enana? —inquirió, cambiando su tono de voz por uno más sugerente y sensual.

Parpadeé repetidas veces, confundida por su pregunta, pero más aún aturdida por el olor a gel fresco que desprendía su cuerpo.

—¿Me estás amenazando? —le pregunté.

Sus ojos me recorrieron de una manera propietaria que me hizo sentir escalofríos.

—¿Aceptas el reto?

—¿Qué reto?

Max dio un paso hacia mí, pero yo retrocedí al tiempo que mi espalda chocaba de nuevo contra la pared.

—Si la próxima vez logro asustarte… harás todo lo que te pida durante un día…

Solté un bufido de incredulidad.

—Tú estás mal de la cabeza… —le dije.

—Tú me haces perder la cabeza, enana.

Me mordí el interior de mi mejilla cuando dio otro paso hacia mí.

—Te asustas muy fácilmente…

Abrí los ojos como platos cuando, inevitablemente, pensé en mi motorista misterioso:

«*Te asustas muy fácilmente, conejita.*…».

Aquello me hizo crear más confusión en mi cabeza y que mi corazón se sintiera más pesado.

Max se inclinó hacia la pared, apoyando las manos a ambos lados de mi cabeza.

—No tienes por qué estar asustada, enana, nunca te haría daño…

Tragué saliva para humedecer mi garganta reseca, antes de preguntarle:

—¿Y qué pasaría si no me asusto y gano yo la apuesta?

Sus ojos bajaron un instante fugaz a mi boca. Si no hubiese estado mirándolo tan fijamente, creería que ese descenso había sido producto de mi imaginación.

—Entonces, haré lo que tú me pidas… seré todo tuyo por un día.

Su respuesta hizo que me sintiera algo más interesada por aquel juego.

Max se pasó la lengua por el labio inferior, antes de esbozar una sonrisa ladina.

—¿Aceptas el trato? —inquirió, despegando una mano de la pared para estirarla hacia mí.

Tardé un par de segundos para, finalmente, tomarle la mano y aceptar el juego.

Jadeé cuando me estrechó la mano con fuerza, al mismo tiempo que me acariciaba los nudillos con su dedo pulgar.

—No voy a tener piedad de ti, enana, pienso hacerte gritar como nunca antes lo habías hecho…

Abrí la boca para bajarle los humos y que no cantara victoria tan rápido, pero se escuchó el sonido del timbre resonar por toda la casa.

Max y yo nos observamos fijamente, ignorando el mundo a nuestro alrededor… un mundo que olvidábamos por completo cuando estábamos juntos.

—¡Max! —gritó Pablo—. ¡Baja, Melany está aquí!

Me sentí como si me hubieran echado un jarro de agua fría tras escuchar aquel nombre.

Max parecía impasible ante el giro de los acontecimientos, como si su concentración estuviera puesta en mí… solo en mí.

—¡Maximiliano, baja, coño! —volvió a chillar mi hermano, esta vez captando la atención de Max.

Desvié la mirada para romper nuestro contacto visual. Los celos me estaban carcomiendo por dentro y no quería demostrarle lo afectada que estaba.

Así que, salí corriendo hacia mi habitación, pero antes de que pudiera cerrar la puerta, Max me lo impidió.

—Te están esperando… vete —le dije, intentando sonar lo más natural posible, pero la realidad era que estaba a punto de llorar.

—Me da igual… —murmuró con voz grave, sujetando la puerta con tanta fuerza que incluso pude apreciar el abultado bíceps de su brazo izquierdo.

—Vete —insistí, pues no quería llorar delante de él.

—No es lo que quiero hacer…

—Sí que es lo que quieres. ¿Qué hombre en su sano juicio se negaría a estar con Melany?

—Es la última vez que te permito que te compares con Melany. Ni con ella ni con ninguna otra mujer. Eres única, incomparable e inimitable.

No iba a negar que sus palabras me tocaron el corazón y me gustaron, pero no quería demostrárselo.

—Ya… frase típica que los hombres mujeriegos soléis decir para tenernos a todas contentas. ¡No me jodas, Max!

—Oh, enana, eso es lo que más ansío hacer… joderte hasta perder el sentido.

Sus ojos estaban inundados por la lujuria y el odio… una combinación bastante peligrosa.

—¡Vete a la mierda, Marti!

Intenté cerrar la puerta, pero era inútil luchar contra Max. Me superaba en fuerza y altura.

—Te prometí que ninguna mujer pisaría esta casa mientras tú estuvieras viviendo en ella.

—¡Me da igual, haz lo que te dé la gana!

Intenté cerrar la puerta de nuevo sin éxito.

Max gruñó y me agarró la cara con una mano, con determinación, pero sin hacerme daño.

—Ojalá pudiera hacer lo que me diese la gana, enana… porque te aseguro que las cosas que quiero hacer son todas contigo. Tú siempre estás en ellas.

Le agarré la mano con la intención de apartársela de mi rostro, pero él aprovechó aquel movimiento para pararse bajo el umbral de la puerta y sujetarme la cara con ambas manos.

—Hemos hecho una apuesta —murmuró con la mandíbula apretada.

—Lo sé, y pienso ganarla.

Los dos nos fulminamos con la mirada. Se respiraba demasiada tensión en el ambiente.

—¡Maximiliano! —gritó Pablo, haciendo que la paciencia de Max estuviera al límite.

Le agarré las muñecas e intenté apartarlo de mí, pero él acercó mi rostro al suyo, hasta que las puntas de nuestras narices chocaron y nuestras respiraciones se entremezclaron. Solo con mirarme de aquella manera tan intensa hacía que me temblaran las piernas… pero, ¿qué digo? ¡Hacía que me temblara el cuerpo entero!

Él esbozó su deslumbrante sonrisa de medio lado, antes de susurrarme con voz ronca:

—Vas a ser mía, enana… mía.



Capítulo 9





Me sequé el sudor de la frente con la manga de mi vestido. Habían pasado dos días desde que Max y yo hicimos aquel estúpido trato. Un trato que parecía estárselo tomando en serio, pues apenas nos dirigíamos palabra alguna y las miradas que nos dábamos eran rápidas. Los dos estábamos alerta de lo que pudiera pasar, de no asustarnos… ¡porque ambos queríamos ganar la apuesta!

Había pensado en muchas formas de hacerlo sufrir en el caso de que saliera victoriosa de aquel juego, pero el problema era que todavía no tenía un plan en mente para asustarlo.

¡Y tenía la sensación de que Max sí tenía algo planeado!

No sabía cómo lo hacía, pero siempre… siempre iba un paso por delante de mí.

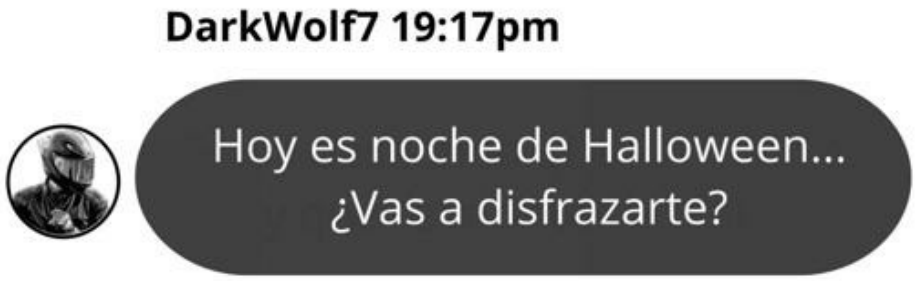
Solté un suspiro de cansancio. Era la misma rutina todos los días, pero al menos había conseguido terminar de organizar la librería para inaugurarla mañana… bueno, lo habíamos conseguido. No podía olvidarme de la ayuda de mi hermano y de Max, porque, aunque me costara reconocerlo, sin Max nada de esto hubiera sido posible.

Volví a inspirar profundamente, observando todo a mi alrededor. Por fin, mañana, sábado día 1 de noviembre, festivo en todo el país, abriría oficialmente las puertas de mi librería. Sí… sabía que las inauguraciones, por lo general, se solían hacer en días laborables y con la participación de muchos invitados, pero mi idea era hacer algo íntimo, rodeada únicamente de mi familia.

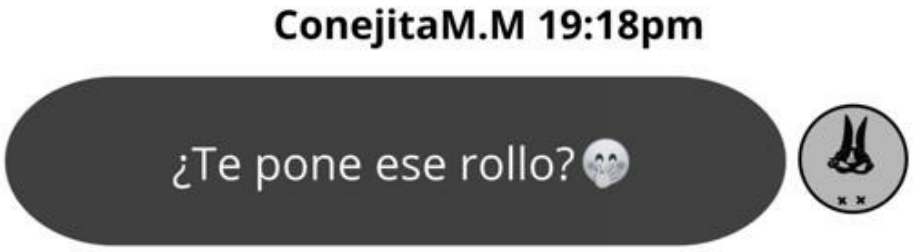
¡Rodeada de la gente que de verdad me quería!

A punto de apagar las luces y salir de la librería, me llegó la notificación de un mensaje.

Clin.

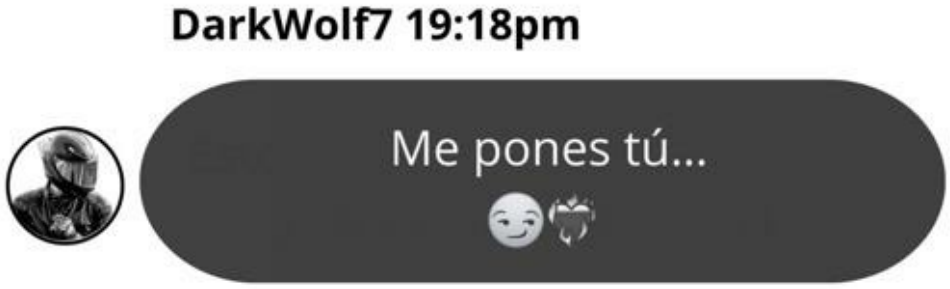


Sonreí para mis adentros.



Clin.

Recibí su respuesta a los pocos segundos.



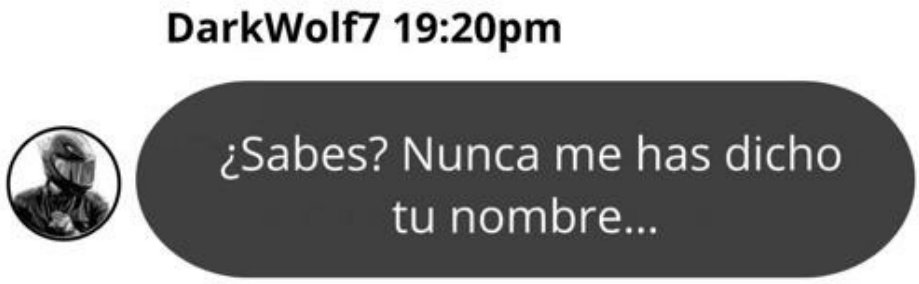
—Joder… —susurré en voz baja, sintiendo un repentino calor por mi cuerpo.

Salí a la calle para respirar un poco de aire fresco mientras cerraba la librería. Sentí las mejillas arder y un deseo intenso de perder la apuesta de Max apropósito para que él pudiera hacer conmigo lo que le diera la gana.

¡Porque lo necesitaba! ¡Mi cuerpo lo necesitaba!

«Oh, desde luego que lo necesitamos, querida», habló la vocecita de mi conciencia.

Clin.

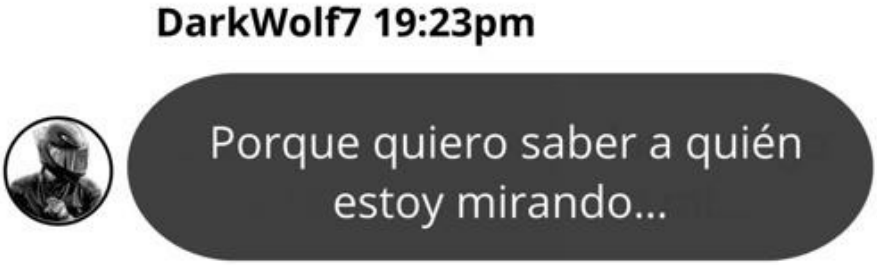


Fruncí el ceño, desconcertada.



Quedé con la mirada clavada en la pantalla del móvil durante un buen rato, observando la palabra «escribiendo» justo debajo del nombre de DarkWolf7…

Clin.



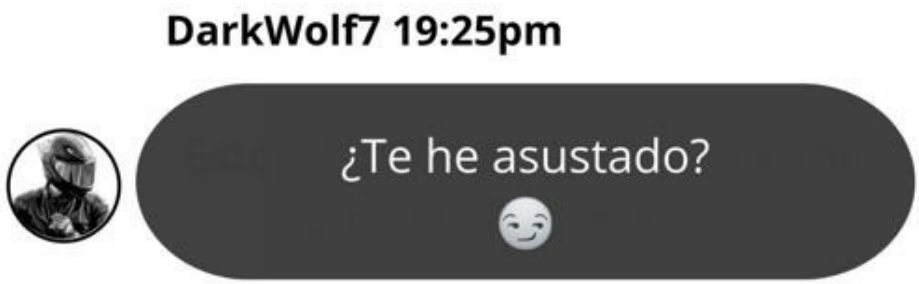
Piii.

Solté un agudo chillido, digno de película de terror… en este caso, película de terror como la de *Scream, vigila a quién llamas*, porque DarkWolf7 había citado una de las más famosas frases de dicha saga cinematográfica.

Piii, piii.

Me llevé la mano al pecho, observando un coche rojo tocando el claxon para darle un toque de atención a un peatón que había cruzado la carretera sin mirar.

Clin



—Hijo de puta… —murmuré por lo bajo.

Clin.



Me quedé mirando la foto durante unos segundos, arrinconada contra la puerta de mi librería para evitar que algún transeúnte pudiera maravillar lo que estaba viendo.

¡Uff!

Esta vez, mi motorista misterioso no llevaba el casco puesto, pero sí la máscara de *Ghostface* y con medio torso desnudo, lo justo para solo verle los abdominales y un poco de su piel bronceada.

—*Scream*… lo que había dicho —pensé en voz alta, todavía con la mirada clavada en la foto.

Las películas de *Scream* eran mis favoritas desde que era una niña… y también era la saga favorita de Max.

Sacudí la cabeza para intentar no pensar en él.

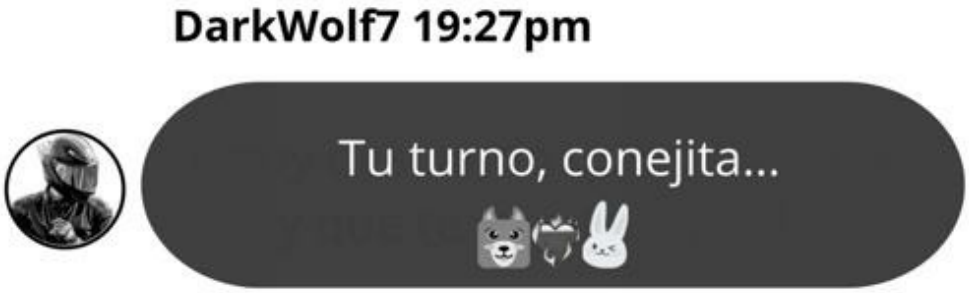
¡Joder!

Tenía a un tío dispuesto a hacerme ver las estrellas y yo no hacía más que pensar en Max.

¿Qué necesidad tenía yo para complicarme la vida a mí misma?

Acostarme con Max solo me acarrearía problemas, en cambio, hacerlo con DarkWolf7… no.

Clin.



Sabía a lo que se refería.

¡Oh, desde luego que sí! Él también quería una foto mía disfrazada y, por supuesto, se la iba a dar…

Cogí el coche y fui a una tienda de disfraces, situada en el otro lado de la ciudad, y allí fui directa al disfraz que tenía en mente…

El de conejita…

Capitulo 10





Caminé en círculos por toda mi habitación, observando fijamente encima de mi cama el disfraz que me había comprado… tentándome a estrenarlo.

¡Uff!

Aquello era una locura, una completa locura…

La valentía que había sentido al comprar aquel disfraz, dispuesta a enviarle una foto sexy a DarkWolf7, se había desvanecido como agua entre los dedos.

Me mordí la uña del dedo índice y respiré hondo, intentando aclarar la mente y pensar qué hacer, hasta que escuché unos ruidos extraños en el pasillo.

Me detuve ceñuda frente a la puerta de mi habitación para escuchar mejor qué era lo que estaba sucediendo afuera.

Sin poder aguantar aquella presión en el pecho, abrí la puerta lentamente, provocando que las bisagras chirriasen en el acto, haciendo que el ambiente fuese más tenebroso.

Caminé de puntillas hacia el final del pasillo cuando me di cuenta de que los ruidos provenían del cuarto de Max. Consciente de que no debería haber ningún ruido dentro de la casa, pues Max y Pablo aún estaban en el trabajo, me puse alarmada.

Por instinto, agarré el picaporte con la mano y apoyé la oreja en la puerta con mucho cuidado, hasta que, sin esperármelo, la puerta se abrió de golpe y casi me caí de bruces contra el suelo.

—¡Aaahhh! —chilló Melany y yo, en reacción, hice lo mismo.

Las dos nos observamos con las respiraciones entrecortadas, como si hubiéramos cometido un grave delito y fuéramos pilladas infraganti.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó ella, cruzándose de brazos con un evidente cabreo.

—Eso debería preguntártelo yo a ti —le espeté de malas maneras, observándola de arriba abajo.

Fruncí el ceño cuando la vi vestida con un disfraz que, más bien, parecía un picardías. Se suponía que iba disfrazada de gatita sexy, o eso supuse cuando vi su diadema de orejas de gato y la cara pintada con unos bigotes de felino.

—¿No es evidente? —inquirió, sonriendo con malicia y señalándose a sí misma—. Hoy es noche de Halloween. Estoy esperando por Max para darle una sorpresa. Soy su gatita…

Sentí una opresión en el pecho por los celos.

Max me había prometido que ninguna mujer pisaría esta casa mientras yo estuviera viviendo en ella…

¡Qué ilusa fui al creerle!

—Por cierto, ya he encontrado mi perfume —dijo, apartándose el pelo hacia atrás para que el olor llegara a mí—. ¿Piensas quedarte ahí de pie sin decir nada?

Parpadeé repetidas veces para despertarme de aquel trance, todavía sin creerme del todo lo falso que Max podía llegar a ser. En aquel momento me entraron ganas de advertirle a Melany sobre lo cabrón que Max estaba siendo con nosotras por estar jugando con las dos al mismo tiempo, pero estaba claro que, si le contaba la verdad, ella no me creería… En su cabeza no existía la posibilidad de imaginar que Max quisiera acostarse conmigo.

—Yo… —balbuceé sin saber qué decir.

—Tú —dijo ella con voz clara y firme—, deberías pirarte de aquí. No quiero que nadie nos interrumpa… ya me entiendes, ¿verdad?

Asentí lentamente con la cabeza, tragando saliva para aliviar el nudo que se me había formado en la garganta.

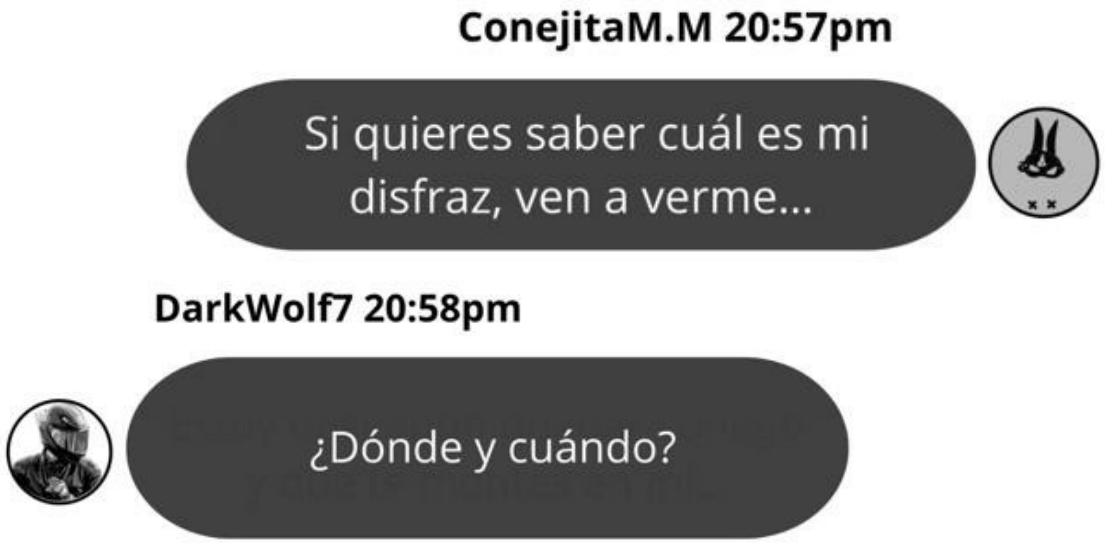
Caminé hacia mi habitación con pasos cortos, sintiendo que las paredes se acercaban cada vez más a mí, que mi espacio vital era invadido por hormigón.

Las risas maquiavélicas de Melany que resonaron por la casa tampoco me ayudaron demasiado a tranquilizarme.

Cuando entré en mi cuarto, cerré la puerta y apoyé la espalda en ella con la respiración agitada.

No sabía si quería echarme a llorar de la desesperación o gritar de la frustración. Tal vez ambas a la vez. Pero cuando desvié la mirada hacia mi cama, concretamente para fijar mi atención en el disfraz, las ganas de echarme a llorar desaparecieron por arte de magia para dar paso a una sed de venganza e ira que nunca antes había sentido en mi interior.

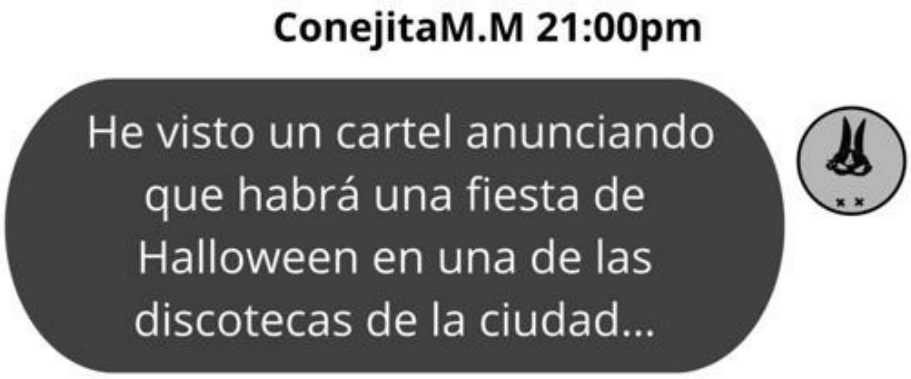
Me acerqué a la cama y agarré el teléfono móvil para escribirle un mensaje a DarkWolf7.



Tragué saliva, nerviosa, consciente de que, finalmente, iba a dar el paso… ¡iba a quedar con mi motorista misterioso!

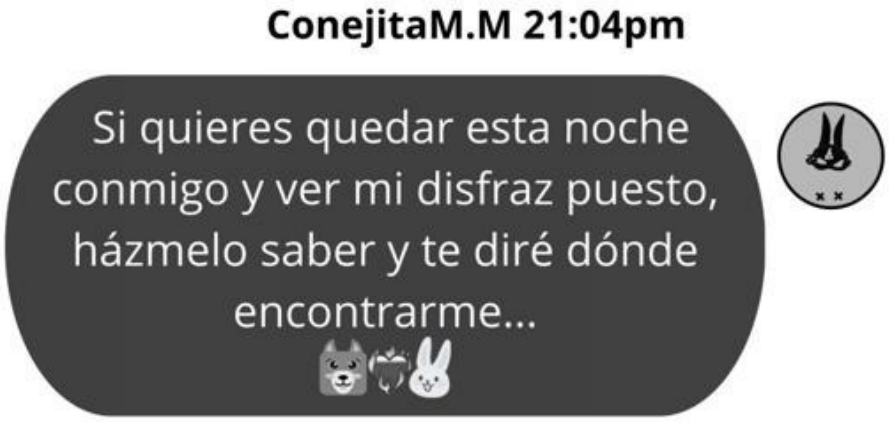
Pensé en varios lugares para reunirme con él, lugares que estuvieran lo más lejos posible de casa… porque no quería pensar en la idea de que Max y Melany iban a pasar la noche juntos… no después de la apuesta que él y yo hicimos.

Entonces, recordé el cartel que vi pegado en el escaparate de la tienda de disfraces.



Él tardó unos minutos en contestarme, como si se lo estuviera pensando, pero el sonido de los tacones de Melany caminando por la habitación de Max hicieron que mi corazón empezara a latir más deprisa.

¡Quería largarme de casa cuanto antes!





Me bajé del taxi y el frío de la noche golpeó mi rostro. Miré a un lado y a otro, sintiéndome menos incómoda al ver un montón de gente disfrazada por las calles.

Me abracé a mí misma, asegurándome de cubrir mi cuerpo. Me sentía un poco insegura,

pues el vestido era demasiado ajustado y corto… muy corto.

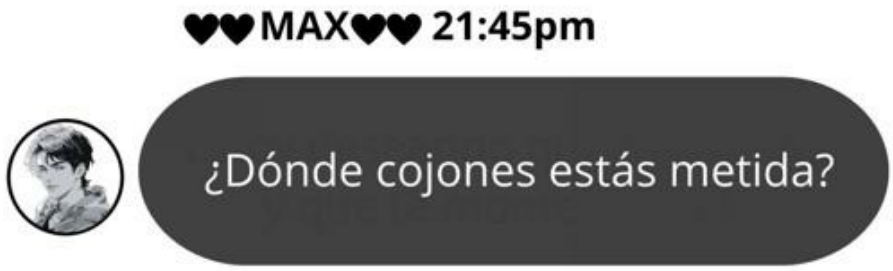
¡Joder!

No hacía más que pensar en lo bien que le sentaba a Melany el disfraz de gatita…

«*Es la última vez que te permito que te compares con Melany. Ni con ella ni con ninguna otra mujer. Eres única, incomparable e inimitable*», recordé las palabras de Max.

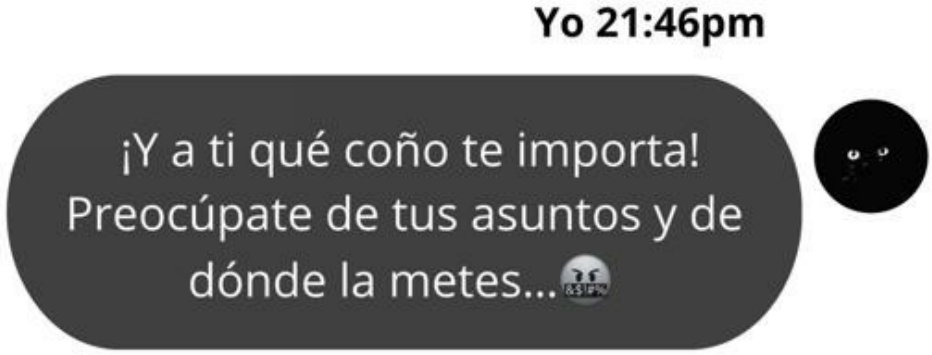
Apreté los puños para controlar mi ira, justo en el mismo momento que recibí un mensaje.

Clin.

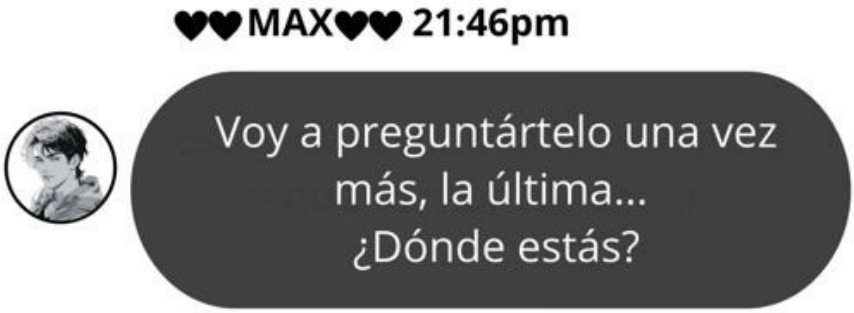


Abrí la boca, entre una mezcla de sorpresa e indignación, mientras caminaba hacia la discoteca.

¡Tenía que cambiarle el nombre y borrar aquellos malditos corazones!

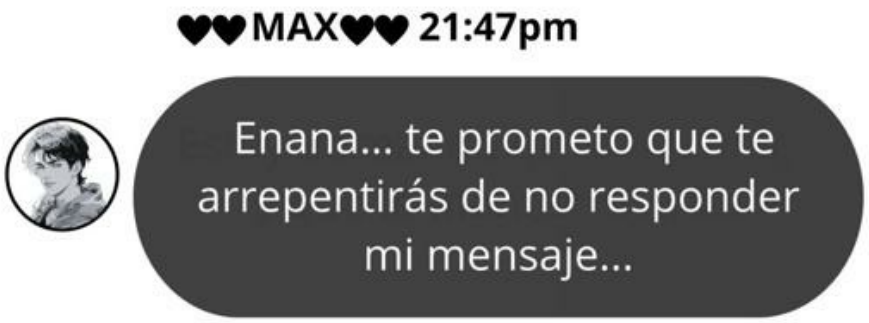


Me mordí el labio inferior, esperanzada de que pillase el doble sentido de mis palabras.



¿En serio creía que le iba a responder?

¡Y una mierda!



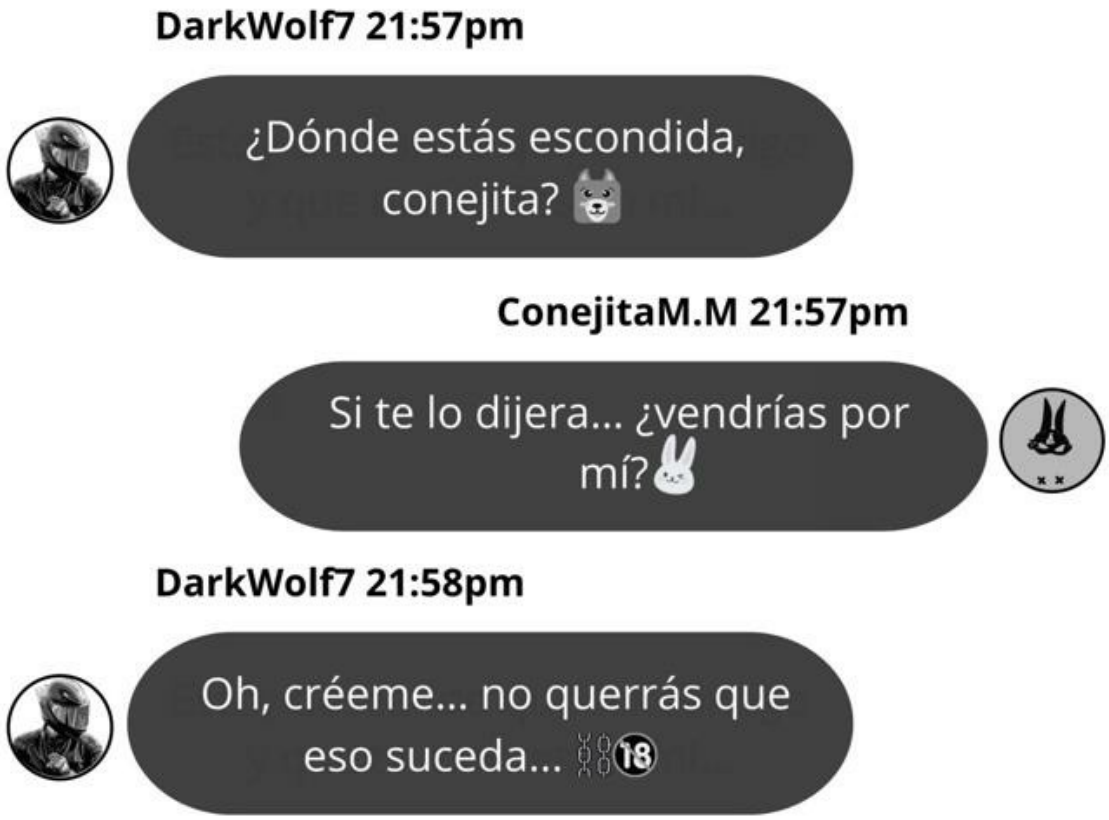
Me abrí paso entre la gente y entré en la discoteca, al mismo tiempo que recibía una llamada de Max. Por supuesto, no respondí, sino que le colgué la llamada para cabrearlo aún más.

La discoteca estaba oscura y hacía calor, mucho calor. Había un montón de gente disfrazada de diferentes personajes de terror, de fantasía… ¡incluso de personajes de *Disney*!

Bajé la mirada al suelo, un poco avergonzada y temerosa de la opinión de los demás, pero cuando me di cuenta de que todo el mundo allí parecía estar concentrado en pasárselo bien y ligar, pues la vergüenza fue desapareciendo poco a poco para dar paso a una María más atrevida, juguetona y sexy.

Caminé hacia el centro de la discoteca, sonriendo de oreja a oreja. No era muy fanática de las fiestas, pero aquella noche pensaba pasármelo en grande… ¡hasta conseguir olvidarme de Max y de sentir aquellos estúpidos celos injustificados!

Noté mi móvil vibrar en la palma de mi mano.



ConejitaM.M 21:59pm

Ya veo... eres el típico tío que se dedica a jugar con las mujeres
Me recuerdas a alguien... 🐰
Perro ladrador, poco mordedor

DarkWolf7 21:59pm

Primero: soy motero, conejita, yo rompo las reglas, no los corazones 🏍
Segundo: estás acostumbrada a tratar con perros, pero ten cuidado con este lobo porque sí que muerde... 🐺💨👅🐰

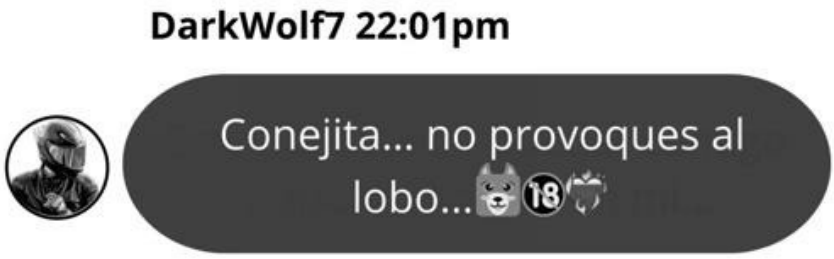
—¡Au! —me quejé cuando alguien me dio un pisotón.
—Lo siento —se disculpó un chico disfrazado de *Michael Myers*.
—No te preocupes… —le dije, volviendo a centrar mi atención en el chat de citas.

DarkWolf7 22:00pm

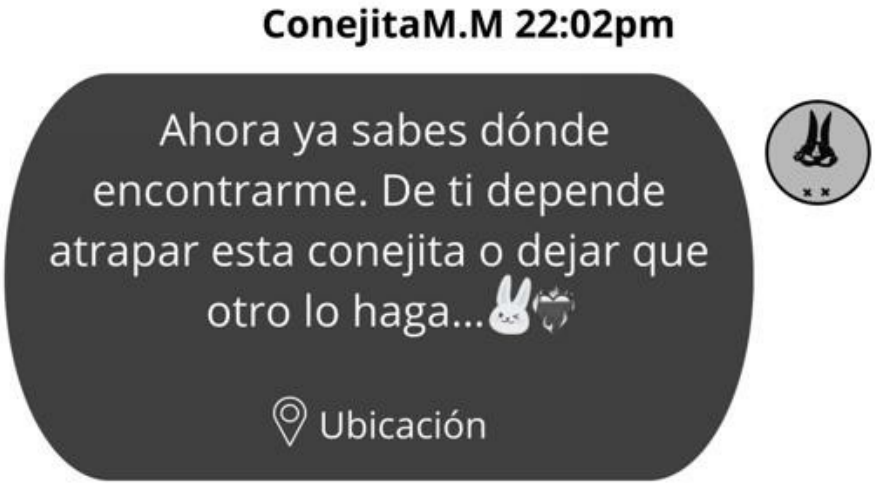
Sé una buena chica y dime dónde estás...

ConejitaM.M 22:01pm

Esta noche no quiero ser buena... 😇 quiero ser mala 😈



Me mordí el labio inferior y, sin perder más el tiempo, le envié la ubicación de la discoteca.



No tuve respuesta, automáticamente, DarkWolf7 se desconectó del chat.

¿En serio?

¿Pero qué les pasaba a los hombres?

Y luego dicen que las complicadas somos las mujeres.

¡Joder!

Poco a poco, el ritmo me invadió el cuerpo. Primero sonreí tímidamente y empecé a mover los hombros para bailar, y luego no pude evitar contornear las caderas. Tenía que reconocer que, de vez en cuando, no estaba tan mal salir de mi zona de confort para experimentar cambios nuevos.

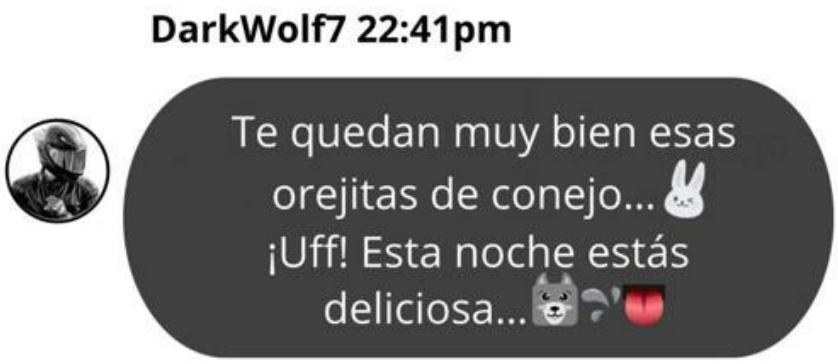
Pasaron varios minutos, quizás quince o treinta… no estaba del todo segura. Parecía que había perdido la noción del tiempo, solo sumida en la música y en el baile, con la mente en blanco; hasta que unas chicas se me quedaron mirando fijamente.

¡Y sí! Allí apareció de nuevo la María insegura de sí misma. Porque ahora no podía dejar de pensar qué era lo que aquellas dos mujeres estarían pensando de mí, hasta que mi móvil empezó a vibrar en el bolsillo de mi vestido.



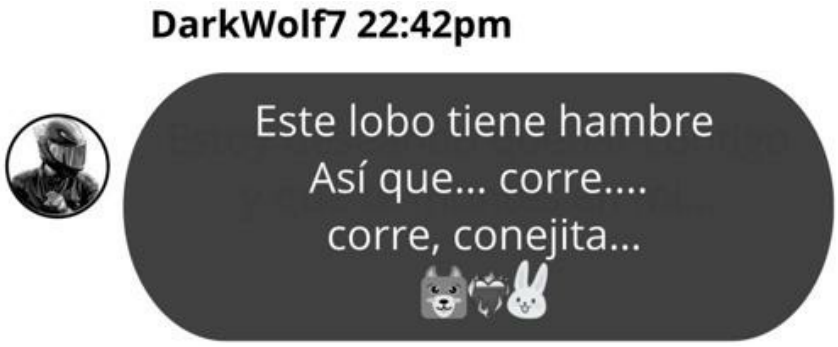
Fruncí el ceño, un poco desconcertada.

Alguien tropezó conmigo e hizo derramar parte del contenido de su vaso sobre mí. Maldije por lo bajo, pero el móvil volvió a vibrar en mi mano.



Abrí los ojos como platos cuando releí el mensaje varias veces. Luego observé todo a mi alrededor, nerviosa. Las luces de la discoteca parpadeaban y lanzaban destellos sobre mí, mientras varias personas con máscaras de terror danzaban a mi alrededor, ajenas a lo que me estaba sucediendo.

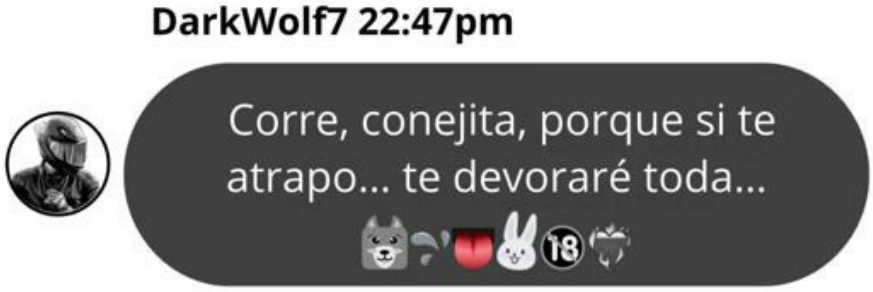
El teléfono volvió a vibrar.



Hubo un momento en el que la discoteca pasó de la semioscuridad al deslumbramiento en cuestión de segundos. Segundos que me fueron suficientes para ver a un hombre alto y aparentemente musculoso, vestido completamente de negro y con la máscara de *Ghostface*. Y sí, me estaba observando fijamente a mí… solo a mí, mientras todo a nuestro alrededor parecía ir en cámara lenta.

Entreabrí la boca para dejar escapar un jadeo cuando DarkWolf7 ladeó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, como si fuera un depredador acechando a su presa, hasta que sacó el móvil del bolsillo de su sudadera negra y empezó a teclear.

Ahogué un gemido cuando mi móvil vibró entre mis manos.



Desvié la mirada de la pantalla de mi teléfono móvil y abrí los ojos, horrorizada, cuando

perdí de vista a DarkWolf7.

Nerviosa, pues, sinceramente, aquel juego que se traía entre manos ya no me estaba gustando tanto; salí corriendo dirección hacia los aseos. Intenté abrirme paso entre aquella masa de gente, mientras las luces psicodélicas y el sonido de la música electrónica a todo volumen hacían que me sintiera perdida en aquel enorme lugar.

Di varios codazos para que la gente me abriera un pasillo, pero cuando sentí que alguien me agarró del brazo… ¡mi corazón dejó de latir por unos segundos!



—¿María? —inquirió mi hermano, abriendo tanto los ojos que casi se le salieron de las órbitas.

—Pablo… —musité su nombre, incrédula de verlo allí y menos aún disfrazado.

¡Él odiaba Halloween! ¡Pero qué cojones! ¡Él odiaba salir de fiesta!

—¡Oh, así que esta es tu hermana! —dijo el mismo hombre que había visto en casa la otra noche.

Parpadeé varias veces, confundida y asombrada, pues Pablo iba vestido de perrito caliente y su amigo de un bote de mayonesa.

—Hola, soy David —se presentó él, estrechándome la mano educadamente.

Asentí con la cabeza, sin poder hablar, mientras observaba todo a mi alrededor con demasiada cautela. Al menos, junto a mi hermano, me sentí un poco más protegida… aunque, sinceramente, no sabía hasta qué punto un bocadillo de salchicha podría defenderme del mismísimo *Ghostface*.

—Tu hermano me ha hablado mucho de ti. Por cierto, ¿mañana puedo ir a la inauguración de tu librería? —inquirió David, sonriéndome amigablemente—. Pablo me dijo que planeas que sea algo íntimo y familiar, pero…

—David… —lo interrumpió mi hermano medio mosqueado.

—Lo siento, es que me gusta mucho leer y…

—Sí, claro, estás invitado —lo interrumpí, pero con la mirada clavada en la esquina de la discoteca. Tenía el presentimiento de que me estaban observando.

—Gracias —dijo él, con las mejillas teñidas de rojo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó mi hermano con una ceja enarcada, acercándose a mí para que David no escuchara nuestra conversación.

—¡Sí! ¡Claro que sí! ¿Por qué lo preguntas? —hablé demasiado alto, gesticulando de manera exagerada con las manos.

Pablo frunció tanto el ceño que pensé que sus cejas se unirían en una sola línea.

—¿Has quedado con alguien? —inquirió de nuevo, curioso y preocupado.

—No… —mentí.

—Ya… —murmuró él, observándome de arriba abajo—. Por eso te has vestido de conejita sexy… claro —dijo, antes de tomar un trago de su bebida.

—No es lo que parece… —intenté convencerlo de algo que no era cierto.

—María, soy tu hermano. Te conozco. Has quedado para follar con un tío y no te culpo de ello. Solo espero que sea mejor que el gilipollas de Miguel.

—No estoy segura de ello…

—¿Por?

—Porque no lo conozco —le confesé.

Mi hermano me observó con una cara de horror.

—¿Has quedado con un desconocido? ¡María, esto es de locos! ¡Puede ser un asesino!

«Oh, desde luego que sí, porque el atuendo que él lleva puesto esta noche es perfecto para cometer un delito… pero un delito en la cama», habló la vocecita de mi conciencia.

—Yo… yo, no… —intenté explicarme, pero no me salían las palabras.

—¡Madre mía! —exclamó David con una sonrisa en la cara, sobresaltándonos a mí y a mi hermano—. Si no lo veo, no lo creo… el jefe está aquí. ¡Ha salido de su cueva para salir de fiesta!

—Mierda… —dijo Pablo, llevándose una mano a la frente como si lo hubieran pillado en la mentira.

Fruncí el ceño, por un momento olvidándome de que *Ghostface* me estaba dando caza, para prestar atención a aquel tema de conversación.

Quería saber quién era el capullo que hacía trabajar a mi hermano fuera de sus horas laborables, pero cuando desvié la atención hacia donde David estaba mirando, sentí cómo mi alma abandonaba mi cuerpo.

—¿Max? —inquirí en voz alta, antes de mirar a mi hermano con una ceja enarcada.

—Lo siento, yo… —musitó mi hermano, pero su amigo lo interrumpió.

—Sí, Maximiliano Marti, nuestro jefe —habló David con una sonrisa en la boca, ajeno a lo que estaba sucediendo, pero cuando vio mi cara seria, su sonrisa desapareció—. ¿Acaso no lo sabías? Estás viviendo en su casa…

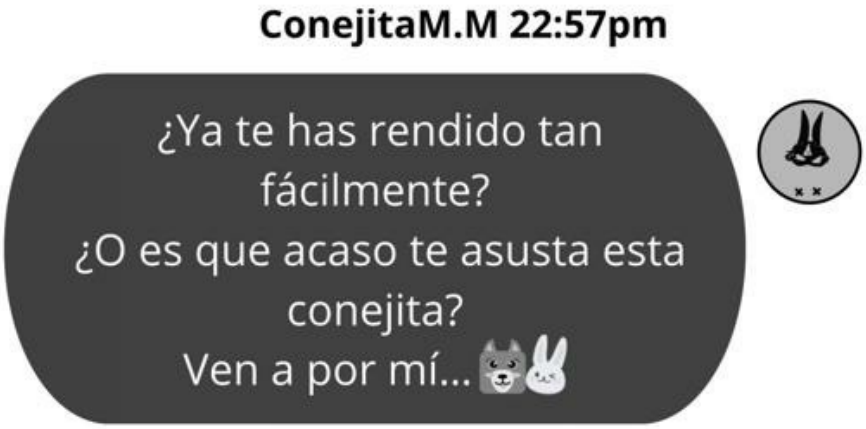
—Su casa… —repetí aquellas dos palabras, desviando la atención hacia mi hermano.

—María, puedo explicarlo —dijo Pablo.

—Oh, claro que me lo vas a explicar… —lo interrumpí cabreada—. Pero no esta noche. No voy a permitir que nadie ni nada arruine mis planes… —le aseguré con voz firme, arrebatándole la bebida de las manos para bebérmela de un solo trago.

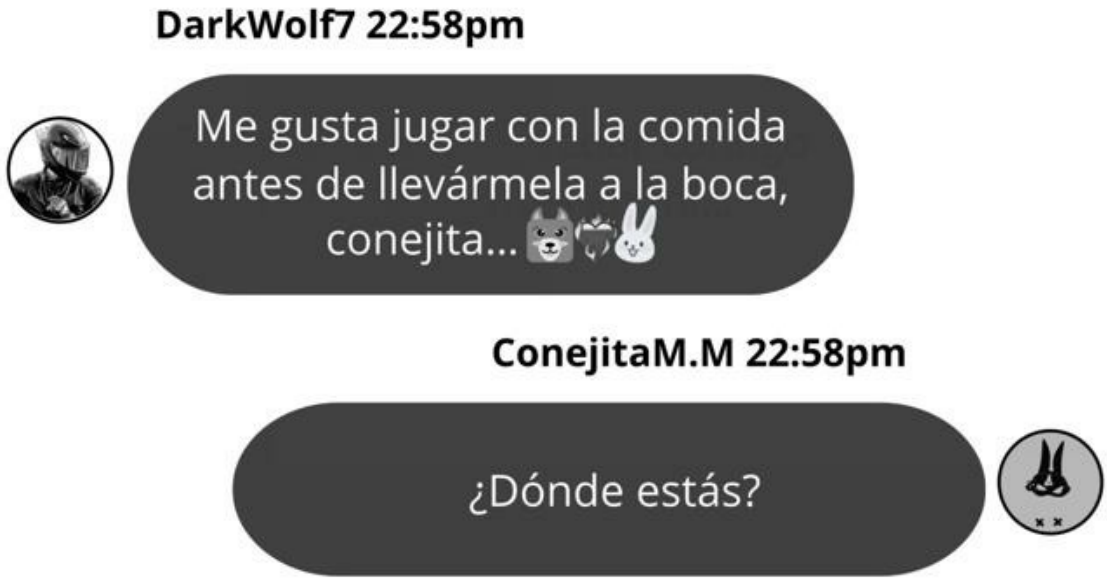
Luego desvié la atención hacia Max, quien estaba intentando acercarse a nosotros entre aquella masa de gente. Sin dudarlo ni un segundo, le hice una peineta y él abrió los ojos, sorprendido por mi reacción.

—¡María! —gritó mi hermano, intentando detenerme, pero ya estaba caminando en dirección a los aseos mientras le escribía un mensaje a DarkWolf7.



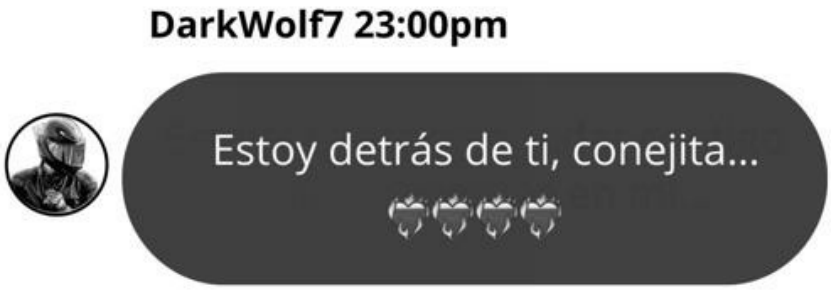
Giré la esquina y entré en un oscuro y largo pasillo que me llevaría directa a los aseos. Había varias parejas enrollándose y haciendo otras cosas más subidas de tono, pero las ignoré. Tenía cosas más importantes en las que centrarme.

Clin.



Le pregunté, mientras la música vibraba a mi alrededor. Estaba experimentando por primera vez la descarga de adrenalina, algo que nunca antes había sentido en una situación como aquella.

Clin.



Podía sentir su mirada clavada en mi nuca, en mi cuello, en mi espalda… pero me negué a voltear.

Estaba nerviosa y cabreada. ¡Sí! Nerviosa por saber que DarkWolf7 estaba a pocos metros de mí, y cabreada por descubrir que Max y mi hermano me habían mentido todo este tiempo.

Todavía no podía creerme que Max fuese empresario… ¡por Dios, era el jefe de mi hermano!

Me sobresalté cuando escuché unos pasos acercándose a mí a toda prisa. En reacción, salí corriendo en dirección contraria, pero apenas pude dar un par de pasos cuando alguien me agarró del brazo y tiró de mí tan fuerte que choqué contra su pecho sin poder hacer nada para evitarlo.

—Te dije que te arrepentirías de no responder mi mensaje —dijo Max, con su rostro muy cerca del mío.

Con la respiración entrecortada y la ira borboteando en mis venas, le di un empujón en el pecho para apartarlo de mí, a la vez que bufaba exasperada.

Plas.

Max abrió los ojos, sorprendido por la cachetada que le di.

—¡Eres un mentiroso de mierda! —exclamé furiosa, al mismo tiempo que lo señalaba con mi dedo índice.

Max se frotó la mejilla con una mano y dijo con voz amenazadora:

—¿Con quién has quedado y por qué vas vestida así? —inquirió, ignorando el hecho de que acababa de darle una bofetada.

Fruncí el ceño, a punto de perder la poca paciencia que me quedaba, incrédula de que hubiese cambiado de tema.

—Empresario, dueño de una casa, novio de Melany… dime, Max… ¿cuántas cosas más me has mentido?

Max apretó las mandíbulas con tanta fuerza que éstas crujieron.

—Vas a venir ahora mismo conmigo. No quiero que otros hombres vean lo que es mío…

—¿Qué? —inquirí, incrédula de la conversación que estábamos teniendo—. Tú estás borracho… —le dije, intentando caminar marcha atrás, pero él gruñó con fuerza para que no diera ni un paso más.

—Hicimos una apuesta… te he asustado, enana. Así que, esta noche eres mía.

Abrí y cerré la boca sin saber qué contestar.

—O vienes conmigo por las buenas, o vienes conmigo por las malas. Pero ten por seguro que vendrás conmigo…

—¡Que te jodan, Marti! No pienso ir a ningún lado contigo, y menos aún a tu puta casa —le aseguré con voz firme—. ¿Qué ocurre? ¿Ya te has cansado de tu gatita?

Él frunció el ceño, en un principio confundido por mi indirecta, pero luego soltó un suspiro de cansancio y negó con la cabeza cuando se dio cuenta a lo que me estaba refiriendo.

—Yo no la he invitado a mi casa, enana. Te hice una promesa y…

—¡Una promesa que has roto! —lo interrumpí, cabreada.

—No, no es cierto… —susurró él, dando un paso hacia mí para intimidarme con su altura. Estaba tan guapo vestido todo de negro… sus ojos resaltaban como dos estrellas en la noche.

—Sí, sí que lo es, y… ¡Ah!

Max me agarró de la muñeca y me aplastó contra la pared.

—Ni tú ni yo tenemos por qué preocuparnos de ella, sino la policía.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué le has hecho a Melany? —le pregunté con la voz temblorosa cuando lo vi esbozar una sonrisa mezquina.

—¿Crees que le he hecho algo malo? —me preguntó, pero no le respondí porque estaba demasiado asustada—. Sé cómo deshacerme de alguien sin dejar pruebas… ¿quieres que te enseñe?

Max dejó de sonreír y se inclinó hacia mí, lo justo para susurrarme al oído:

—Te he vuelto a asustar, enana.

Intenté empujarlo del pecho, pero él me sujetó las muñecas por encima de mi cabeza.

—¡Suéltame! —chillé desesperada.

—No voy a soltarte nunca… —susurró, su mano libre sujetándome la cara y sus labios rozando los míos.

—¡DarkWolf7! —grité por mi motorista misterioso, consciente de que tenía que estar allí presenciando aquel espectáculo—. ¡Ayúdame!

Max apretó más mi rostro y mis muñecas, lo justo para no hacerme daño, pero sí para dejarme claro que no pensaba soltarme.

—¿Es él? ¿El tío con el que ibas a quedar? —inquirió cabreado.

—¡Sí, tenía pensado pasar la noche con él! —le grité a la cara, provocándolo, echando más leña el fuego—. Pero tú me estás jodiendo los planes.

—No…

—Oh, sí, Max… tenía pensado subirme a su moto —le dije, notando que su agarre se había aflojado por la sorpresa que le supusieron mis palabras—. ¿Crees que mi vestido es demasiado corto para montar en moto? —le pregunté, esbozando una sonrisa traviesa, mientras me liberaba las muñecas.

—Deja de decir esas cosas —gruñó entre dientes, mientras un músculo palpitaba en su mandíbula.

—¿Me estás amenazando?

—A ti nunca te tocaría un pelo, enana… pero el tío que intente sobrepasarse contigo no correrá con la misma suerte.

Sonreí ufana, consciente de que Max también estaba celoso.

—Qué pena… —musité con voz de tristeza fingida, al mismo tiempo que desplazaba mi dedo índice por todo su torso—. Esta noche tenía muchas ganas de jugar.

Max inspiró por la nariz con fuerza cuando mi dedo índice se desplazó hacia su entrepierna. Tenía que distraerlo si quería que mi plan funcionase.

Me puse de puntillas para intentar acercarme a su boca y susurrarle:

—¿Quieres jugar conmigo, Max? —le pregunté con voz sugerente, mientras sus pupilas se dilataban visiblemente—. Estoy tan cachonda… tan caliente…

Él tragó saliva con fuerza, con su mirada clavada en la mía, mientras yo sonreía de medio lado.

—Quiero sentirte dentro de mí, Maximiliano… —le susurré, al mismo tiempo que lo empujaba.

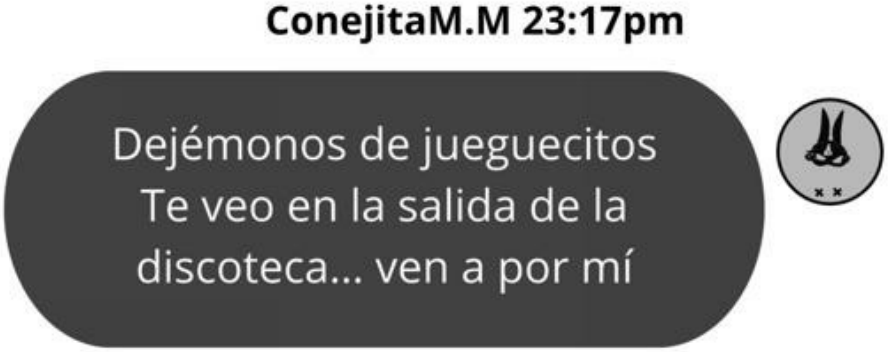
Él caminó marcha atrás con mis manos apoyadas en su pecho. Sonreí cuando me di cuenta de que lo tenía comiendo en la palma de mi mano.

—Pero más aún quiero sentirte… —le dije, dándole un empujón fuerte para que entrara en una habitación oscura, probablemente era el cuarto de la limpieza—, ¡fuera de mi vida! —terminé la frase, al mismo tiempo que cerraba la puerta y le ponía el seguro.

—¡María!

Max gritó cabreado, golpeando la puerta con todas sus fuerzas. Me llevé una mano al pecho, agitada, y, lo peor de todo, excitada, pero al menos había conseguido ganar un poco de tiempo para poder buscar a DarkWolf7 y pedirle que me llevara con él lejos de allí.

Salí corriendo del pasillo, escuchando los fuertes puñetazos que Max le estaba dando a la puerta como si su intención fuera derribarla.



Me guardé el móvil en el bolsillo y seguí corriendo como pude por aquel suelo resbaladizo, lleno de vasos y botellas.

Las luces parpadeantes de la discoteca me estaban mareando, pero aquello no impidió que me detuviera cuando vi la salida a pocos metros de mi posición.

—Si no vienes por las buenas —habló Max detrás de mí, asustándome por tercera vez aquella noche—, vienes por las malas, enana… —Acto seguido me cogió en brazos, me cargó en su hombro como si fuera un saco de patatas y me sacó de la discoteca.

Me quedé estupefacta, sin apenas poder reaccionar.

—¿Qué cojones estás haciendo? ¡Bájame! —le exigí, pataleando y golpeándolo, pero no tuve éxito.

Plas.

Max me dio una nalgada y aquello hizo que mi entrepierna se humedeciera casi al instante.

—Lo haré, enana, te bajaré después del castigo.

—¿Qué castigo? —chillé alarmada cuando salimos a la calle.

Max siguió caminando conmigo sobre su hombro hasta la zona de los aparcamientos.

Plas.

Me dio otra nalgada más fuerte que hizo que soltara un jadeo.

—¿Tengo que recordarte todo lo que me has hecho sufrir esta noche? Dejarte el culo rojo quizás te ayude a recordar mejor…

Plas.

—¡Ah, Max! —grité, intentando sonar mosqueada, pero la realidad era que estaba jodidamente excitada.

Cuando llegamos al coche, Max me bajó al suelo.

—Sube —me ordenó con voz firme y autoritaria, al mismo tiempo que sujetaba la puerta del copiloto y señalaba el asiento con su cabeza.

—Vete a la mierda… —le espeté.

—No me hagas perder la poca paciencia que tengo, enana. Te recuerdo que primero me compré la moto y luego me saqué el carnet. Así que, no me toques los huevos y pon tu culo en mi coche. ¡Ahora!

Estaba lloviendo, como una densa niebla que estaba empezando a rodear el lugar. Parecía la escena perfecta de una película de terror. Y hablando de terror, ¿dónde estaba mi motorista misterioso?

—Ya has visto lo que pasa cuando no haces las cosas por las buenas… —dijo, haciendo que me despertara de mi ensimismamiento.

—No voy a ir a ningún lado contigo —le aseguré con voz firme y segura de mí misma.

De repente, el resplandor de un relámpago iluminó el cielo nocturno durante una fracción de segundo, para luego desaparecer en silencio.

—Sube… —murmuró con voz grave y autoritaria.

—No. He quedado con alguien… no pienso irme de aquí.

—Estás loca si crees que voy a dejar que salgas con un tío…

—¿Estás celoso?

Max soltó un bufido.

—No te equivoques, enana. No soy celoso… soy territorial. Los celos aparecen cuando quieres algo que no es tuyo.

—¿Y qué diferencia hay? —le pregunté con las mejillas encendidas.

Él dio un paso hacia mí para agarrarme del cuello y acercarme a su rostro.

—Territorial significa proteger lo que es tuyo.

—Yo no soy tuya, Marti…

Él sonrió de medio lado.

—Hicimos una apuesta, enana… esta noche eres mía. Toda mía…

—¡Ah! —chillé cuando me alzó por las caderas y me sentó en el asiento con una agilidad sorprendente. Sin cambiar la expresión que llevaba, me abrochó el cinturón y cerró la puerta con demasiada fuerza, como si intentara descargar su ira de alguna manera.

Rodeó el coche y se deslizó tras el volante, en silencio, para luego encender el motor y salir de allí dando un fuerte acelerón.

Y, en ese justo momento, me di cuenta de algo: ya no tenía escapatoria…



Capitulo 11





Ninguno de los dos se atrevió a abrir la boca.

Todavía estaba alucinando, sorprendida por los giros de los acontecimientos de aquella extraña noche.

De repente, apareció el nombre de Melany en la pantalla del coche. Apreté los puños sobre las rodillas, cabreada por la cantidad de mentiras que Max me había contado, pero cuando él gruñó, entre una mezcla de frustración y agotamiento, fruncí el ceño, confundida por su reacción.

Max desactivó el *bluetooth* del coche y el nombre de Melany desapareció de mi vista.

La lluvia empezó a golpear con fuerza contra los parabrisas, pero lo que realmente me despertó de mi ensimismamiento fue el sonido de la lluvia golpeando contra el techo del coche, provocando un ensordecedor ruido.

—¿Así es como tratas a tu novia? —inquirí.

Max apretó el volante con fuerza.

—No sé cuántas veces tengo que decírtelo… yo no tengo novia.

—Claro, por eso Melany te estaba esperando en casa… ¡vestida con un picardías!

—La única que tiene que estar preocupada por todo este asunto es ella…

Fruncí el ceño, dispuesta a preguntarle a qué se refería al decir eso, pero él siguió hablando:

—Melany hizo una copia de mis llaves y entró en mi casa sin mi permiso. Eso es un delito, enana, un delito que pienso denunciar a la policía.

Lo observé de reojo y en algún momento me dio la sensación de que él se percató de que lo hacía, pues en su rostro apareció una media sonrisa.

Aunque quisiera negarlo, una parte de mí se había alegrado de escuchar aquella noticia, pero otra parte de mí seguía cabreada con él por haberme mentido.

—¿Por qué no me dijiste que eras empresario? ¿Por qué no me contaste que la casa no era de alquiler, sino tuya?

—Porque si lo supieras, nunca habrías venido aquí a cumplir tus sueños… ¿o me equivoco? —preguntó, desviando su atención de la carretera para mirarme por unos segundos.

No le respondí, pues lo que él había dicho era completamente cierto. De saber la verdad, nunca habría venido a vivir con Max… ¡nunca!

Ring, ring.

Ring, ring.

Aunque la pantalla del coche estaba apagada, sabía que quien estaba llamando a Max era Melany. Y lo sabía porque su móvil estaba apoyado sobre el cenicero.

Él maldijo por lo bajo y colgó la llamada.

Lo observé con una ceja enarcada, cuestionándolo, pero luego bufó con rabia:

—Ni ella ni ninguna mujer con las que he estado significan nada para mí.

Los limpiaparabrisas no dejaron de funcionar, moviéndose de izquierda a derecha a toda prisa para despejar el camino.

—Claro… ahora se lleva más el término «follamigos», ¿verdad? No te preocupes, yo también tengo muchos «follamigos» —susurré, bajando la mirada a la pantalla de mi móvil.

Max llevó la mano a la palanca de cambios y bajó una marcha para revolucionar el coche.

—No me provoques, enana…

—¿O qué?

—O me desquitaré contigo… y te aseguro que no seré nada delicado.

Max apretó las mandíbulas y me dirigió una mirada de advertencias. Advertencias que pillé en el aire y que me hicieron sonrojar como un tomate.

Se me escapó una risa nerviosa, pero Max debió interpretar que me estaba burlando de él.

—¿Qué te hace tanta gracia? —inquirió con voz seria.

—Pues que ya no creo nada de lo que me digas. Eres un mentiroso compulsivo…

Max sonrió de medio lado, con una sonrisa demoledora, atractiva.

—¿Quieres saber por qué mi coche tiene los cristales tintados?

No respondí, simplemente tragué saliva para aliviar la sequedad de mi garganta, pues sabía a lo que se estaba refiriendo.

—Sé una buena chica y no me hagas parar el coche para darte unos azotes en el culo —dijo, al mismo tiempo que giraba el volante con la mano izquierda y se quitaba la sudadera con la derecha. Bajó la cremallera y se inclinó hacia delante para sacar el hombro izquierdo primero y luego el derecho.

¡Uff!

No sabía qué me sucedía, pero verlo conducir con aquella soltura me ponía a mil por hora.

Max me lanzó su chaqueta para taparme las piernas.

—¿Tanto asco te dan mis piernas? —le pregunté cabreadísima, al mismo tiempo que apretaba los puños para controlar mi ira. Si prefería las piernas delgadas y tonificadas, pues que se hubiera quedado con Melany…

—Las cubro porque me distraen, enana —dijo, desviando la mirada a mis rodillas mientras sus pupilas se dilataban—. Tu presencia me distrae siempre…

—Hablas como si realmente te gustara mi físico… —dije con rabia, sabiendo que aquello no podía ser verdad.

Max apretó el volante.

—¡A la mierda el físico, enana! A mí lo que me gusta es tu risa, tu voz, tu forma de ser conmigo, tu mirada, tu manera de ver el mundo… simplemente me gusta la forma en la que me haces feliz.

Me tembló el mentón, impactada por sus palabras. Odiaba que hiciera ese tipo de comentarios para ponerme nerviosa y que luego actuase como si nada… como si fuéramos simples amigos.

—¿A qué coño estás jugando, Max? Seamos sinceros, por favor —grité sin poder aguantar

más aquella presión en el pecho. Fuera cual fuese su respuesta, quería saberla. Estaba harta de que mis sentimientos estuvieran tan confundidos y que él hiciera que me sintiera más confundida de lo que ya estaba.

—No estoy jugando contigo, María… —murmuró entre dientes.

—Por favor… —bufé con ironía.

Él se volvió hacia mí y frunció el ceño con determinación.

—Hablo en serio.

—Siempre hemos sido enemigos, Max… ¡siempre! Y resulta que ahora intentas camelarme… claro.

—¿Camelarte? Joder, enana… Creo que ha quedado bien claro que quiero follarte… follarte tan duro que no sabrás ni cómo te llamas.

Me mordí el labio inferior con fuerza para reprimir un gemido. Luego desvié la atención hacia la ventanilla, observando cómo la lluvia arreciaba con más fuerza contra el cristal, mientras Max aceleraba el coche a una velocidad alarmante… hasta que llegamos a nuestro destino.

Cuando el portón del garaje se cerró, Max apagó el coche y todo quedó en silencio.

Ninguno de los dos parecíamos dispuestos a romper aquella tensión. Por la manera en la que Max seguía sujetando el volante, parecía que estaba intentando controlar su ira. Mientras tanto yo, que seguía con las rodillas apretadas la una contra la otra, intentaba controlar aquella súbita excitación que me produjeron sus palabras.

—Joder… —musitó él por lo bajo, suspirando con cansancio, al mismo tiempo que se pasaba una mano por el cabello para despeinárselo con frustración.

Desvié la mirada de nuevo hacia la ventanilla para observar cualquier cosa con tal de distraerme, pero cuando vi la moto de Max, que era idéntica a la de DarkWolf7, algo en mi interior hizo *clic*.

¿Cómo demonios pudo Max encontrarme?

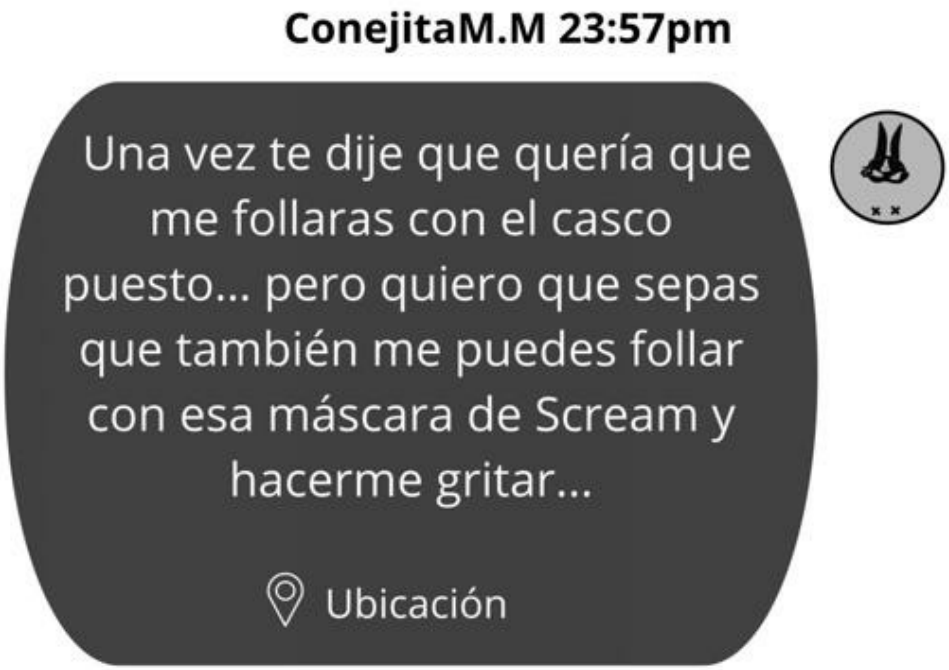
Solo había una persona a la que le había confesado dónde estaba aquella noche… y esa persona era DarkWolf7.

Sentí cómo la respiración se me aceleraba y tuve que hacer un gran esfuerzo para controlarme y no delatarme ante Max.

Había muy pocas probabilidades de que mi deducción fuera cierta, pero a estas alturas podría esperarme cualquier cosa de Maximiliano Marti.

Me bajé del coche con las piernas temblando de miedo, pero tenía que salir de dudas de una vez por todas.

Así que, cerré la puerta del coche con un golpe seco y le di la espalda a Max mientras sacaba el móvil del bolsillo de mi vestido y tecleaba a toda prisa.



Clin.

De repente, sonó una notificación de mensaje en el móvil de Max.

Abrí los ojos, horrorizada, cuando confirmé mi teoría.

Observé a Max por encima de mi hombro. Parecía cabreado mientras leía el mensaje… ¡mi mensaje, joder! Hasta que desvió la atención de la pantalla de su móvil y me lanzó una mirada llena de malas intenciones.

Abrí la boca para dejar escapar un jadeo, consciente de que ambos, ahora, sabíamos la verdad.

Max apretó las mandíbulas y abrió la puerta del coche, pero yo salí de allí corriendo a toda prisa para entrar en la cocina.

Sentí pánico, pero me esforcé por tranquilizarme y respirar por la nariz. Me dirigí al salón, intentando escapar de Max, pero, de repente, las luces se apagaron y todo quedó sumido en una semi oscuridad.

Me llevé la mano al pecho, sobresaltada, cuando un relámpago iluminó toda la sala y luego se escuchó un fuerte trueno que hizo vibrar los cimientos de la casa. La poca luz de las farolas de la calle que entraba por las ventanas fue suficiente para que pudiera apreciar a Max parado bajo el umbral de la puerta con la máscara de *Ghostface* puesta.

—Le has enviado la ubicación de mi casa a un desconocido… ¿en serio ibas a quedar con él? —Su voz era casi un ronroneo, suave y lenta, pero también amenazante.

Max alzó la cabeza muy despacio para poder mirarme a los ojos. Sentí mi pecho subir y bajar arrítmicamente, intentando concentrarme en la conversación, sin embargo, lo único que podía hacer era observar aquella máscara que me producía terror.

—¿Qué te pasa? Parece que hayas visto un fantasma…

Apreté los puños con rabia, consciente de que él estaba citando la famosa frase de la primera película de *Scream*.

—Me has engañado durante todo este tiempo… —dije enfadada, sin conseguir detener la ira y el miedo que borboteaba por mis venas.

—No tenía otra opción, conejita, me habías bloqueado…

Un escalofrío me recorrió ante sus palabras, pero principalmente por escuchar aquel apodo.

Intenté caminar marcha atrás, sin sacarle la mirada de encima, mientras palpaba todo a mi alrededor para no tropezarme con nada.

Otro ensordecedor trueno irrumpió en el silencio de la casa.

—Es difícil cuando alguien que te importa mucho empieza a ignorarte, pero más difícil es fingir que no te afecta —susurró.

Fruncí el ceño, respirando entrecortadamente por los nervios.

—¿Que yo te importo? —inquirí con rabia, apretando los puños a ambos lados de mi cuerpo, mientras otro relámpago iluminaba todo el salón—. Siempre me has odiado…

Max seguía allí de pie, parado bajo el umbral de la puerta, con las piernas ligeramente separadas y las manos detrás de la espalda, mientras sus ojos azules grisáceos me observaban fijamente sin apenas pestañear.

—Sí, es cierto… —dijo, girando la cabeza hacia donde mis pies se desplazaban, como si realmente fuese un depredador acechando a su presa—. No tienes ni idea de lo mucho que te odio cuando me haces sentir de esta manera y no recibo lo mismo a cambio… —dijo, relajando los hombros—. No soy capaz de sacarte de mi cabeza, conejita.

Me quedé callada, no sabía qué decir. Sus palabras me llegaron a lo más hondo de mi corazón.

Otro trueno estalló sobre la casa, haciéndome sobresaltar.

—¿Te estoy asustando, conejita? —inquirió, acercándose lentamente a mí.

Abrí los ojos como platos y retrocedí otro paso para mantener las distancias.

¡Pues claro que estaba asustada!

¿Quién no lo estaría en una situación así?

Aquella noche tormentosa, la oscuridad en la casa y la máscara de *Scream* no me ayudaban mucho a tranquilizarme.



—¡Que te jodan, Maximiliano! —le escupí desde la rabia por haberme ocultado tantas cosas durante tanto tiempo.

Tenía la sensación de que Max estaba sonriendo, pero con aquella máscara no podía confirmarlo.

—Yo sí que te voy a joder, conejita… y lo haré en diez segundos.

La ferocidad que reflejaron sus ojos fue alarmante… pero había conseguido acelerarme el corazón.

—¿Qué…

—Diez.

—¿Max?

—Nueve.

—¡Joder, estás loco! —exclamé, nerviosa y alterada, al mismo tiempo que caminaba marcha atrás.

—Ocho.

—¡Max! —grité llena de miedo cuando él dio otro paso al frente, dispuesto a atraparme.

—Siete.

—¡Está bien! ¡Tú ganas! ¡Me has asustado!

—Seis… corre, conejita… huye de este lobo…

—¡Mierda!

Salí del salón a la segunda planta, corriendo escaleras arriba y tropezándome cada tres escalones.

—Cinco. —Escuché la voz de Max desde la lejanía.

Solté un jadeo cuando entré en la primera habitación que vi con la puerta abierta.

—Cuatro.

Fruncí el ceño y arrugué la nariz ante aquel olor tan familiar… ¡el perfume de Max!

—Tres, dos, uno… —dijo, haciendo la cuenta atrás a toda prisa—. Voy a cazarte, conejita…

Me estaba quedando sin tiempo, podía escuchar sus pasos subiendo por las escaleras.

Miré todo a mi alrededor, a pesar de la oscuridad. Necesitaba encontrar un sitio para esconderme cuanto antes… ¡antes de que Max me encontrara!

De repente, un relámpago iluminó la habitación. Observé el espejo del armario y la bombilla de mi cabeza se encendió.

Entré en el armario, escondida entre las chaquetas de Max y luego cerré las puertas con mucho cuidado.

En la habitación contigua, es decir, la mía, escuché unos pasos. Max venía por el pasillo, arrastrando los pies y silbando una canción siniestra que no reconocí.

Me llevé las manos a la boca para evitar que se me escapara un ruidito involuntario, hasta que escuché a Max entrar en su habitación, a pocos metros de mi escondite.

—Será mejor que sepas esconderte bien, conejita… —susurró él con voz ronca—. Si te encuentro, te daré un buen castigo por haberme puesto celoso.

De repente, todo quedó en silencio. Ya no se escuchaban los pasos de Max, era como si hubiera desaparecido, hasta que la lluvia empezó a estrellarse contra las ventanas para hacer temblar los vidrios con los feroces soplidos del viento.

Intenté moverme para ponerme en una posición más cómoda, pero, sin esperármelo, las puertas del armario se abrieron de golpe a la vez que un trueno retumbó en la habitación.

—Te encontré, conejita…

Mi reacción fue chillar con todas mis fuerzas, el horror agitaba mi cuerpo dando más fuerza

a mis gritos que, desesperados, se perdían entre el ruido de la tormenta.

—Grita todo lo que quieras… esta noche eres toda mía.

Max me sujetó por las axilas y me alzó con una fuerza que me sorprendió. Apenas tuve tiempo para pensar en lo que me estaba sucediendo, pues él me arrojó contra el colchón para recostarse sobre mí, al mismo tiempo que atrapaba el sonido de mis gritos con su mano derecha, mientras que con la izquierda inmovilizaba mis muñecas por encima de mi cabeza.

Me retorcí bajo su peso, nerviosa, observando aquella máscara que me ponía los pelos de punta, pero Max iba en serio. Esta vez ya no estaba jugando. Estaba usando toda su fuerza para inmovilizarme y yo no pude hacer nada.

—¿No querías esto?



Fruncí el ceño sin comprenderlo.

—¿No querías que te follara con la máscara puesta? ¿O prefieres que me ponga el casco de la moto?

Se me escapó un gemido que fue amortiguado por la palma de su mano, pero que él escuchó perfectamente, pues las pupilas de sus ojos se dilataron de manera visible.

—Dime una cosa, enana… —susurró, acercándose a mi rostro, lo que hizo que me asustara un poco más al tener aquella máscara tan cerca de mí—. ¿Te gusta mi nombre? —inquirió, al mismo tiempo que retiraba su mano de mi boca para luego deslizar su dedo índice entre mis labios—. Respóndeme…

—Sí —musité sin pensarlo. Mi voz sonó extraña, como si no hubiera salido de mi cuerpo.

Tragué saliva cuando su dedo bajó por mi barbilla y mi cuello, hasta llegar al escote de mi vestido. Noté mis muñecas libres, consciente de que Max ya no me tenía atrapada… pero, aun así, no hice el amago de querer escapar de él.

—Bien, conejita, porque voy a hacer que grites mi nombre toda la maldita noche.

—¡Ah! —chillé entre una mezcla de miedo y excitación, cuando Max agarró el escote de mi vestido con ambas manos y lo rompió, dejando al aire libre mis pequeños pechos—. ¡Max! —gemí su nombre cuando me pellizcó los pezones.

—Eso es, cariño, grita mi nombre… —gruñó, cabreado, cuando intentó atraparme un pezón con la boca, pero la máscara le estaba dificultando la tarea.

Max se retiró hacia atrás para observarme durante unos cortos segundos, mientras su mano ascendía por mi pierna hasta llegar al centro de todo mi ser.

Jadeé con sorpresa cuando me rompió las medias con cierta brusquedad, desesperado por tenerme desnuda.

Me llevé las manos a la boca para reprimir un gemido cuando me apartó el tanga e introdujo un dedo en mi interior.

—No… —me ordenó con voz seria y autoritaria, a la vez que me sacaba las manos de la boca—. Quiero que mis vecinos sepan el buen trabajo que estoy haciendo contigo.

—¡Oh, Max! —grité sin poder evitarlo, cuando su pulgar rozó mi clítoris, trazando perfectos círculos.

Sus movimientos se volvieron más suaves por unos segundos, pero aquella delicadeza no duró demasiado.

—¡Max, sí, sí! —chillé como si se me fuera la vida en ello, cuando metió dos dedos dentro de mi sexo húmedo.

Lo agarré de la máscara para atraerlo hacia mi rostro, deseando poder besarlo, y, por lo que pude ver a través de su mirada, supe que él también lo estaba implorando.

—Joder, María… —gruñó entre dientes, sacándose la máscara y desvelando aquel rostro con el que había fantaseado desde que era una adolescente. Porque sí, aunque siempre intenté ocultarlo, Max me atraía… ¡me gustaba demasiado!

Lo observé embobada, maravillándome por lo guapo que estaba con el pelo sudado y revuelto, mientras su pecho subía y bajaba arrítmicamente, igual o incluso un poco más agitado que yo.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté nerviosa, intentando incorporarme cuando me agarró de las piernas y me arrastró hacia el borde de la cama.

—Te dije que el lobo tenía hambre, conejita, mucha hambre… —susurró con voz ronca, arrodillándose sin sacarme la mirada de encima.

—¡Oh, Dios! —Me deshice en gritos, jadeos y gemidos, cuando cerró sus labios sobre mi

clítoris con demasiada fuerza.

¡Maldita sea!

No estaba lista para la intensidad de aquel placer.

—Max… —sollocé, retorciéndome sobre el colchón, arqueando la espalda hasta que los músculos de mi estómago temblaron por el placer que él me estaba otorgando.

Mis dedos se enredaron en su cabello mientras alzaba mis caderas para frotarme contra su boca.

¡Nunca antes había disfrutado tanto del sexo oral!

Max siguió lamiendo mi centro, apresando mis caderas para mantenerme inmóvil y así poder disfrutar de mi néctar, como si realmente fuese la mejor bebida del mundo.

No pensé que aquello fuera posible, pero tener a Max entre mis piernas era incluso mucho mejor que todas las veces que fantaseé con él cuando me masturbaba.

—Oh, Max, creo que… creo que… —gimoteé sin poder terminar la frase, sintiendo una extraña presión dentro de mí.

¡Joder!

Había dos opciones para explicar todas las sensaciones que estaba sintiendo por dentro:

1. Max era un dios del sexo.
2. Mi anterior pareja era un patán en la cama.

¡Uff!

Si ahora mismo pudiera escoger alguna, sin lugar a dudas rodearía con un corazón la primera opción.

—Córrete para mí, María —gruñó con voz cavernosa—. Ahora.

Como si fuera una obediente sumisa, cumplí su orden y me vine en su boca, mientras mis piernas envolvían su cabeza con fuerza.

—¡Oh, Max!

—Eres condenadamente deliciosa, joder… —dijo con una voz ronca y casi inaudible, dejando un camino de besos por mi cuerpo.

Max había sido el único hombre que había conseguido hacerme sentir como una diosa en la cama… conseguir que me olvidara de mis defectos y que disfrutara plenamente del sexo.

Por una vez en mi vida, no pensé en mi celulitis, en mis estrías ni en los michelines de mi barriga. Porque para él, yo era más que perfecta… algo que siempre me demostró desde que éramos unos niños.

¡Sí, Maximiliano nunca, nunca en su vida criticó mi cuerpo ni se burló de mis defectos!

Con los párpados medio caídos, Max acarició la punta de mi nariz con la suya y me regaló una sonrisa que me hizo gemir de placer.

—Eres tan mía… —susurró sobre mis labios, mientras su collar de acero danzaba de un lado a otro—. Voy a besarte…

Sentí que mi corazón dio un vuelco cuando Max acarició mis labios con los suyos, con delicadeza.

—Max… —susurré su nombre, hasta que me besó y pude sentir mi sabor en sus labios. Aquello era tan erótico, que incluso ya me tenía lista para otro orgasmo.

—Joder, enana, eres mi puta perdición.

Me estrechó entre sus brazos y me besó apasionadamente, sin apenas dejarme respirar. Su lengua no pidió permiso e invadió mi boca con voracidad. Y así estuvimos largo rato, en un duelo de lenguas, en un delicado intercambio de saliva.

Solté un jadeo cuando se separó de mí para encontrarme con sus ojos llenos de lujuria.

—Quiero hacerte mía. Quiero que seas mía y de nadie más —susurró contra mis labios, al mismo tiempo que su mano apretaba mi pecho izquierdo.

—Max… —sollocé de placer.

—No… quiero que me lo pidas, María. Quiero que me pidas que te haga mía… por favor —rogó con la voz entrecortada, apretando los dientes mientras rozaba la punta de su nariz contra mis pezones erectos.

—Joder… —sollocé de placer, volviendo a notar una fuerte tensión en mi centro… ¡a punto de estallar!

—Dilo, conejita. Dilo y te juro que haré que lo disfrutes…

Lo agarré del rostro con cierta brusquedad, perdiendo los papeles, y lo besé como si él fuera el mismo aire que anhelaba.

—Tómame, Max. Hazme tuya…

Sus ojos adquirieron un brillo especial y, a punto de besarme, escuchamos ruidos en la planta baja.

Los dos permanecimos inmóviles, a la espera. Nuestras respiraciones estaban agitadas, pero intentamos acallarlas para escuchar mejor qué estaba sucediendo en el recibidor.

—Pablo, me haces cosquillas. —Se escuchó la voz de un hombre… juraría que era David.

—Qué oportunos, joder… —musitó Max, cerrando los ojos con fuerza, como si aquella situación no fuera una novedad para él.

Parpadeé varias veces para despertarme de aquel trance y, una vez que la excitación desapareció tan rápido como apareció, aparté a Max de un empujón, casi tirándolo al suelo.

Me crucé de brazos para cubrirme el pecho y luego observé el enorme bulto que había en la parte delantera de sus pantalones. Mi boca amenazó con convertirse en una sonrisa ufana, pero no quería avergonzarme por hacer notar que le estaba revisando el paquete y mucho menos sabiendo que mi hermano Pablo podría pillarnos.

Corrí hacia la puerta, perseguida por Max, pero cuando él intentó atraparme, los dos nos quedamos paralizados como estatuas cuando vimos desde las escaleras a mi hermano y a David besándose con demasiada pasión e intensidad.

A punto de soltar un gemido de sorpresa, Max lo impidió cubriéndome la boca con su mano.

Seguí observando a mi hermano, manoseando a David de arriba abajo, hasta que los dos decidieron subir las escaleras a trompicones y sin dejar de besarse.

Abrí los ojos, alarmada, y me separé de Max para correr hacia mi cuarto, antes de que ellos nos descubrieran, pero él me agarró del cuello y me aplastó contra la pared.

—¿Vas a dejarme así? —inquirió en voz baja, apretando su erección contra mi barriga.

—Max, nos van a pillar… —susurré con la voz entrecortada, escuchando los pasos de David y Pablo cada vez más cerca de nuestra posición.

Max se quedó mirando fijamente mi rostro como si quisiera memorizar cada una de mis facciones.

De repente, se escucharon las risitas de David a poca distancia de nosotros.

—Max… —susurré con voz alarmada.

Él apretó las mandíbulas con determinación, antes de besarme con hambre y pasión. Me abrazó para inmovilizarme y evitar que me apartara de él. Mis manos habían quedado atrapadas en su torso, mientras lo empujaba para intentar separarme de su cuerpo, pero no con la fuerza necesaria.

Antes de que me diera cuenta, Max se separó de mí con brusquedad y su mirada se endureció cuando desvió la atención hacia las sombras de mi hermano y su «amigo» que se

aproximaban por el pasillo.

—Mañana no te me escapas, conejita… —susurró, guiñándome un ojo, antes de encerrarse en su habitación.

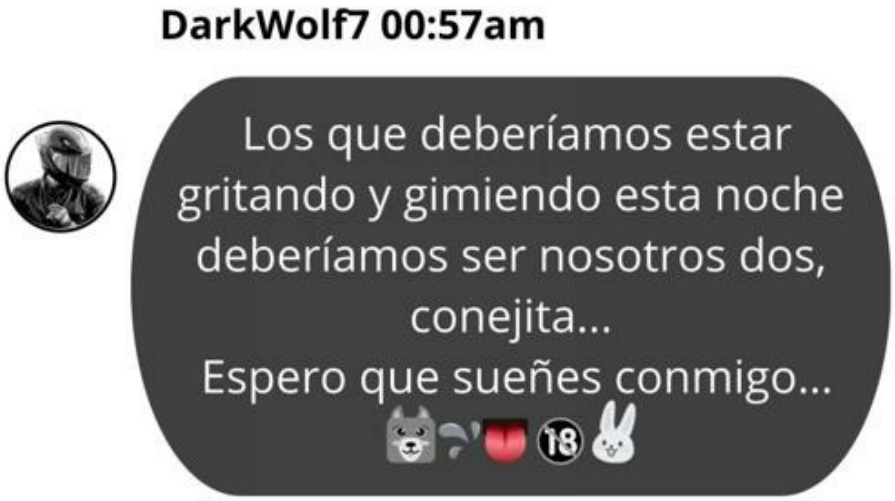
Parpadeé varias veces y, tras unos segundos en los que intenté recobrar la respiración, salí corriendo hacia mi habitación para encerrarme, justo en el mismo momento en el que Pablo y David aparecieron.

Me apoyé contra la puerta, suspirando de alivio, mientras pensaba en todo lo que había descubierto aquella noche. Si creía que ya estaba lo suficientemente impactada por lo que Max me había confesado, estaba engañada.

Sí, vale, todavía estaba sorprendida y confundida por haber tenido sexo oral con, nada más y nada menos que, Maximiliano Marti… Pero lo que realmente me dejó desconcertada y en vela toda la noche, fueron los gemidos de David y Pablo teniendo sexo.

Pablo… ¿Pablo era gay? Es decir, no tenía nada de malo que mi hermano fuera homosexual… ¡el problema era que nos lo estaba ocultando a mi familia y a mí! ¡Y no entendía por qué!

Clin.



Apreté el móvil contra mi pecho, mientras el cabecero de la cama de mi hermano golpeaba la pared.

—Desde luego que con este ambiente tendré muchos sueños eróticos, Max, no lo dudes… —pensé en voz alta.

Capitulo 12





A la mañana siguiente, me levanté temprano y fui directa a mi librería para hacer los preparativos de la inauguración, aunque, realmente, también estaba tratando de evitar a Max.

¡Uff!

No estaba arrepentida por lo que hicimos anoche, pero sí un poco avergonzada… ¡joder, no sabía con qué cara mirarlo ahora!

También intenté no coincidir con mi hermano, pues no era justo que lo hubiese criticado por haberme ocultado su orientación sexual cuando yo misma le estaba ocultando que entre su mejor amigo y yo había algo más que una simple amistad…

Me froté la frente, cansada, cuando terminé de preparar la mesa de los aperitivos, acompañados con un par de copas de champán para brindar.

Estaba muy nerviosa, presa de un gran agotamiento mental, pues no hacía más que pensar en la opinión de mi familia. Había invertido mucho tiempo, dedicación y dinero en mi negocio… y no solo yo, sino también Max.

Me mordí el labio inferior para evitar sonreír cuando pensé en él, pero las campanillas de la puerta anunciaron la llegada de los primeros invitados.

—¡Abuela! —grité llena de emoción, corriendo hacia ella para abrazarla con fuerza.

Mi abuela apartó su andador hacia un lado para estrecharme entre sus brazos y besarme en las mejillas.

—¡Qué orgullosa estoy de ti, cariño! ¡Mira qué bonito te ha quedado todo! —exclamó con una sonrisa pintada en la cara.

—Gracias por haber venido —le dije, consciente del gran esfuerzo que estaba haciendo, pues a su edad tenía muchas complicaciones para caminar y hacer trayectos largos en coche.

—¿Cómo no iba a venir? Eres mi nieta favorita —me dijo, guiñándome un ojo.

Negué con la cabeza, sonriendo de oreja a oreja, hasta que mis padres aparecieron en escena.

—¡Oh, María! —expresó mi madre, llevándose las manos a la boca con sorpresa, mientras observaba todo a su alrededor—. No parece el mismo local que compraste hace un par de semanas… ¡madre mía!

Asentí con la cabeza para darle la razón y le di un abrazo.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—¡Me encanta, cielo!

Alguien detrás de nosotras carraspeó con fuerza.

—Ey, ¿acaso no vas a saludar a tu padre?

Ladeé la cabeza y me mordí el labio inferior, mientras mi padre estiraba sus brazos con la intención de que lo abrazara… ¡y eso hice!

—Te he echado mucho de menos, pequeña.

—Y yo también a ti, papá.

Sinceramente, necesitaba con urgencia ese cálido abrazo paternal.

De repente, mi abuela empezó a reír.

—Vaya, vaya… sección de novela romántica erótica, eh —dijo ella, arrastrando el andador hacia ese pasillo.

—¡Abuela! —exclamé con indignación fingida, hasta que las campanillas de la puerta anunciaron la llegada de otra persona. Bueno, en este caso, de dos personas en concreto…

—Hola —saludó Pablo, entre una mezcla de miedo y nervios, mientras David nos sonreía a todos de manera amigable.

—¡Hijo! —dijo mi padre, estrechándolo entre sus brazos—. ¿Qué tal todo? Nos tienes completamente abandonados.

—Tal vez haya encontrado a una buena «amiga» en esta ciudad —habló mi abuela, guiñándole un ojo de complicidad a mi padre.

Fruncí el ceño, preocupada, cuando percibí un rictus de miedo en el rostro de mi hermano.

—Gracias por haberme invitado, María —dijo David, intentando romper el hielo—. Si me permites, creo que le echaré un vistazo a esa sección… —Señaló el pasillo de novela romántica erótica.

—Tu amigo me cae bien, Pablo —habló la abuela, haciéndole gestos a David con la mano para que se acercara a ella.

Todos nos echamos a reír… todos excepto Pablo, quien seguía bastante acobardado y nervioso.

Quise acercarme a él para animarlo un poco, pero las campanillas de la puerta anunciaron la llegada de otra persona.

Todo el mundo quedó en pleno silencio, desviando su atención hacia la entrada de la librería, como si nadie se esperara la visita de aquella persona.

¡Uff!

Era Max, y venía vestido con traje y camisa abierta, con el collar de acero brillando sobre su cuello. Su cabello estaba peinado hacia atrás, dándole un aspecto jodidamente sexy. Pasaron unos pocos segundos, y el embriagador olor de su perfume llegó a mis fosas nasales para hacerme derretir como un trozo de mantequilla en una sartén a fuego alto.

Max nos observó a todos en silencio, sin apenas pestañear y, después, lentamente, la mueca de felicidad fue desapareciendo de su rostro para sustituir una de confusión.

—Mmm… Hola a todos… —habló él, desvelando cierto nerviosismo en el tono de su voz, mientras su mirada azul grisácea se desviaba hacia mí como si intentara comunicarse conmigo por telepatía.



—Maximiliano… —susurró mi madre con las lágrimas en los ojos, emocionándose por verlo después de seis años—. ¡Oh, Dios mío, estás tan cambiado! —dijo, acercándose a él para abrazarlo como si fuera un miembro más de la familia.

—¡Vaya, ni que lo digas, está cambiado, muy cambiado! ¡Un bombón con patas! Seguro que tiene muchas pretendientas —comentó mi abuela entre risas, al mismo tiempo que arrastraba el andador hacia él para saludarlo.

—¿Qué tal, hijo? —le preguntó mi padre, haciendo que Max se emocionara.

Observé aquella escena con el corazón alborotado y lleno de felicidad mientras sonreía inconscientemente, pero cuando vi a Pablo cabizbajo caminar hacia el almacén, no dudé en seguirlo.

—Pablo —susurré en voz baja cuando entramos en el almacén, mientras las risas de los demás se escuchaban desde la lejanía.

—Lo siento. He tenido unos problemas en el trabajo. No quiero arruinarte el día, pero…

—No me mientas más, por favor —le rogué, agarrándolo del brazo para que no me siguiera dando la espalda.

—Sé que estuvo mal por mi parte haberte ocultado la verdad sobre Max, pero me hizo jurar que no te lo dijera. Los dos sabíamos que, si descubrías la verdad, nunca vendrías a la ciudad… y ambos te queremos cerca de nosotros, Mar.

—Pablo… —intenté interrumpirlo, pero él siguió hablando.

—El señor Marti tenía un seguro de vida. Al parecer, sí que se preocupaba por el futuro de su único hijo pues, cuando falleció, Max heredó una gran suma de dinero. Por ello, Max decidió emprender su propio negocio y llamarlo *Construcciones M.Marti*… en honor a su padre.

Abrí y cerré la boca, sintiendo un pinchazo en el pecho. Estaba bien saber un poco más de la vida privada de Max, esa parte de su vida, oscura y dolorosa, que siempre intentó ocultar a la gente. Pero yo no quería hablar de eso, sino de lo que realmente estaba angustiando a mi hermano por dentro.

—Pablo… no me refería a esa mentira… —Él frunció el ceño, en un principio desconcertado—. Ya sabes a lo que me refiero… a esa mentira que le hace un gran daño a tu corazón —le dije, apoyando la palma de mi mano en su pecho.

Hice una mueca de tristeza cuando vi sus ojos llenos de lágrimas.

—Pablo…

—Lo siento, yo… —murmuró con la voz entrecortada, pero lo abracé para consolar su inquietud y dejarle claro que era su hermana e iba a apoyarlo siempre. ¡Siempre!

—Puede que esconder tu orientación sexual sea una forma de sobrevivir, pero también de dejar de existir…

Él se limpió las lágrimas y me observó fijamente, un poco sorprendido de que hubiese descubierto su secreto, sin embargo, no dijo nada.

—Pablo, no tienes la necesidad de ocultarnos esto —le recordé, empleando un tono de voz serio—. Somos tu familia.

—¿Has escuchado a la abuela? Todos creen que tengo una «amiga»… ¡una novia, María!

—¿Y? —inquirí, alzando los hombros con indiferencia—. Pues diles que sí tienes pareja… es decir, un novio, David…

—¿Cómo lo descubriste? —me preguntó, mordiéndose el labio inferior con cierto nerviosismo—. ¿Max te lo dijo?

Negué con la cabeza. No, Max había demostrado ser un hombre de palabra y en ningún momento me contó el secreto de mi hermano porque sabía que eso le correspondía a Pablo, no a

él.

—No querrás saberlo… créeme —susurré con una media sonrisa débil, recordando la noche tan movidita que Pablo y David pasaron en casa, desconociendo que, en realidad, Max y yo los habíamos escuchado.

—Es un buen hombre, María.

—Tiene que serlo o, de lo contrario, me encargaré de hacerlo picadillo si algún día te rompe el corazón —le dije, intentando arrancarle una sonrisa, pero no lo conseguí.

—No lo hará… sé de lo que hablo —susurró con los ojos emocionados—. Nos conocimos en el trabajo hace un par de años.

—¿Llevas saliendo con él casi dos años? —inquirí con los ojos abiertos como platos.

Él asintió con la cabeza.

—No se lo he contado a nadie, ni siquiera a Max. Pero el muy cabrón nos pilló un día en la oficina, haciendo cosas poco profesionales —dijo, apretando los labios para no sonreír—. Max nunca me sacó el tema, ni me presionó, ni intentó amenazarme con contártelo a ti… —Su voz se fue quebrando mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Nos pudo haber despedido, pero no lo hizo. Siento que estoy traicionando a la gente que más quiero por ocultaros esto, pero… yo… María… yo…

—Sshh, ya está —le dije, enmarcando su rostro con las manos y limpiando sus lágrimas con mis dedos pulgares.

Pablo suspiró con frustración, a la vez que se frotaba la cara.

—Tengo miedo, Mar.

—¿De qué tienes miedo?

—Ya sabes que papá…

—Papá te quiere, Pablo —lo interrumpí, antes de que dijera algo de lo que luego se arrepentiría—. Eres su hijo. Su hijo preferido según él… —le dije, consiguiendo arrancarle una risa.

—Gracias por apoyarme —susurró, volviendo a emocionarse.

—Pablo, solo quiero que seas feliz —le dije, agarrándolo de los hombros y sonriéndole de manera esperanzadora para intentar transmitirle que no tenía por qué tener miedo.

Un carraspeo hizo que nos sobresaltáramos por el susto.

—Lo siento… —dijo mi abuela con una sonrisa pícara pintada en la cara—. Bueno, qué leches, no, no lo siento… en realidad quería interrumpiros, chicos —murmuró cabreada, arrastrando el andador con cierta dificultad.

—Abuela, deberías descansar y… —habló Pablo, pero ella alzó la mano para hacerlo callar.

—Tú sí que deberías expresar lo que llevas ocultando desde hace años en tu corazón, cariño —le dijo ella, picándole el pecho con el dedo índice—. Me duele que no confíes en tu familia, Pablo.

—¿Has escuchado la conversación? —inquirió él, mostrándose preocupado, al mismo tiempo que gesticulaba con las manos de manera exagerada y nerviosa—. Joder, joder…

La abuela le agarró una mano y le dio una palmada en un gesto de consuelo.

—Pablo, recuerda esto siempre: te queremos.

El mentón de mi hermano empezó a temblar, mientras sus ojos se llenaban de más lágrimas.

—Hazlo, cariño. Díselo a tus padres… —lo incitó mi abuela.

Yo asentí con la cabeza y también le sujeté su otra mano libre para demostrarle mi apoyo. Y así, después de varios segundos de indecisión, Pablo, la abuela y yo salimos del almacén.

Las risas cesaron en el momento que todos centraron su atención en las lágrimas de Pablo.

Su rostro no pasaba desapercibido, pues en esos momentos expresaba angustia y miedo.

David se rascó la nuca con nerviosismo, mientras miraba a Pablo, asustado, sin saber cómo reaccionar.

—Cielo, ¿qué ocurre? —le preguntó mi madre, sonando muy preocupada.

Pablo abrió y cerró la boca varias veces, pero no emitió ningún sonido, mientras David aguantaba las ganas de llorar, arrinconado contra la esquina de la librería, como si también le doliera en el alma ver a mi hermano sufriendo de aquella manera.

—Vamos, cariño… tú puedes —le susurró mi abuela.

Observé de reojo a Max, quien me estaba observando mucho antes de yo hacerlo. Los dos parecíamos entender la situación, pero no dijimos nada… ¡nadie intervino!

—Mamá, papá… quiero que sepáis algo —habló Pablo con voz alta y clara, tragando saliva con fuerza—. Soy gay.

Hubo un silencio incómodo. Nadie parecía sorprendido de escuchar aquella noticia, pero el ceño fruncido de mi padre hizo que Pablo se pusiera más nervioso de lo que ya estaba. Mi padre era un poco «chapado a la antigua». Era cariñoso y muy buena persona, pero le costaba habituarse a los mundos modernos.

—¿No vas a decir nada? —inquirió Pablo con la voz temblorosa, mirando fijamente a mi padre.

Le apreté la mano a mi hermano para tranquilizarlo, aunque ahora yo también estaba un poco nerviosa por la reacción de nuestro progenitor. Nunca lo había visto así de serio… ¡nunca!

Mi padre, lentamente, esbozó una sonrisa y relajó las facciones de su rostro.

—¿Y qué quieres que diga, hijo? Ya era hora de que nos lo contaras.

Pablo y yo abrimos los ojos como platos, sorprendidos por su respuesta.

—¡Ay, cariño, qué bien! ¡Nos alegra mucho que por fin nos lo hayas contado! —exclamó mi madre, abrazando a Pablo con mucho afecto—. Pensé que te había pasado algo malo. No vuelvas a asustarnos de esta manera.

—Espera… ¿ya lo sabíais? —preguntó mi hermano, rascándose la sien con cierta confusión.

—Cariño, eres nuestro hijo. Sabemos quién eres —le explicó mi madre.

Pablo abrió la boca para seguir argumentando, pero mi padre se acercó a él con el rostro serio.

Mi hermano intentó mantener la compostura y no echarse a llorar, pero el que terminó llorando fue mi padre cuando envolvió a su hijo en un reconfortante abrazo.

—Me duele que no confíes en mí, Pablo. Por favor, no vuelvas a ocultarnos más secretos —le susurró.

Todos nos emocionamos, pero especialmente David, quien no paró de llorar ni por un segundo, hipando y sacudiéndose entre profundos sollozos. Aquello me hizo plantear la suerte que tenía por nacer en una familia como la mía, pues tenía el presentimiento de que los padres de David no aceptaban que su hijo fuera gay…

—Venga, dejemos los lloros a un lado y preséntanos a tu chico —ordenó la abuela, señalando a David con el dedo índice—. Espero que tengas suficiente champán, María, porque hoy tenemos muchas cosas que celebrar.

Sonreí y asentí con la cabeza, pero mi atención se desviaba cada dos por tres hacia Max. Los dos no parábamos de buscarnos con la mirada, sonriéndonos con complicidad.

¡Uff, maldita sea!

Mi cuerpo anhelaba el contacto de su piel y mi boca sus besos.

¡Joder!

Lo necesitaba… y él era consciente de ello.

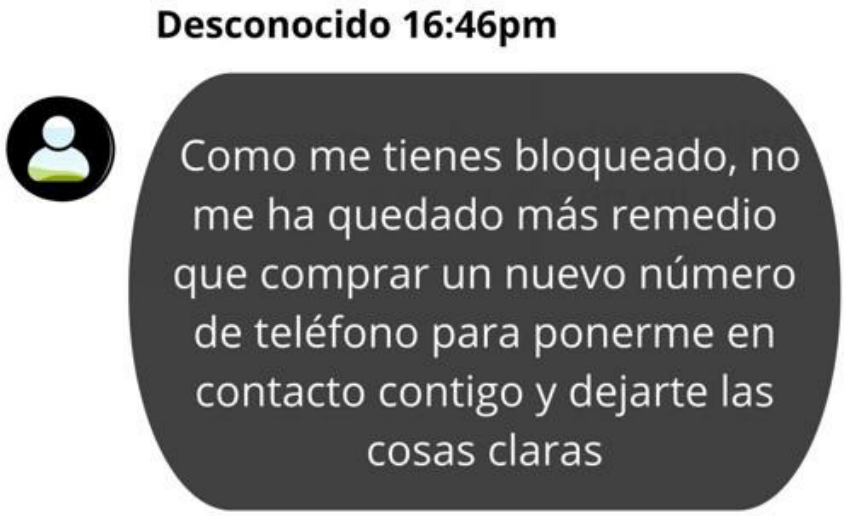
Mi padre abrió una botella de champán y el corcho salió volando por los aires, haciendo que rompiera el contacto visual con Max.

Me alegraba muchísimo ver a mi familia así de unida y, lo más importante, feliz.

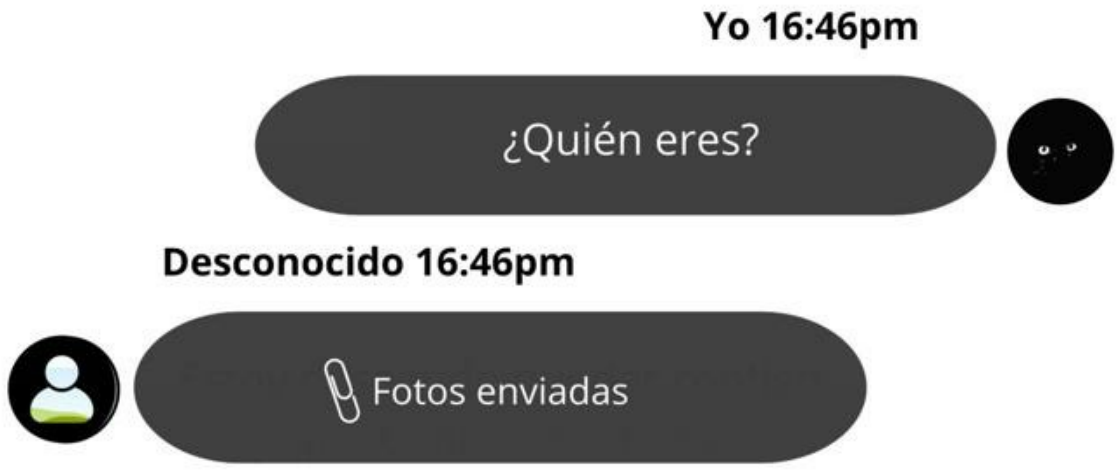
Pero aquella felicidad duró poco…

Clin.

Desbloqueé el móvil y abrí el mensaje que me llegó por WhatsApp.



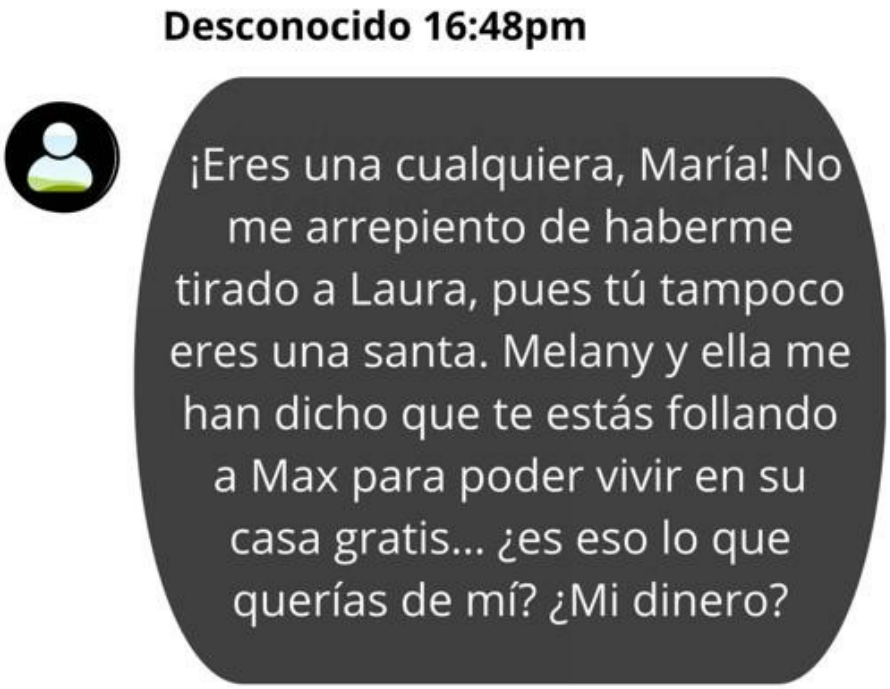
Fruncí el ceño.



Abrí las fotos con el dedo temblando.

¡Dios mío!

Eran Laura y Miguel besándose en una discoteca. No estaba segura de cuándo fueron hechas, pero lo que sí tenía claro era que Miguel me había traicionado con mi supuesta mejor amiga.



Sentí una opresión en mi pecho y un extraño vacío en mi estómago. Dejé que el dolor estuviera presente sin hacer nada más que fingir una sonrisa para no preocupar a nadie. No quería que nada interrumpiera aquel momento familiar, ni mucho menos que me jodiera el día de la inauguración de mi librería.

Parpadeé repetidas veces para ahuyentar las lágrimas, creyendo que nadie se había percatado de que algo malo me sucedía, pero cuando giré la cabeza hacia la izquierda, la mirada de Max y la mía conectaron.

Max frunció ligeramente el ceño y luego enarcó una ceja, como si desconfiara de que algo malo me estaba sucediendo. El único que podía leerme la mente con aquella facilidad asombrosa era Max. Así que, antes de que él detectara mi sufrimiento por dentro, salí corriendo hacia el almacén para intentar calmarme.

Apoyé la mano contra la pared, mientras intentaba respirar profundamente, pero cuando volví a alzar el móvil a la altura de mis ojos, sentí que el mundo se abría en dos bajo mis pies.

¡Maldita sea!

Ahora entendía por qué Laura estaba tan obsesionada con Miguel… ella no lo odiaba, ¡ella lo amaba! Incluso en ese momento llegué a plantearme la idea de que aquellas estúpidas notas de amor que le escribí a Miguel en el instituto hubiesen terminado en la basura y no en su taquilla.

Laura… ¡Laura me había traicionado desde el principio!

Ahogué un sollozo que brotó de mi garganta. Sinceramente, no estaba triste porque Laura me hubiera traicionado desde el principio, pues en el fondo siempre había sabido que no era una buena amiga. Lo que en realidad me había dolido muchísimo fueron las palabras de Miguel al tratarme con tanto desprecio, haciéndome creer que era una mujer materialista e interesada en el dinero.

De repente, noté la presencia de alguien a mis espaldas. No me hizo falta girarme para saber quién era, pues aquel embriagador perfume llegó a mis fosas nasales para ponerme el vello de punta y hacer que las mariposas de mi estómago empezaran a revolotear como locas.

—No… —musité con voz afligida cuando Max me sacó el móvil de las manos.

Giré sobre mis talones para encararlo, mientras las facciones de su rostro se iban tensando visiblemente a medida que leía el mensaje de Miguel.

—Hijo de puta… —murmuró con voz amenazadora, apretando el móvil con tanta fuerza que incluso pensé que lo partiría en dos.

Negué con la cabeza y le saqué el móvil de la mano para esconderlo detrás de mi espalda. Max frunció el ceño con determinación, mirándome de arriba abajo y bufando de cólera cuando una lágrima resbaló por mi mejilla sin control.

—Lo voy a matar —dijo, sonando muy convencido, antes de salir de la librería para buscar a Miguel.

Intenté correr tras él para impedírselo, pero me temblaban tanto las piernas que no pude hacer nada.

Tuve que hacer de tripas corazón para salir del almacén con una sonrisa pintada en la cara y fingir felicidad frente a mi familia, cuando la realidad era que estaba jodidamente destrozada por dentro…



Cerré la puerta de la librería cuando me despedí de todo el mundo. A diferencia de hace un par de horas, todo quedó sumido en un completo y siniestro silencio. Me masajeé la frente y aproveché aquel momento de soledad para llorar largo y tendido, y así poder sacar toda la tristeza que llevaba por dentro.

Terminé de limpiar la librería para abrirla el próximo lunes, es decir, pasado mañana, y así estrenarme con los clientes. Al parecer, David había recomendado mi negocio a muchos conocidos suyos que eran fanáticos de la literatura. Así que, esperaba contar con algunas ventas para poder cubrir los gastos.

Me puse la chaqueta y luego la capucha, antes de salir de la librería para cerrar la puerta, pero, a punto de bajar la reja, sentí un escalofrío por toda la espalda, como si tuviera la sensación de ser observada, de que alguien me seguía.

Giré la cabeza para escrutar nerviosamente la oscuridad que me rodeaba. Apenas pasaban coches y menos aún transeúntes. Pero cuando vi a un hombre bajándose de un coche que se me hizo muy familiar, se me subió la bilis a la garganta.

Abrí la boca, pero lo único que expulsé fue un jadeo de horror cuando vi a Miguel acercándose a mí a toda prisa. Sin dudarlo ni por un momento, volví a subir la reja y me encerré dentro de la librería, segundos antes de que Miguel se apoyara contra la puerta de cristal de una manera tan violenta que incluso creí que la rompería.

—Mar, abre la puerta, por favor —rogó con las facciones de su rostro tensas.

Negué con la cabeza, paralizada. Lo único que podía hacer era respirar, apenas me salían las palabras.

—¡Abre la puerta, joder, necesito hablar contigo! —exclamó, alzando la voz y estampando la palma de su mano contra el cristal.

Pegué un brinco con el corazón en la boca.

—¡Abre la puta puerta, María, y te lo explicaré todo! —exigió, volviendo a golpear el cristal.

Nerviosa y asustada por si Miguel conseguía entrar en la librería, saqué el móvil del bolsillo de mi chaqueta y llamé a la persona que pensé en esos momentos.

Al primer pitido, Max cogió el teléfono.

—Enana…

—No quería molestarte, pero… —Intenté terminar la frase, pero escuchar la voz de Max hizo que me pusiera más sensible de lo que ya estaba.

—¿Estás llorando? —inquirió, sonando muy preocupado y nervioso.

Pum, *pum*, *pum*.

Miguel siguió golpeando la puerta, gritando que le dejara pasar.

—¿Ese cabrón está ahí? —preguntó Max con un tono de voz iracundo.

—Yo… te necesito… Max, te necesito… —sollocé.

—No salgas de la librería, estoy ahí en cinco minutos —dijo, mientras escuchaba el rugido del motor de su moto al otro lado del teléfono.

Retiré el móvil de la oreja cuando escuché el sonido intermitente una vez que se cortó la llamada.

—¡María! —gritó Miguel, captando así mi atención.

—Vete de aquí, Miguel. Ya me ha quedado bien claro lo que piensas de mí en tu maldito mensaje… —le dije, señalando mi móvil.

Él frunció más el ceño.

—¡Yo no te envié ningún mensaje! Ese número es de Laura —dijo, volviendo a golpear la puerta.

Vale, me estaba empezando a cagar de miedo.

—Laura está obsesionada conmigo desde la secundaria, Mar. ¿Recuerdas esas notitas de amor que supuestamente me escribiste? Laura nunca me las entregó… Ella te odia… te tiene envidia…

Más lágrimas comenzaron a desplazarse desde mis ojos hasta empapar mi chaqueta.

—Te quiero, María —susurró contra el cristal, empañándolo con su aliento.

Se me escapó una risa irónica.

—He visto las fotos, Miguel. Laura y tú os habéis liado.

Él apretó la mandíbula con tanta fuerza que se le pusieron las sienes blancas.

—Estaba borracho, cielo. No sabía lo que hacía y ella se aprovechó de la situación.

Abrí la boca, indignada.

—Eres un cabrón, Miguel.

Mi confesión no pareció haberle gustado demasiado, pues empezó a forcejear la manilla de la puerta, a punto de romperla.

Varias personas salieron del bar de la esquina para ver qué estaba sucediendo, pero no fueron los gritos de Miguel lo que les llamó la atención, sino el rugido de una moto de gran cilindrada aproximándose.

Max aparcó frente a la librería y se bajó de la moto con tanta brusquedad que no le importó si ésta terminaba en el suelo.

Miguel se puso tieso y alerta cuando Max caminó a grandes zancadas hacia él, con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo.

—No te tengo miedo, Max, si crees que voy a…

Pum.

Max, aún con el casco puesto, lo golpeó con la cabeza.

—¡Joder! —chilló de dolor Miguel, cayendo al suelo de rodillas mientras palpaba la brecha que Max le hizo en la frente.

Max se sacó el casco y lo sujetó con una mano, con demasiada fuerza, dispuesto a terminar de golpear a Miguel.

Abrí los ojos, completamente alarmada, cuando vi a los clientes del bar llamando a la policía. Así que, abrí la puerta y salí afuera para apartar a Max lejos de Miguel.

—Max, por favor, ya basta —le rogué con la voz rota, empujándolo del pecho, pero no fui capaz de moverlo.

—¿Que ella es una cualquiera? —le gritó Max a Miguel, señalándolo con el dedo índice, mientras su pecho subía y bajaba arrítmicamente sobre las palmas de mis manos—. Tío, ella es demasiada mujer para un mierdas como tú.

Miguel empezó a carcajear, intentando provocar a Max.

—Gracias a mí, la convertí en una mujer… —murmuró Miguel, dejando en el aire el doble sentido de sus palabras, claramente haciendo referencia a que él fue mi primera vez.

Max gruñó y me hizo apartarme a un lado para acercarse a Miguel y alzarlo por el cuello de la chaqueta.



El casco rebotó contra el suelo, haciendo un ruido ensordecedor, mientras otro transeúnte amenazaba con llamar a la policía, pero a Max eso no parecía importarle.

—¿Sabes lo que les pasa a los que tocan a mi mujer? —le preguntó, haciendo énfasis en las dos últimas palabras y apretando el cuello de la chaqueta de Miguel con tanta fuerza que incluso el rostro de éste empezó a ponerse pálido.

Miguel intentó hablar, pero le estaba costando un poco respirar.

Max sonrió de manera frívola y le susurró con voz amenazadora:

—No, no lo sabes… porque nadie sobrevive para contarlo.

Pum.

Me llevé las manos a la boca para ahogar un chillido de terror cuando Max le golpeó la cara a Miguel. Sonó como si algún hueso se hubiera roto, pero Miguel seguía riendo, burlándose de Max.

—La policía viene en camino —gritó un hombre desde la otra calle.

—A ver si te queda claro esto: tócala y te mato. Háblale y te parto la boca. Moléstala y te entierro… —Max siguió amenazando a Miguel. Parecía estar fuera de sí, sin control.

Negué con la cabeza, mientras los nervios me corroían por dentro, nerviosa de que Max se pusiera en problemas por mi culpa.

—Max, por favor, entra… —le rogué, tirando de su brazo para intentar arrastrarlo hacia la librería, pero él seguía enfocado en Miguel.

—Si llego a ver una sola lágrima en su mejilla, haré que te arrepientas de haber nacido…

Miguel sonrió de manera mezquina.

—Dile la verdad, Max —dijo, captando mi atención—. Dile que tú también…

Pum.

Max no dejó que Miguel terminara la frase, pues le estampó el puño en la boca.

—No tientes a la muerte, gilipollas, y aléjate de ella.

De repente, desde la lejanía, se escuchó la sirena de un coche patrulla.

—¡Max, por favor! —chillé alarmada, tirando de él con todas mis fuerzas.

Miguel maldijo por lo bajo, también nervioso de que la policía lo atrapase. Así que, se levantó del suelo, con la cara completamente ensangrentada, y, sin decir ni una sola palabra, se subió a su coche y se largó de allí a toda hostia.

—Max… —susurré con la voz rota, captando así su atención.

Max me observó fijamente durante unos segundos que me parecieron eternos, mientras la sirena de la policía se aproximaba cada vez más. Luego sacudió la cabeza para despejar la mente y se agachó para coger su casco.

—Abre la puerta —me ordenó, al mismo tiempo que se subía a su moto.

Hice lo que me pidió, mientras el coche de la policía se aproximaba cada vez más.

Max encendió la moto y se dirigió hacia el interior de la librería para ocultarse dentro de ella.

—Ciérrala, María, rápido —me urgió cuando vimos las luces rojas y azules intermitentes en la esquina de la calle.

Cerré la puerta y le puse el seguro. Luego caminé marcha atrás con la mirada fija en las vitrinas, mientras el coche patrulla nos buscaba, enfocando una potente linterna por todas las

esquinas, hasta que la luz incidió en el interior de mi librería.

Ahogué un grito cuando Max me cubrió la boca con la mano y me agarró por detrás, alzándome en el aire y arrastrándome hacia el interior de la librería para así ocultarnos entre las estanterías de la sección de novela romántica erótica.

El policía siguió apuntando su linterna en el interior de mi local, creando sombras terroríficas a mi alrededor, mientras Max seguía cubriendo mi boca con su enorme mano. Estaba atrapada entre la estantería y su cuerpo, pero no me quejé, sino todo lo contrario.

¡Aquello era el paraíso! Sabía que estaba muy mal por mi parte fantasear de aquella manera, teniendo en cuenta que si nos atrapaban podríamos ir a la cárcel, pero es que no podía controlar la fuerte atracción que sentía por Max… ¡ya no!

—Se van… —susurró él, con la mirada fija hacia afuera, en la calle, mientras yo no hacía más que observar su perfil y lo hermoso que estaba con las luces rojas y azules reflejadas en su rostro.

Max frunció el ceño y bajó la mirada hacia mí, pillándome mientras lo observaba detenidamente. Intenté humedecer mis labios y el movimiento de los músculos de mi rostro hicieron que él me sacara la mano de la boca.

El aire me entraba por la nariz de manera entrecortada, mientras mi corazón palpitaba tan fuerte contra mis costillas que temí que fuera a romperlas en cualquier momento.

—¿Acaso has perdido la cabeza? —le pregunté, balbuceando un poco.

Él relajó las facciones de su rostro y luego bajó la mirada a mis labios cuando me pasé la lengua por ellos de manera inconsciente.

—Cuando se trata de ti, sí… siempre la pierdo.

Los dos nos quedamos mirándonos fijamente, en silencio, hasta que Max esbozó una media sonrisa que hizo que las mariposas de mi estómago empezaran a agitarse de manera incontrolada.

—¿Te hace gracia todo este asunto? Le has partido la cara a Miguel y la policía nos está buscando —le recordé.

Él me subió las gafas por el puente de la nariz con su dedo índice.

—Sé que no debería estar feliz en una situación así, pero… joder. Saber que me has llamado a mí me llena de orgullo, enana.

Bajé la mirada al suelo, sintiendo las mejillas arder.

—Creo que deberíamos hablar de lo que pasó ayer…

Max me agarró el mentón y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Pues yo creo que deberíamos hablar de lo que no pasó ayer… —susurró con voz ronca, haciendo hincapié en el «no» y sonriendo con picardía—. Hablar de lo que está pasando entre nosotros… —dijo con voz firme, volviendo a ponerse serio.

Quería decirle tantas cosas, confesarle mis sentimientos, pero lo malo era que no sabía por dónde empezar.

—Me enamoré de tu sonrisa, aun sabiendo que no me sonreías a mí, enana… —confesó él, rompiendo así el silencio.

Arrugué mi entrecejo, intrigada por sus palabras.

—Pero tú… tú nunca has creído en el amor. Siempre has dicho que…

Max pasó la yema de su dedo pulgar por mis labios para hacerme callar.

—La única razón por la que creo en el amor es por la forma en la que yo amo… y yo siempre te he amado a ti, María, solo a ti…

—Max… yo… —susurré con la voz entrecortada y con las lágrimas en los ojos—. Me romperás el corazón, lo sé…

¡Maldita sea! ¡Tenía miedo! Y era totalmente normal que estuviera experimentando ese tipo de miedo, a dar el paso en una relación, pero no en una relación normal, joder, sino con mi enemigo número uno desde que era una niña… ¡con el mejor amigo de mi hermano!

Max acarició mi labio inferior con su dedo pulgar y luego mordió el suyo ahogando un gruñido.

—Lo único que te romperé será la espalda, enana…

Sin previo aviso, se acercó a mi rostro y me besó con una voracidad que me volvió completamente loca. Suspiré al probar de nuevo su sabor, al sentir su cálido aliento a través de mi garganta.

—Te amo, María, te amo tanto que me duele, joder… —susurró contra mis labios, haciendo que mi corazón palpitara a toda prisa, como si le hubieran salido alas.

Me alzó por las caderas y me obligó a rodearle la cintura con las piernas. Apoyé las manos en los músculos fibrosos de sus brazos cuando me mordisqueó la sensible piel de mi cuello y luego la alivió con la lengua.

—Max… —gemí su nombre, al mismo tiempo que enroscaba mis dedos en su cabello.

Se apartó de mi cuello y sus ojos se quedaron fijos en los míos. Su mirada me atravesó como lo hacía la luz de la linterna del policía al intentar buscarnos, de nuevo, sin éxito.

¡Uff!

Cada una de las células de mi cuerpo parecían temblar.

Max se acercó a mi boca para intentar besarme, pero su nariz chocó contra mis gafas.

—Lo siento —susurré agitada, intentando sacarme las gafas, pero él me lo impidió.

—Oh, no, enana. No te haces una idea de las veces que he fantaseado con esto… de follarte con las gafas puestas, joder —dijo con voz ronca, al mismo tiempo que me agarraba el rostro con una mano y me devoraba la boca como si estuviera hambriento y mis labios fuesen lo único que podría saciarlo.

Empezó a colmarme de caricias, de arriba abajo, de abajo arriba, notando cómo una de sus manos se colaba por debajo de mi jersey. Gemí demasiado alto, provocando que Max me besara con más fuerza para hacerme callar.

—Sshh… nos van a escuchar, enana… —dijo, girando la cabeza hacia la puerta, mientras intentaba sacarme el abrigo.

—Max… —gemí por su desesperación de tenerme desnuda.

Todavía sin saber cómo, Max consiguió desnudarme de cintura para arriba, desabrochándome el sujetador con una agilidad que yo, desde luego, no tenía.

Suspiré cuando deslizó su lengua por mis pechos. Luego arqueé la espalda y jadeé, hasta que se escuchó el crujido de la estantería.

—¿Max? —Mi voz sonó preocupada, pero él parecía concentrado en darme placer—. ¡Oh, Dios! —chillé cuando me atrapó un pezón con los dientes.

Aquella sensación indescriptible se abría paso a oleadas por todo mi cuerpo.

Desesperada por también verlo desnudo, le saqué la chaqueta con facilidad, pero el problema vino cuando intenté hacerlo con su camisa.

Max se separó de mis pechos y me miró a los ojos.

¡Uff!

Sus ojos nunca habían sido tan intensamente azules como en aquel preciso momento y, pese a mi apremiante necesidad de desnudarlo, él parecía insistir en torturarme…

Sus labios apresaron los míos con desesperación y mi espalda chocó de nuevo contra la estantería, con su cuerpo firme sujetándome para no dejarme caer.

—Max… espera…

Él gruñó desde el fondo de su garganta y lo sentí, lo sentí vibrar. Le puse las manos en la nuca para apartarlo de mi pecho y obligarlo a observarme a los ojos.

—Las estanterías —le dije con la preocupación reflejada en el rostro.

—¿Qué ocurre? —inquirió con los labios hinchados por haber estado lamiendo y mordiendo mi piel.

—¿Crees que aguantarán? He escuchado un crujido y…

Max sonrió con pillería.

—Cariño, las he arreglado yo… claro que aguantarán.

Tan pronto terminó la frase, una balda cayó al suelo.

—Mierda… —murmuró él, cabreado.

Empecé a reírme sin parar por la cara de estupefacción que se le quedó, pero luego ladeó la cabeza y me lanzó una mirada llena de advertencias.

—Con que esas tenemos, eh… —susurró con voz ronca, antes de obligarme a sentarme en la estantería sin importarle que ésta se viniera abajo.

—¡Max!

—A ver quién ríe ahora, enana… —dijo, arrodillándose frente a mí.

Abrí los ojos como platos cuando, de un tirón, me arrebató las medias y las braguitas. A punto estuve de caerme, si no fuera porque me agarré como pude a las baldas de la estantería.

—Sujétate fuerte, conejita… —susurró con voz ronca, sonriendo de medio lado, al mismo tiempo que colocaba mis piernas sobre sus hombros para abrirme más.

—Mierda… —gemí cuando su lengua lamió mi hendidura.

Bajé la vista y mis mejillas se incendiaron cuando Max, sin dejar de succionar mi clítoris, me observó fijamente sin apenas pestañear.

Me estaba devorando con experta precisión, como si conociera mi cuerpo mejor que yo, y, maldita sea, no pude hacer nada más que aferrarme a las baldas de la estantería y rezar para que ninguna de ellas se rompiera y arruinara aquel mágico momento.

—¡No pares! —chillé demasiado alto, apretando los muslos cuando sentí el orgasmo arremolinarse en la zona baja de mi vientre.

—Estás haciendo demasiado ruido… —susurró él desde allí abajo, su cálido aliento golpeando el centro de todo mi ser.

—Si paras ahora, te mato… —lo amenacé con la respiración entrecortada, desesperada por llegar al clímax.

Su risa ronca vibró contra mi sexo, pero luego volvió a la tarea. Su lengua le dio vueltas a mi clítoris hábilmente, antes de adentrarse en mi canal y hacerme gritar.

—Mierda, María, baja la voz… —maldijo él, mirando fijamente mi rostro por encima de mi monte de Venus, haciendo así intensificar mi placer.

—Voy a correrme, Maximiliano…

—Oh, claro que lo vas a hacer, cariño… a partir de hoy, me aseguraré que siempre lo hagas…

Justo cuando mi cuerpo se estaba empezando a relajar, Max rodeó de nuevo mi clítoris con sus labios, succionando y vibrando su lengua, hasta que mi cuerpo estalló en placer.

—¡Sí, sí! ¡Joder! ¡Max!

Todo a mi alrededor quedó iluminado por un resplandor cegador, mientras mi vagina se apretaba con las contracciones.

De repente, las luces rojas y azules intermitentes del coche patrulla aparecieron de nuevo.

Max se incorporó de golpe y me cubrió la boca con la suya para acallar así mis gritos.

—Estás tan mojada… —susurró él, lamiendo mis labios y tirando de ellos con los dientes—. Quiero enterrarme en ti hasta lo más profundo… necesito estar dentro de ti, joder… —dijo, sacándose la camisa bruscamente y haciendo volar los botones.

Lo observé con la respiración entrecortada, esperándolo con las piernas abiertas y chorreando sudor.

Hubo un corto momento en que las luces del coche de policía deslumbraron el interior de la librería y pude observar con mayor nitidez los tatuajes tribales del brazo izquierdo de Max. Pero algo me llamó la atención. Había un pequeño dibujo tatuado en su pectoral izquierdo, a la altura del corazón, pero no pude distinguir qué era.

Todo volvió a quedar sumido en la oscuridad, mientras Max sacaba la cartera del bolsillo de su pantalón para buscar por un preservativo. Abrió el envoltorio con los dientes y luego se bajó los pantalones para liberar su pene erecto, durísimo, ancho y venoso.

¡Dios, estaba en todo su esplendor, listo para tomarme y hacerme suya!

—Vaya… —expresé sin pensarlo, admirándolo desde la punta a la base—. Sí que es grande…

—¿Y eso es algo malo? ¿Te asusta, conejita? —inquirió con la voz ronca, esbozando una sonrisa ladina que me hizo derretir por dentro.

—Mientras no muerda…

Max carcajeó por lo bajo y desvió un instante sus ojos a mi entrada húmeda, lista para recibirlo.

Se acercó a mí y me sujetó los muslos con fuerza, mientras la punta de su erección acariciaba mis pliegues de arriba abajo.

Los dos gemimos al mismo tiempo, como si llevásemos años deseando este momento.

—Voy a hacerte mía, ya no habrá marcha atrás, enana… —dijo, acariciando mi labio inferior con su pulgar, causando que mi boca se abriera para él como un acto reflejo.

—Oh, Dios… —gemí cuando noté su erección abriéndose paso lentamente en mi interior.

—Solo tengo la punta dentro, relájate…

Abrí los ojos, sorprendida, pero Max me besó con tanta pasión que hizo que cualquier pensamiento o miedo desapareciera de mi cabeza.

—Grita mi nombre, enana… —susurró sobre mis labios, antes de penetrarme hasta el fondo.

—¡AAAHHH, MAXIMILIANO!

Max enterró su rostro en el hueco de mi cuello, antes de besarme y chuparme la piel, arrancándome más gemidos ensordecedores mientras entraba y salía dentro de mí, embistiéndome profundamente.

Me agarré a sus hombros. Algunos libros cayeron al suelo cada vez que mi espalda impactaba contra ellos, al ritmo de sus fuertes y salvajes embestidas. Me mordí el labio inferior y sonreí cuando vi mi libro favorito tirado en el suelo… *Lazos Oscuros*.

—¿Te gusta cómo te follo, enana? —me preguntó con los párpados medio caídos y la boca abierta para respirar agitadamente.

Asentí con la cabeza, pues en aquel momento no me salían las palabras. Solo estaba concentrada en el placer.

Sus labios apresaron los míos con desesperación, con ganas.

—¡Max! —maldije cuando la base de su miembro empezó a frotar contra mi clítoris.

Hundí mis uñas en sus hombros, pero cuando noté un poco de líquido caliente en las yemas de mis dedos, me alarmé por completo.

¡Era sangre! ¡Le estaba haciendo daño!

—¡Dios, lo siento mucho, Max! Te he arañado… espero que no te queden cicatrices y…

Me agarró del cuello, me acercó a él y me besó apasionadamente, penetrándome de nuevo contra la estantería sin mostrar piedad alguna de mis gemidos.

—Pues yo espero que sí, conejita, porque pienso tatuármelas para llevarlas conmigo toda la vida y así nunca olvidar esta noche…

Nuestras lenguas se enredaron, mientras mi cuerpo ardía de placer.

Apenas podía respirar, mientras su miembro entraba y salía, embistiéndome con mayor profundidad y retirándose con un ritmo frenético.

—Te he echado tanto de menos, enana… —susurró sobre mis labios—. No voy a permitir que te alejes de mí…

En sus ojos había una oscuridad que no estaba ahí antes. Un deseo carnal surgiendo desde su interior. Parecía otra persona diferente… más sexy si es que eso era posible.

Calientes chispas empezaron a extenderse por mi clítoris, pero me resignaba a que aquello terminase tan pronto… ¡quería que aquella noche fuese inolvidable para los dos!

—Vamos… córrete, sé que estás a punto, te noto tan apretada y caliente, joder, que no sé si podré aguantar mucho más —gruñó entre dientes, sin parar de mover sus caderas a un ritmo demoledor.

El corazón me empezó a latir desbocado.

¡Uff!

Notar lo excitado que Max estaba por mí me volvía loca.

—Estoy cerca… —jadeé en su boca, enroscando mis dedos en su collar de acero para acercarlo más a mí.

—Y ahora lo estarás más… —aseguró él con voz ronca, mordiéndome el cuello cuando sus embestidas comenzaron a ir cada vez más rápidas, más necesitadas. Dentro, fuera, dentro, fuera…

—¡Max! —chillé cuando la punta de su erección tocó mi maldito punto G. Un punto que creí que no existía hasta ese momento.

—Voy a correrme —dijo con los ojos fijos en mí.

Podía notar cómo la humedad mojaba nuestros sexos, provocando aquel sonido tan lujurioso y, al mismo tiempo, vergonzoso… o por lo menos para mí, pues Max parecía estar disfrutándolo, orgulloso de provocar toda esa humedad en mí.

—María…

—¡Maximiliano!

De repente, todo estalló a nuestro alrededor y él mismo dio inicio al orgasmo con un grito prolongado, expulsando todo el aire que había estado reteniendo, mientras convulsionaba dentro de mí.

Los dos nos besamos mientras nos corríamos a la vez, gimiendo en la boca del otro, mezclando nuestros alientos.

—Joder, enana… esto es mucho mejor de lo que me había imaginado durante todos estos años.

—Sí… —le confesé entre jadeos.

—¿También has fantaseado conmigo?

Sonreí con ternura cuando vi la sorpresa invadiendo su rostro.

—«*A partir de hoy, cada vez que te masturbes te acordarás de mí*». ¿Te suena de algo esa frase?

Max sonrió y me besó en la punta de la nariz, con la mirada fija en la mía, mientras negaba con la cabeza y se mordía el labio inferior, admirándome como si yo fuera el centro de su universo.

—¿Qué? —le pregunté con las mejillas sonrojadas.

—Me gusta que me mires así.

—¿Cómo?

—Como si te hubiera regalado el paraíso.

—Max… —susurré avergonzada, escondiendo mi rostro en su pecho, inspirando así su aroma, mientras su miembro seguía dentro de mí, poniéndose duro de nuevo.

Las luces del coche de la policía volvieron a aparecer, haciendo que la librería pareciese una discoteca, pero ahora que había un poco más de claridad, pude ver con mayor nitidez el tatuaje de Max.

Fruncí el ceño, pasando la yema de mi dedo índice por su pectoral izquierdo, haciendo que los músculos de su espalda se pusieran tensos.

—M2… —susurré en voz baja.

¡Eso era lo que Max tenía tatuado junto a un pequeño corazón tintado de color negro!

Alcé la mirada lentamente hasta clavarla en la suya.

—Aquella nota de amor… —murmuré para mí misma, recordando la fiesta de cumpleaños de Melany donde encontré una notita en el bolsillo de mi cazadora vaquera.

Lo observé fijamente, con los ojos arrasados en lágrimas, incapaz de moverme. Sentí que solo con atreverme a respirar, aquel instante se haría añicos… ¡en cientos de miles de añicos!

Max frunció el ceño y acarició mi rostro. Un suspiro escapó de mis labios. Él tenía ese efecto balsámico, sus caricias y estar así entre sus brazos me aportaban tranquilidad, seguridad y paz… pero en aquel preciso momento necesitaba explicaciones, muchas explicaciones.

—¿Qué quieres que te diga? —inquirió él, como si me hubiera leído la mente.

—La verdad… por favor —musité con la voz temblorosa, a punto de echarme a llorar.

Max apoyó su frente contra la mía, cerrando los ojos con fuerza. Su aroma me embriagaba, me hacía sentir como en una nube, pero luego se separó de mí, soltando un suspiro para enmarcarme el rostro con ambas manos.

—¿Quieres saber la verdad? Está bien… —susurró en voz baja, como si me estuviera contando un secreto de sumario—. Aquella nota era mía —dijo y, automáticamente, mi corazón empezó a palpitar a toda prisa, mientras las lágrimas amenazaban con desbordar mis ojos—. Fui yo quien la escribió…

—M2… —musité, pensando en voz alta y con la mirada perdida en un punto invisible. M2 no eran las iniciales de mi nombre y el de Miguel, sino de…

—M2… Maximiliano y María —dijo él con voz seria, rompiendo así mi ensimismamiento.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le pregunté, sonando cabreada y muy molesta—. ¿Por qué no lo hiciste? —inquirí de nuevo, pero esta vez golpeándolo en el pecho, llorando angustiada.

Max me sujetó las manos y luego me acarició los nudillos.

—Te amo tanto que estaría dispuesto a renunciar a lo que fuera, incluso a ti, con tal de saber que eres feliz…

Negué con la cabeza, incapaz de hablar. Estaba sollozando y temblando como las hojas en otoño a punto de caer del árbol.

—María… —La desesperación teñía su voz.

—Si me lo hubieras dicho, yo… tal vez… tal vez no habría sufrido innecesariamente, ni… —No pude terminar de hablar por los hipos y sollozos.

—Lo siento mucho, perdóname, no volveré a perderte, te lo juro. —Max me puso las manos en el rostro—. Por favor, deja de llorar, no quiero verte así, por favor… —Se veía muy angustiado, preocupado por mí.

—Lloro por haber estado tan ciega durante todo este tiempo, Max. Creo que siempre te he querido, y también creo que es la primera vez que me atrevo a decírtelo de verdad. Y sé que siempre te querré, Maximiliano. Eres tú. Siempre has sido tú…

Sus ojos se iluminaron de emoción, mientras sonreía lleno de felicidad.

—¿Me quieres? —inquirió con la voz temblorosa, acariciándome la mejilla con el dorso de la mano.

Negué con la cabeza.

—Te amo, Max. Te amo más que a nadie en el mundo, más que a mí misma —sollocé cuando vi sus lágrimas deslizarse por su rostro como por una pista de hielo, haciéndome recordar la primera vez que lo vi llorar… esa vez que le rompí el corazón al pensar que su nota de amor era del idiota de Miguel.

Lo agarré por el collar de acero, sujetándolo con fuerza, y le volví a susurrar sobre lo mucho que lo amaba para que se le quedara grabado en la cabeza:

—Te amo, Maximiliano, te amo, te amo, te amo…

Él empezó a reír mientras las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas.

—Te amo, te amo, te am… —No pude terminar de pronunciar la palabra, pues Max apresó mis labios, enloquecido. Me aplastó de nuevo contra la estantería, tirando más libros al suelo, aumentando la intensidad de aquel fogoso contacto.

—Tal vez no soy muy bueno hablando de mis sentimientos, pero te juro que siempre te demostraré con acciones lo mucho que te amo… —susurró sobre mis labios, antes de volver a besarme y hacerme suya otra vez, mientras mis dedos seguían acariciando las iniciales de nuestros nombres tatuadas en su pecho…


mz

Capitulo 13





Salí corriendo de la habitación, entre risas, intentando escapar de Max.

—Vuelve a la cama —me ordenó él, parado bajo el umbral de la puerta.

Me detuve en las escaleras para observarlo de arriba abajo. Llevaba unos pantalones de pijama de color gris oscuro, y nada más. Tenía el torso desnudo dejando a la vista sus tatuajes, principalmente el que llevaba tatuado en su pectoral izquierdo. Me mordí el labio inferior, devorándolo con la mirada.

—Si me sigues mirando así, terminaré haciéndote el amor aquí mismo —dijo, cruzándose de brazos y apoyándose contra el marco de la puerta.

—¡Max! Ya he perdido la cuenta de las veces que hemos hecho el amor…

—Siete veces, cariño… Bueno, en realidad seis, pero ya cuento con la siguiente —dijo, sonriendo de medio lado.

—Max, son las doce del mediodía.

—Una buena hora para hacer el amor, ¿no crees?

Apreté los labios para evitar sonreír, quería ponerme seria con él, pero era imposible.

—Vuelve a la cama, no me hagas repetírtelo por tercera vez —me ordenó, cambiando su tono de voz por uno mucho más intenso.

—Estoy sudada, primero quiero darme una ducha.

Sus ojos centellearon de interés y se apartó del marco de la puerta.

—Me parece una buena idea. Vamos a bañarnos juntos.

—Max…

—Voy con buenas intenciones. Quiero ayudarte a frotar la espalda… nada más —dijo, moviendo las cejas de arriba abajo pícaramente, haciéndome reír.

—¡No puedo contigo! —exclamé entre risas cuando se acercó a mí con dos grandes zancadas y me envolvió entre sus brazos, abrazándome como si yo fuera lo único que deseara.

—Oh, sí que puedes, enana… y podrás conmigo una vez más —susurró sobre mis labios, claramente jugando con el doble sentido de las palabras.

—Max… —gemí su nombre cuando me acarició el trasero.

—Me gusta verte con mi ropa —dijo, ocultando su mano bajo aquella camiseta que me

quedaba larga, pero un poco apretada.

—Se me marcan los michelines —le dije entre risas cuando me pellizcó la barriga.

—Y eso me pone muchísimo, enana… —gruñó entre dientes, inclinándose hacia mí para besarme el cuello, apretando su enorme y dura erección contra mi estómago.

—Oh, Max…

Ya estaba excitada. Incluso podía sentir la humedad entre mis pliegues, lista para ser suya.

—¿Te das cuenta, enana? Eres perfecta y única para mí —susurró contra mis labios, mientras su dedo anular trazaba círculos en mi clítoris—. Mira cómo reacciona tu cuerpo ante mis caricias… ¡estás empapada, cariño!

Exhalé en su oído, haciendo que apretara más su cuerpo contra el mío.

—¿Estás así por mí, conejita? —jadeó, incrementando la velocidad de sus caricias allí abajo.

Me empezaron a temblar las piernas, así que, temerosa de caerme al suelo, me aferré a sus hombros para darme estabilidad.

—Monta mi mano, conejita, eso es… —susurró con voz ronca, atrapándome el lóbulo de la oreja.

—¡Max! —chillé, agradecida porque mi hermano no estuviera en casa. De lo contrario, nunca más podría mirarlo a la cara…

—Voy a hacer que te corras aquí mismo, y luego te haré el amor en la ducha… ¿estás de acuerdo? —inquirió, lamiéndome el mentón y el cuello, para regresar a mi boca antes de que pudiera arquearme hacia atrás cuando introdujo un dedo en mi interior.

—¡Sí, sí, sí! —exclamé, perdiendo el control.

Max esbozó una media sonrisa que me hizo casi correrme sin necesidad de tocarme, pero aquella excitación se esfumó como agua entre los dedos cuando escuchamos el timbre de la casa.

Ding, dong.

Fruncí el ceño, todavía con el dedo de Max hundido en mi interior, incapaz de concentrarme en el placer que me estaba dando.

Ding, dong.

Max gruñó cabreado cuando le agarré la mano para detenerlo.

—No me hagas esto, conejita…

—Puede ser algo importante.

—No hay nada más importante que hacerte mía en estos momentos, enana…

—Max… —Apreté los labios para ahogar los gemidos cuando introdujo dos dedos en mi interior.

Ding, dong.
Ding, dong.

—¡Joder! —exclamó cabreado, acelerando el ritmo de sus caricias.

—¡Maximiliano, para! —grité, viendo estrellitas alrededor, mientras mi hendidura emitía ruidos húmedos que volvían loco a Max.

Me mareé un poco por el placer, a punto de caerme al suelo, pero él me agarró del cuello y me aplastó contra la pared, penetrándome con los dedos de una manera salvaje y pasional.

Ding, dong.

Me arqueé para seguir su deslizamiento e intensificar el placer, pero cuando noté su dedo pulgar vibrar en mi clítoris… ¡Uff! Aquello fue mi perdición.

—¡Ah, sí, sí! —gemí, poniendo los ojos en blanco cuando un calor abrasante recorrió todo mi cuerpo, mientras Max seguía jugando con mi «bolita del placer», hasta que me sentí débil, como si mis rodillas se volvieran de goma.

Max me dio besitos por todo el rostro, sonriendo ufano por haber conseguido su propósito.

Ding, dong.

El dichoso timbre de la puerta volvió a sonar, y lo hizo como si esa persona tuviera el dedo índice pegado al botón del timbre.

—Ven conmigo —dijo él en tono tajante, como si estuviera enojado.

—Max… —musité, tragando saliva para humedecerme la boca, todavía bajo los efectos del orgasmo.

—Me necesitas dentro de ti —susurró, retirando sus dos dedos de mi interior para luego chuparlos y saborear mis fluidos sin sacarme la mirada de encima, provocándome, haciendo que volviera a excitarme.

Sonreí con pillería y me puse de puntillas, dispuesta a besarlo, pero fuimos interrumpidos, otra vez.

Ding, dong.

Max suspiró con frustración.

—Quienquiera que sea la persona que me está tocando las pelotas, la mataré… —murmuró entre dientes, a punto de bajar las escaleras, pero se lo impedí.

—Voy yo, no quiero volver a esconderme de la policía —le dije con una sonrisa juguetona, antes de darme la vuelta, todavía con las piernas temblando.

Max me agarró por el codo y tiró de mí, provocando que mi cuerpo girara por completo y chocara contra su pecho de acero. Sofoqué un gemido cuando mis ojos quedaron a la altura de aquel tatuaje con un significado muy importante para los dos.

—No tardes, o te juro por Dios que bajaré a por ti y ya no habrá más discusiones —dijo, dándome un corto beso en los labios, antes de caminar hacia el cuarto de baño y cerrar la puerta con fuerza para descargar su rabia.

Negué con la cabeza, sonriendo como una tonta, sí, como una tonta enamorada para ser más específica.

Bajé las escaleras a toda prisa, a pesar de que aún me temblaba el cuerpo entero. Abrí la puerta, todavía con una sonrisa pintada en la cara y, probablemente, con el cabello revuelto. No había que ser muy listo para sacar conclusiones sobre mi aspecto y deducir que había tenido sexo salvaje durante toda la noche.

—Joder… —masculló Miguel, observándome de arriba abajo.

Mi sonrisa fue desapareciendo lentamente. Se me congeló la sangre en las venas y mi corazón se detuvo para reanudar su marcha con nerviosismo, golpeando mi pecho de forma violenta.

—Os lo dije —habló Melany de brazos cruzados, lanzándome una mirada de puro odio, llena de maldad.

—Qué vergüenza —musitó Laura, la guinda del pastel que faltaba.

Tragué saliva con fuerza para bajar el nudo que se formó en mi garganta, en un principio, creyendo que estaba teniendo una pesadilla; pero no, aquello era real, muy real.

—¿Vergüenza? —repetí la palabra, clavando mi atención en su rostro—. Vergüenza debería darte a ti por haberme engañado todos estos años.

—¿De qué estás hablando?

—Del mensaje y las fotos que me enviaste ayer, haciéndote pasar por Miguel.

—¿Estás borracha o qué? —preguntó ella, desvelando en su rostro cierta confusión por mis palabras.

Fruncí tanto el ceño que mis gafas se deslizaron por el puente de mi nariz hasta casi rebasar la punta. Luego observé a Melany, quien parecía realmente nerviosa, y entonces lo comprendí… comprendí que entre ellos también se habían traicionado.

—Vaya, qué ironía… la traidora siendo traicionada por su mejor amiga —susurré de brazos cruzados, pronunciando la palabra «amiga» con demasiada ironía.

Laura desvió su atención hacia Miguel y Melany, quienes me fulminaron con la mirada. Como ninguno de ellos se animó a hablar, lo hice yo encantada:

—Ayer recibí un mensaje de un número desconocido, haciéndose pasar por Miguel. Me enviaron fotos tuyas con él… fotos bastante comprometidas —lo resumí en pocas palabras.

Laura abrió los ojos como platos al darse cuenta de que la había descubierto en su mentira.

—Miguel me dijo que el mensaje lo escribiste tú, haciéndote pasar por él, pero, aunque seas una mentirosa, sé que el rostro de confusión que tienes ahora mismo es sincero…

Se hizo otro incómodo silencio, mientras Miguel observaba a Laura, pensativo, como si los dos no entendieran mis indirectas.

Esbocé una sonrisa maliciosa y señalé a Melany.

—Está claro que tienes muchas amigas, pero si te soy sincera, no te envidio por ello… prefiero estar sola que mal acompañada —le dije a Laura.

Ella abrió la boca con sorpresa cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¿Fuiste tú? —le preguntó a Melany, alzando la voz y alterándose un poco.

—Deja de ser tan dramática… —susurró Melany, desviando su atención hacia mí para fulminarme con la mirada, ignorando a su supuesta mejor amiga—. ¿Crees que vas a irte de rositas? Tú también estás metida en esto hasta el cuello.

—¿Yo? —inquirí con una expresión de fingida sorpresa—. Yo no fui la que traicionó a su mejor amiga como lo hiciste tú —le dije, señalándola con el dedo índice—. Ni tampoco he mentido a nadie y se lo he ocultado durante años —hablé con voz más seria, señalando ahora a Miguel y a Laura—. Los dos me habéis mentido… ¡siempre! No me puedo creer que hayáis jugado con mis sentimientos.

—Yo nunca he jugado con tus sentimientos, Mar —murmuró Miguel con la voz rota—. Te quiero.

—¡Miguel! —exclamó Laura con los ojos empañados en lágrimas—. Creía… creía que tú y yo…

—Vuelve conmigo, Mar. Recuerda los momentos tan bonitos que pasamos juntos —habló Miguel, dando un paso hacia mí, importándole cuatro pitos que Laura estuviera llorando por él—. Recuerda cómo empezó todo entre nosotros, estamos destinados a estar juntos… Soy tu primer amor.

Alcé la mano para detenerlo, antes de que diera un paso más hacia mí.

—No me hagas recordar el error que cometí al pensar que aquella nota que encontré en mi chaqueta fue tuya.

Sus mejillas se pusieron coloradas. No estaba del todo segura de si estaba avergonzado porque lo había atrapado en su mentira o porque la ira empezaba a borbotear por sus venas.

—Sí, tienes razón, no fue Miguel… Aquella nota la escribió Max —dijo Melany, sorprendiéndome de que ella supiera la verdad—. Y era para mí.

Me mordí el interior de mi mejilla, aguantando las ganas de insultarla. No iba a creer nada de lo que saliera por su bocaza… ¡nada!

—Haz memoria, idiota —me ordenó ella, dando un paso al frente, mientras Laura seguía sollozando por culpa de Miguel—. Esa noche, tú y yo llevábamos puesta la misma chaqueta.

¡Vale, aquello sí que captó mi atención!

Hice memoria… y sí, lo que Melany estaba contando era cierto.

—Max siempre estuvo enamorado de mí —siguió hablando, sonriendo como si fuera la peor villana de *Disney*—. Cuando me mudé a la ciudad, Max me confesó que esa notita de amor, en realidad, era para mí; pero se había equivocado de chaqueta, creyendo que era la mía.

—No… —musité con la voz temblorosa, notando el escozor de las lágrimas en mis ojos.

—M2… —habló ella con voz alta y clara—. Melany y Maximiliano.

Noté un pinchazo en el corazón. Uno muy fuerte. La respiración me empezó a fallar, como si me estuviera dando un ataque de ansiedad.

—Mar, tienes que intentar relajarte… respira hondo, pequeña —me dijo Miguel, acercándose a mí con la intención de acariciarme el brazo para intentar tranquilizarme, lo que hizo que los lloros de Laura se intensificaran por ver al amor de su vida consolando a otra mujer.

Intenté apartarlo de mí, pero no hizo falta porque alguien apareció por sorpresa y le dio un puñetazo en toda la cara, lo suficientemente fuerte como para tirarlo al suelo.

—¿Acaso no te ha quedado claro lo que te dije la última vez, gilipollas? —inquirió Max, sujetándome por la cintura para ponerme detrás de él y así protegerme de Miguel.

Lo observé de arriba abajo, consciente de que solo traía puesta una toalla alrededor de su cintura. Su cabello estaba mojado, mientras gotas de agua corrían por su musculoso torso.

—Me importan una mierda tus amenazas, Maximiliano. Si todos nosotros hemos quedado como unos mentirosos, tú no vas a ser menos —le dijo Miguel, escupiendo sangre por la boca.

—Miguel, ¿estás bien? —le preguntó Laura, arrodillándose para quedar a su altura, pero él le apartó la mano de un manotazo y le gritó que se fuera a la mierda.

¡Joder, qué capullo!

—Dile la verdad, Maxi —habló Melany, haciendo que Laura y Miguel quedaran en un segundo plano.

—Estoy conteniendo mi rabia porque eres una mujer, pero créeme cuando te digo que, si vuelves a acercarte a María, las cosas terminarán muy mal para ti…

Melany, lejos de estar asustada, sonrió con picardía y se mordió el labio inferior.

—No me importan tus amenazas, Maxi. Tú y yo siempre solucionamos todo en la cama, ¿verdad? —dijo, provocándolo—. Bien, no pasa nada, si tú no piensas contarle la verdad a María, lo haré yo misma.

—Cierra el pico, Melany, o te juro que…

—Déjala hablar —le ordené a Max, haciendo que él girara su cabeza hacia mí en un claro gesto de sorpresa y confusión—. Quiero escucharla.

Melany sonrió triunfadora.

—Cuando terminé el bachillerato y me mudé a la ciudad, Max se puso en contacto conmigo… y así estuvimos, juntos, durante casi cuatro años.

—Maldita mentirosa de mierda…

—¿Es eso cierto? —le pregunté a Max, sujetándolo del brazo para que me prestara atención, pero sin dirigirle la mirada.

—No… —susurró él, desvelando en su tono de voz preocupación—. María, por favor, no la escuches y…

—¿También vas a negar que la notita de amor que me escribiste no era para mí? —le preguntó Melany, apretando los puños con fuerza.

Alcé la mirada hacia Max, quien me estaba observando mucho antes de yo hacerlo.

—¿Eso es verdad? —le pregunté con la voz temblorosa.

—María… —Negó con la cabeza.

—Pregúntale con quién estaba cuando se hizo ese tatuaje —siguió hablando Melany, echando más gasolina al fuego cuando señaló el pecho de Max—. ¡Estaba conmigo! Porque me prometió que iba a tatuarse las iniciales de nuestros nombres para demostrarme su amor…

El mentón me empezó a temblar de manera exagerada, mientras se me empañaba la visión por las lágrimas.

—Contéstame… ¿lo que dice es cierto? —le pedí a Max con la voz rota y triste.

En su mandíbula comenzó a palpitar un músculo mientras me miraba fijamente sin pestañear.

—¡Contéstame, joder! —grité, perdiendo los nervios, provocando que varias lágrimas se escaparan de mis ojos.

—Sí… —respondió casi en un susurro, haciendo que se me comprimiera aún más el pecho—. Pero déjame explicarte mi versión y…

Se me arrugó la cara por culpa de la tristeza y se me escapó un sollozo ahogado que ni siquiera pareció salir de mi boca.

Max intentó acercarse a mí, pero yo retrocedí un par de pasos para mantener las distancias con él.

—María, no es lo que parece…

—¡Venga, Max, deja ya de actuar! Estás intentando ponerme celosa, pero no lo vas a conseguir. Sé que no sientes nada por María, tú mismo me dijiste que ella es como una hermanita pequeña para ti.

—¡Cierra el pico, Melany! —le ordenó Max, amenazándola con el dedo índice.

—¿También vas a negarlo? Ella no es tu prototipo de mujer. No hay más que verla… —dijo, burlándose de mí y de mi físico.

—Maldita zorra… ¡se acabó! —Max gruñó cabreadísimo, al mismo tiempo que se acercaba a Melany con muy malas intenciones, pero se lo impedí cuando de mi boca salió lo siguiente:

—Tienes razón, Melany —susurré en voz baja, haciendo que todos se me quedaran observando fijamente, estupefactos por haberle dado la razón a mi enemiga—. Fui una ilusa al creer que Max me elegiría a mí antes que a ti. Una ilusa al pensar que no me rompería el corazón…

Entré en casa y subí las escaleras corriendo para encerrarme en mi habitación y empacar mis cosas en la maleta.

Pum, pum.

La manilla empezó a moverse, pero yo le tenía el seguro puesto.

—María, abre, por favor —rogó Max, volviendo a golpear la puerta con el puño.

Me puse muy nerviosa, creyendo que, en cualquier momento, él lograría echar la puerta abajo. Así que, cogí solo lo necesario y me puse unos pantalones de chándal, antes de bajar la maleta de la cama y abrir la puerta de golpe.

Max tenía los dos brazos levantados, apoyados en el marco de la puerta, impidiéndome el paso.

—Apártate —le ordené con voz seria.

Él bajó la mirada por mi cuerpo, pero cuando sus ojos se clavaron en mi maleta, las facciones de su rostro se tensaron.

—No vas a ir a ningún lado… —gruñó.

Apreté los labios con fuerza para contener un grito de rabia.

—¿En serio vas a creerla a ella antes que a mí? —inquirió.

—Es demasiada coincidencia que ella te hubiese acompañado a hacer ese tatuaje y que su nombre también empiece por la letra M… ¿no crees?

—María…

—Además, tú mismo reconociste que ella estaba diciendo la verdad.

Él golpeó el marco de la puerta, haciendo que me sobresaltara por el susto.

—¡No es así, joder! Quiero contarte mi versión.

—¿Para que vuelvas a mentirme? No, gracias… —le dije, pasando por debajo de su brazo.

—No me jodas, María… —susurró, sujetándome del codo para impedir que me alejara de él.

—¡No es mi intención hacerlo, Maximiliano, créeme! —exclamé furiosa, a la vez que sacudía el brazo para soltarme de su agarre.

—Nunca te he mentido…

Empecé a reírme en voz alta. No pude evitarlo.

—No me hagas mencionar las mentiras que me has ocultado, DarkWolf7 —le dije con ironía.

Él dio un paso hacia mí para intimidarme con su altura.

—Nunca te he mentido sobre lo que siento por ti —terminó de hablar.

Giré la cabeza hacia otro lado, pero él me sujetó el mentón para impedírmelo.

—Escucha… —susurró con voz cálida, agarrándome la mano para apoyarla encima de su tatuaje, mientras notaba los latidos de su corazón bajo la palma—. Eres tú… siempre has sido tú, maldita sea. Solo te amo a ti, enana.

Inspiré profundamente y solté el aire lentamente mientras pensaba en sus palabras.

—Ya no sé qué pensar, Max… ¿qué quieres que haga?

—Quiero que confíes en mí —dijo, apretando mi mano con la intención de no soltarme—. Sé que cuando éramos unos críos te hacía enojar, pero, joder… ¡actuaba por culpa de los celos! ¿Crees que es plato de buen gusto ver la chica que te gusta con otro tío? ¡Maldita sea, María!

—Pero… Melany… —Intenté terminar la frase, balbuceando.

—Melany es una mentirosa. Dime algo de lo que ella te haya contado que sea cierto…

Parpadeé varias veces para ahuyentar las lágrimas y me aparté de él para entrar en su habitación, arrastrando conmigo la maleta de ruedas.

Max quedó parado bajo el umbral de la puerta, viendo cómo rebuscaba en los cajones de su mesita de noche.

—Joder… —musité entre sollozos cuando encontré el perfume de Melany.

Max frunció el ceño en un gesto de confusión, al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Ya ves, Maximiliano… parece ser que Melany no es tan mentirosa como creías —le dije, arrojando el bote de perfume sobre el colchón, antes de acercarme a la puerta.

—No sé qué hace eso ahí. Te juro que es la primera vez que lo veo. Tal vez ella haya planeado todo esto. El día que entró en mi casa a escondidas…

—¡Ya basta! ¡Basta! —grité cabreada, respirando entrecortadamente por los nervios.

Max se quedó callado, impactado por verme tan afectada.

Pasé por su lado sin ni siquiera mirarlo a la cara. Necesitaba tiempo para pensar, para reflexionar… ¡había cosas que no me cuadraban, haciéndome confundir más de lo que ya estaba!

Caminé por el pasillo, dándole la espalda, intentando no mirar atrás…

—¿Acaso vas a terminar conmigo?

Paré en seco cuando lo escuché hablar.

Me di la vuelta para observarlo a la cara. Tenía el rostro desencajado, invadido de una espantosa tristeza, mientras sus ojos brillaban con lágrimas.

Sabía que luego me arrepentiría de mis palabras, pero en ese momento lo sentí así:

—No se puede terminar algo que nunca empezó…

Las facciones de su rostro se contrajeron en una mueca de profundo dolor. Mi tono, por no decir mis palabras, le habían afectado, incluso podría decirse que lo habían sorprendido.

Bufó con tristeza, pasándose una mano por su cabello húmedo, mientras observaba el techo en silencio. Luego bajó la mirada al suelo, al mismo tiempo que una lágrima abandonada y solitaria se deslizaba suavemente por su cara.

Nuestras miradas se conectaron y, por un momento, me sentí perdida en sus ojos cristalinos, hasta que murmuró:

—Tenías miedo de que yo te rompiera el corazón… pero al final has sido tú quien me lo ha roto a mí…

Me mordí el labio inferior para reprimir mis ganas de llorar y, sin decir nada más, me largué de allí…

Capitulo 14





Pum, pum.

Di un respingo, asustada, llevándome una mano al pecho.

Observé todo a mi alrededor. Había transformado el almacén de mi librería en una habitación provisional, hasta que juntara el suficiente dinero para poder alquilar un apartamento.

Pum, pum.

Salí del almacén, abrazándome a mí misma para intentar entrar en calor. Me había pasado toda la mañana llorando, arrepentida por lo que le había dicho a Max. Seguía enfadada con él, pero, al mismo tiempo, lo extrañaba…

Pum, pum, pum, pum…

Fruncí el ceño y me acerqué a la puerta cuando vi a Pablo junto a David a través de la cristalera.

¡Mierda!

Ni siquiera había pensado en mi hermano y en qué le diría al no encontrarme en casa.

Abrí la puerta y el tintineo de las campanillas fue interrumpido por mi hermano, quien entró en la librería totalmente alterado:

—¡No me puedo creer que te hayas ido de casa y no me hayas avisado!

Abrí la boca para responderle, pero me interrumpió:

—¡Y lo peor de todo! —exclamó, llevándose las manos a la cabeza—. ¡No me puedo creer que te hayas creído las mentiras de esa víbora!

Fruncí el ceño, empezando a mosquearme de verdad, pero David también participó en la conversación para poner un poco de paz:

—Pablo, relájate —le pidió a mi hermano, mientras sujetaba una cajita de madera contra su pecho—. Ni siquiera le has dado una oportunidad a tu hermana para explicarse.

Mi hermano golpeó una mano contra la otra y sonrió forzadamente hacia David.

—¿Y adivina qué? Ella tampoco le dio una oportunidad a Max para que pudiera explicarle la versión de los hechos… ¡la versión real!

—Tú qué sabrás… —murmuré por lo bajo.

Mi hermano abrió los ojos con asombro.

—Sé más de lo que crees, María. Te recuerdo que soy como un hermano para Max.

Quedé callada, apretando y aflojando los puños a ambos lados de mi cuerpo.

—Entonces sabrás la verdad sobre su tatuaje… lo que realmente siente por Melany, y…

—¡Oh, por favor! —gritó mi hermano, llevándose una mano a la frente—. ¿Cómo puedes estar tan ciega, joder?

—¡Pablo! —lo regañó David, pero mi hermano parecía decidido a ponerme las cosas claras.

—Max siempre ha estado enamorado de ti, María —lo soltó así, sin más.

Aquello era algo que no me tomó por sorpresa, pues el mismo Max me lo dijo a la cara, pero que mi propio hermano me lo hubiera confesado con tanta sinceridad, me hizo cuestionar seriamente si habría cometido un error al dudar de los sentimientos y de la credibilidad de Max.

—¿Cómo estás tan seguro de ello? ¿Él te lo dijo?

Mi hermano soltó una risa irónica con las manos en la cintura y negando con la cabeza.

—¿Recuerdas ese viernes de invierno, en el instituto, cuando os encontré a ti y a Max discutiendo en los pasillos?

Bajé la mirada al suelo intentando hacer memoria.

—Bueno, sé que es un poco difícil que recuerdes ese momento cuando realmente los dos discutíais todos los días —habló mi hermano, intentando añadir un toque de humor.

—No es el momento para reírte de mí, Pablo…

—Le diste a entender que ya te habías besado con un tío. Y eso… ¡Uff! Eso lo hizo enfurecer…

Fruncí el ceño cuando el recuerdo de ese momento se proyectó como una película de baja calidad en mi cabeza…

—Ay, enana… venga, dile la verdad a tu hermano.

—¿Qué verdad, gilipollas? —le pregunté, dando un paso al frente, a punto de que se me cayeran las gafas al suelo por la brusquedad de mi movimiento, pero Pablo puso una mano en mi pecho para frenarme.

—La verdad de que querías que yo fuera tu primer beso… —susurró con voz ronca.

Casi se me cayó la mandíbula al suelo.

Max se llevó las manos a los bolsillos de su pantalón, sonriendo de medio lado y sin sacarme la mirada de encima para intentar provocarme.

Tragué saliva con fuerza para aliviar el nudo que se había formado en mi garganta y, con voz serena y apacible, refuté:

—Oh, Marti… —Chasqueé con la lengua, esbozando una sonrisa maliciosa—. ¿Qué te hace pensar que yo ya no haya tenido mi primer beso con otro tío?

Las facciones de Max se fueron relajando poco a poco, incluso se le aflojó la mandíbula. Su rostro expresaba confusión y enojo, pues sus manos, que todavía descansaban dentro de los bolsillos de su pantalón, ahora se apretaron en dos puños fuertes.

—Si me permites… —le hablé a mi hermano para apartarle la mano de mi pecho y bordearlo—. Tengo cosas más importantes que hacer… —les dije, pero clavando la mirada en el idiota de Max para lanzarle dardos envenenados y que pudiera absorber por todos los poros

de su piel el gran odio que le tenía.

Max, por el contrario, seguía confundido y sin dar crédito a la gran mentira que acababa de decir, pues yo no me había besado con nadie… todavía.

Les di la espalda para encaminarme hacia la clase de literatura, escuchando su conversación:

—¿Es en serio, bro? ¿Vas a quedar así de tranquilo sabiendo que otro tío le está comiendo la boca a tu hermana? ¡Joder! —gritó Max, completamente enfurecido.

—¿Quieres tranquilizarte un poco?

—¿Cómo quieres que me tranquilice? Soy un hombre, Pablo, y sé cómo pensamos… tu hermana tiene que dejar de verse con ese chico… ¡con cualquier tío!

—Bro, María ya no es una niña. Deja de tratarla como tal.

—¡Me cago en la puta, Pablo! ¡Tiene dieciséis años!

—Max, ¿tengo que recordarte a qué edad perdiste la virginidad? No me jodas, colega…

Aminoré el paso para escuchar mejor aquella conversación, antes de doblar la esquina.

—¡Es distinto! —expresó frustrado.

—¿Por qué? ¿Por qué ella es mujer y tú un hombre?

—¿Qué? ¡No, joder! Me importa una mierda lo que hagan las demás tías con su cuerpo. ¡Cada uno es libre de hacer lo que le dé la gana con su vida!

—¿Entonces, por qué te pones así?

—Porque ella lo es tod…

Mi hermano chasqueó los dedos frente a mi cara y enarcó una ceja.

—Ya has hecho memoria, ¿verdad? —inquirió él y yo simplemente asentí con la cabeza—. Cuando te fuiste de allí, los dos nos quedamos a solas en el pasillo. Le pregunté por qué estaba tan celoso y cabreado, y sus palabras textuales fueron: «*Porque ella lo es todo para mí… porque la amo*».

Sentí un pinchazo en el corazón que me agarrotó la garganta. Si no me controlaba, acabaría llorando.

—Pero… no lo entiendo… —musité con la voz rota—. Melany me dijo que acompañó a Max a hacerse el tatuaje y…

—María, joder… —gruñó mi hermano entre dientes, cabreado.

—¡Max reconoció que era verdad! —exclamé enfurecida, dejando que las lágrimas salieran sin discreción junto con la preocupación y tensión.

—¡Porque lo es! —afirmó mi hermano—. Pero no como Melany te lo ha contado.

—Por favor, María, escucha a tu hermano… no te arrepentirás, créeme —dijo David, apretando con más fuerza la cajita de madera.

Me mordí el labio inferior, desviando la atención de David para centrarme en mi hermano y escuchar la versión de los hechos.

—El día de tu dieciocho cumpleaños… ¿lo recuerdas? —me preguntó mi hermano y yo asentí.

—Sí, te dije que iría a visitarte a la ciudad, pero…

—Pero al final no viniste —terminó él la frase—. Max te había preparado una fiesta sorpresa para esa noche. Nunca lo había visto tan ilusionado por algo, hasta que me dijo la razón de por qué estaba tan feliz… y era porque esa noche tenía pensado confesarte sus sentimientos y declararse.

Se me escapó un sollozo de la garganta, pero luego me tapé la boca.

—Cuando me llamaste para decirme que no vendrías, Max se puso muy triste y terminó emborrachándose para intentar olvidarte. Pero no lo consiguió —susurró mi hermano, frunciendo el ceño y observando un punto invisible en el suelo, como si le afectara recordar ese momento del pasado—. Se pasó toda la noche llorando por ti, María, porque vio una publicación tuya con Miguel en las redes sociales, besándoos y celebrando tu cumpleaños en pareja. Max no hacía más que repetir, entre sollozos e hipos, que ese debería ser él… que el único hombre que debería estar a tu lado tendría que ser él.

Me limpié las lágrimas con la manga de la sudadera y negué con la cabeza, sintiéndome como la peor persona del mundo por haberle hecho ese daño a Maximiliano, cuando él siempre intentó protegerme, cuidarme… y amarme.

—Me dijo que, si no podía tenerte, al menos te llevaría siempre en el corazón. En un principio creí que estaba hablando metafóricamente, pero cuando lo vi llamar a un conocido suyo que era tatuador y pedirle el favor de que le diera una cita para esa misma noche… ¡me quedé en shock! —habló mi hermano, esbozando una sonrisa triste y negando con la cabeza—. Por supuesto, Melany, aparte de autoinvitarse a tu fiesta sorpresa, también se autoinvitó para acompañarnos porque, según sus espeluznantes teorías, Max estaba perdidamente enamorado de ella. —Pablo puso los ojos en blanco e hizo una mueca de asco con la boca—. ¡Y claro! La obsesión de Melany por Max pasó a otro nivel cuando el muy idiota, todavía bajo los efectos del alcohol, empezó a confesarnos que estaba enamorado de una chica del instituto, pero que ella no lo sabía… Una chica cuyo nombre empezaba por la letra M. La mujer más hermosa del mundo.

Cerré los ojos un segundo y me froté la frente para intentar aplacar el dolor de cabeza que me estaba produciendo aquella historia.

—La tía está loca… Max mencionó que estaba enamorado de la mujer más bonita del mundo y, por supuesto, ella se dio por aludida… —musitó David con los ojos abiertos como platos.

—Podría decir muchas cosas de ella, pero el lenguaje se queda corto… —susurró mi hermano—. En fin, esa noche descubrí que Max, cuando bebe, no es tan reservado como cuando está sobrio. Y la guinda del pastel llegó después cuando el tatuador le pidió a Max que le dibujara en un trozo de papel el diseño de su nuevo tatuaje. Bueno, supongo que, a estas alturas, ya sabrás lo que se ha tatuado… —Asentí con la cabeza, sorbiendo los mocos con el mentón temblando—. Cuando Max se tumbó en la camilla y el tatuador empezó a dibujar su pecho, Melany y yo nos quedamos sin palabras. Él siguió hablando sobre sus sentimientos, explicándonos que el tatuaje tenía un gran significado para él, porque la noche del cumpleaños de Melany le confesó su amor a la mujer que amaba con una notita de amor, pero que todo, al final, había salido al revés.

Cerré los ojos, recordando ese momento…

«María, espera, quiero decirte algo importante, yo…»

Esa noche, no dejé que Max terminara de hablar. No le había dejado explicarse, de la misma manera que lo hice esa misma mañana…

«¡Soy una idiota, joder!», pensé para mí misma.

—La cabeza de Melany hizo *clic* y las pocas neuronas que tiene empezaron a enlazar cables sueltos, dando por hecho que la mujer de la que Max estaba enamorado era ella… A día de hoy cree que esa nota de amor era para ella, como regalo de cumpleaños, pero que Max se equivocó de chaqueta porque tú y ella llevabais la misma puesta esa noche.

—Madre mía, esto es mucho mejor que una telenovela —susurró David, con los ojos llenos

de lágrimas por la emoción.

—Sé que me va a matar cuando descubra que te he dado esto —dijo, acercándose a David para coger la cajita de madera y ofrecérmela—. Pero tal vez me perdone la vida cuando te vea de nuevo en su casa, junto a él, y empecéis una relación de verdad.

—*Todas las notas de amor que siempre quise darte*… —leí en voz alta la frase que Max había escrito a mano en la tapa de la cajita.

—Este iba a ser tu regalo de cumpleaños… —susurró Pablo.

David me sonrió mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Estaba llorando entre una mezcla de tristeza y felicidad. Mi hermano le acarició los hombros para consolarlo y luego se despidieron de mí, dejándome a solas.

Cuando las campanillas de la puerta dejaron de tintinear, todo lo que había a mi alrededor quedó congelado durante unos segundos, en silencio.

Podía escuchar los latidos de mi corazón. Podía escuchar otras cosas también. Cosas que no estaban ahí, sino en mi mente, como recuerdos anclados en mi memoria.

Abrí la cajita de madera y mis manos empezaron a temblar. Había un montón de pósits de diferentes colores, todos ellos con alguna frase escrita a mano.

Caí de rodillas, llorando sin consuelo, cuando esparcí todas las notas por el suelo para poder leerlas mejor…

—Oh, Max… —sollocé, con el corazón roto en mil pedazos, cuando fui consciente de lo mucho que él había sufrido por dentro, incapaz de confesarme sus sentimientos.

Seguí llorando mientras mis lágrimas impactaban contra los pósits.

—Lo siento… lo siento mucho —murmuré para mí misma, consciente de que debía volver a casa y pedirle perdón—. Max…


mi corazón te ama demasiado y
mi mente no deja de pensarte...
mz
ERES MI PRINCIPIO...
Y MI FIN
mz
Enana...
mz
MAXIMILIANO MARTI
Y
MARÍA MARTÍNEZ
Te quiero...
Eres la mejor sensación
del mundo, enana...
mz
Mi única adicción
lleva tu nombre
mz


Soy todo tuyo...
Siempre he sido tuyo, enana, mucho antes de que me hubieras regalado el collar...
mz
Haces mi mundo más bonito, aunque no lo sepas...
mz
Llámame egoísta... pero quiero que seas solo mía, enana...
mz
Quiero ahogarme en tus labios, enana...
mz
Tú y yo... para siempre
mz


Si sé lo que es el amor, es gracias a ti...
mz
Quiero hacerte mía... mía en todos los sentidos, enana...
mz
Eres mia...
Ojalá te vieras como yo te veo... Eres perfecta, enana... perfecta para mí
mz
Te amo tanto que no soporto la idea de perderte...
ERES MÍA
mz
mz
No soporto la idea de que alguien más te haga feliz...
mz
Eres preciosa, enana


Eres la única persona
que necesito en mi vida
te amo, enana...
mz
Eres la dueña
de mis sueños...
Eres única,
enana...
Haría cualquier cosa
por tenerte, enana...
cualquier cosa
mz
Todos tenemos sueños,
y el mío es
casarme contigo...
mz
mz
Si algún día lees
esta nota, me debes
un beso, enana... ;)
mz
TE AMO,
ENANA
tuyo... Max
enana


Amarte duele, enana,
duele muchísimo...
pero no me importa
mz
Eres la luz que
ilumina mi mundo
oscuro...
mz
Aunque no me ames,
te prometo que haré
hasta lo imposible
para que siempre
estés bien, enana...
mz
te amo...
Dame una oportunidad, y
te juro que seré el mejor
novio del mundo... mejor
que los personajes ficticios
de tus novelas románticas
mz
Mi enana..
mz

Sí, te odio, enana... te odio porque me haces sentir y no quiero hacerlo... te odio porque no dejo de pensar en ti las veinticuatro horas del día... te odio porque no soy capaz de sacarte de mi cabeza... te odio por estos celos enfermizos que me haces sentir... te odio porque me he vuelto posesivo contigo...

¡porque quiero que solo seas mía!



MZ

Capitulo 15





Entré en la casa, dando pasos cortos e inseguros, como si fuera una ladrona. Caminé hacia la cocina cuando escuché, al otro lado de la puerta del garaje, el sonido de un martillo golpeando una barra de hierro, lo que me hizo confirmar que Max estaba en casa y parecía estar trabajando en algo.

Tomé una enorme bocanada de aire, en serio, había estado conteniendo la respiración todo el tiempo que estuve de pie, parada durante un buen rato frente aquella puerta que me llevaría directa a Max.

—Vamos… —me animé a mí misma, apretando la cajita de madera contra mi pecho como si fuera un salvavidas.

Agarré la manilla de acero y abrí la puerta, empujándola hacia el interior del garaje.

Max estaba de pie dándome la espalda y con el torso completamente descubierto. Observé su moto encima de un caballete, como si la estuviera arreglando.

Volvió a tomar el martillo y golpeó una pieza de metal contra el yunque. Capté la tensión en todos los músculos de su espalda y en las venas hinchadas de sus brazos. Nunca lo había visto así, descargando su ira de aquella manera.

—Max… —susurré su nombre con voz apenas audible, pero él se quedó paralizado con el martillo en el aire.

Lo escuché respirar entrecortadamente y, después de unos segundos, bajó el martillo a toda prisa, golpeando el metal con una fuerza descomunal, haciendo que saltaran chispas por el roce.

Max exhaló profundamente y se inclinó sobre la mesa, la cual estaba llena de herramientas y virutas de madera.

—Necesito hablar contigo… —le dije con la voz temblorosa.

Él no dijo nada, pero sus bíceps se tensaron como acero cuando comenzó a apretar los puños contra la mesa.

Luego soltó un bufido.

—Esas son las tres palabras que nadie quiere escuchar en una relación —murmuró, apagando la voz—, pero como me has dejado claro que tú y yo no somos nada…

—Max, por favor, mírame —le rogué, sintiendo cómo se me quebraba la voz.

Él negó con la cabeza, apretando los puños con más fuerza.

—No me hagas esto, por favor —musitó con voz trémula—. No me pidas que te mire a la cara para luego ver cómo te vas de mi vida… otra vez.

Me llevé el dorso de la mano a la boca para acallar un sollozo.

—No pienso irme a ningún lado. —Abracé la cajita con más fuerza—. Sin ti, no…

Los músculos de su espalda, tensos por la desconfianza, se fueron relajando poco a poco.

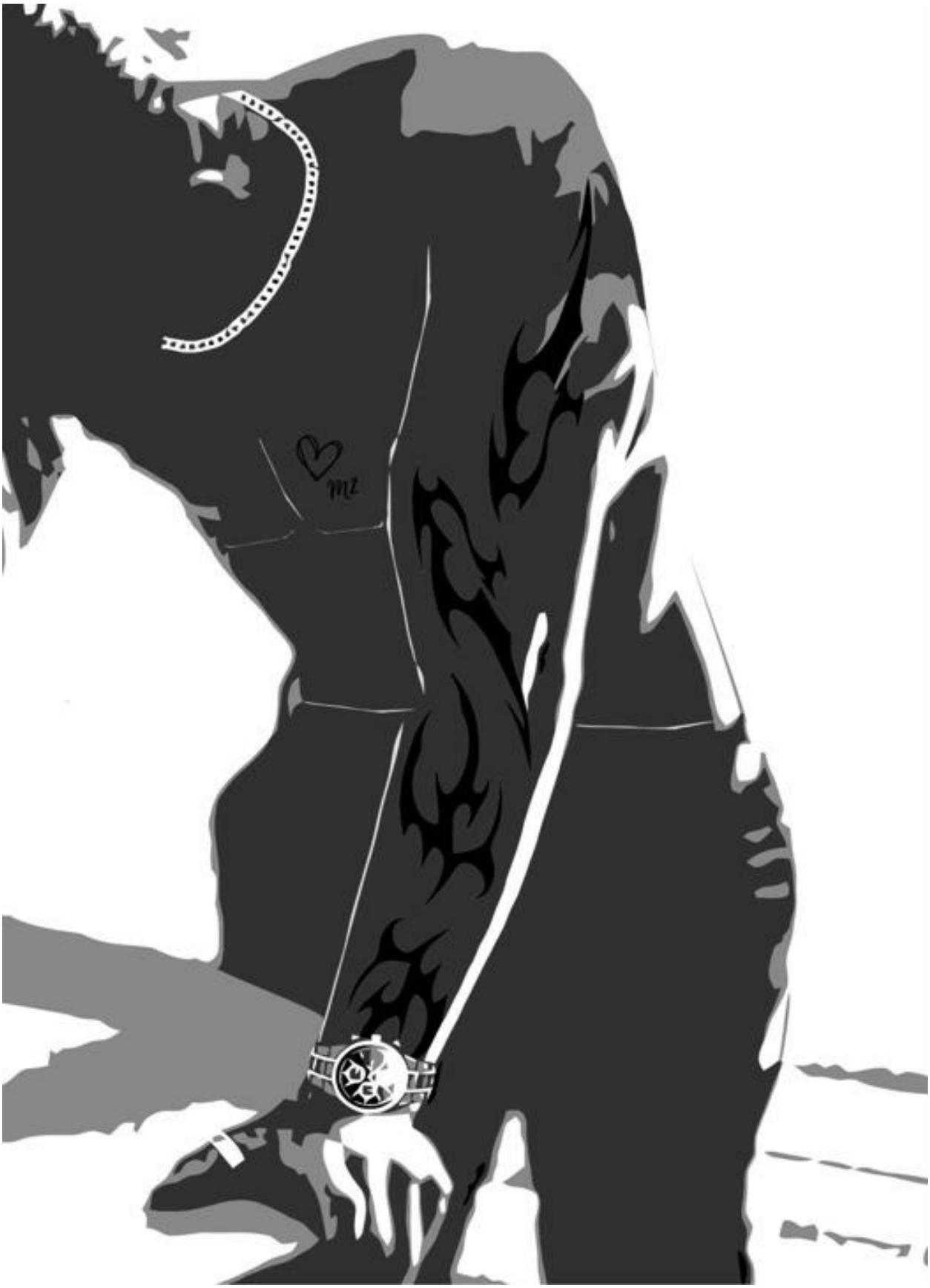
—María… por favor, no sé si podré volver a aguantar tanto tiempo sin verte, sin…

—Max —lo interrumpí.

Los dos nos quedamos en silencio, sumidos en nuestros pensamientos, todavía sin mirarnos a la cara.

Sonreí con ternura, bajando la vista a la cajita que tenía entre mis manos y susurré con voz cálida y llena de sentimiento:

—*Todas las notas de amor que siempre quise darte*.



Max se giró hacia mí con los ojos llenos de lágrimas. Tenía el pelo revuelto, como si se hubiera pasado varias veces las manos por la cabeza, mientras su pecho subía y bajaba acelerado, haciendo que bajara la vista de sus ojos para primero posarla en su collar de acero y luego en el tatuaje de su pecho… ¡nuestro tatuaje!

—Voy a matar a tu hermano… —gruñó él entre dientes, apretando los puños a ambos lados de su cuerpo—. No deberías haber leído esas notas. No quiero influir en tu decisión, en tu felicidad, ni que…

—Lo siento… —sollocé sin poder contener más aquella angustia en mi pecho.

Max dejó de apretar los puños y me observó con preocupación, con cariño, con amor… ¡con una mezcla de emociones buenas y llenas de mucho afecto!

—María, no…

Alcé la mano para interrumpirlo y que me dejara terminar de hablar, si es que eso era posible, pues no hacía más que hipar entre sollozos, casi incapaz de respirar con normalidad.

—Debiste habérmelo contado —le dije con la voz temblorosa, intentando limpiarme las lágrimas, pero no cesaban en su empeño por caer.

Max apretó las mandíbulas.

—¿Habría servido de algo si lo hubiera hecho? —Quedé callada ante su pregunta—. Estabas enamorada de otro hombre, María… —me recordó, sonando realmente afectado.

Me pasé la lengua por el labio inferior con nerviosismo, pero me animé a responderle porque no quería perderlo…

—Estar con Miguel me hizo darme cuenta de que no estaba enamorada de él. —Aquello hizo que Max pusiera toda su atención en mí, con su mirada clavada en la mía—. Por aquel entonces no quería reconocer la verdad…

—¿Qué verdad? —preguntó él, acercándose lentamente a mí, como si no pudiera estar ni un segundo lejos de mi cuerpo.

—Que el único hombre que hay en mi mente y en mi corazón eres tú.

Max tragó saliva con tanta fuerza que la nuez de su garganta pareció quedarse atascada.

—Siempre has sido tú, nadie puede remplazar esto que siento en mi corazón… —le dije, apretando con más fuerza la cajita cuando él quedó a pocos centímetros de mi cuerpo—. Te amo…

Incliné la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara. Sus ojos azules grisáceos apuntaron hacia los míos para transmitirme todo el amor que sentía hacia mí.

No dijo nada mientras observaba detenidamente mi rostro, pero, luego, sus ojos se ablandaron.

—Dilo otra vez…

Bajé la mirada al suelo, sintiendo las mejillas arder, pero él me sujetó el mentón y me acarició el labio inferior con el dedo pulgar.

—Por favor, dilo otra vez… —rogó.

—Te amo.

Max se pasó la lengua por los labios, como si estuviera saboreando mis palabras, con su mirada todavía fija en la mía.

—Otra vez…

Mi sonrisa se agrandó tanto que incluso me dolieron las mejillas.

—Te amo.

—Una vez más, enana…

—Te amo.

Él se inclinó hacia mí, apoyando su frente contra la mía.

—Creo que no te he oído bien…

—¡Te amo, Maximiliano Marti!

Max lanzó un gruñido profundo, antes de enmarcarme el rostro con las manos y besarme apasionadamente. Su reacción me pilló tan desprevenida, que la cajita de madera se resbaló de mis dedos y todas las notitas de amor salieron disparadas por los aires hasta aterrizar en el suelo.

Gemí contra su boca, frotando mi cuerpo contra el suyo, sintiendo el calor que emanaba entre nosotros.

Nuestros ojos se encontraron por unos segundos, antes de que me volviera a besar, mientras su lengua se abría paso en mi boca, explorando cada rincón.

Sus manos subían y bajaban por mi espalda, hasta que se colaron por debajo de mi sudadera para acariciar mis pechos.

Rompí el beso para jadear, pero Max continuó a lo suyo, volviendo a apoderarse de mis labios con ansia, emitiendo un sonido de placer cuando me pellizcó los pezones. Su lengua parecía no tener otro objetivo que enroscarse con la mía.

Le rodeé el cuello con los brazos para pegar todo mi cuerpo al de él, consciente de que la tensión en su entrepierna era cada vez más evidente y tentadora, jodidamente tentadora.

Caminamos marcha atrás, sin rumbo, tropezándonos con nuestros propios pies, pero en ningún momento dejamos de besarnos.

La cadera de Max chocó contra la mesa, a punto de tirar al suelo las herramientas, mientras su mirada taladraba la mía.

Apoyé las palmas de mi mano sobre su pecho, a unos centímetros del tatuaje, para luego trazar con la punta de mi lengua la M… el 2… y el corazón…

—Joder… —jadeó él, apretando los dientes con fuerza.

Max, respirando entrecortadamente, me lanzó una mirada excitada, pero curiosa, cuando deslicé mi lengua por todo su torso, hasta llegar a su ombligo.

Le sonreí mientras me arrodillaba frente a él, sin sacarle la mirada de encima.

Él lanzó un largo y profundo suspiro cuando le bajé los pantalones del chándal y luego sus calzoncillos.

Me relamí golosa, torciendo una sonrisa cuando liberé su erección.

Max me acarició la mejilla con el dorso de la mano, con una delicadeza que me hizo sentir cosquillas.

—No tienes que hacerlo si no quieres —susurró con voz ronca, acariciándome los labios con su dedo pulgar.

—Quiero hacerlo… —le respondí con voz severa, apretando suavemente mi mano alrededor de su enorme y venoso miembro.

Él cerró los ojos con fuerza y echó la cabeza hacia atrás.

Respiré profundo y luego acerqué mi boca, al mismo tiempo que sacaba la lengua para acariciar su carne aterciopelada.

Max emitió un pequeño gimoteo cuando se la chupé, haciendo buen uso de mis mejillas al succionar a toda velocidad mientras mi lengua no se dejaba un centímetro sin recorrer. Fruncí el ceño, moviendo mi mano de arriba abajo en los lugares donde mi boca no alcanzaba.

¡Joder, debía medirle unos veintidós centímetros por lo menos!

Max empezó a mover suavemente sus caderas, sujetándose al borde de la mesa y gruñendo con desesperación. Podía notar su erección tensándose cada vez que mis dientes rozaban su glande.

—Tenerte arrodillada frente a mí, con esos ojitos mientras me la chupas… ¡Uff! Vas a matarme, conejita —dijo él entre jadeos.

Aquello hizo arrancarme un gemido de excitación, animándome a introducir más su miembro en mi boca.

—¡Joder, María!

No le quité la mirada de encima cuando saqué la lengua y le lamí parte del líquido preseminal… salado, viscoso, mineral.

Volví a introducírmelo en la boca, tomando más y más, hasta que sentí la punta en el fondo de mi garganta. Intenté controlar las arcadas y seguí chupando, disfrutando tanto como él lo estaba haciendo.

¡Sí!

A él le excitaba verme jugar con su miembro y a mí me excitaba darle placer.

—Tienes que parar, enana… —rogó, su pecho elevándose, preso de la lujuria, observándome con una mezcla de asombro y fascinación—. Para, María…

Le acaricié los muslos, succionándolo con más fuerza.

Max maldijo por lo bajo. Sus venas hinchadas se transformaron en latidos con la presión de mi boca y mi mano.

—¡Se acabó! —gruñó él, alzándome por las axilas, su mano apretando con delicadeza mi cara mientras me devoraba la boca sin piedad—. Quiero correrme dentro de ti, pero antes necesito ir a por un condón.

Max me dio un beso corto, pero intenso, y, a punto de subirse los pantalones, se lo impedí.

—Eso no tiene sentido —le dije, sonando cabreada, al mismo tiempo que lo obligaba a desnudarse por completo—. Si quieres correrte dentro de mí, hazlo… pero sin condón.

Sus ojos se oscurecieron.

—No hay nada más que desee en el mundo que tener una familia contigo, enana, ahora mismo si quieres… pero antes necesito asegurarme de que seas consciente de lo que estás diciendo y que no estés hablando bajo los efectos de la lujuria y la pasión.

Le enmarqué el rostro con las manos, feliz de haber escuchado aquello.

—Mis ciclos menstruales son extremadamente dolorosos… por eso, tomo la píldora… —Él frunció el ceño sin pillar la indirecta—. La píldora anticonceptiva, Max.

La comisura de sus labios tiró hacia arriba hasta formar una sonrisa ladina y seductora.

—Ahora sí que nos entendemos.

—¡Ah! —chillé cuando me arrancó la ropa y me cargó en brazos, para luego sentarse sobre su moto conmigo a horcajadas.

—Mi dulce conejita… —susurró con una sonrisa llena de picardía—. Querías montar en mi moto —dijo, deslizando su pene entre mis húmedos e hinchados pliegues—. Y también querías montarme a mí —susurró, presionando la punta de su erección en mi entrada, recordando los mensajes subidos de tono que le envié sin saber que, en realidad, era él—. Pues nos montarás a los dos al mismo tiempo…

—¡Oh, Dios! —gemí.

Mis ojos se pusieron en blanco al sentir la exquisita sensación de hacerlo sin condón… ¡de hacerlo con Max!

—Dios mío, estás tan caliente y húmeda… —gruñó contra mi cuello—. No voy a durar mucho…

En esa posición, podía decidir el ritmo y la profundidad de la penetración, pero Max gruñó, como si estuviera a punto de perder el control, obligándome a inclinarme hacia atrás para

agarrarme de las caderas y empezar a penetrarme a su manera, torturándome y llevándome al límite de mis fuerzas.

Mi vagina se apretó alrededor de su pene, provocando que los dos estallásemos en un gemido al unísono.

Era demasiado difícil de explicar las sensaciones que Max podía arrancar de mi cuerpo.

Ajustó mis caderas y empujó profundamente, acariciando mi «bolita del placer» con su dedo pulgar. Mi estómago se flexionó cuando tomé una profunda respiración, sorprendida al sentir el tacto de su dedo, algo que hizo excitar todavía más a Max.

El ruido de las suspensiones de la moto mezclado con el sonido húmedo de follar llenaba el aire… ¡el punzante olor a sexo flotaba en el aire!

Max me estrechó entre sus brazos, jadeando contra mi pecho, pero luego me besó con mucha fuerza mientras los músculos de sus brazos se ponían tensos, indicándome que estaba a punto de correrse.

Separamos nuestras bocas, ambos jadeando por la necesidad mutua que teníamos el uno del otro, pero luego enterré mi cara contra su cuello, inspirando su aroma masculino. Mis piernas estaban abiertas mientras lo montaba a horcajadas, ahora marcando mi ritmo.

—Soy tan tuyo como tú eres mía… —Sus susurros eran roncos con su respiración profunda, y me mordí el labio para no gritar de placer—. Nadie más puede tenerte… solo yo —Lo sentí engrosarse, alargarse y enterrarse hasta lo más profundo de mi ser.

Me hundí un poco más sobre él, empujándolo más hacia adentro, mientras mordía su piel salada y caliente para ahogar mis gritos. Pero Max no estaba interesado en que lo hiciera lento. Así que, me agarró ambas muñecas con una mano y las sostuvo en mi espalda al nivel de mi cintura, mientras que con la otra sujetaba con fuerza mi trasero para que me restregara contra él, rápido y salvaje, con nuestros cuerpos meciéndose al compás.

Max aceleró el ritmo frenéticamente, penetrándome como un animal. Por un momento, creí que la moto se caería al suelo, pero a él parecía no importarle.

Sin dejar de mirarme fijamente, arremetió con más intensidad mientras sentía que se aproximaba un inminente orgasmo.

—Joder, cariño… —murmuró él entre dientes, pero apenas pude concentrarme en sus palabras cuando sentí su semen en mi interior. Lo sentí cálido, muy, muy cálido; y dulce… exquisitamente dulce.

¡Uff!

Una y otra vez, su pene latía en mi interior, llenándome hasta desbordarme.

Todo a mi alrededor explotó de nuevo. Llegué al orgasmo en un grito, tan perdida en el torrente de calor que me atravesó, que incluso me olvidé por completo de mi nombre y de dónde estaba.

Un fuerte chillido salió de mi boca, pero él lo recogió en la suya, besándome profundo con su lengua hasta mi garganta. Estaba perdida, con mi cuerpo convulsionando mientras gritaba contra su boca.

Max no ralentizó sus embestidas, pero éstas se volvieron más lentas y torpes, mientras jadeaba y apretaba los dientes, disfrutando de mis temblores a causa del orgasmo.

Permanecimos abrazados unos momentos, él con la cabeza apoyada en mi hombro y yo con mi barbilla apoyada en su coronilla.

—Te amo tanto que me duele por dentro, como si fueras una herida abierta —susurró con voz ronca, al mismo tiempo que me cogía la mano para apoyarla en su corazón.

—No digas eso… nuestro amor no debe doler.

Todavía enterrado dentro de mí, Max me contempló con fijeza, en tensión.

—Durante todo este tiempo que hemos estado separados, ¿no sentías un dolor agudo en el pecho? ¿Como si te hubieran arrancado el corazón?

Pensé en el pasado, en todas sus notas de amor que nunca recibí, y, automáticamente, se me humedecieron los ojos, pero Max me besó tiernamente en los labios mientras me susurraba:

—Soy un maldito egoísta, enana…

—No. —Negué con la cabeza, pero él me enmarcó el rostro con las manos.

—Sí, sí que lo soy, porque quiero que seas mía en todos los sentidos, que nadie más tenga tu corazón ni te pueda sentir, besarte o ser la razón de tus sonrisas… quiero ser tu último en todo.

—Max…

—Por favor, María —me suplicó—. No me vuelvas a dejar. No sé si mi corazón lo soportaría otra vez.

Yo también le enmarqué el rostro con las manos y le besé la punta de la nariz.

—He venido para quedarme… para quedarme a tu lado, Maximiliano.

Sus ojos se iluminaron y en su boca se dibujó una sonrisa ladina, mientras mis dedos se enroscaban en su collar de acero.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunté.

Él negó con la cabeza.

—No me causa gracia, sino felicidad de que tú y yo por fin estemos juntos.

Ladeé la cabeza hacia un lado y le devolví la sonrisa.

—Pero bueno, si te soy sincero… —murmuró, esta vez esbozando una sonrisa picarona, al mismo tiempo que me alzaba en brazos, todavía enterrado dentro de mí—. También estoy feliz de poder tomar esa maldita ducha contigo que todavía tenemos pendiente, enana…

—¡Max! —me empecé a reír, con las mejillas sonrojadas, mientras él me besaba el cuello y caminaba conmigo en brazos hacia el cuarto de baño, dispuesto a cumplir su palabra…

Epílogo
4 años máis tarde





Mi vida había cambiado para mejor desde la llegada de María a la ciudad. Habían pasado cuatro años y todavía no me podía creer que la mujer de mis sueños fuera mía.

¡La amaba con todo mi ser!

Una ráfaga de viento hizo que, de repente, no me sintiera tan seguro de haber traído la moto para ir a buscar a María al trabajo. En su estado, podría ser muy peligroso.

Bajé el visor del casco y aceleré la moto hasta mi destino, maldiciéndome para mis adentros por no pensar las cosas con detenimiento, pero Mar me había insistido tanto en que la fuera a buscar en moto, que no pude resistirme a ella ni a negarle nada.

Mi trabajo, mis obligaciones como empresario, todo… todo pasó a un segundo plano, pues, ahora, ella era mi prioridad… ¡mi única prioridad!

Aparqué la moto frente a la puerta de la librería y apagué el motor. Me saqué el casco y sonreí con ternura cuando vi a Mar saliendo por la puerta con una sonrisa radiante. Sí, con aquella sonrisa capaz de iluminar cualquier día oscuro. Porque ella era mi luz…

—No sabes hacer otra cosa que fruncir el ceño y dibujar una mueca de desaprobación —dijo ella cuando se acercó a mí.

—Oh, enana, sé hacer muchas más cosas… ya deberías saberlo —le dije, guiñándole un ojo, provocando que sus mejillas se pusieran rojas por la vergüenza.

¡Joder, era tan tierna y sexy al mismo tiempo! ¡Me volvía loco!

—Creo que es mejor que vuelva a casa y traiga el coche —le dije, sonando serio y bastante preocupado.

Ahora fue ella quien frunció el ceño y puso una mueca de desaprobación.

¡Maldita sea!

María era la persona más terca que jamás había conocido.

—María… es muy peligroso para los dos —le dije, bajándome de la moto para acariciar su barriga de embarazada.

Sí, cuando me refería a los dos, no me estaba incluyendo a mí mismo, sino a mi hijo…

—Más peligroso es montar tu «enorme amigo» estando embarazada y, ya ves, no ha pasado

nada malo —me dijo, alzando los hombros para luego dejarlos caer.

Abrí la boca con indignación.

—El ginecólogo nos explicó que podíamos mantener relaciones sexuales.

—Eso es porque no le dijiste cuántos centímetros te mide —aclaró ella, esbozando una sonrisa ladina.

Ahora fui yo quien se sonrojó con su comentario.

—Cariño, si en la próxima cita el ginecólogo nos dice que no podemos tener sexo, te aseguro que no lo tendremos.

—¡Qué gran esfuerzo por tu parte! —exclamó ella, fingiendo dramatismo.

—Y lo es, enana… —gruñí entre dientes—. Ven aquí —le ordené, envolviendo mis brazos en su cintura—. Te he echado de menos, muchísimo —le confesé, besándole el cuello.

Ella empezó a reírse por las cosquillas que le producía mi barba en su fina piel.

—Si solo han pasado siete horas desde la última vez que nos hemos visto —me dijo entre risas.

—Para mí han sido siete años… —murmuré con voz triste.

—Qué exagerado eres, de verdad.

Le pellizqué el mentón con el dedo índice y pulgar, antes de besarla en los labios.

—Te equivocas. Cuando estás enamorado todo es posible, enana.

Volví a besar sus labios, sintiendo la atmósfera llena de romanticismo y tensión sexual… sí, aquella atmósfera que siempre experimentábamos cada vez que estábamos juntos.

—Ya he decidido el nombre de nuestro hijo —me dijo, sus labios rozando los míos al pronunciar cada sílaba de cada palabra.

—¿Sin mí? —inquirí con los párpados medios caídos debido al efecto relajante de sus besos.

—Sé que también has pensado en el mismo nombre, pero te da miedo decírmelo… —aseguró con voz firme y sonriente.

Enarqué una ceja cuando ella se separó un poco de mí para descolgar la mochila de su espalda y buscar por algo.

—Marti —leí en voz alta el nombre de mi padre, es decir, mi segundo nombre y, ahora, el nombre de mi hijo; escrito en una pequeña cajita de madera.

María me sonrió con los ojos emocionados, sujetando la cajita entre sus manos. Sonreí con ternura, pues la había decorado con pegatinas de estrellas y animalitos.

—He pensado que podríamos escribirle notitas de amor a nuestro hijo para dárselas en un futuro, cuando sea un adulto. Quiero que, pase lo que pase, siempre sepa lo mucho que lo amamos —comentó ella sin borrar la sonrisa de la cara.

La observé sin decir nada, con las lágrimas empañando mi visión, mientras mi corazón latía a toda prisa, ilusionado y feliz por tener la suerte de que ella quisiera compartir su vida conmigo.

—¿No te gusta la idea? Yo… creía que… —Su voz se fue apagando lentamente, como si la hubiera decepcionado.

¡Había interpretado mal mi silencio!

Negué con la cabeza, le enmarqué el rostro con las manos y le devoré la boca con una pasión desenfrenada.

—Creo que los dos hemos pensado en lo mismo, enana… —susurré, al mismo tiempo que una lágrima se escapaba de mi ojo.

Sus facciones se contrajeron de preocupación y me besó la mejilla para atrapar la lágrima con sus labios.

—Sabía que la idea de llamar a nuestro hijo Marti te iba a gustar y…

La besé en la boca para hacerla callar.

—No… no me refiero a eso —le dije, a la vez que abría la maleta de mi moto y sacaba la misma cajita de madera que usé hace años para guardar todas las notas de amor que le escribí en secreto.

¡Sí! Notas de amor que a día de hoy le seguía escribiendo aun estando casados y listos para formar una familia. Porque yo también quería que nunca olvidase lo enamorado que estaba de ella… ¡Porque cada día me enamoraba más y más de ella!

Sonreí y me mordí el labio inferior cuando recordé la primera vez que descubrí que a María le gustaba escribir notitas de amor. En un principio no la comprendí, cegado por los celos y la ira al ser consciente de que aquellas notas de amor no iban dirigidas para mí, pero luego, con el paso del tiempo, me di cuenta de que sus cartas de amor eran escritos que se quedaban plasmados por siempre en un papel; eran sentimientos que incluso se podían tocar. Y yo… ¡Uff! Yo también quería expresarle de la misma manera lo mucho que la amaba y la deseaba, aunque no fuera un amor correspondido.

Y no, no me arrepentía de haber escrito ninguna de aquellas notas… ¡Notas que ambos recordaríamos toda nuestra vida!

Le acaricié el labio inferior con el dedo pulgar y luego hinqué una rodilla frente a ella.

—Max, ¿qué estás haciendo? ¿Acaso planeas volver a pedirme matrimonio? —inquirió entre risas que me hicieron erizar la piel.

¡Joder, amaba escucharla reír, pero más aún, amaba ser el causante de sus risas!

—Si eso implica tener la misma noche de bodas que tuvimos… oh, enana, me casaría contigo todas las veces que hiciese falta.

Los dos nos reímos por mi comentario, pero cuando apoyé mi mano libre en su barriga, mientras que con la otra sujetaba la cajita de madera, Mar dejó de reír y me observó fijamente a los ojos.

Me pasé la lengua por los labios que estaban repentinamente secos, sí, ese efecto que solo su mirada podía provocar en mí; antes de susurrarle con voz cálida y cargada de sentimiento:

—Cuando mis hijos me pregunten quién fue mi amor verdadero, quiero que te vean sentada a mi lado leyendo todas estas notas de amor que siempre quise darte…

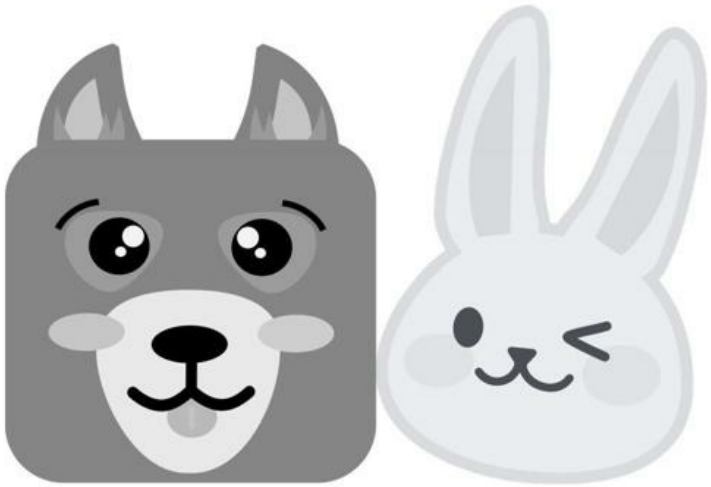
María me acarició el pelo, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Le besé la barriga y sentí las pataditas de mi bebé bajo la palma de mi mano como muestra de que no estaba de acuerdo con algo que había dicho, y yo sabía a lo que se refería.

¡Por supuesto que sí!

Bajé la mirada hacia la cajita de madera, sonriendo con emoción cuando leí para mis adentros la nueva frase que había escrito en la tapa para sustituir a la antigua:


todas las notas de amor
QUIERO
que ~~siempre quise~~ darte
mz



Con el paso del tiempo, me di cuenta de que sus cartas de amor eran escritos que se quedaban plasmados por siempre en un papel; eran sentimientos que incluso se podían tocar…

Y yo… ¡Uff! Yo también quería expresarle de la misma manera lo mucho que la amaba y la deseaba…

Maximiliano Marti

M.M



TODAS las notas de AMOR que siempre quise darte



MIRIAN G. BLANCO